



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

### Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

### About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



## Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

## Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

## Acerca de la Búsqueda de libros de Google

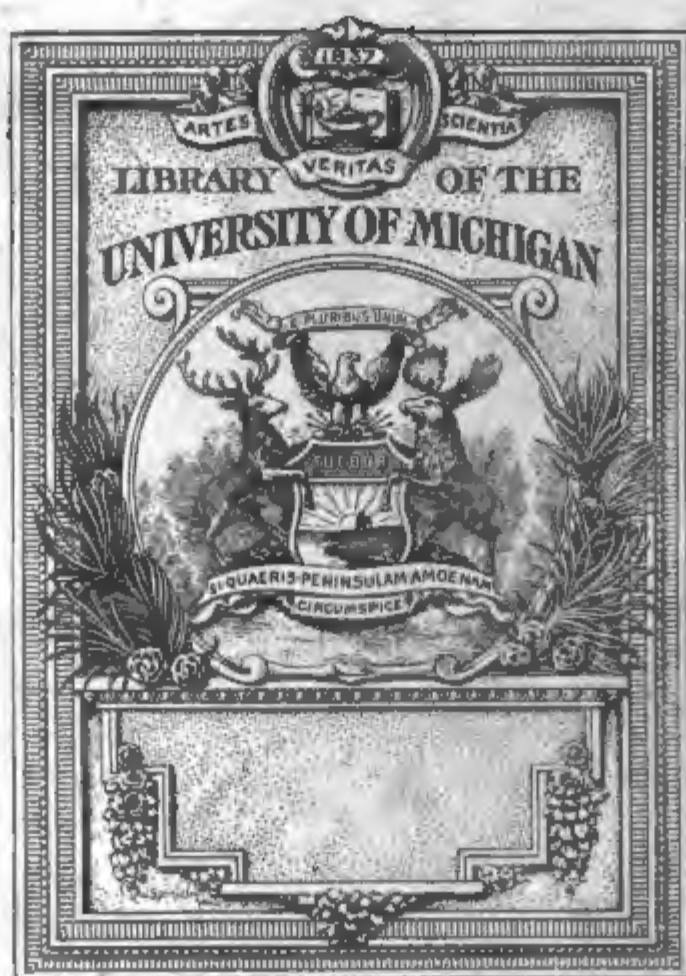
El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

**A**

465211

DUPL







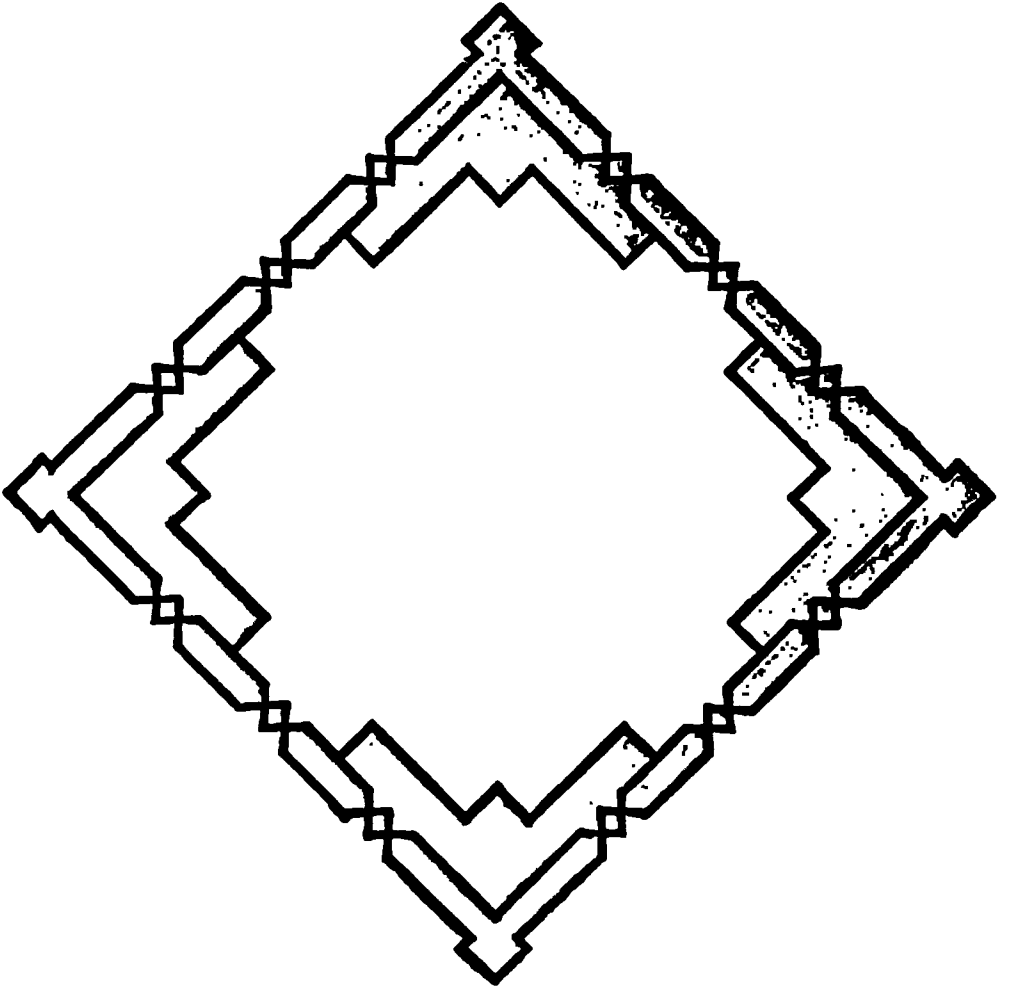




983  
002  
R

COLECCIÓN  
DE  
ESCRITORES CASTELLANOS  
—  
LIRÍCOS.





OBRAS COMPLETAS  
DE  
D. ÁNGEL DE SAAVE  
DUQUE DE RIVAS.

## TIRADAS ESPECIALES

---

50 ejemplares en papel de hilo, del.....  
10 » en papel China, del.....







Edouard de Riva







OBRA COMPLETA  
DE  
D. ÁNGEL DE SAAVEDRA  
DUQUE DE RIVAS

Director que fué de la Real Academia Española  
Presidente de la de Bellas Artes  
de San Fernando é Individuo de número  
de la de la Historia

*Coleccionadas de nuevo por su hijo*

D. ENRIQUE DE SAAVEDRA  
DUQUE DE RIVAS

TOMO I

Prólogo—Biografía—Poesías varias—*El Paso honroso*  
poema caballeresco

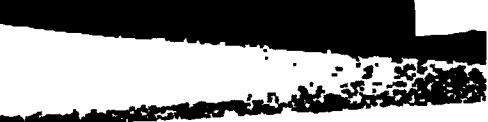


MADRID

291 LOS SEGUROS EDITORES DE D. VICENTE FAL  
*Paseo de San Vicente, 20*

1894

LOS SEGUROS



1

1







## PRÓLOGO.

---

**E**STA es la tercera vez que salen á luz, con el calificativo de completas, las obras de D. Ángel de Saavedra, Duque de Rivas. La edición de 1854 y 55, aunque llena de erratas, hecha con los materiales que el Duque había proporcionado y en el orden que él mismo los dispuso, contiene, á la verdad, con leves omisiones, cuanto produjo de notable su excelso numen.

Llegado á la madurez de juicio que dan el estudio y los años, no era ya Rivas en aquella época el apasionado secuaz de ninguno de los dos sistemas que sucesivamente habían cautivado su alma, contribuyendo ambos á hermo-sear y engrandecer su nativo ingenio. Y después la infundada ojeriza (verdad que los tiempos eran muy otros) con que en 1833 miraba las composiciones poéticas de su juventud,

por haberse en ellas sujetado al entonces llamado gusto clásico, tuvo el buen acuerdo de incluir la mejor parte de las mismas en la referida publicación. De no haber obrado tan discretamente, nosotros, en quien serían hoy verdadero anacronismo tales prevenciones de escuela, las hubiéramos comprendido sin vacilar en la presente colección; que á un poeta, como el nuestro, que florece en una época de transición y representa mudanzas de gusto y de doctrina estética, hay que presentarlo á la posteridad completo, tal como fué en vida, para que pueda formarse idea cabal de su personalidad literaria.

Aparte de esa consideración, entre aquellas poesías las hay muy dignas de aprecio y que fuera por demás injusto relegar al olvido. En las amatorias, y particularmente en las dedicadas á *Olimpia*, como dice el ilustre académico Sr. Valera: «todo es verdad, todo es vivamente sentido y primorosa y fácilmente expresado» (1).

Las odas que le inspiró la guerra de la Independencia bastarían por sí solas para acreditarle de poeta; y si no logró en ellas, como observan sus críticos, el vuelo de Quintana el cincel de Gallego, ya dejó ver las peregrinas

---

(1) Estudio biográfico, publicado en la revista *La Neo* en Diciembre de 1888 y en Enero y Febrero d

dotes que, por diverso rumbo, habían de conquistarle igual ó mayor renombre. Acrece el interés de esos cantos la juvenil edad del autor y el haber nacido en el bullicio de los campamentos, bajo la móvil tienda, y hasta en los hospitales de sangre, pues, como es sabido, D. Ángel derramó la suya en aquella gloriosa epopeya.

Por lo que toca al teatro, no quiso el Duque de Rivas que figurase en la citada edición ninguna de las tragedias que compuso en la juventud, cuando seguía las huellas de Alfieri y de los clásicos franceses. De igual preterición fué objeto *El Parador de Bailén*, juguete cómico, escrito en posteriores tiempos, recibido con poca benevolencia por la crítica, y no tenido por el propio autor en grande estima. En nuestro sentir, el Duque se juzgó con demasiada severidad. Seguramente la mayor parte de aquellas tragedias, ensayos de su mocedad, no se pueden poner en parangón con el teatro de su segunda época; pero entre ellas hay dos, *Lanuza* y *Arias Gonzalo*, que por consideraciones diversas deben figurar en una colección como la presente. La primera, si bien obra de circunstancias y de poco valor como poema histórico, no carece de situaciones de efecto, ni su estilo, aunque á veces algo declamatorio, de rasgos de sincera inspiración. Además, y no es su menor aliciente para el crítico y el

biógrafo, nos descubre la fiebre de libertad que agitaba al joven poeta, cuando mismo parecía á los estrechos cánones y preceptistas; así como cuando se hizo rítmico, y se desenvolvió su espíritu en la esfera de la libertad literaria, sus ideas poco cambiaron en dirección opuesta, convirtiéndose el fogoso liberal del año 20 en el conservador del Estamento de Próceres y las otras asambleas á que perteneció sucesivamente. *Lanuza*, por la índole de su argumento y las pasiones políticas que halagaban sus invectivas contra los tiranos y sus acentos patrióticos, se representó con éxito repetido en todos los teatros, y alcanzó por aquellos tiempos inmensa popularidad.

Muy superior es *Arias Gonzalo*, y en este concepto la mejor de las tragedias de este autor. Escrita en la Isla de Malta, cuando el autor empezaba á sentir el influjo de las nuevas ideas, y ya en la madurez de su talento, nótese en ella más brío, más arranque y personalidad que en las anteriores. El argumento está bien concebido, y la acción dramática aunque tal vez poca para cinco actos, se desarrolla con habilidad dentro de las unidades clásicas, marcha naturalmente á su desenlace despertando á cada paso creciente interés. No sabemos el efecto que produciría en las audiencias (tenemos entendido que no llegó á rep

tarse); pero no es posible leerla, especialmente los dos actos últimos, sin profunda emoción. ¡Qué pasiones tan nobles! ¡Qué lucha de afectos tan bien sentida y tan bien expresada! Y ¡qué soplo de heroísmo y de grandeza medioeval en toda la obra! Los caracteres, particularmente el del protagonista, vigorosamente trazados: la versificación, en general, sobria y robusta: el estilo, lleno de viveza y de fuerza expresiva.

No acertamos á comprender por qué su autor trató esta obra con tanto desdén, y cómo ha yacido hasta aquí ignorada, pudiendo, en su género, figurar con honor entre las mejores del Duque de Rivas.

En cuanto á *El Parador de Bailén*, comedia ligera y festiva, si no de muy subido valor, tampoco es despreciable; y como no le faltan situaciones cómicas, y el diálogo es chispeante y fácil, y la lengua está manejada con maestría, no opinamos que sea «una farsa poco digna de la pluma de tan gran poeta» (1), ni que deba, por lo tanto, segregarse del resto de sus obras.

La edición de Barcelona, hecha en 1885, fuera de las bellas ilustraciones que la decoran, y de la inclusión, entre las poesías, del roman-

---

(1) Cañete en su estudio biográfico; tomo XVI de la *Colección de escritores castellanos*.

ce *La Nochebuena en París y Madrid* el año 1857, no publicado hasta entonces, fué sólo una reproducción de la de 1854 y 55, aunque todavía más incorrecta; y á pesar de las excusaciones y lujo aparente, en realidad pobre mezquina. Pocas son las páginas en que el texto no se halle desfigurado con alguna ó varias erratas, siendo frecuente hallar versos entrecortados y pasajes que no se entienden ó resultan ridículos. Y por encerrar en dos tomos con la única mira de ahorrar papel, el material que en la anterior edición ocupaba cinco partes de versos está impresa á dos columnas, y la de prosa á tres, con tipo de letra tan diminuto, esta última, que pocos podrán leer sin cristales de aumento; en suma, una edición de pacotilla.

La que ahora ofrecemos al público en la *colección de escritores castellanos* no va ornamentada con los primores del lápiz y del buril; pero en cambio hemos procurado que salga más limpia y correcta que las anteriores y pueda servir de modelo á las que verán después.

Además de la pureza del texto, el que compare con las antecedentes hallará en nuestra notable diferencia. La hemos reducido de dos prólogos, que nos ha parecido útil reproducir, y, por otra parte, la hemos enriquecido con valiosos aumentos; tales

una reseña de la vida del Duque, desde el año de 1842 (donde termina la biografía que escribió de él Pastor Díaz) hasta su fallecimiento, ocurrido en 1865; la inclusión, en la parte lírica, de un lindo madrigal dedicado á su esposa, y de alguna otra poesía, que no figuraban antes en sus obras; la mayor amplitud dada á su teatro con la publicación de las olvidadas tragedias *Lanuza* y *Arias Gonzalo*, y de la comedia *El Parador de Bailén*; y, por último, la inserción, al lado de los discursos académicos, de las más notables de sus arengas políticas. El proceder que hemos seguido requiere alguna explicación.

En la referida edición de 1854 y 55 se incluyeron varios prefacios: uno general y comprensivo de todas las obras del Duque, debido á la pluma del ilustre académico Sr. Cañete; y ciñéndose á alguno de los géneros en que se ejercitó el poeta, ó bien á algún escrito en particular, otros de Galiano, Ochoa, Hartzenbusch, Pacheco (sin contar el muy erudito y elegante con que el mismo Duque ilustró sus *Romances históricos*). Todos son dignos de los esclarecidos nombres que los suscriben; pero el tiempo no pasa en vano, y por diversas circunstancias hay dos de ellos que en esta Colección carecerían de oportunidad. El del señor Cañete, corregido, reformado y agrandado hasta convertirse en el excelente estudio bio-

gráfico publicado en 1884 (1), quedó de tunces obscurecido y virtualmente des por su mismo autor; y el muy notable Antonio Alcalá Galiano (2), con que luz en París *El Moro expósito*, en 1834, bien una sabrosa lección de elevada cr teraria acerca de la debatida cuestión d cos y románticos, sin interés de acti que un análisis del poema, del cual habla. Ambos quedan, pues, suprimid demás, aunque no alcancen gran nove sus juicios, y aun contengan apreci muy controvertibles, los hemos respetad testimonio de afecto y admiración al p

También hemos reproducido, una v la animada biografía del Duque escrit Sr. Pastor Díaz. Pero como ésta fué p el año 1842, y el Duque no falleció has abarcando esas fechas un largo perí veintitrés años, durante el cual se v clado en importantes acontecimientos nuevos servicios á su patria y llegó al de su gloria literaria; nosotros, reunie tos, evocando recuerdos, y apoyándon autoridad de renombrados críticos, par

---

(1) *Colección de escritores castellanos*, ya citad

(2) Aparenta estar escrito por el Duque de Ri su autor, como es sabido, fué Alcalá Galiano, en obras tiene su natural asiento tan erudita disert



tachados de parcialidad al apreciar sus obras, hemos tratado, no de competir con su esclarecido biógrafo, sino meramente de reseñar el último tercio de su noble vida.

Después de la biografía citada, otras se han escrito, y no de escaso mérito, á la verdad: la ya mencionada del Sr. Cañete; la del Sr. Valera, interesantísima por el íntimo conocimiento que tenía del Duque, con quien había vivido varios años en Nápoles, y también por el genial estilo con que el autor de *Pepita Jiménez* lo describe y caracteriza; la del erudito Sr. Vidart, estudio discreto y bien hablado, como todos los suyos, en que no faltan personales recuerdos, ni oportunas reflexiones políticas y literarias. Sin contar otros trabajos de poca entidad, hay además el muy apreciable del distinguido crítico francés Mr. Charles de Mazade (1), y los discursos necrológicos que los Sres. Marqués de Valmar y Amador de los Ríos leyeron en sus respectivas Academias, la Española y la de Nobles Artes de San Fernando.

En medio de esta riqueza crítica y biográfica, no hemos vacilado en escoger desde luego la obra de Pastor Díaz, la cual hemos considerado siempre, en cuanto á los hechos que en ella se narran, como una especie de autobiografía. Vamos á explicarnos. El Duque no dejó, como

---

(1) *Revue des Deux Mondes*, 15 Janvier 1846.

algunos sin fundamento suponen, escritas, por más que hablase alguna escribirlas. Además de que su natu pendía al misterio, y al que traza glones no se lo hubiera tenido ocu examinado escrupulosamente todos les, y no hemos hallado nada que ju creencia. Sí recordamos, á pesar c transcurrido, que allá por los año cuando el Sr. Pastor Díaz se dirigió pidiéndole noticias y datos para biografía, éste le envió un volumino crito, especie de libro de memorias, de las vicisitudes de su azarosa vida manuscrito contenía, embebido está de su biógrafo, de quien son natura juicios políticos y la crítica literar echa de ver la mano del Duque en narración de ciertos episodios. Es p á uno le hayan sucedido las cosas tarlas de manera tan expresiva. P entonces, no sabemos que se cuidase notas sobre nada de lo que preser acontecía. Eso sí, en su feliz memor daba todo, hechos, imágenes, fecha impresiones; de aquí el encanto de su ción, á que tanto interés prestaban l y el recuerdo.

Por los motivos expuestos, así co los otros estudios más bien sembla

peculaciones críticas que biografías verdaderas, nos hemos decidido por el trabajo del Sr. Pastor Díaz. Sin que esto quiera decir que aceptamos en todo sus puntos de vista, ó nos parezcan siempre acertadas las opiniones que emite, y aun contraponiéndoles alguna vez, en notas, los juicios de otros escritores.

¡ Cosa extraña ! Conviniendo todos en su mérito sobresaliente, no hay entre los biógrafos del Duque dos que aprecien del mismo modo sus obras.

A tal extremo llegan las divergencias, que donde unos encuentran defectos, otros descubren bellezas de primer orden. Tal sucede con el desenlace de la épica leyenda, *El Moro expósito*, motivo de censura para el Sr. Pastor Díaz y otros críticos, y de extremado elogio para el Sr. Cañete. *Don Alvaro*, el más celebrado de los dramas del Duque, es objeto de iguales diferencias. Pastor Díaz, Cañete, Valera, conviniendo todos en que es la obra más importante del moderno teatro español, y encomiando con entusiasmo las bellezas que lo avaloran, difieren completamente al apreciar su tendencia moral y fundamento filosófico. Donde Pastor Díaz, Mazade y otros, sólo ven la reproducción del fatalismo griego, no siendo á sus ojos Don Álvaro más que un nuevo Edipo, predestinado para hacer la desgracia de una familia, Cañete halla una idea profun-

damente cristiana, desarrollada con singular acierto en una acción grandiosa, producida por el choque de pasiones violentas, pero humanas y verdaderas, en que las desgracias son lógica consecuencia de nuestros voluntarios errores (1).

Valera no se acomoda con tal explicación. La falta de Don Álvaro tratando de robar á su novia, cuya mano (á juicio del genial escritor) tan sin razón le niega el Marqués de Calatrava es á sus ojos pecado venial, y no halla en culpa tan leve motivo para que el cielo se desencadenase contra aquellos infelices. «Todo caballero (dice) no siendo un mandria, y estando tan finamente y entrañablemente enamorado, hubiera hecho lo mismo en iguales circunstancias, salvo el caso de una virtud sublime, que se puede poner como modelo ideal y no como precepto corriente.....Todas las desventuras de Don Álvaro no ocurrieron, ni tuvo el poeta intención que ocurriesen, sino de resultas de un funesto; el disparo de la pistola que da lugar al Marqués de Calatrava. Lo demás es un desenamamiento de consecuencias naturales».

En efecto, nada tiene que ver con el determinismo que lleva inexorable á los héroes de los dramas y novelas

---

(1) *Colección de escritores castellanos;*

(2) Estudio biográfico citado.

hoy en boga, á todo linaje de crímenes y abominaciones. En medio de las desgracias y horrores que forman la trama del poema, el alma humana, como observa el Sr. Valera, queda limpia, grande y hermosa.

No es de extrañar que un drama como el *Don Alvaro*, cuyo argumento entraña el arduo problema de la libertad moral de los actos humanos, dé margen á las varias especulaciones de los críticos, según el punto de vista en que cada cual se coloca. El público, ese no se mete en filosofías, ni le importan, y aplaude la obra con furor, porque le gustan sus cuadros populares, le embelesan sus versos, y las terribles desventuras de Don Álvaro y D.<sup>a</sup> Leonor le interesan y le conmueven profundamente.

En esto de la diversidad de opiniones acerca de sus tendencias y alcance moral, el *Don Alvaro* ha corrido la suerte de otros famosos dramas, y aun de obras de otra especie, honor del ingenio humano. ¿Cuánto no se ha dicho sobre el *Hamlet*? ¿A qué diversos juicios y explicaciones no ha dado lugar el *Fausto* de Goethe, sobre todo en su segunda parte? Y ciñéndonos á nuestra patria, la historia del *ingenioso hidalgo*, tan comprensible para todo el mundo, ¿de cuántas sutiles lucubraciones y especiosos comentarios no ha sido objeto entre propios y extraños? Con las creaciones del ingenio que sorprenden y cautivan nuestro áni-

mo, y cuyo fondo psicológico nos afanamos en sondear, nos suele suceder lo que en la contemplación nocturna, á la trémula llama de las bujías, de ciertos retratos antiguos que excitan nuestra curiosidad, ó nos atraen por la belleza artística: á poco de fijar con alguna insistencia la vista en ellos, parécenos que las figuras se mueven, que sus ojos nos observan malignos, que sus bocas se contraen con sardónica risa, y nuestra ofuscada imaginación encuentra efectos, actitudes y expresiones, en que ni siquiera soñó el pintor al copiar el modelo y dar á su tabla el vigor de la vida.

No cumple á nuestro propósito hacer un juicio crítico sobre el *Don Alvaro*, ni en ningún caso lo intentaríamos, temerosos de que se nos tachase de parciales. Mas prescindiendo de las encontradas opiniones de que hemos hecho mención, y creyendo que no faltaba razón al Sr. Cañete al afirmar que las intuiciones del genio son superiores á los propósitos mismos del hombre (1), opinamos que si hay lección moral en el drama, cualquiera que ella sea, proviene naturalmente de la esencia del argumento elegido por el poeta, y de la verdad con que pone en lucha las pasiones humanas; pero sin que se propusiese, *à priori*, llevar al teatro problemas psicológicos ó sociales, como es hoy

---

(1) *Colección de escritores castellanos*; tomo XVI.

frecuente en la dramaturgia al uso, donde tantas extravagancias y tantos ripios acumula el afán de lo hondo. ¡Cuántas veces le oímos burlarse con su natural gracejo de las reconditeces y trascendencias que algunos descubrían en su famoso drama! Esta hermosa creación fué hija del movimiento literario que avasallaba entonces los espíritus en toda Europa. Saavedra quiso escribir un drama romántico, y al romper con la escuela pseudo-clásica, cuyos cánones tanto tiempo le sirvieron de guía, poeta esencialmente español, no quiso dejarse arrastrar por un extranjerismo exagerado, convirtiéndose, al abandonar la imitación de Racine ó de Alfieri, en humilde secuaz de Alfredo de Vigny ó de Víctor Hugo; y buscando el vnero de la inspiración dramática en sus propias afecciones y creencias, en los recuerdos de la patria y de los lugares frecuentados por él en sus juveniles años, fijóse al cabo en una tradición andaluza, que había oído referir de niño á una antigua criada de su madre, y forjando sobre aquella base la trágica fábula del *Don Alvaro*, y revistiéndola de los esplendores de la musa calderoniana, formó, sin duda, un drama romántico; pero el más español y también el más popular de cuantos hemos visto en la escena.

No ya sólo en cuestiones de doctrina, sino hasta en puntos de hecho difieren los mencio-

nados críticos del *Don Alvaro*. El Marqués de Valmar, en su discurso necrológico ya citado, tratando de investigar cuáles fueron los impulsos generadores del drama en el alma del poeta, sentó no ser casi dudoso que el Duque de Rivas se había inspirado en la novela de Próspero Mérimée, *Les âmes du Purgatoire*, publicada más de un año antes de la representación del *Don Alvaro*, tomando de ella particularmente «el pensamiento de emplear la afrenta de una bofetada, como medio de exasperar á un monje, hasta el extremo de hacerle olvidar la mansedumbre evangélica y pelear con el hermano de la mujer que había amado». El Sr. Cañete, en un curioso apéndice á su estudio biográfico del Duque, demuestra de un modo concluyente la falta de base de la afirmación del Marqués. Mérimée empezó á publicar su novela en *La Revue des Deux Mondes* del 15 de Agosto de 1834, y el *Don Alvaro*, aunque es verdad que se estrenó en Madrid el 22 de Marzo de 1835, no lo menos que su autor lo compuso durante su residencia en Tours, hacia el año de 1834, un modo análogo se expresa el Sr. Vale y aun asegura que Próspero Mérimée <sup>†</sup> su poder algún tiempo el manuscrito *Alvaro* antes de publicar su novel

---

(1) Estudio biográfico citado.



replicarse, sin embargo, que el Duque hizo importantes alteraciones en su drama para darlo al teatro. Es verdad lo enmendó ó retocó en algunos puntos. Además, todo él estaba escrito en prosa, y lo versificó en parte; pero no puede admitirse, cualesquiera que fuesen las reformas realizadas por el autor, que, antes de intentarlas, su drama careciese de la escena capital, justamente de aquella en que estriba el desenlace, y que se le ocurriese añadirla sólo por haber leído la novela de Mérimée. Fuera de que el lance en sí no era nuevo, ni había para qué ir á pedirlo prestado á una novela extranjera. En buena crítica la cuestión vale poco, pero justo es dar á cada cual lo suyo.

Si de tan encontrados juicios ha sido objeto el *Don Alvaro*, ¿qué diremos de *El Desengaño en un sueño*? Según Cañete es «la más original y encumbrada obra poética del Duque», en la cual ha logrado realizar «el drama filosófico del Mediodía, profundo en su esencia, como el del Norte, brillante y lozano en su aspecto, como el sol ardiente que nos ilumina». Abundando en este modo de sentir, dice el Marqués de Valmar: «Esta obra es la que tiene carácter más universal entre todas las del Duque de Rivas..... *El Desengaño en un sueño*, con ser su entonación calderoniana, no está lejos de la inspiración septentrional, y no

desdeciría, por cierto, entre las mejores producciones de Goethe y de Lord Byron.» (1).

Oigamos ahora á D. Juan Valera:

«Es un dolor que este mismo Duque de Rivas que escribe el *Don Alvaro*, escriba en 1842 un drama que lo contradice, lleno de espíritu sofístico y verdaderamente pesimista y fatalista, hablo de *El Desengaño en un sueño*..... El Duque quiso hacer algo como una comedia de magia y de grande aparato, por lo serio; pero mientras que en *Don Alvaro* se dejó llevar de su instinto natural sano, é hizo una obra simpática, aquí se dejó llevar, sin caer en la cuenta, de teorías pesimistas á la moda de entonces, de un catolicismo viciado que humilla al ser humano más de lo que prescribe la ortodoxia, é hizo una obra falsa que no puede interesar.»

No ocultaremos que nos parecen más ajustados á la verdad los juicios de los señores Cañete y Valmar. El Sr. Valera, que tanto sabe y con tanta gracia y color escribe, olvida en su crítica extremada aquella máxima de las escuelas: *qui nimis probat, nihil probat*, y prescinde de que en esta obra singular del Duque de Rivas, lo de menos es lo real, y lo importante el sueño, grandiosa alegoría, en magníficos cuadros, de las pasiones del hombre y

---

(1) Discurso necrológico sobre el Duque de Rivas.

sus insaciabiles deseos. Es claro que mirado todo á la fría luz de la razón, lo de la Astrología judiciaria es un desatino que no comprendemos hoy cómo ha podido sostenerse tanto tiempo en el mundo, y otro lo de la magia, en que ya nadie cree; y que Marcolán, en vez de entregarse á sus artes diabólicas y tener á su hijo aburriéndose en un islote desierto, por miedo de lo que había leído en las estrellas, debió haberle educado en la sociedad de sus semejantes, enseñándole á moderar el ímpetu de sus pasiones, á refrenar sus torpes instintos; y defendiéndole contra sí propio y contra los demás, guiarle con paternal solicitud por entre las sirtes y escollos del mar de la vida. Pero el lector, ó el espectador, no lo considera bajo ese aspecto, ni busca, como dicen nuestros vecinos, los franceses, *midi à quatorze heures*: comprende, desde luego, que se trata de una leyenda fantástica, y sin esfuerzo se pone en la situación de los personajes y en el punto de vista del poeta. Ni creemos que el Duque se dejó arrastrar por la moda, ni menos influir por «un catolicismo viciado». Encontró el asunto, lo halló bueno para una alegoría dramática de las pasiones humanas, y sin prejuicio ni extraño influjo, por natural impulso y amor al arte emprendió su obra, prodigando en ella, cual en ninguna, los tesoros de su rica vena. No es aventurado afirmar que como

poeta esplendoroso y castizo, no rayó nunca á mayor altura. Y todo esto sin que padeciese lo más mínimo su ser moral é intelectual, ni dejase de ser *the healthiest of men*, que Carlyle aplicaba á Walter Scott y Valera al Duque. Ni nos parece justo tampoco tacharle de poco sincero al escribir *El Desengaño en un sueño*. No parece sino que no pueden pintarse las desgracias ajenas, porque uno posea un temperamento risueño, goce de buena salud y no le maltrate la fortuna. La observación, la reflexión y el sentimiento pertenecen á todos, y, además, el mundo de los poetas es el mundo de las ficciones.

Ya hemos dicho, al señalar las contrapuestas opiniones á que ha dado margen *El Desengaño*, que nos inclinábamos á las manifestadas por los señores Marqués de Valmar y Cienfuegos, muy semejantes.

Lo que no nos parece bastante motivado la gran extrañeza que muestra el Marqués que el Duque de Rivas hubiera tenido inspiración filosófica, asegurando con insicua que la facultad de filosofar había estado hasta entonces dormida en su mente (1). No es lícito dudar del alto concepto en que don de Cueto tenía á su cuñado como

---

(1) Carta al Sr. Conde de Morphi.—*Ilustración y Americana*. Diciembre de 1875.

pero la especie se ha repetido sin atenuación por los que gustan de encontrarse los juicios hechos, en lugar de formarlos por sí propios; y como es susceptible de interpretaciones que seguramente no estuvieron en la mente del Marqués, vamos á dedicarle algunas palabras.

Ciertamente el Duque no se proponía en sus dramas probar tesis, como es hoy costumbre hacerlo, ni le ofuscaban, según observa discretamente el Sr. Valera, un filosofismo racionalista ni una exagerada piedad (1); pero declarar en absoluto que la facultad filosófica estaba escondida en su mente, es extremar demasiado las cosas y sentar una aseveración muy poco conforme con la realidad.

Al presentarlo como un poeta completamente divorciado de la filosofía, parece como que se hace de él un versificador huero, sin elevación, profundidad ni substancia. Nada menos exacto. No hay más que fijarse en *El Moro expósito*, la más importante de sus leyendas épicas, donde la intención moral y filosófica es evidente; ó en el *Don Alvaro*, donde el hombre está tan profundamente estudiado y comprendido; es decir, en sus dos obras capitales, escritas antes de *El Desengaño en un sueño*, ó en la leyenda, *El Aniversario*, escrita después; ó en el romance, *El solemne desen-*

---

(1) Estudio biográfico citado.

añó, ó en algunas de sus poesías líricas, por ejemplo, *El canto de la vejez*, para convenirse de lo infundado de semejante aserción.

El Sr. Valera, defendiendo el poema del Duque, *El Paso honroso*, del calificativo de «insignificante», aplicado por algún crítico á su argumento, dice, con oportuno humorismo, que «para los que buscan siempre en la poesía n sabe qué trascendencias filosóficas, la *Análisis* de Sanz del Río, las *proposiciones* de Euclides el *Deuteronomio*, puestos en verso, serían r á propósito y hasta más amenos (1).»

No necesitamos decir que el Marqués Valmar, cuyo buen gusto todos conocen, tiene de común con esos amigos de lo traidente á que alude el Sr. Valera. En los m elogios que prodiga al Duque, en qu llaba sin razón dormida la facultad filosofa, el que sabe en sus versos realiz llez, en lo cual estamos conformes co tre académico.

No idéntica, pero sí parecida á la que nos ha movido á la leve protesta cede, es la que hallamos consignada *Nuestro siglo*, de Otto von Leixne mal vertida al castellano; si bie en lo concerniente á España por

---

(1) Estudio biográfico citado.

pluma del Sr. Menéndez y Pelayo, á quien los editores confiaron cuerdamente esta parte del libro, por ser pobrísima, casi nula, en el original. El insigne crítico bosqueja con el brío que le es peculiar la figura literaria del Duque de Rivas, y después de proclamarle gran poeta, genuinamente español, y de caracterizar con notable acierto la índole de su numen, afirma, á vuelta de justas y espontáneas alabanzas, que sus versos carecen de sentimiento: «brillantes siempre, pero siempre exteriores», sin lo cual podría conferírsele, sin restricciones, el primer puesto en el moderno Parnaso español. Mucho respetamos las opiniones del sabio catedrático, honor de las letras españolas; pero aunque sea tímidamente, como aquel que en algún punto se desvía del maestro, hemos de exponer nuestra disconformidad con semejante afirmación, contradicha implícitamente por el juicio que poco después arranca á su sinceridad la serena consideración del *Don Alvaro*: «Inmenso como la vida humana, rompe los moldes comunes de nuestro teatro, aun en la época de su mayor esplendor, y alcanza un desarrollo tan vasto, como el que tiene el drama en manos de Shakespeare y de Schiller.» Un autor que de esa manera concibe y desarrolla un drama, no es verosímil que carezca de sentimiento, hasta el punto de ser simplemente un poeta «externo». La razón

r que *Don Alvaro* no ha envejecido; haber pasado la moda de los clásicos, no es otra que el espíritu altamente humano que vivifica el pensamiento y vigorosamente sentidas y vigorosamente expresadas que están las pasiones puestas en acción. Es verdad que el Duque no convertía en escarpelo, metiéndose, de caso por los oscuros problemas psicológicos, ni la manía de los modernos noveladistas de hacer de sus héroes documentos, para que los historiadores, al venir puedan reconstituir lo preciso cuando el asunto, por su índole lo requería en su desempeño profundización, á fe que entonces ahondaba, y como lo prueban *Don Alvaro*, *El* y entre otras composiciones, aquel romance en que con tanta veracidad se escondida pasión del Marqués por la Emperatriz Isabel, y las relaciones que acongojaban su espíritu que lea *El desterrado*, *El farolero*, *La vuelta descada* composiciones carecen de serios. Si nos fijamos en la parte épica de los romances y las leyendas, ¿cómo en la posteridad un poeta merecerá el que supo infundir en su obra la patria?



Tocante al mérito respectivo de los poemas y leyendas, se observan también notables discrepancias entre los críticos: Valera cree de valor más subido *El Paso honroso* y *La Florinda* que las leyendas, por supuesto, exceptuando *El Moro expósito*. Valmar y Cañete opinan lo contrario. Don Eugenio Ochoa, en el prólogo que escribió á dichas leyendas, para la edición de 1854 y 55, estima como la más bella y la más importante la que lleva por título *Maldonado*, y como la de menos gala y esmero en la forma, aunque le admire el sublime cuadro de la misa *El Aniversario*. El Sr. Valera es de opuesto sentir: pone la última por las nubes, y le complace poco la que tanto entusiasmo al Sr. Ochoa. Todos esos disentimientos me confirman en la creencia de que, no obstante los veintisiete años transcurridos desde su fallecimiento, la posteridad no ha llegado aun para el Duque de Rivas. Faltan todavía aquel desinterés, aquella integridad de espíritu y serenidad de juicio, tan necesarios para dictar sentencia definitiva sobre el mérito de las obras de un autor.

Los contemporáneos no son buenos jueces. ¡Es tan difícil despojarse de preocupaciones y sentimientos personales! En una cosa están todos acordes: en que era un gran poeta.

A la reseña biográfica con que hemos continuado, sin tratar de igualarla, la obra del

Sr. Pastor Díaz, hemos añadido un artículo que titulamos: *Notas póstumas*. Desde que le perdieron las letras patrias ha crecido la fama del Duque, cuando la de otros que gozaron en vida mayor popularidad ha disminuído. El estreno de *El Desengaño en un sueño* en el Teatro de Apolo, bajo los auspicios del magnífico rey D. Alfonso XII; la especie de resurrección del *Don Alvaro* y su inmensa boga, sosteniéndose gallardamente en los teatros, sin que logren obscurecerlo las producciones dramáticas de la moderna escuela naturalista; las ovaciones tributadas á la memoria del poeta; los certámenes abiertos para ensalzar su nombre, hechos son cuyo glorioso recuerdo hemos querido conservar en el mencionado artículo, seguros de que su lectura ha de ser grata á los admiradores del Duque.

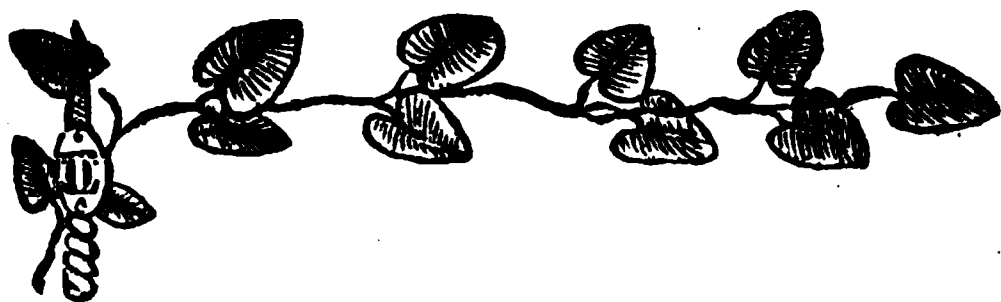
Por último, en los apéndices hemos reunido algunas curiosidades literarias referentes al preclaro escritor.

E.....



# VIDA DEL AUTOR





## VIDA DEL AUTOR

ESCRITA Y PUBLICADA POR EL

EXCMO. SR. D. NICOMEDES PASTOR DÍAZ

HASTA EL AÑO DE 1842.

---

**N**o es siempre la vida de los hombres, conocidos en el mundo por la fama de sus escritos y el mérito literario de sus obras, la relación tranquila de los estudios de su gabinete, la observación lenta de los progresos del arte que cultivan, ó del vuelo de su imaginación por las regiones que pueblan ó conquistan con el poder creador de su fantasía. No están exentos los privilegiados ingenios de las tristes vicisitudes de la vida material, y frecuentemente suele cebarse en ellos, como en más sabroso pasto, la desventura y el infortunio. Desde muy antiguo fué azarosa la existencia de los poetas, y mezclados por su voluntad unas veces, otras mal de su grado, en el torbellino de los acontecimientos públicos, ha solido tocarles mayor parte en los rudos golpes de la fortuna que en los costosos favores de la gloria. Turbulenta, agitada, borrascosa, aparece en los periodos de la his-

toria griega y romana la vida de sus poetas y de sus filósofos; más animada y combatida aún en las épocas tempestuosas de la Edad Media. Los Dantes, los Tassos, los Petrarcas, los Milton, no pasaron su existencia en la elaboración tranquila de sus obras inmortales. Su vida fué, por lo general, y desgraciadamente para ellos, un variado é interesante drama, un poema no menos lleno de incidentes y portentosos episodios que los que se deben á su pluma. Solamente en siglos más avanzados y en períodos de estabilidad y consistencia, alcanzó á veces al talento la calma que disfrutaba la sociedad entera; y los poetas y escritores del siglo de Luis XIV, y de la reina Ana, pudieron atravesar tranquilos los años dichosos de sus pacíficos tiempos, sin dejar huellas en la historia de sus desgracias y privadas vicisitudes.

Los ingenios españoles rara vez gozaron de este favorable privilegio. El cultivo de las artes y de las letras no ha sido jamás en España una tarea única y una profesión exclusiva. Desde Carlos I hasta nuestros días, los escritores han figurado como hombres públicos, ora en la guerra, ora en la política, desde que la política ha sustituido á la guerra. Garcilaso muriendo al escalar una torre; Ercilla cantando sus propias hazañas; Cervantes mutilado en Lepanto y cautivo en Argel, son altos y memorables ejemplos de esta verdad. Lope de Vega, Calderón, Quevedo y otros autores, que alcanzaron más prósperos y bonancibles tiempos, no se eximieron, sin embargo, de correr gran espacio de su vida por entre notables alternativas, y no siempre prósperas aventuras. Pero debían venir siglos más azarosos y turbulentos, y en el huracán de las conmo-

ciones espantosas que nuestra edad y nuestra patria había de presenciar, más mezclada y revuelta habla de andar la vida de los hombres distinguidos con los extraordinarios sucesos, que conmovieron tan profundamente la sociedad española desde los primeros años de la centuria que vamos recorriendo. Pocos se han eximido de las grandes penalidades que ha dejado caer la Providencia sobre este pueblo tan sin ventura. Pocos han dejado de verse contrariados en su carrera, abatidos en su prosperidad, privados de su riqueza, condenados al destierro, á la muerte quizá, y á la abyección de la pobreza. Personas que habían nacido con inclinaciones pacíficas; que se habían educado con costumbres blandas y suaves; que parecían exclusivamente destinadas á cultivar las artes de la paz en la calma de la vida doméstica, viéronse á sus más tiernos años transportadas al seno de los ejércitos, y se criaron entre la sangre y estrépito de los campamentos militares. Hombres virtuosos, en cuyo corazón no hubiera podido penetrar jamás el pensamiento del crimen, llenaron en diversas épocas los calabozos y treparon los escalones del patíbulo. Las discordias civiles no han dejado de lanzar sobre el suelo extranjero millares de proscriptos, y una generación entera se ha visto más de una vez expuesta á diseminarse por el mundo, cual nuevo pueblo de Judá, maldito del cielo por algún delito horrendo. La vida de cada español notable puede ofrecer, en sus páginas íntimas, fecunda materia para la novela y para el romance. A veces pudieran sacarse de estos sucesos, perdidos, sin embargo, entre la inmensidad de tantas desventuras, y eclipsados entre la varie-

dad de tan grandes vicisitudes, tragedias espantosas ó caprichosos y fantásticos dramas. Nuestras memorias individuales podrán acaso parecer imaginarios cuentos á los ojos de una generación á quien el cielo permita vivir más tranquila sobre el suelo regado por las lágrimas de sus padres; y á la cual ahorre la Divina clemencia el espectáculo espantable y desconsolador de las revoluciones.

Aun si pudiéramos consolarnos de este mal con la idea de que los infortunios, atormentando el individuo, redundaban en pro de la sociedad, aguijoneando el talento y acrisolando la virtud, no nos afligiría tanto la triste reflexión con que hemos dado principio á estas páginas; pero hasta la desgracia nos cabe de profesar una opinión contraria á la bárbara teoría que quiere extraer la virtud por la presión del martirio, y que no ve las lumbreras del ingenio sino en las tinieblas del infortunio. Nosotros tenemos otra convicción; creemos que la desgracia nunca hace mejores á los hombres; creemos que los que en la miseria cultivan las artes, en la prosperidad harían maravillas; creemos, en fin, que los que en medio de tantos azares y de tantos contratiempos han podido arrojar todavía destellos de luz sobre el horizonte de su patria, más espléndidamente la hubieran iluminado, si no les hubieran envuelto por muchos años tan densas nubes de polvo, de obscuridad y de vapor de lágrimas. La mayor parte de los hombres distinguidos que conocemos acaso han sido en el infortunio medianías; y sólo desde que han podido desplegar en las creaciones de la fantasía, ó en acciones útiles á su patria, las fuerzas que antes empleaban para luchar



con la adversidad, se han elevado á la altura á que desde el principio eran llamados. No llamamos nosotros, no, tiempo de aprendizaje á los días de dolor y de amargura: para el saber y para el arte, no menos que para la vida, les llamamos tiempo perdido.

La existencia del ilustre personaje, cuya interesante biografía vamos á bosquejar, nos ha sugerido, naturalmente, estas reflexiones. Acaso las desgracias de su país han rectificado sus ideas, y le han servido de viva lección y de provechoso escarmiento; pero las suyas propias y sus propias penalidades no le habían escarmentado en años ya muy avanzados. Su edad actual ha pasado más allá de la juventud, y sin embargo, literariamente hablando, es un joven, y á la escuela de nuestros días pertenece. En los años del 20 al 23 era ya conocido como literato y como hombre público, y para nosotros, sus verdaderos progresos, su justa nombradía, su original talento, su brillante imaginación, y el mérito que realza y distingue las producciones de este escritor, pertenecen más principalmente á los últimos años, á la parte de su vida que no tiene tantas aventuras y contratiempos, y no tendríamos inconveniente en poner una línea divisoria entre don Ángel de Saavedra y el Duque de Rivas.

Pero cabalmente nuestra tarea es lo contrario: tenemos que enlazar esos dos períodos, soldar esas dos existencias, empezar la vida del poeta con la del soldado; la del Grande de España con la del improvisador y un si es no es calavera mozalbete; la del ministro conservador por la del fogoso y entusiasta revolucionario; la del poeta romántico, del galano romanceador, la del cómico fantástico y cal-

leroniano por el clásico imitador de Herrera, ó el humilde discípulo de Racine ó de Alfieri. Acaso no hay existencia alguna en que estén más exactamente personificadas las mudanzas políticas y las vicisitudes literarias de nuestros días. Y así debía suceder, atendida la cualidad que principalmente descuellan en nuestro protagonista. Los grandes talentos especulativos, los caracteres fijos y tenaces, son los que imprimen dirección y crean las circunstancias de su época. Pero el Duque de Rivas no nació para ser un filósofo, no nació para ser un político sistemático. Imaginación florida, vivísima, ardiente y fecunda, carácter móvil é impresionable, su destino era ser un gran poeta, un poeta meridional; recibir y reflejar las impresiones de su país y de su época, no dominarlas ni resistirlas, ni tal vez modificarlas.

Córdoba, ciudad de tantos recuerdos y de tantas glorias; Córdoba, magnífico mosaico donde han engastado brillantes piedras los períodos más poéticos de nuestra historia; Córdoba, la ciudad de los emperadores romanos y de los califas orientales, de los Nowas y los Abderhamen; Córdoba, la de los magníficos campos, la del paisaje más bello que puede ofrecerse á los ojos del hombre; Córdoba, la de las alamedas de naranjos, la de los campos de rosas, con su sierra entapizada de jazmines y que refleja en las aguas del Guadalquivir las casas de placer morunas entre las modernas ermitas; Córdoba, la patria de tantos ingenios y de tantos hombres grandes; cuna de Séneca y de Lucano, Averroes y Aviara, de Juan de Mena y de Góngora; Córdoba es también la ciudad donde nació D. Ángel de Saavedra, y Córdoba debe ser una

tria muy bella y muy querida para el que nace bajo las alas de sus ángeles de oro (1), cuando su memoria es indeleble para quien, como el autor de estas líneas, la ha visto sólo un rápido momento de una hermosa mañana de Abril, y la volvió á mirar con ojos amortiguados en el paroxismo de una mortal congoja, otro día de harto penoso y melancólico recuerdo.

Nació en 10 de Marzo de 1791. Fueron sus padres el Sr. D. Juan Martín de Saavedra y Ramírez, Duque de Rivas, y D.<sup>a</sup> María Dominga Remírez de Baquedano y Quiñones, Marquesa de Andía y de Villasinda, grandes de España. Pero D. Ángel, hijo segundo, no era el heredero inmediato de los títulos y grandeza de sus ilustres padres. Criado en Córdoba al cuidado de dos hermanas de su padre, desde los años más tiernos se acumularon en la persona del niño las gracias y favores de la corte, como solía hacerse entonces para compensar en cierto modo el privilegio de los mayorazgos, equilibrar en lo posible la condición de los hermanos, é impedir que mirasen con envidia ó germen de rencor á los que la suerte del nacimiento había favorecido más.

Así, á los seis meses de edad, le pusieron la cruz de caballero de justicia de la Orden de Malta, y poco después la bandolera de guardia de Corps supernumerario.

Su primera educación fué, no sólo correspondiente á su esclarecido nacimiento, sino superior en solici-

---

(1) Es muy común en Córdoba la efigie de piedra ó bronce dorado del arcángel San Rafael, su patrono.

tud y esmero á la que por lo general cuidaban en España los Grandes de dar á hijos, á quienes se consideraba que no habrían menester de los favores de la fortuna, ni de ejercer en la sociedad cargos y empleos que hubiesen de requerir conocimientos demasiado vastos y profundos. Tocóle á nuestro protagonista la buena suerte, que alcanzó entonces á muchos jóvenes, que después fueron hombres ilustres y aventajados. La revolución francesa había lanzado sobre nuestro suelo millares de emigrados virtuosos é instruidos, que buscaban en la generosidad española un abrigo contra la voracidad de la guillotina revolucionaria; y España, que debía dentro de pocos años lanzar de su seno tantos proscritos, pagaba entonces anticipada la triste deuda de la futura hospitalidad. Hablase hecho casi moda y buen tono en todas las casas pudientes recibir para ayos de sus hijos á eclesiásticos franceses, fugitivos de aquella sangrienta carnicería, y ciertamente que no tuvieron motivo para arrepentirse. Los individuos del clero francés estaban entonces á mayor altura de ilustración y de ciencia que los de igual clase en España, y aplicábanse con ahinco á corresponder dignamente á la benévola acogida que encontraban sus talentos, sus virtudes y sus desercias. Tocóle también por ayo á nuestro D. Ángel ilustrado canónigo emigrado, llamado Mr. To' bajo su dirección estudió, á par de las primeras, la lengua francesa y elementos de historia y de geografía. Desde aquella temprana edad le asimismo revelados los principios de las bellas artes é inoculado el gusto por la pintura, en que ser después tan sobresaliente aficionado, al

do los primeros rudimentos del dibujo bajo la dirección de Mr. Verdiguier, escultor francés establecido en Córdoba.

Pero la primera invasión de la fiebre amarilla, que tan horribles estragos hizo en Andalucía, obligó á sus padres á llevarlo á Madrid, dándole por ayo á un honrado sacerdote, que le enseñó la latinidad, y por maestro para continuar sus estudios de francés, historia y geografía, á Mr. Bordes, también emigrado francés, muy protegido del Duque, su padre.

Los instintos artísticos y literarios brotan en la primera infancia en todos aquellos á quienes la Providencia destina para que cultiven las artes ó conserven vivo sobre la tierra el fuego sagrado del entusiasmo, que están encargados especialmente de eternizar y de transmitir á las generaciones sucesivas los grandes poetas. Don Ángel Saavedra fué pintor y poeta desde la cuna. Aficionadísimo ya en sus más tiernos años á los versos, hubo además circunstancias domésticas que determinaron esta inclinación y fomentaron en gran manera lo que era ya en él efecto del temperamento, espontáneo producto de una imaginación lozana, influencia de la patria y del clima y generoso presente de la naturaleza. El Duque, su padre, hacía también versos, y no malos, en el estilo de Gerardo Lobo, y había en la casa un antiguo mayordomo que los componía con singular facilidad, atestados de retruécanos y equívocos, y que en todas las festividades de familia se creía en la obligación de dar muestras de su festiva y fecunda vena. Eran demasiado inmediatos, si no muy notables y distinguidos, estos ejemplos, para que no obrasen poderosamente sobre la precoz imaginación

del joven D. Ángel, y le estimulasen á probar también fortuna en aquel doméstico certamen. No menor pasión mostró por el dibujo, y el mayor castigo que le podían imponer para reprimir sus juveniles travesuras (en las que cuenta la historia que sobresalía grandemente nuestro protagonista) era recogerle los lápices y prohibirle el dar lección de aquel su arte favorito y su entretenimiento predilecto.

En el año de 1802 perdió D. Ángel al Duque, su padre, que falleció en Barcelona, á donde había ido con la corte á recibir á la princesa napolitana Doña María Antonia, primera esposa de Fernando VII, entonces Príncipe de Asturias, y de la cual estaba nombrado Caballerizo mayor. Distingúale el rey Carlos IV con singular favor, y en demostración de lo que había sentido su muerte y del aprecio que hacía á su memoria, condecoró al heredero de la casa, hermano mayor de D. Ángel, con los empleos de exento de Guardias de Corps y de gentilhombre de cámara con ejercicio, y con servicio particular cerca de su persona.

Don Ángel había recibido también, á la edad de siete años, la gracia de capitán de caballería, agregado al regimiento del Infante, y al fallecer su padre, la Duquesa viuda, que quedó tutora y curadora de sus hijos, dispuso que entrase en el real Seminario de Nobles de Madrid, para que recibiese la brillante y esmerada educación que en él se daba. Hallábase entonces en efecto aquel establecimiento bajo el pié más brillante, y podía competir con los mejores de la Europa, así por su organización como por el mérito y circunstancias de sus esclarecidos profesores.

Era su director general el brigadier D. Andrés López de Sagastizábal, tanto más notable por sus modales finos y cortesanos, por su varia y escogida erudición y por un talento y tacto particular para el cargo delicado que desempeñaba, cuanto que había empezado su carrera de soldado raso. El laborioso y conocido humanista D. Manuel de Valbuena era regente de estudios, y eran asimismo hombres notables y escogidos en todas las carreras los catedráticos y directores de sala, encargados de dar á los niños de las familias ilustres una educación, que por cierto no encontrarán en el día, después de tantos adelantos y progresos, en ningún establecimiento público.

Estudió D. Ángel latinidad con D. Antonio Salas, poética y retórica con D. Demetrio Ortiz, hoy ministro del Tribunal Supremo de Justicia, y que ha conservado el más tierno cariño á su discípulo predilecto; matemáticas con D. Agustín de Sojo, y geografía é historia con el célebre D. Isidoro de Antillón. Cultivaba al mismo tiempo el dibujo y el idioma francés, y se ejercitaba en la esgrima, en la que salió notablemente aventajado. No sobresalía don Ángel ciertamente por su aplicación, ni mostraba la tenacidad necesaria para adelantar con grandes progresos en estudios profundos y en especulaciones científicas; pero era notablemente distinguida la vivacidad de su ingenio, la facilidad de su comprensión y su felicísima memoria, debiéndose á estas aventajadas disposiciones el lucimiento con que en todos los exámenes y actos públicos solía brillar más que otros compañeros suyos de esmerada aplicación é infatigables en el trabajo. La poesía y la.

historia eran sus estudios favoritos, las ciencias exactas inspirábanle tedio y aversión profunda, como suele acontecer en todos aquellos en quienes predominan las facultades de la imaginación; y en aquella época componía versos de bastante mérito, ya en traducciones de los clásicos latinos, ya en composiciones originales en que se proponía seguir las huellas de Herrera, autor que él creía, ó que le hicieron creer, y no por cierto sin razón sobrada, que era el modelo mejor que podía imitar su naciente musa.

Otras tareas, empero, y otras ocupaciones debían atajar el vuelo de su lozana fantasía y los progresos de su afición literaria. La época no era entonces de letras: era de armas. Abrasábase la Europa en guerras. Las portentosas y sangrientas campañas del emperador Napoleón absorbían la atención del mundo entero y amenazaban la existencia de todos los pueblos y naciones. De un extremo al otro de la Europa crujía el estruendo de las armas y tronaba por todos los campos el cañón de las batallas. Todavía no se había dado en nuestra península la señal de combatir; pero todas las imaginaciones estaban preocupadas por la guerra, que se avanzaba como una necesidad fatal. Su instinto fermentaba inquieto y vago, pero poderoso y amenazador, en los corazones de todos, y con más ardor en la sangre de la juventud. Era entonces España aliada de Bonaparte, y aquel cometa de guerra arrastraba en su órbita sangrienta, no menos á los que no eran sus contrarios, que á sus declarados enemigos. Dispúsose para marchar al Norte la famosa expedición auxiliar confiada á las órdenes del Marqués de la Romana. Don



Ángel, á fines del año de 1806, cumplidos apenas los diez y seis de edad, había salido del Seminario para incorporarse á su regimiento, que estaba de guarnición en Zamora, y fué aquel cuerpo uno de los de caballería que debían marchar á hacer la guerra más allá del Rhin á nombre del ambicioso Emperador. Pero la Duquesa viuda, vivamente apesadumbrada de que su hijo se separase de ella en tan tierna edad para ir á guerrear en aquellas lejanas tierras, por una causa que no era la de su patria, y deseosa, como tierna madre, de que adelantase más rápidamente en su carrera sin exponerse á tantas fatigas, consiguió que pasara á empezar sus servicios al cuerpo de Guardias de la Real persona, dejando su empleo de capitán efectivo por el de alférez sin despacho, como simple guardia.

No era ciertamente aquel cuerpo una escuela de literatura, ni el cuartel de Guardias de Corps el sitio más á propósito para perfeccionar la esmerada educación de un joven ilustre. Pero por fortuna de D. Ángel, tocóle en suerte tomar plaza en la compañía flamenca, compuesta de caballeros extranjeros, la mayor parte belgas, que, ó por gozar de menos bienes de fortuna ó por estar más lejos del mimo y amparo de sus familias, ó por haber recibido en sus primeros años una educación más esmerada, vivían en el cuartel con más disciplina y compostura. Fué su compañero de cuarto un Mr. Bouchelet, joven fino, moderado é instruído, que pasaba los días leyendo, pintando con primor en miniatura ó tocando la flauta con singular habilidad, y el nuevo guardia, trabando con su camarada estrecha amistad, y estimulado de noble emulación, pintaba también y leía

á su lado. Empezaron asimismo sus relaciones de afecto con el Conde de Haro, hoy Duque de Frías, desde su edad más tierna aficionadísimo á las musas, y con D. José y D. Mariano Carnerero, y D. Cristóbal de Beña, jóvenes literatos que, bajo la dirección de Luzuriaga y del famoso Capmany, redactaban un periódico literario. Don Ángel empezó también á ensayar en él sus fuerzas y á buscar en sus páginas los primeros desahogos de la publicidad, que tanto halagan al talento naciente, que tanto alientan y dilatan en la juventud primera el corazón entusiasta, que necesita para respirar y vivir la brisa vivificante del aplauso y de la gloria. Don Ángel escribió para aquella publicación varios versos y algunos artículos en prosa; y solícito no menos de cultivar el arte de la pintura, para el cual había mostrado tan felices disposiciones, había tomado por maestro al pintor de cámara D. José López Enguidanos. Ciertamente que la conducta de nuestro protagonista podrá parecer ejemplar, comparada con el proverbial desarreglo que caracterizaba al privilegiado cuerpo en que servía.

Tocóle empezar á servir como guardia, después de algunos meses de aprendizaje, en las jornadas de los reales sitios de 1807, primero en Aranjuez, y en el Escorial en seguida. Ya entonces hirió su atención la primera escena del espectáculo político, que después había de desenvolverse á los ojos de la nación y del mundo en cuadros tan variados como sorprendentes y espantosos. En el Escorial vió don Ángel levantarse el telón del drama revolucionario. Allí empezó, con los famosos sucesos del Escorial, con el alto escándalo de la causa formada al Prin-

cipe de Asturias, y con la prisión del primogénito de los Reyes. La revolución empezaba, y empezaba desgraciadamente, antes que en las plazas públicas, en el palacio de los Monarcas. Tremenda expiación debía venir después sobre los autores y cómplices de tales escándalos; grandes plagas de calamidades y de infortunios sin cuento debían llover á poco sobre las elevadas personas, que así faltaban, ellas las primeras, al respeto debido á su carácter augusto; grave baldón, y menosprecio y descrédito sobre el sagrario del trono, cuyas cortinas ellos descorrían, para que viesen los pueblos en él las miserias y flaquezas de la humanidad. Aquel prestigio conservador de la monarquía recibía su primer golpe, pero golpe ya de muerte y en el corazón, primera hendidura del vetusto edificio que debía conocerse más tarde, cuando el vaivén del terremoto lo sacudiese; fermento y levadura primera de la revolución que insensiblemente se inoculaba en la sangre del pueblo. Acaso este espectáculo no dejó de influir en el carácter político de nuestro D. Ángel y en el sesgo de sus ideas, quizá sin que él mismo lo percibiera. Cuando años más adelante contribuyó él á trasladar preso á un monarca de una ciudad á otra de la Península, ni él tal vez, ni los jueces que le condenaron se acordaban sin duda de que había empezado su vida viendo á aquel rey preso é infamado por sus propios padres, reyes también, y reyes españoles.

Poco después de aquellos ruidosos sucesos se verificó la reforma del cuerpo de Guardias. Quedaron suprimidas las compañías extranjeras, se declaró jefe supremo del cuerpo al *Príncipe de la Paz*, y las esperanzas de D. Ángel de hacer pronta carrera se

desvanecieron, así por el gran número de jefes que quedaron supernumerarios, como porque aquel poderoso personaje no miraba con ojos muy favorables á la familia de Rivas, y estaba particularmente indispuesto con el Duque, hermano mayor de don Ángel.

Pero entretanto se aproximaban á más andar los extraordinarios sucesos de 1808. Los ejércitos de Napoleón atravesaban los Pirineos, y bajo pretexto de pasar á Portugal se apoderaban de las plazas fuertes de España. La corte de Aranjuez, conocida ya por verdaderos intentos de los invasores, aunque atrevida á revelarlos, andaba aturrida y desatenta. Quiso reunir en derredor de sí el mayor número de tropas posible, y á mediados de Marzo llamó á toda la guarnición de Madrid. En la medida que produjo esta medida, formábanse milicias á cual más temerosas y extrañas sobre el que la impulsaba. Como quiera, los sucesos preparaban eran extraordinarios, y el deseo de parte en ellos de tal manera aguijoneaba y su ánimo, que habiéndose dispuesto la salida de escuadrones de guardias, y que no habiendo un número de caballos, quedasen en Madrid más jóvenes, entre los cuales se contó y le fué concedido marchar en un potro de última remonta. Entonces fué testigo de los sucesos memorables de Aranjuez y la caída de un privado, la destitución de un padre, y el alzamiento popular, y en Madrid, en la escolta del nuevo rey Fernando, día que con tanto júbilo y entusiasmo

y aclamaciones, le recibió, enloquecida de placer y de esperanzas, la capital de la monarquía, ocupada é invadida ya por los ejércitos franceses.

La fermentación iba cundiendo: la situación se complicaba cada día; la familia real abandonó la capital de sus dominios, dejándose á la espalda el antemural que le ofrecía la entusiasta lealtad de sus súbditos: el descontento contra los franceses se revelaba por todas partes en síntomas inequívocos, presagios de más violentas demostraciones. El terrible dos de Mayo estalló al fin, amenazadora é imponente, aunque vencida, la indignación del pueblo de Madrid. No presenció D. Ángel aquellas escenas de sangre, porque al amanecer de aquel mismo memorable día había salido á Guadalajara con un escuadrón, que la junta de gobierno, dominada por el Duque de Berg, envió á dicho punto, y que regresó á los pocos días. Pero el cuerpo de Guardias, ya por la parte inmediata que había tenido en los sucesos de Aranjuez, ya por la influencia que ejercían entonces en el ánimo del pueblo sus individuos, era mirado con gran desconfianza por los franceses; y aunque reducido en la capital á menos de la mitad de su fuerza, por los gruesos destacamentos que habían acompañado hasta la frontera á las personas reales, todavía el príncipe Murat deseaba sacarle de Madrid, y empuñarle en seguir á alguna de sus divisiones destinada á invadir las provincias. Mas sabiendo que en el cuartel se celebraban reuniones clandestinas de jefes, oficiales y guardias para tomar un partido decisivo, y que habían salido disfrazados varios individuos del cuerpo á fomentar el levantamiento de las provincias, mandó que marchase al Escorial con

sus estandartes, y con toda la fuerza disponible. Causó grande agitación y alarma esta orden. Muchos jefes, exentos, oficiales y guardias pidieron en el acto su retiro ó su licencia absoluta. Procuró tranquilizarlos el ministro convocando á su despacho á los jefes é individuos más influyentes, entre los que se contaban nuestro D. Ángel y su hermano el Duque. Hiciéronseles promesas, ofreciéronseles seguridades, y se les prometió que no encontrarían un solo francés en el camino, ni en El Escorial. Pero salido el escuadrón de Madrid, y apenas habla pasado de Galapagar, se encontró con dos escuadrones franceses de dragones y un batallón de infantería ligera, que dejando pasar á los guardias, siguieron detrás de ellos, como á un cuarto de legua, entrando casi á un tiempo en El Escorial, donde estaba acantonada la división francesa del general Frére.

Allí pasaron ocho días en la mayor ansiedad, alarmados de continuo con los avisos confidenciales que recibían de los parientes y amigos de Madrid, anunciándoles cada día peligros y asechanzas. Quién escribía que iban á ser pasados á cuchillo á media noche en sus alojamientos: quién que los franceses trataban de provocar, por medio de una querrela, una refriega en que exterminarlos: quién que iban á ser desarmados y llevados en reata á Francia cargados de cadenas: voces y rumores denotan el estado de exaltación y de zozobra en que se hallaban entonces los franceses á los que en cierto modo podía prestar por la manera irregular con que habían sido tratados, y con que eran tratados en El Escorial una angustiosa posición, llegó una tarde al

oficial de guardias españolas Quintano, con pliegos para el general Frére. A su recibo hizo que sigilosamente tomaran sus tropas las armas en sus cuarteles y que con disimulo se reforzasen los puestos; y convocó á su casa al general Perellós con los exentos, oficiales y algunos guardias, entre los que fué don Ángel con su hermano el Duque. Recibiólos el francés con la más atenta urbanidad, y rogando al mensajero que expusiese el objeto de su viaje. Quintano, después de un diestro preámbulo, manifestó que el colegio de artillería de Segovia estaba en insurrección, que iban á marchar fuerzas francesas á sujetarlo, y que el príncipe Murat deseaba que el escuadrón de guardias las acompañara, para procurar con su prestigio calmar la efervescencia de aquella ciudad, y evitar que se llegase al último extremo. Reinaba mientras este discurso gran inquietud en la asamblea, sin embargo de que el oficial enviado, persona tan sagaz como cortés y discreta, no omitió ninguno de aquellos primores que disfrazaban la orden, presentándola sólo con el carácter de una insinuación y de un buen deseo. Mas finalizada apenas su arenga, levantóse nuestro D. Ángel de su asiento y con impetuoso ademán, y con todo el calor de los diez y ocho años, empezó á contestar á nombre de todos, negándose á marchar sobre Segovia, y manifestando alta y resueltamente que ningún guardia pensaba en hacer traición á su patria, ni contribuir como instrumento de extraña tiranía á la opresión y castigo de sus compañeros de armas. En esta primera arenga y estreno de nuestro personaje, era tan noble y patriótica la atrevida resolución, cuanto fueron acaloradas y descompuestas sus razones. Aplaudieron, sin

embargo, todos su arranque de osadía y elocuencia, quedóse perplejo el general francés, y prudente el oficial, para atajar los resultados desagradables de una resolución estrepitosa, se limitó á echar en cara del arrojado mozo su poca edad, y la inconveniencia de tomar el primero la palabra delante de tantas personas de respetabilidad y de servicios. Per contra su propósito, sus palabras produjeron el efecto de irritar más los ánimos, y de que todos levantasen tumultuosamente la voz en favor de D. Ángel. Cómolos en fin el general francés, accediendo á que el escuadrón quedaria en El Escorial, ó regresar á Madrid, ya que se negaba á cooperar á los bu deseos del Duque de Berg, y regresó en posta (tano á Madrid, portador de la nueva de sus in esfuerzos.

Pasaron aquella noche con ansiedad y en guardias, preparados sus caballos y sus armanecer advirtieron que la división francesa evacuado el pueblo; y á media mañana re la orden de regresar inmediatamente á Madrid. Deliberaron allí sobre tomar un lapagar. fueron varios y discordes, como acontecieron los pareceres. Opinaban unos porque se dispersara, esparciéndose sus individuos; otras para fomentar y organizar su movimiento: creían otros más convenir reunidos, y aprovechar la ocasión para char al punto en que se formase el español. Eran de esta última opinión el Duque su hermano; mas como no! ridad que decidiera, cada cual aq



su resolución y su camino; dispersándose los primeros y quedándose los últimos con el general Perrellós y con sus estandartes. El mermado escuadrón, reducido á menos de la mitad de su fuerza, recibió en la Puerta de Hierro la orden de ir á Pinto sin detenerse ni entrar en la corte. Siguió D. Ángel á sus compañeros, y su hermano entró en Madrid para ver y tomar datos más seguros, á fin de adoptar una determinación conveniente y decisiva.

En Pinto conocieron cuán pocos eran para permanecer reunidos y abrazar como cuerpo la causa de la nación, no pudiendo abrirse paso á través de tantas tropas francesas como circunvalaban la capital. Fuéronse unos tras otros ausentando todos los que habían llegado allí; y D. Ángel Saavedra entróse de oculto en Madrid á reunirse con su hermano. Era de opinión de irse á Castilla, donde se decía que se habían incorporado á las tropas del general Cuesta los destacamentos de guardias que habían acompañado á las personas reales, y que representaban todo el cuerpo, teniendo allí dos estandartes; pero el Duque, entusiasmado con las noticias de Zaragoza, y con el nombre de Palafox, de quien era compañero y particular amigo, decidió que emprendiesen el camino de aquella ciudad. Salieron los dos hermanos á Guadalajara, y en pocos días preparado su viaje, y escondidos sus papeles y sus armas en los tercios de una acémila, disfrazados y provistos de buenos caballos, tomaron la ruta de Zaragoza, evitando el camino real.

Iban encontrando alarmada toda la tierra; y avizoradas todas las gentes de los pueblos, miraban con recelo á los transeuntes. En un lugar de los prime-

OBRAS DEL DUQUE DE RIVAS.

s de Aragón á que llegaron nuestros viajeros, se  
eron rodeados de gran muchedumbre de personas  
ue les preguntaban con avidez noticias, y que que-  
rían indagar sus nombres y los intentos en que que-  
naban. Manifestáronles D. Ángel y su hermano sus  
pasaportes, firmados por autoridades españolas, si-  
bien con nombres supuestos, cuando tropezando  
desgraciadamente en la plaza la acémila, rompióse  
el lio en que llevaban ocultas las armas. Los luga-  
reños, que vieron rodar por el suelo espadas, pistolas  
y carabinas, gritaron *traición*, palabra de muerte  
entonces, y querían en tumulto dársela pronta á los  
viajeros. El alcalde los salvó del primer ímpetu de la  
cólera de las turbas, encerrándolos en la cárcel, á  
cuya puerta se agrupaba bramando el enfurecido pai-  
sanaje, que decía haber visto entre las armas grillos  
y esposas para *atar españoles y venderlos á Napoleón*.  
Pero por gran fortuna para los dos presos, estaba en  
el pueblo aquel uno de los guardias de Corps que se  
habían dispersado en Galapagar, y que gozaba en él  
de mucha influencia y popularidad. Acudió al luga-  
del desorden, penetró en la cárcel, y reconocién-  
en el Duque á un estimado jefe, y en D. Ángel á  
compañero querido, publicó sus nombres, a-  
rando que eran leales patriotas y amigos del  
Palafox. Trocóse luego al punto el furor por  
rendidos agasajos; la prisión en obsequios  
daje, y los gritos de muerte en vivas y aclan-  
de entusiasmo, con que por toda la durac-  
noche quisieron aquellas gentes comper-  
guna manera á nuestros caminantes el m-  
á su recibimiento habían debido pasar.  
Pero escarmentados éstos con este

informados de que antes de llegar á Zaragoza hallarían nuevas dificultades, y de que era verdad que había con el general Cuesta un escuadrón de su cuerpo, mudaron de plan y de dirección, encaminándose á Castilla, buscando la sombra de sus estandartes. Hubo de ser penosa, tarda y rodeada su marcha para no topar con franceses, y no pudieron llegar á los reales españoles hasta después de las jornadas de Cabezón y de Rioseco, encontrando al fin al ejército recobrándose de aquellos gloriosos desastres en las inmediaciones de Salamanca.

Fueron muy bien recibidos en San Muñoz por el general en jefe, y marcharon seguidamente á Tammes. Hallábase allí un escuadrón de guardias compuesto de los destacamentos que habían acompañado á la familia real á Francia, y de los dispersos de Madrid, Galapagar y Pinto, componiendo una fuerza de 200 hombres, mandados por el exento Marqués de Palacios, y muy acreditados ya por la bizarria con que habían peleado en Rioseco. Uniéronse á ellos los hermanos Saavedras, como quien después de muchos peligros arriba á los lugares domésticos; que en aquella guerra santa y pura eran para los españoles la familia sus camaradas, y su paterno solar el campamento.

Ganada en las vertientes meridionales de Sierra Morena la gloriosa batalla de *Bailén*, marchó el ejército de Castilla sobre Madrid á incorporarse con el del general Castaños, y en esta marcha combatió D. Ángel por la primera vez, saliendo en guerrilla á picar la retaguardia de un destacamento francés rezagado en Sepúlveda. Incorporado entonces á un escuadrón de guardias de la división que mandaba

el Conde de Gante, marchó con ella á Logroño. Fué atacado á los pocos días por tropas francesas. Los guardias hicieron entonces importantes sacrificios, y las orillas del Ebro los vieron combatiendo con tanta bizarría como los habían visto las montañas del Orbigo y las llanuras de León. Don Ángel repartió los peligros y la gloria de sus compañeros en todos aquellos sucesos, y pasó poco después á dar una nueva organización al ejército, á reunirse al escuadrón del mismo cuerpo que se había reunido en Madrid, y que formando parte de la división en la desgraciada jornada de Tudela, fué necesario en la voladura del repuesto de municiones de Tarazona. Perdió en aquella noche el caballo, y recibió una fuerte contusión, que le dificultó hacer la penosa marcha de la retirada. Llegó á las casas del caballo de su hermano D. Ángel.

Retiráronse sobre Madrid, y en una refriega cerca de Alcalá sacó D. Ángel el caballo muy mal. Perdido Madrid, hizo la retirada á Cuenca. Después del desastre de Uclés, en que se halló al frente por ordenanza del General en jefe, marchó con su escuadrón á la Mancha. Pero adoleció gravemente de calenturas pútridas, y tuvo que retirarse á convalecer, acompañándole su hermano, á la casa de Córdoba, donde tenían á su madre. Restaba el enfermo, y marchando ambos á Extremadura, donde se hallaba su cuerpo, pelearon con el memorable batallas de Talavera. Regresó con él el escuadrón, cuyo mando había recibido el Duque, y formó parte de la división que mandaba el general Bernuy, la cual se dedicó á sorprender y arrollar impetuosamente á los franceses.

migos en Camuñas, Madridejos y Herencia, habiendo avanzado hasta Mora, se vió atacada súbitamente por mayores fuerzas y obligada á retirarse precipitadamente por el puerto de la Jara. Empeñada ya en aquel estrecho, apretóla el enemigo de tal manera, que se pronunció en completo desorden, abandonando la artillería. Pero el Duque de Rivas, que era bizarrísimo y entendido oficial, logró mantener firme su escuadrón, y corriendo de uno al otro lado con su hermano D. Ángel y otros valientes, logró restablecer el orden, contener, reunir y rehacer á los fugitivos, y dar por último una carga tan oportuna y denodada, que salvó las piezas de que era ya casi dueño el enemigo.

Después de otras correrías por la Mancha retiróse la división á la Carolina, donde organizado de nuevo el ejército al mando del general Areizaga, marchó decidido sobre Madrid. Preparábansele á nuestro don Ángel en esta campaña más graves peligros y más lastimosos desastres que los que hasta entonces había corrido y presenciado.

Tocaba á su fin el año de 1809, y el 18 de Noviembre, víspera de la desgraciada batalla de Ocaña, avanzó por la tarde la división de Bernuy sobre Ontigola, donde sostuvo un duro choque contra duplicadas fuerzas francesas mandadas por el general París. Hicieron los guardias, al mando del Duque de Rivas, prodigios de valor en aquel reencuentro. Cargaron como desesperados, cuando ya estaba deshecha el ala izquierda de la división, rehaciéndose y volviendo caras tres veces sobre el enemigo, con pérdida de más de la tercera parte de su fuerza. Tuvo D. Ángel herido el caballo desde los primeros

momentos de aquella acción tan desgraciada; pero continuó peleando con indecible desnudo cuerpo á cuerpo y á cuchilladas con los enemigos que le rodeaban. Recibió dos muy peligrosas en la cabeza y una estocada en el pecho, y todavía cerraba firme y desesperado con sus contrarios; pero cercado al fin de enemigos, y atravesado de un bote de lanza, cayó á tierra entre los muertos, y pasó por sobre su cuerpo desangrado, aumentando sus heridas, el tropel de los combatientes. Su hermano el Duque, que á lo lejos entre el humo y la confusión de la pelea lo había visto en tan peligroso empeño, volaba á toda brida á su socorro, cuando lo vió caer y desaparecer entre la muchedumbre, que no podía atravesar. Cerró triste y negra la noche: los nuestros, en confuso desorden, se retiraron á Ocaña, donde estaba ya el grueso del ejército; y los franceses, con pérdida de su general, se replegaron sobre Ontígola, quedando por unos y otros abandonado el campo de batalla, cubierto de cadáveres. Reunía el Duque de Rivas junto á las tapias de Ocaña los destrozados restos de su gallardo escuadrón, y á la siniestra luz de un hacha de viento pasaba lista para cerciorarse de su pérdida. Su hermano no estaba allí. Cien veces repitió su nombre con el acento de la desesperación, y nadie respondía. Por último, y con las lágrimas en los ojos, rogó á algunos guardias que saliesen en busca de su cadáver. Hiciéronlo así varios que amaban mucho á su comandante y que conocían toda la intensidad de su gran dolor, pero fué vana su fatiga. La Providencia envió por otros medios socorro al joven moribundo.

Era más de media noche cuando volvió en sí don Ángel. Sintióse rodeado de cadáveres de hombres y caballos, y oía en derredor los quejidos de los moribundos. Estaba casi desnudo, porque había sido despojado. Divisaba por uno y otro lado lejanas fogatas, y probó con angustiosos esfuerzos á caminar por entre rotas armas y sobre charcos de sangre. A pocos pasos sintióse desfallecer, turbó su cabeza el vértigo de la agonía, y se preparaba á morir. Pero entre las tinieblas de la obscurísima noche, creyendo divisar el bulto de un hombre que llevaba detrás de sí un caballo, le gritó para que viniese á socorrerle. Era un soldado español del regimiento del Infante; su nombre ha quedado en la agradecida memoria de nuestro protagonista, de cuyos labios lo hemos oído alguna vez. Llamábase Buendía, y había venido al campo á recoger despojos. Acercándose y enterado de quién era el herido, con gran trabajo lo levantó del suelo, y terciándolo sobre el caballo lo mejor que pudo, lo condujo á Ocaña.

Estaban los hospitales tan atestados de heridos y moribundos, que ya no hubo para éste cabida. Buendía consiguió, á fuerza de ruegos, que lo admitiesen en una casa particular, donde le fueron prodigados todo género de socorros, y corrió en seguida á media legua de allí, donde con los restos de su escuadrón vivaqueaba el Duque. Voló éste á abrazar á su hermano, después de recompensar largamente al soldado libertador, é hizo traer, casi á la fuerza, un cirujano de hospital. Vino, y halló al herido moribundo. El frío de la noche, contrayendo las heridas y coagulando su sangre, había contenido su pérdida; pero al calor del lecho y de una atmósfera más tem-

## OBRAS DEL DUQUE DE RIVAS.

la sobrevino una espantosa hemorragia. No ha-  
el cirujano otra cosa que recetarle que la Extre-  
mación, y salió á prestar sus auxilios á quienes  
udiesen aprovechar. Traspasado de dolor el Du-  
que, demandaba en vano otro facultativo, y las gen-  
es de la casa trajeron un barbero del pueblo, que  
hizo diestramente la primera cura, y que dió muy  
buenas esperanzas.

En esto amanecía: los tambores batían generala  
por todas partes; los enemigos estaban encima. El  
Duque, dando un doloroso abrazo á su hermano  
moribundo, dispuso que trajeran un carro del país  
para alejarle de allí, con otros siete guardias heri-  
dos, sobre cuya suerte velaba con no menos ternura  
que sobre la de su hermano. Y para ir más descui-  
dado á donde le llamaban los clarines, rogó al sub-  
brigadier D. Julián Pobeda y al guardia Mendinueta  
que acompañasen y custodiasen, hasta ponerle en  
salvo, su para él tan precioso depósito.

Marchó el carro lentamente, y á poco empezó á  
oirse á su espalda el gran rumor de la espantos-  
batalla. Cuando á media tarde llegó á Tembleque  
ya los fugitivos y dispersos anunciaron la infaus-  
nueva de aquella infelicísima jornada. Los si-  
guardias que acompañaban á D. Ángel, uno  
otro se habían ido muriendo por el camino: só-  
continuaba firme y animoso en situación tan h-  
ble. La confusión crecía por momentos. Por  
Mendinueta entráronse con él en el carro pa-  
tirle más de cerca, y apresuraron la fuga.  
camino real se puso á poco intransitable,  
mero de fugitivos, carros, cañones y h-  
llegaban precipitados, y ya perseguidos



cer aparecieron los franceses, deteniendo y acuchillando aquellas apiñadas turbas. Oíanse sus voces y el estruendo de los pistoletazos: los criados de Pobeda y Mendinueta, que seguían el carro con los caballos de sus amos, les rogaron que se pusiesen en salvo y abandonasen al herido; pero aquellos pundonorosos caballeros y leales amigos, con heroica resolución mandaron á sus criados que escapasen como pudiesen, quedándose ellos con su compañero para perecer con él. Era Pobeda de Daimiel, conocía la tierra, y dispuso tomar otro rumbo. Con ruegos, amenazas y ofertas obligó al carretero á dejar el camino real y á seguir á campo atraviesa la dirección de aquella villa. La misma confusión favoreció sus intentos, y después de vencer mil obstáculos para atravesar aquellas llanuras, llegaron al amanecer á Villacañas, donde descansando el herido, y hecha la segunda cura, se halló más repuesto y animoso. A su estada en aquel pueblo compuso después aquel bello romance que empieza:

Con once heridas mortales,  
Hecha pedazos la espada,

que anda impreso en sus poesías, y que saben muchos de memoria. Pasados allí tres días, prosiguió su viaje con más seguridad por el camino de Montirón. Mendinueta regresó en busca de sus estandartes á meterse en nuevos peligros y á anunciar al Duque que su hermano quedaba en salvo; y después de once días de penosísimo viaje, llegó Pobeda con el herido á Baeza.

Halló en aquella ciudad la más esmerada asistencia, y al cabo de veinte días hallóse muy repuesto,

El regalo de la casa paterna apresuró su convalecencia, aunque por la frecuencia con que vomitaba sangre temiesen los facultativos que á la larga produjesen algún funesto resultado sus peligrosas heridas, algo precipitadamente cicatrizadas. Pero á principios del año 1810 forzaron los franceses el paso de Sierra Morena, y se derramaron por Andalucía. Retiróse D. Ángel con su madre á Málaga detúvose allí arbitrariamente Abello, que habia prevenido la población contra las autoridades legítimas so pretexto de defenderla: entraron de pronto los enemigos, no pudo embarcarse, y después perder sus caballos, equipajes y dinero, tuvo que esconderse con su afligida madre, disfrazado de esta angustiadísima posición un oficio de esta barraca de un pescador del Perchel. pasado á los franceses, que algunos meses habia estado en Córdoba alojado y obsequiado en una opulenta casa de los entonces ocultos y ocultos. Este hombre generoso los descubrió por

lidad, y facilitó á D. Ángel y á la afligida Duquesa pasaportes con nombres supuestos, caballerías y dinero con que dirigirse por la costa á Gibraltar, á donde llegaron felizmente. Pasó desde allí á Cádiz, acabado de sitiar por los franceses, y volvió á ver á su amado hermano, que acababa de llegar, siempre al frente de su escuadrón de Guardias. La Regencia del reino, instalada en la isla de León, y presidida por el general Castaños, colmó á D. Ángel de honras y elogios, y le concedió en premio de sus servicios el grado y sueldo de capitán de Caballería ligera, quedando agregado al cuerpo de Guardias, y otra vez á las órdenes de su hermano. Y formado á poco por el general Blake el estado mayor de los ejércitos, entró D. Ángel como adicto en el estado mayor general, que se estableció cerca del Gobierno, y tres meses después con plaza efectiva de ayudante segundo.

Agitada y azarosa había sido la vida de nuestro protagonista en las fatigas y vicisitudes de aquella campaña. Había, ciertamente, en los trabajos de la guerra de sobra con que absorber y ocupar toda la actividad, ardor y entusiasmo de la juventud primera. La dirección belicosa que debían haber tomado todos los espíritus y todas las pasiones; los temores continuos; los frecuentes reveses; las largas marchas y penosas fatigas corporales, poco espacio podían dejar á los vuelos de la imaginación y al estudio de aquellas artes, para cuyo cultivo ha necesitado siempre el ingenio recogimiento, ocio y regalo. Sin embargo, nuestro D. Ángel no había dejado, en medio de los trabajos de la campaña, sus ocupaciones favoritas, y los mismos extraordinarios

sucesos, ó los variados cuadros que á su vista se desarrollaban, acaloraban á veces su fantasía. El entusiasmo es más que la sensibilidad. Es esta una cualidad meramente pasiva; la otra fecunda, expansiva y creadora. Los hombres muy sensibles y delicadamente impresionables sienten mucho, gozan ó padecen mucho, viven más vida que los otros hombres; pero pueden absorber en sí mismos esa vida, y como los cuerpos negros la luz, guardar en su propio corazón sus impresiones. El entusiasmo las recibe para reflejarlas, para comunicar á todos los demás lo que en sí no cabe y rebosa. El entusiasmo no siente sólo, se inspira; no sólo vibra, suena; no sólo arde, quema; no sólo escucha, canta; y después de mirar pinta. Don Ángel Saavedra, primero que militar, había nacido entusiasta, porque había nacido poeta. Necesitaba cantar lo que sentía, pintar lo que miraba. No había dejado de hacer versos y cuadros. Ni los unos ni los otros eran entonces buenos; pero no importaba. No era la época de la perfección, era la del estudio, la del progreso. Las artes son también una especie de guerra, y sólo los que han combatido en esa liza saben cuán dura es á veces. En las batallas del genio, la lucha no es el triunfo, y también en sus reveses hay mérito y gloria. Muchos grandes talentos, como muchos grandes capitanes, han empezado por derrotas que no dejan de ser hazañas. Nuestro poeta no podía hacer entonces obras maestras; pero sus producciones mantenían y atizaban el fuego sagrado de las musas, que á veces, si no se remueve, se apaga. Compuso entonces una oda al alzamiento de la nación española, otras piezas líricas que se imprimie

ron después entre sus poesías, y canciones patrióticas; versos de circunstancias, que él mismo no ha querido que sobreviviesen á los sucesos que los inspiraban. Y también en los campamentos y cuarteles dibujaba siempre que podía, ya haciendo ligeros retratos de sus compañeros, y alguna vez de sus patronas, ya tomando apuntaciones de grupos de soldados, caballos y cañones; de escenas militares, ó de vistas y paisajes; todo, si no con gran maestría, con mucha inteligencia, animación y verdad.

Esta facilidad de escribir y práctica de dibujar le hicieron singularmente apreciado en el estado mayor, en que sus jefes le encomendaron el Negociado de topografía é historia militar. Y sus heridas, su vivacidad, su carácter blando, y su trato jovial y ameno le granjearon el cariño de todos sus compañeros. Escribió entonces con mucho acierto los resúmenes históricos formados sobre los partes oficiales de los ejércitos, que se presentaban mensualmente al Gobierno: documentos preciosos para la historia de la guerra de la Independencia, que habrán desaparecido ó yacerán sepultados en algún archivo; publicó una defensa larga y razonada del estado mayor, contestando á un folleto que pareció en Cádiz contra aquel establecimiento; redactó varias exposiciones y memorias al Gobierno sobre la organización del cuerpo; y fué el redactor y director del periódico militar del estado mayor, que se publicó semanalmente en Cádiz con general aceptación en todo el año de 1811.

Por estas ocupaciones facultativas no abandonaba sus predilectos estudios. La amistad que entonces contrajo con el Conde de Noroña, Gobernador de

Cádiz, con D. Juan Nicasio Gallego, y el trato frecuente con D. Manuel José Quintana, D. Juan Bautista de Arriaza, D. Francisco Martínez de la Rosa y otros esclarecidos literatos, avivaron su pasión por la poesía, haciéndole progresar cada día, si no en la inventiva y originalidad, hasta donde no se atrevía á lanzarse entonces, sí en la corrección y pureza del lenguaje, en la fluidez y sonoridad de la versificación, en la profundidad y elevación de los pensamientos. Distínguese ya por estas dotes el *Paso honroso*, poema en cuatro cantos, en buenas octavas, que fué muy leído y aplaudido, y siguiendo al mismo tiempo su inclinación al dibujo, no sólo ejecutaba planos y croquis por obligación de su empleo, sino que concurría todas las noches á la Academia de Cádiz á estudiar el modelo vivo y á copiar algunas buenas estampas de la escogida colección que aquel establecimiento posee.

Nuestro D. Ángel había nacido artista, poeta, caballero; pero á pesar del papel que le ha tocado hacer, y que no ha desempeñado mal, en la escena de los negocios públicos, creemos que á esta fecha él mismo pensará que no había nacido para ocuparse en materias políticas, y que fué como una aberración en el destino de su vida la parte de hombre público que le ha cabido en suerte. El cometa fatal de la revolución debía lanzar á todos de su órbita y arrebatarlos por un momento en su excéntrica y fatídica carrera. La política ha sido para los talentos de esta época el genio malo que los ha perdido, el epidémico influjo que ha tenido por largos años paralizadas en postración sus fuerzas más vitales, que ha abatido contra la tierra las alas de su vuelo generoso. Afé

tunadamente ese cometa maléfico se aleja. El talento y la juventud se han desprendido de su órbita en sus postreras violentas sacudidas. Las letras y las artes, las ciencias y las musas, han dejado á ese funesto meteoro marchar solo, y ahora, cuando más arrebatado parece que camina, gira ya sin los brillantes satélites que otro tiempo arrastraba, y su sulfurosa lumbre ilumina sólo las regiones de la ignorancia y de la vanidosa presunción. Pero en la época de que vamos hablando, los hombres de más ilustración estaban preocupados de los sentimientos que habían despertado en todo los corazones los sucesos de la guerra, los desórdenes del reinado anterior y la catástrofe de la familia reinante, amalgamado todo con las ideas y teorías que la Revolución francesa había esparcido en la sociedad. Don Ángel había respirado el aire de guerra de los campamentos; respiraba ahora la atmósfera de la isla gaditana y de la sociedad allí reunida, y sin notarlo él mismo, la revolución se inoculaba en sus venas. Había mirado la independencia como el mayor bien de su patria, y la vuelta de Fernando al trono de sus mayores, como el remedio de todos los males pasados, como el principio de una nueva época de regeneración y ventura. Pero tras de los nombres y de los sentimientos de monarquía é independencia habían venido los nombres y las esperanzas de Constitución y de Libertad. Creía, como todos, que los Gobiernos que se habían sucedido desde el alzamiento, eran la causa de los desastres de la duración de aquella guerra desoladora. Las Cortes era la palabra mágica, que simbolizaba el único remedio de los males y desaciertos que lamentaban, y participó na-

turalmente del entusiasmo unánime que excitaba su reunión. Las sesiones de aquel Congreso, á que asistía constantemente, fueron su primera escuela de política. La ardiente fantasía del poeta simpatizaba naturalmente con los fogosos arranques de los nuevos tribunos. Todo lo que se le figuraba reformas merecía sus aplausos, y abrazó con calor las más exageradas ideas del partido liberal. Las doctrinas, como el cólera morbo, son más fulminantes y vehementes en el punto que empieza y cuando tienen una esfera reducida de acción. Cádiz fué entonces el foco generador del cólera político, y adoleció de él gravemente nuestro D. Ángel. Varios versos satíricos y algunos artículos que publicó en el *Redactor General*, fueron el desahogo de aquel entusiasmo. La Constitución del año de 12 fué á sus ojos la obra más perfecta de la inteligencia humana, el monumento más grande de su sabiduría, y el cimiento más sólido de la grandeza y prosperidad nacional. Pero prueba del extravío de estos sentimientos, es que aquellos artículos y aquellos versos no han sobrevivido á los días de vértigo en que nacieron. El cantor de Mudarra, el poeta de los bellos romances, y que celebró después en versos inmortales los caballerosos recuerdos y las glorias tradicionales de la nación española, se burlaría tal vez hoy si pasara la vista por las producciones que le inspiraron sus primeros amores con la revolución y con la libertad: mejores eran sin duda los que, más mozo todavía, había compuesto su primer querida.

No cesaron en Cádiz sus tareas militares. Ascedido á ayudante primero de estado mayor (tenier coronel efectivo), desempeñó varias comisiones i



portantes; se halló eventualmente en la batalla de Chiclana, á donde fué de orden de la Regencia para traer noticias; pero su ardor le llevó á mezclarse activamente en la pelea, antes que atender al inmediato objeto de su comision. Habiendo entrado el Gobierno en algunos recelos del general Ballesteros, pasó á su cuartel general comisionado para averiguar sus intenciones; y cuando, levantado el sitio de Cádiz y perseguidos los franceses, se amotinó en Córdoba la división del general Merino, so pretexto de sostener la resistencia de Ballesteros á reconocer al lord Wellington por general en jefe de los ejércitos españoles, envió la Regencia á D. Ángel con plenas facultades para atajar aquel desorden. El éxito coronó sus esfuerzos. Por su cooperación y consejo, el general Chevarri resumió el mando, restableció la severidad de la disciplina, y se logró sacar de Córdoba en buen orden la división, después de deponer al general y de prender á los oficiales, principales cabezas y promovedores de la insurrección. La guerra tocaba á su fin. El triunfo importante de Vitoria aseguraba la evacuación inmediata de la Península. Don Ángel pretendió ser destinado á la sección de estado mayor que servía á las órdenes de lord Wellington; pero no pudo conseguirlo, y resintiéndose de nuevo de la herida del pecho, que le hacía arrojar sangre por la boca, y aconsejándole los médicos quietud y reposo en el templado clima de Andalucía, pasó á Sevilla destinado al ejército de reserva; y fué á poco comisionado á Córdoba, á mandar y organizar un nuevo regimiento de caballería. Recibida la noticia de la victoria de San Marcial, y de que no quedaba ya un solo francés en el territorio español,

se retiró del servicio militar, con la consideración de teniente coronel que por su empleo le correspondía.

A la vuelta del rey Fernando, y abolida por el decreto de Valencia la Constitución de Cádiz, tuvo D. Ángel la rara suerte de no ser perseguido por sus ideas liberales, como al principio se lo había temido. Lejos de eso, el Rey dispensó á ambos hermanos la más cordial acogida, elogió en pública corte sus servicios militares, y concedió á D. Ángel el empleo de coronel efectivo de caballería con el sueldo correspondiente, consignado como retiro en la plaza de Sevilla. Establecido en la hermosa capital de Andalucía, pudo aprovechar los ocios de la paz y consagrarse de lleno á las tareas literarias y al cultivo de la pintura. Las amistades que contrajo con el respectable anciano D. Francisco Saavedra, con el erudito, aunque extravagante, Vargas Ponce, con el ilustrado Ranz Romanillos y con el poeta D. Manuel María de Arjona, avivaban su afición á la literatura, inspiraban nuevas ideas en su entendimiento, y dirigían sus estudios ó moderaban la fogosidad de su fantasía. Acaso las mismas inclinaciones de su juventud recibían saludables correctivos de aquellos sesudos varones. Sabemos, por ejemplo, que era D. Ángel un tanto aficionado á torear, y Vargas Ponce le dedicaba con tal motivo un romance que empieza con este requiebro:

«Bárbaro, que así desluces  
Los presentes de natura...  
Y en demonio, siendo ángel,  
Tu torpe sandez te muda.

Empero esta dirección, que sin duda era un  
para formar el gusto de nuestro poeta, contribuí

menos poderosamente á cortar los vuelos de su originalidad, y á sujetarle demasiadamente á seguir el camino trillado de nuestros antiguos clásicos y de sus manoseados asuntos; camino á cuyas orillas ya no quedaban entonces flores que pudieran recoger los nuevos peregrinos. Lo menos que podían temer los severos preceptistas de aquella época, eran innovaciones literarias que estaban muy lejos todavía. Los que se llamaron restauradores de nuestra poesía á fines del pasado siglo y á principio del actual, hubieran podido, con más razón y con pretensiones más modestas, llamarse restauradores del buen gusto poético. Eran sin duda un gran progreso, un inmenso progreso después del siglo de decadencia en que yacía postrada la literatura española desde el advenimiento de la casa de Borbón al trono de Castilla. Meléndez, Jovellanos, Quintana, Arjona, Gallego y Lista, eran ciertamente poetas. Ellos volvieron á versificar con la robustez, la resonancia y el vigor, la dulzura y la armonía de Garcilaso, de Quevedo, de León, de Villegas, de los Argensolas, de Rioja y Herrera. Pero, demasiado desdeñosos de la antigua poesía nacional, demasiado amantes de la belleza de las formas, y sacrificando á ella sin duda la grandeza de los asuntos, parecióles que no podía haber sin extravío novedad en los pensamientos y en la manera de sentir; y no puede negarse, por muy reconciliadas que ahora nos hayan puesto con la antigua escuela los excesos de la actual anarquía, que era algún tanto académica é imitativa, y no muy rica de originalidad y de jugo la literatura que recomendaban por modelo. Nunca había sido muy original, muy profunda ni muy elevada la poesía que se llamó andaluza. Le-

jos de tener el carácter de espontaneidad, que debía darle aquel clima tan poético de suyo y donde brotan los versos como las flores, sus principales y más celebrados maestros habían cerrado los ojos, y no sabemos si el corazón, á las bellezas de aquella naturaleza grande, magnífica, todavía más que risueña, para ir á beber sus inspiraciones en los poetas de la moderna Italia ó de la antigua Roma. El mismo Herrera y Rioja son notables por no tener color local. Sus imitadores fueron áridos é insípidos. Eternos amores y pálidas galanterías, tratados á la manera antigua, sin idealismo, sin profundidad, muchas veces sin pasión y sin ternura, eran el tema obligado de sus versos. Respecto de la naturaleza y de sus escenas y de sus pinturas, aparecen más pobres todavía. Los colores de la aurora y las plateadas linfas de los ríos, los jazmines y las rosas de sus campos, son el repuesto de sus galas y el arsenal de sus descripciones. Los poetas del Guadalquivir no habían bajado nunca por sus aguas al mar inmenso que ciñe sus playas; jamás se habían extasiado ante los grandiosos é imponentes cuadros de Sierra Morena, ó de las perpetuamente nevadas cumbres que circundan á Granada; jamás se habían inspirado con la impresión honda y melancólica de aquellas llanuras que se despliegan dilatadas y monótonas bajo un cielo purísimo sin celaje como sin nubes; jamás habían evocado las sombras de las generaciones que cultivaron en otros tiempos aquel riquísimo suelo; jamás habían oído las voces que suenan todavía en los monumentos romanos, los palacios árabes, en las ruinas de los vándalos en los castillos y torres de los conquistadores go; jamás habían reflejado en sus amanerados ve

aquel sentimiento de languidez y de voluptuosidad que hasta el pueblo, más poético allí que sus poetas, exhala en sus romances, en sus *cañas* y en sus *playeras*. La historia en sus diversos períodos no les había dicho nada. Los conquistadores del Nuevo Mundo no habían encontrado ninguna riqueza poética en las alturas de los Andes, en las palmeras de las Antillas, en los inmensos bosques de aquellos ríos más grandes todavía, ni en los palacios de Moctezuma y de los hijos del sol. La religión que elevó la maravillosa catedral de Sevilla, y que decoró sus naves con los mágicos lienzos de Murillo, no había hablado al corazón de los poetas el mismo idioma que á sus colosales arquitectos y á sus divinos pintores. El mismo Herrera, para celebrar á D. Juan de Austria, pone sus loores en boca de Apolo, é introduce todas las deidades de la mitología, escuchando las alabanzas de aquel que en las sangrientas aguas de Lepanto tremolaba el estandarte de la Virgen del Rosario. Toda la poesía española se había resentido del carácter académico de la imitación clásica. Los romances, principal tesoro de la poesía nacional; los romances, en que se han conservado todas las glorias tradicionales de nuestro país, y en los que han compuesto los mismos siglos y las generaciones mismas las magníficas epopeyas de los Bernardos y de los Cides, de los Guzmanes y Almanzores, eran desdeñados por los grandes maestros, y crítico ha habido entre nosotros que los declaró incapaces de servir para asuntos heroicos y graves. Porque era trivial y popular su forma, porque no se ajustaban bien á su tono y á su estado las Venus y los Cupidos, Palas Atenea, y el Bistonio Marte, habíanse creído

igualmente triviales y no á propósito para calzar el alto coturno poético los asuntos que en ellos habían sido tratados; y por el contrario, las estrofas y las lirás del verso endecasílabo no podían prescindir del acompañamiento obligado de las imágenes mitológicas y emanciparse del yugo de la imitación pagana. Los mismos poetas que poco há mencionamos y que tanto ensancharon el campo, y con tan nuevos pensamientos aumentaron la riqueza de la poesía, trabajaban por coartar su propia tendencia, y si eran á veces atrevidos y originales en sus producciones, mostrábanse duramente severos é intolerantes en sus críticas, y no eran para abrir nuevos caminos sus lecciones, en oposición tal vez con sus ejemplos. Don Ángel Saavedra empezó á escribir bajo la influencia de estas ideas y de esta escuela. Los amores vestidos de ninfas y de faunos; la historia de los siglos medios, pintada con los colores y las costumbres de los griegos y de los romanos; la política de las revoluciones modernas transportada al foro de Roma, ó á las repúblicas griegas: tal era el fondo de la poesía que había cultivado; tal era el carácter distintivo de las composiciones de nuestro Autor. A fines de 1813 había publicado un tomo de poesías, que tuvieron entonces bastante boga, pero que no son leídas hoy. Don Ángel añadía un volumen más de poesías académicas, de imitaciones de Herrera de Petrarca, á los muchos que habían salido. E una maceta más en el recortado jardín de la literatura imitativa y convencional; eran plantas de esti sin calor propio, sin raíces en la tierra (1), y

---

(1) No es el Sr. D. Juan Valera de la misma op

Ángel Saavedra había nacido para ser árbol pomposo y lozano al aire libre, y bajo el sol fecundo de su propia inspiración y fantasía.

Su inclinación le arrastraba á escribir para el teatro, y en el teatro siguió la misma senda y la misma escuela literaria y filosófica. A fines del año de 1814 compuso la tragedia de *Ataulfo*, que si no le valió coronas escénicas, mereció la señalada honra de ser prohibida por la censura. No era para desalentarle un contratiempo que podía lisonjear su amor propio, y dió á poco otra tragedia titulada *Aliatar*, de éxito prodigioso en el teatro de Sevilla, y que obtuvo mayores aplausos y excitó más entusiasmo que otras obras posteriores del autor, trabajadas con más estudio, pensadas con más intención y detenimiento, y versificadas con más corrección y esmero. Siguió á éstas *Doña Blanca*, aplaudida también, aunque no tanto como la anterior. Escribió luego, aunque no dió al público, *El Duque de Aquitania*, descolorida imitación del Orestes de Alfieri, y *Malech-Hadhel*, obra escrita con más juicio, y pensada con más filosofía. Con estas dos tragedias, con el *El Paso honroso*, y con otras producciones líricas nuevas, pensó hacer en 1819 la segunda

---

«El ningún favor, ó mejor diré, la cruel injusticia con que los críticos, contagiados aún de romanticismo, han tratado las poesías de Saavedra hasta el año de 1823, se explica y no agravia al Duque, cuando se advierte que en la misma censura envolvían á toda obra poética lírica española, ó por lo menos andaluza.»—*Estudio biográfico*, publicado en la revista *El Ateneo* en Diciembre de 1888 y en Enero y Febrero de 1889.

edición de sus poesías, sujetándolas para ello á la censura y corrección de D. Juan Nicasio Gallego, confinado entonces en la Cartuja de Jerez, y que conociendo ya, en medio de la incorrección de sus primeras obras, las grandes cualidades de poeta que adornaban á D. Ángel, hacía grande aprecio de sus versos y de su talento (1).

Y merecíanlo sin duda. Nosotros, al lamentarnos de alguna manera de la influencia que pesaba sobre su ingenio, que no tenía acaso las dotes necesarias para elevarse á más altura que sus modelos en el campo de la imitación clásica, estamos muy distantes de creer que Saavedra no fuera ya entonces y en aquella literatura un poeta muy distinguido, y que podía serlo más todavía. Su versificación era ya sonora, rica y armoniosa, y siempre fácil, si á veces no igualmente elevada y vigorosa. Sus produc-

---

(1) He aquí un soneto en que le daba los días aquel año:

Tú, á quien afable concedió el destino,  
 Digna ofrenda á tu ingenio soberano,  
 Manejar del Aminta castellano  
 La dulce lira y el pincel divino,  
 Vibrando el plectro, y animando el lino  
 Logres, Saavedra, con dichosa mano,  
 Vencer las glorias del cantor troyano,  
 Robar las gracias del pintor de Urbino.  
 Lógralo, y logre yo, si más clemente  
 Se muestra acaso la áspera fortuna,  
 Que hoy no me deja en blando son loarte,  
 Tejer nuevas coronas á tu frente,  
 Ya esclarecida por tu ilustre cuna,  
 Ya decorada del laurel de Marte.

No fué sólo Gallego el que cantó las excelencias del poeta. Véase el apéndice núm. 1.



ciones dramáticas pertenecían á la escuela francesa, y alguna vez se recuerda en sus escenas la lectura de Alfieri; escuelas que Cienfuegos y Quintana habían introducido, no sin gloria y sin éxito, en el teatro español, y que, tanto como el talento de estos poetas, había contribuido á poner en boga el genio trágico del ilustre Máiquez. Las tragedias con que había enriquecido nuestro D. Ángel la escena española, no eran obras maestras; pero no seremos nosotros los que neguemos que de haber continuado por aquella senda, no hubiera llegado en el género de CORNEILLE y VOLTAIRE al mismo grado de perfección y de belleza que en el de Calderón y de Moreto.

Pero la edición de estas poesías no tuvo efecto hasta dos años después. Entretanto había ocurrido la revolución política que tuvo por resultado el restablecimiento de la Constitución de 1812. Hallábase en Madrid D. Ángel cuando estalló aquel suceso, que aplaudió entusiasmado, como todos los liberales españoles: júbilo desinteresado, en el que no entraban miras personales. Aquel cambio político no despertó ambición alguna en su pecho. Aunque todos sus amigos volvieran á ejercer influencia y á ocupar los primeros puestos del poder, nada pretendió, nada quiso para sí. Aprovechó sólo aquel acontecimiento para realizar sus vehementes deseos de viajar y de recorrer la Europa. Había solicitado en vano la competente licencia de los ministros de la Guerra del régimen absoluto. Se la concedió por seis años, y con todo su sueldo, el Marqués de las Amarillas, después Duque de Ahumada, encargándole al mismo tiempo recorrer y

examinar los establecimientos militares de los países extranjeros, dando al Gobierno noticias de sus adelantos y mejoras, conforme á un pliego de instrucciones dignas de aquel entendido é ilustrado personaje. La impresión de sus poesías le detuvo aún algunos meses en España; pero publicado en Madrid, en Enero de 1821, el segundo tomo de aquella colección, partió D. Ángel á Francia á principios de Mayo del mismo año, después de haber ido por algunos días á Córdoba á despedirse de su familia. Llegado á París, procuró realizar el objeto para que el Gobierno le había comisionado, sin olvidar su propia instrucción y las artes que le eran más queridas. Visitó los establecimientos militares: frecuentó las bibliotecas y museos: trató con intimidad al ilustre lord Holland, al anciano Desttut-Tracy, y al célebre pintor Horacio Vernet; y preparábase en el mes de Diciembre á continuar sus viajes por la pintoresca Italia, cuando la revolución política, que iba recorriendo en España una de sus más violentas fases, le llamó estrepitosamente á su país para lanzarle por una nueva carrera, en que los riesgos, los infortunios y los errores debían pesar más que la gloria, y serle tan fatales para su suerte personal, como para la de las artes y las letras que estaba llamado á cultivar.

Durante su última mansión en Córdoba había contraído D. Ángel amistad, que aun dura tierna y estrechísima, con D. Antonio Alcalá Galiano, entonces Intendente en aquella ciudad. No sabemos si era ya el Sr. Galiano, como lo es hoy, un prodigio de saber y de erudición; pero era ya seguramente una maravilla de elocuencia. Por desgracia, las opi

niones que profesaba eran á la sazón las más ardientes y exageradas; y el poder con que el elocuentísimo tribuno arrastraba la convicción y las voluntades del partido democrático, no se ejerció menos fascinador y poderoso sobre la imaginación móvil y ardiente y el carácter apasionado de D. Ángel. El talento subyuga con más fuerzas todavía al talento que á la ignorancia, y Galiano arrastró á Saavedra en el torbellino de sus opiniones y en la carrera de su partido. En las elecciones para la legislatura de 1822 ocurriósele á D. Antonio que un amigo suyo de tanto mérito, y ligado además con el país por las consideraciones debidas á su ilustre familia, y por el buen afecto con que sus paisanos generalmente le distinguían, sería un digno representante de aquella provincia. Don Ángel Saavedra fué elegido diputado á Cortes, y aunque vió con pena desbaratado su plan de viajes, sin duda hubo de lisonjearle grandemente esta muestra de aprecio de sus compatriotas, más que asustarle las eventualidades de una revolución que ya entonces se presentaba amenazadora y embravecida.

Su conducta en el Congreso fué la que debía esperarse de las circunstancias de su elección. Unido estrechamente con Galiano y con D. Javier Istúriz, á quien había tratado de joven en Cádiz, se colocó como ellos en lo más extremo de la oposición al Ministerio que presidía Martínez de la Rosa, en lo más culminante del partido exaltado. Chocaba tanto más su conducta, é incurrió por ella en tanta mayor animadversión de la corte, cuanto que su educación, sus conexiones de familia y sus maneras aristocráticas le hacían extraño por demás á las

exageraciones é intereses de los demagogos. Sin embargo, jamás fueron móvil de su conducta política, ni estímulos de su ardor tribunicio, los bastardos intereses que, principalmente en estos últimos tiempos, se ocultaron bajo la máscara de las pasiones políticas de los nuevos patriotas. El entusiasmo de los exaltados de entonces era, sin duda, más sincero y más desinteresado. Jamás D. Ángel Saavedra llevó en su virulenta oposición miras personales, deseos de engrandecimiento. Jamás pidió mercedes para sí ni para sus allegados: jamás se prosternó bajamente ante los mismos poderes á quienes desafiaba en la tribuna. Los recuerdos de Cádiz obraban de lleno en su fantasía; aguijábale el estímulo de imitar á los oradores que había admirado entonces; y el odio de una corte que era la primera á conspirar por indecorosos medios contra un sistema que no se atrevía á contrarrestar frente á frente, no podía, en verdad, hacer en él la misma impresión que en otra época más próxima el amor ó la gratitud de la Reina, que había abierto las puertas de su patria á los que lejos de ella gemían desterrados. Las teorías políticas no estaban entonces tan ensayadas por la experiencia, ni en nuestra nación, ni en las extrañas, para que no subsistiesen muy vivas y halagüeñas ilusiones, que en el transcurso de veinte años se han desvanecido. Don Ángel las abrigaba. ¿Á quién de nosotros no le ha sucedido otro tanto? Don Ángel creyó que eran verdadera popularidad los aplausos que las galerías daban á sus discursos. Parecíale, sin duda, que eran tan desinteresados y tan sinceros como los que pudiera arrancar una buena tragedia ó la vista de un buen cuadro; y

cuando improvisaba sus breves arengas, acaso se le figuraba que leía bellos versos. Don Ángel no podía entonces profundizar las cuestiones políticas, que ni aun otros hombres, más exclusivamente consagrados á su estudio, habían examinado sino muy superficialmente. El sistema representativo no era conocido en España. Aquel período no era gobierno: era revolución nada más, y todos los hombres políticos de entonces, con más ó menos generosas intenciones, con más ó menos ilustrados instintos, eran, sin embargo, revolucionarios. ¿Nos atreveremos á asegurar si todavía no lo somos, si profesamos ahora principios capaces de organizar un gobierno que pueda durar una generación?.....

Don Ángel fué secretario en las Cortes del 22, y desempeñaba su cargo con facilidad y expedición. No hablaba muchas veces, y era siempre breve. Después del 7 de Julio, en el cual se halló con otros diputados en el Parque de Artillería, y reunidas las Cortes extraordinarias, apoyó al Ministerio presidido por San Miguel en favor de las medidas excepcionales que propuso, y abogó por ellas con calor en un vehemente discurso, de dimensiones más extensas que los que hasta entonces había pronunciado. Pero su mayor fama parlamentaria de aquella época se funda en la célebre sesión de..... Marzo de 1823, en que se aprobó la conducta del Gobierno por la contestación dada á las amenazadoras notas de los Gabinetes de la Santa Alianza. Nosotros sí, porque hemos visto recientemente mayores extravíos y aberraciones; pero la posteridad dificultosamente podrá formarse idea del vértigo que desvaneció las cabezas de los que osaron en aquellas

circunstancias creerse hombres de Estado. La Europa entera se conjuraba contra ellos, y ellos se atrevieron á desafiar á la Europa. Presumieron contar con la nación, y estaban solos. La cuestión no era de independendencia como en 1808; era de libertad política, y el pueblo, ó desdeñaba, ó no comprendía este principio abstracto. Ardía embravecida en su seno la discordia civil; un partido peleaba contra el otro partido, y en balanza de tan iguales pesos, la menor fuerza que al uno se añadiera, le daba irremisiblemente la victoria. Sin embargo, el Gobierno del Sr. San Miguel arrostró la cólera de todas las potencias, y los diputados que debían pedirle cuenta de su conducta, que podían acaso haber modificado el desenlace de aquella catástrofe, hicieron en público Parlamento la apoteosis del insigne desacuerdo que había sido ya sancionado con la aprobación y aplauso de las sociedades secretas, tan influyentes y autorizadas entonces. Tocóle en aquella discusión hablar el primero á nuestro protagonista, y en una arenga acaloradísima, que acaso dió temple y tono al debate de aquel día, fué el intérprete fiel de las opiniones que embriagaban, por decirlo así, la delirante fantasía de los patriotas exaltados. Retó con ardor belicoso á la Europa y al mundo entero, y sus declamaciones y apasionadas frases rayaron en los límites de la demencia. El salón y las galerías se desplomaban en prolongados y estrepitosos aplausos, y su discurso, con los de Argüelles y Galiano, y de los demás oradores que tomaron parte en tan famoso debate, se imprimió y circuló profusamente dentro y fuera de España como un monumento notable; en el juicio de unos de temeraria arrogancia;

en el de otros, más atentos á las circunstancias y al infelicísimo resultado de aquellas amenazas, de extravagante é inexplicable ceguedad. Consecuente á sus principios y opinión, influyó el diputado por Córdoba en la traslación de la Corte á Sevilla; y en la memorable y borrascosa sesión del 11 de Junio en dicha ciudad, fué de los que votaron la suspensión del Rey, propuesta por Galiano, y su traslación á Cádiz. El lastimoso desenlace de aquellos sucesos le encontró en su puesto. La víspera de la entrada de los franceses ocupaba su asiento de diputado. Al amanecer del día 1.º de Octubre, en que el rey Fernando el VII recobraba la plenitud de su poder, emprendió D. Ángel desde Cádiz á Gibraltar su peregrinación de proscrito y su carrera de emigrado.

Condújole, en compañía de su amigo Galiano, una barca catalana, y sufrió en aquella plaza los amargos sinsabores que experimentaron entonces todos los refugiados españoles. El mal estado de su salud le detuvo allí, sin embargo, hasta que en Mayo del año siguiente se trasladó con próspera navegación á Inglaterra, centro entonces y refugio de todos los emigrados, y donde encontró á sus principales amigos Istúriz y Galiano, y al respetable D. Cayetano Valdés, y á Argüelles, y á Gil de la Cuadra, con quienes corría entonces en la mejor armonía.

El torbellino de la política le había apartado de la literatura y de las artes. Sin embargo, en el intervalo de la legislatura de 1822 á 1823, en que fué D. Ángel á Córdoba á visitar á su hermano el Duque, que acababa de enviudar, había compuesto en pocos días la tragedia titulada *Lanuza*, obra más bien inspirada por los sentimientos políticos de la


época, que por los recuerdos históricos del Justicia aragonés. No carecía, en medio de un plan poco meditado, de algunas situaciones dramáticas: era robusta, aunque declamatoria y vacía, su versificación; y sus diálogos, más que para expresar las pasiones y caracteres de los interlocutores, estaban hechos para poner en su boca peroraciones tribuniicias y arengas revolucionarias. Se puso en escena en Madrid en el teatro del Príncipe, y por efecto de las circunstancias se repitió por espacio de muchos días con un éxito prodigioso. Reprodujéronla todos los teatros de provincia, y llegó á ser la función obligada en todos los aniversarios y celebridades patrióticas de entonces. Pero la emigración le llamaba de nuevo con más tranquilidad y conciencia á sus ocupaciones favoritas. En la travesía á Inglaterra había escrito *La despedida*, composición lírica de alguna extensión, y en que ya se vislumbraba un nuevo rumbo, y se separaba de la imitación servil de los poetas clásicos. El horizonte de la literatura se agrandó á sus ojos en la tierra extranjera, y la pintura volvió á ser el recreo de sus ocios en la amargura del destierro: que debe ser sin duda muy dulce consuelo para un proscrito el poder reproducir, á lo menos con el pincel, la imagen de las personas y lugares de que la desgracia le aleja. Hizo entonces D. Ángel varios retratos, escribió una sátira en prosa titulada *El peso duro*, llena de cuadros de costumbres de no escaso mérito y mucha frescura y viveza de colorido. Compuso un poema en octavas titulado *Florinda*, y la composición titulada *El sueño del proscrito*, y otras de menos fama.

Entretanto la audiencia de Sevilla había fulmi-



nado contra D. Ángel, por la votación del 11 de Junio, la sentencia de muerte y la confiscación de todos sus bienes. Su hermano el Duque, por haber ido á Cádiz al frente de una columna de nacionales de Córdoba, sufría una dura persecución: el Rey le había quitado la llave de gentilhombre, y tenía en secuestro sus estados. Don Angel debió los recursos de su subsistencia al tierno cariño y solicitud de su desconsolada madre, que, aunque arruinada por las circunstancias, hizo siempre por el hijo proscrito todos los sacrificios y esfuerzos de que sólo es capaz el corazón maternal. El clima de Inglaterra no era favorable á su salud, por lo que, y deseando perfeccionarse en la pintura, que empezó á mirar como un recurso que podía servirle algún día para hacer frente á su situación, entró en vivísimos deseos de ir á Italia, procurando que se le abriesen las puertas de aquel país, cerradas á todos los emigrados españoles. La Duquesa madre imploró del Nuncio de su Santidad en Madrid un pasaporte para su hijo. Consultó el Nuncio á Roma, recomendando mucho la solicitud; le fué respondido que como D. Ángel se comprometiera á no hablar ni escribir de política en Italia, ni á frecuentar la sociedad inglesa, se le libraría el pasaporte, seguro de que allí encontraría hospitalidad y amparo. Dió D. Ángel, por medio de su madre, las seguridades que la exigían, y provisto del resguardo del Nuncio, en que éste había escrito de su propio puño: «*Dado por orden expresa de S. S.*», dejó el proscrito á Londres á fines de Diciembre de 1824, y con dura navegación llegó á Gibraltar. Permaneció allí hasta Junio del año siguiente, en que verificado su matrimonio, ya de antemano con-

certado, marchó con su joven esposa á Italia, arribó á Liorna después de un largo viaje, y cumplida la rigurosa cuarentena, se presentó al cónsul romano de aquel puerto. Manifestóle aquel agente que á pesar de las seguridades de su pasaporte no podía visarle sin remitirle antes á Roma. Hizolo así, y á correo seguido volvió el pasaporte reconocido por auténtico; pero con la prohibición absoluta de que el portador pusiera los piés en los Estados romanos. A esta repulsa, debida á las exigencias de la diplomacia española, se siguió una orden del Gobierno toscano para que D. Ángel y su esposa salieran de su territorio en el término de tres días. En vano escribió D. Ángel al Gobierno pontificio; en vano reclamó de Florencia un plazo más largo para aguardar en Liorna; en vano le protegió eficazmente el Conde de Bruneti, que residía accidentalmente en Massa-Carrara; la inexorable policía dispuso arrojarlos de allí á la fuerza. Acudió en tal conflicto D. Ángel al cónsul inglés, el cual, apoyado en otro pasaporte que llevaba también nuestro viajero, dado por lord Chatan en Gibraltar, como á comerciante de aquella plaza, le sacó de las garras de los esbirros, le llevó á su casa de campo, y dispuso su embarque en un bergantín maltés que regresaba á su isla, único buque que estaba próximo á marchar á punto donde ondeara el pabellón de Inglaterra. El mal tiempo dilató algunos días el viaje, y D. Ángel y su esposa permanecieron constantemente á bordo, vigilados por la policía, que ni aun desembarcar en el muelle les dejaba; pero fueron allí visitados por todos los extranjeros de distinción que había en Liorna, y por lo más florido



de la ciudad, que á la noticia de aquella irracional y encarnizada persecución, acudieron obsequiosos á prodigar á los desafortunados proscritos las más lisonjeras atenciones y los más cordiales ofrecimientos.

Diéronse, por fin, á la vela y navegaron prósperamente cuatro días. Pero en la tarde del quinto, estando cerca del *Maretimo*, sobre la costa de Sicilia, arreció el viento al sudoeste, y desatóse en la noche un crudo temporal. El barco era viejo, mal pertrechado; su tripulación, compuesta de seis viejos malteses, desconocía la autoridad del capitán, hasta el punto de no obedecerle cuando mandó varias veces tomar rizos. La luz de un relámpago descubrió muy cerca por la proa el *Marctimo*, y al orzar, por no estrellarse en el formidable escollo, se rindió con grande estruendo el trinquete, que, quedando trabado de la jarcia, torció el casco en términos de que los golpes de mar se llevaron la cocina, los gallineros y toda la obra muerta. Los viejos malteses abandonaron aterrados la maniobra, y apiñados en la popa, entonaron la salve, pidiendo á Dios misericordia en el último trance. Don Ángel, con el desesperado aliento que nace del exceso mismo del miedo en los últimos peligros, salió sobre cubierta fuera de sí; reanimó la tripulación con amenazas y golpes, y ayudando al capitán á sujetar la caña del timón, no sin recibir grandes contusiones, logró que se picase la jarcia, que se zafase el roto palo, y que se hiciese de prisa lo que exigían las circunstancias: hecho lo cual, bajó á la cámara todo empapado en el agua del mar y en la del cielo, y cayó y estuvo por largo tiempo desmayado de la gran fatiga y del extraor-

dinario esfuerzo. Al amanecer se hallaron en la costa de Sicilia, y deteniéndose en Girgenti lo absolutamente necesario para hacer los reparos más precisos, siguió su viaje el buque, siempre con el mar embravecido, hasta que después de otros dos días de navegación, como dijo nuestro viajero en su preciosa composición «Al Faro de Malta.....»,

. . . . . Los marineros,  
Olvidando los votos y plegarias,  
Que en las sordas tinieblas se perdían,  
Malta, Malta gritaron.

No pensaba D. Ángel detenerse más tiempo en aquella isla que el necesario para encontrar proporción de regresar á Londres. Pero agradóle tanto aquel benigno clima, encontró allí tanta baratura y comodidad para vivir, y tan benévola y hospitalaria acogida, que determinó fijarse en el punto á donde le había llevado la casualidad y el infortunio. El ser caballero de la Orden de San Juan fué una recomendación muy grata á los ojos de los malteses, que conservan mucho apego y religioso respeto á la memoria de sus antiguos señores. Cartas que llevó de Liorna y otras que llegaron de Londres, le procuraron la protección decidida del respetable Marqués de Hastings, Gobernador de la isla, y de su segundo, el general Woodford, que le conserva la más fina amistad, y de la que le dió, andando el tiempo, pruebas muy positivas. Y la bárbara persecución que había experimentado en Italia, los peligros de su viaje, su trato ameno, su imaginación rica, y sus maneras finas y aristocráticas, le hicieron interesante y querido á la benévola sociedad de aquel peñón del Medite-

rráneo. Cinco años pasó D. Ángel en tan agradable residencia, frecuentada entonces de extranjeros con motivo de la guerra de Grecia. Y cierto que aquellos años no fueron acaso los menos venturosos de su vida, ni los menos útiles para la literatura de su patria; pero entonces ya el campo de las bellas letras se presentó á sus ojos en más dilatado horizonte que cuando con tan estrechos límites le circundaban en dobladas hileras los antiguos modelos y los modernos críticos. Don Ángel no conocía antes más que la literatura clásica española, francesa, italiana ó latina. Todos los hombres de reputación á quienes había podido consultar, no le presentaban otros modelos ni otros principios, extraños como eran absolutamente al movimiento que fermentaba entonces en toda Europa, sordo y latente, por emanciparse de las antiguas trabas y abrirse nuevos caminos en el campo de la imaginación y de la inventiva. En aquella época, empero, tomó D. Ángel conocimiento de las nuevas tendencias, y vió autorizado por hombres de gran saber y de inmensa reputación lo que, según la austeridad de sus antiguos principios, le hubieran parecido extravíos. Vivía en Malta, por ser clima á propósito para la salud de su esposa, la Condesa de Erol, el respetable anciano Mr. Frére, que habiendo sido Embajador de Inglaterra en España en tiempo de la Junta Central, tenía en gran aprecio y estima el noble carácter de los españoles, y muchísima afición á las cosas de España, poseyendo con perfección nuestro idioma, siendo muy entendido en nuestra literatura, y reuniendo en su biblioteca muchos, muy escogidos y muy raros libros españoles. Honró desde luego este sabio y respetable inglés á Saavedra con

el más tierno y paternal cariño; le hizo leer y conocer á Shakespeare, á lord Byron y á Walter Scott; le reconcilió con la antigua literatura nacional española, tan desdeñada por la crítica del siglo XVIII; le regaló la antigua edición completa de Lope de Vega y una colección de nuestras crónicas, y le exhortó á escribir con brío y originalidad sus propios afectos y sus propias sensaciones. Prendieron desde luego estos combustibles en la ardiente imaginación de D. Ángel. Hubo de pasmarse al ver tantas bellezas y primores en lo que hasta entonces había mirado con desdeñoso menosprecio: hubo de presentársele la historia nacional como un tesoro soterrado, como una mina no beneficiada todavía, y en que había oro y pedrería á montones, y púsose con ahinco á explotarla, dejando á un lado las fajas de su infancia literaria, y rotas las trabas de la escuela. ¿Quién sabe? Acaso también el estar ausente de su querida patria contribuyó á que procurase dar á sus obras un colorido local más pronunciado del que hasta entonces habían tenido. Los recuerdos y las esperanzas son más poéticos siempre, que la inmediación á la posesión de las cosas. La ausencia y la distancia aumentan la belleza á los ojos de la imaginación. La antigüedad, sólo por serlo, es poética como lo son las regiones desconocidas, ó los climas remoto. Ha dicho Juan Jacobo Rousseau que para pin las delicias del campo y los encantos de la primavera, no hay como estar encerrado entre cuatro redes, y que en un calabozo estrecho es donde puede describir con ricos colores la libertad un abrasador desierto, las orillas encantadoras río. ¿Quién sabe, decimos, si algo de esto, sin

mo percibirlo, aconteció á nuestro poeta? En España parecíanle sólo grandes y poéticas las cosas antiguas y las escenas de otros tiempos y países. En las playas lejanas de Malta, á donde sólo *de tarde en tarde le llegaban de su patria nuevas amargas, y renglones con lágrimas escritos*, ¡qué interesantes y qué llenos de poesía no debían presentarse á su imaginación todos los lugares de su país, las más leves circunstancias de localidad! ¡Cuánto no debían halagarle y parecerle bellos y dignos de contarse, los hechos históricos de los siglos caballerescos, en que tan viva y animada se le parecía la imagen de los héroes castellanos! Entonces ciertamente debieron presentársele, no vestidos á la griega y á la romana, sino con el traje nacional, con el carácter hidalgo y religioso, con las rudas virtudes, ó con las pasiones feroces y desmandadas de los siglos de lucha y de conquista, de los tiempos de guerras y caballerías, de moros y cristianos, de cañas y torneos y fiestas de toros, ó de tumultuosas y ensangrentadas revueltas. Entonces debían ofrecerse á sus ojos, vistos por el microscopio de la proscripción, todos los bellos accidentes, todas las más leves circunstancias de su tierra natal, de la poética España. No eran ya sólo las rosas y los jazmines, sino el cielo azul y las sierras majestuosas, el mar bravo, y las ruinas y los templos, y los cantares del pueblo y sus festejos y procesiones, y su culto, y sus lugares y sus ciudades morunas ó góticas, y hasta el *arcángel dorado que corona de Córdoba la torre*, y que se le presenta como un faro resplandeciente mirado desde la tormenta del destierro....

No entró sin embargo en esta nueva senda, rom-

piendo de una vez todos sus hábitos. Desde luego comprendió como debía lo que después se llamó escuela romántica, y tenía ya demasiado ilustrada su razón, demasiadamente perfeccionado el gusto para no ver y sentir que con el carácter y con la tendencia, con los pensamientos y las descripciones y los fines, y el plan y el tono y colorido de la nueva poesía, eran compatibles la belleza, corrección y pureza de las antiguas formas. El tránsito del uno al otro género se hizo en él con lentitud, y acaso creía que se había emancipado ya de las antiguas trabas, cuando todavía, y á pesar suyo, le ligaban. Así, después de concluir la *Florinda*, compuso el *Arias Gonzalo*, tragedia clásica en la forma, de versificación por lo general robusta y fácil, y la comedia *Tanto vales cuanto tienes*, clásica también, aunque escrita en variedad de metros, y que después hemos visto representada en los teatros de la capital. Su primera composición en que decididamente toma otro rumbo, así en la sustancia como en la forma, es la que ya hemos citado «Al faro de Malta», y que copiaríamos íntegra si la extensión de este artículo nos lo permitiera, y si no fuera tan conocida ya; notable ciertamente, no menos por su mérito artístico, que por ser de la nueva serie de producciones que emprendía el Autor. Pero donde más resueltamente alzó la bandera de la literatura, que él debía tremolar el primero en su país, fué en *El Moro expósito ó Córdoba y Burgos en el siglo x*, que después se publicó en París con un brillante prólogo. No haremos mérito de éste al autor del poema, porque tenemos entendido que se debe á la elocuente pluma del Sr. Alcalá Galiano; pero en él se asientan con profunda



filosofía, y con elevación y miras hasta entonces desconocidas, los fundamentos de la nueva escuela literaria, y las altas razones que presidían á la reforma que entonces para nosotros empezaba: en él se vuelve por la nacionalidad de nuestra literatura, y en él se marca la senda que deben seguir los ingenios en la nueva regeneración á que con esta obra se abría la puerta. Es el asunto de este poema la historia lastimosa, la popular tradición de los siete infantes de Lara: obra de esta clase no tenía modelo en nuestra literatura. Está muy distante de parecerse á las composiciones épicas de Balbuena, de Lope, de Ercilla y de Ojeda, y no se puede decir tampoco que se parezca á los romanceros, en que descosidamente y á la ventura aparece tejida en composiciones de autores y de épocas distintas, la historia y las hazañas de nuestros personajes y de nuestras guerras. *El Moro Expósito* tiene su plan: *El Moro expósito* es verdaderamente un romance de alguna extensión. Mayor analogía se le encuentra con producciones extranjeras, especialmente con las novelas en verso de Walter Scott. No es nuestra intención hacer aquí un juicio crítico de esta obra. Sería preciso dar una extensión inmensa á nuestra biografía y copiar trozos enteros de una producción que asegurará para siempre á su autor un alto y privilegiado lugar en la literatura nacional. Sin embargo, el poema del señor Saavedra no es perfecto en su conjunto, y su desenlace no aparece demasiadamente preparado ni bien traído (1). Las trabas mismas de que su autor pen-

---

(1) Esta afirmación la combate el Sr. Cañete en su interesante estudio, *El Duque de Rivas*, en estos términos:

saba sacudir el yugo le sujetaban á su pesar, y se ven á través de todo en el poema los esfuerzos con que lucha, y el temor de entregarse con demasiado abandono al vuelo de su fantasía; pero cuando el autor lo despliega sin reparo, entonces es difícil pedir más riqueza y más valentía á los cuadros que nos describe. Hay bellezas de detalle incomparables, hay trozos descriptivos de inimitable verdad; hay figuras vivas, hay pinturas de relieve que se mueven y que se palpan; hay ternura, hay sentimiento, y hay gala oriental, y lozanía andaluza y valentía española. Si no hay demasiada individualidad en los caracteres principales, esos mismos perfiles y fisonomías comunes están dibujados con gran naturalidad y franqueza. Nada más tierno que los recuerdos de Córdoba en la invocación ó entrada del poema. Nada más brillante y galano que la descripción de las fiestas de Almanzor. Nada más cómico y animado que el cuadro de la cocina del Arcipreste de Salas, y que la gresca y algazara que se mueve en el banquete de los criados moros y del populacho cristiano. Nada más sombrío y altamente poético que el incendio de Barbadillo, ó que el salón lúgubre de Rui Velázquez. Nada más magnífico que la descripción de Zahara. Para hacer

---

«Al analizar este poema han dicho algunos en son de censura, que el desenlace está poco meditado y *mal traído*..... Pienso que se engañan. La rapidísima catástrofe con que concluye *El Moro expósito* es complemento racional de su idea generadora, reducida á patentizar simbólicamente que la maldad y los excesos de la pasión nunca se libran del usticiero castigo de la Providencia, etc.»—*Colección de Escritores castellanos*, tomo XVI.

sentir ó recordar todas las bellezas de este libro, sería menester un libro muy extenso, y bien pueden compensar sus defectos, sin embargo de que á veces las mismas bellezas que el autor sabe producir nos hagan ver cuán á poca costa hubiera salido su obra más acabada. Por ejemplo: no se concibe cómo haciendo con tanta facilidad sonoros y robustísimos versos, se encuentran á veces trozos lánguidos, expresiones triviales, que desdican bastante del tono general del diálogo ó de la narración, dado que no llevemos nuestra severidad á censurar el empleo del romance endecasílabo, que se hace á la larga tan monótono como el martilleo de la octava, que el autor creyó evitar. De todos modos, esta obra, que no tenía modelo, ni ha tenido hasta ahora imitadores, es una de las joyas más preciosas de nuestra literatura, y á nuestros ojos el más bello florón de la corona poética de D. Ángel Saavedra.

No sólo consagró su tiempo al cultivo de la poesía; la pintura fué también objeto de sus tareas, haciendo en ella profundos estudios y notables adelantos bajo la dirección del profesor Hyrlér, llegado á Malta desde Roma pocos meses antes que nuestro proscrito.

A pesar de la tranquilidad que gozaba en aquella isla, luego que el Ministerio francés presidido por Martignac aflojó algún tanto el odio á los emigrados españoles, quiso D. Ángel acercarse á su patria, y consiguió pasaporte para trasladarse á París con su mujer é hijos. El general Ponsomby, Gobernador entonces de Malta, le facilitó una goleta de guerra para transportarle á Marsella. Pero á su llegada Martignac había caído, y su sucesor volvía á la misma política

intolerante. Obligado á detenerse en aquel puerto, ordenáronle á poco que se internara con su familia hasta Orleans, donde precisamente debía fijar su domicilio. Tuvo que resignarse á esta dura condición, y allí, arruinado por sus viajes, y consumidos todos los recursos que su tierna madre de continuo le enviaba, estableció una escuela de pintura, á que no faltaron discípulos; pintó con buen éxito varios retratos, y le compró en alto precio el museo de Orleans, donde existe, un cuadrato de *natura muerta*, que estudió con acierto del natural.

Acaeció á los cuatro meses de su residencia en aquel punto la revolución de Julio: trocóse la suerte de los emigrados, y se trasladó al punto á París con su familia. Encontró allí á sus amigos Istúriz y Galiano, y se comunicaron sus opiniones literarias y sus doctrinas políticas. Las antiguas ideas de estos tres amigos se habían templado mucho con la observación inmediata de países tan bien gobernados como Francia é Inglaterra. La experiencia había desvanecido en D. Ángel muchos errores, y no creía ya en la sinceridad de las intenciones. No quiso tomar parte en los descabellados planes de los emigrados, ni en los bandos de Torrijos y de Mina con que, aun en la desgracia, los dividían encarnizados odios. Sus estudios y su pintura eran sus planes y sus conspiraciones. Varios retratos suyos fueron admitidos en la Exposición del Louvre de 1831, y el nombre de D. Ángel Saavedra se halla en el anuario de artistas establecidos en París en aquel año. Los estragos del cólera le obligaron á retirarse á Tours. Siguió allí pintando, dió su última mano á *El moro expósito*, y escribió en prosa el *Don Álvaro*, que Ga-

---

liano tradujo al francés, con ánimo de que se representara en algún teatro de París.

La primera amnistía del rey Fernando VII en 1833 no comprendía á D. Ángel, como ni á los demás diputados que votaron en Sevilla la deposición momentánea del Rey; pero se aprovechó de ella para enviar á Madrid su familia, regresando él solo á la capital de Francia. Entonces fué cuando D. Vicente Salvá publicó *El Moro expósito* con la *Florinda*, y otras composiciones, entre ellas, algunos romances históricos, primeros ensayos en que el poeta habla empezado á cultivar un género en que fué el primero en esta época, y en que con tanto lustre debía sobresalir después. Pero la inmortal reina Cristina extendió, muerto Fernando VII, los beneficios de la amnistía hasta un punto donde habían impedido que llegara, durante la vida del Rey, graves consideraciones de política. Abriéronse al fin para D. Ángel, como para todos los españoles, las puertas de la patria, y el día 1.º de Enero de 1834, á los diez años y tres meses de ausencia y de lágrimas vertidas por la memoria de este tan amigo suelo, volvió á derramar las que la vista de la patria deseada arranca, entrando en España por Perpiñán y la Junquera. Apresuróse á jurar á la Reina en manos del Gobernador de Figueras, y de Barcelona llegó á Madrid á los brazos de su familia, y de la tierna madre á quien tantos suspiros y llantos había costado su ausencia y su desgracia.

Era ya á su llegada presidente del Consejo de Ministros D. Francisco Martínez de la Rosa, con el cual, á pesar de la oposición que le había hecho el año 22, había contraído cordial y estrechísima amis-

tad. Publicado á poco el Estatuto Real, D. Ángel no participó del odio tenaz que le declararon en su mayor parte los malcontentos emigrados, que llegaban con la presunción de conquistadores á un país que los recibía como hijos; pero por cuya felicidad nada habían hecho, no teniendo siquiera la gloria de haber contribuido al restablecimiento de las instituciones liberales que era llamado á dar al país el Sr. Martínez. Don Ángel aplaudió sinceramente la publicación del Estatuto, y le pareció un buen principio y sólido fundamento de mayores adelantos y progresos. No estaba curado del todo todavía de sus antiguas ideas, y en el periódico que entonces fundó, con D. Gabriel José García y D. José de Alvaro, titulado *Mensajero de las Cortes*, defendió opiniones más avanzadas de lo que convenía en la primera época de la revolución, si bien, comparadas con sus antiguas doctrinas, no merecían el dictado de anárquicas ni revolucionarias. Como quiera, la política volvía á apoderarse de su espíritu, y un suceso doméstico, próspero á la par y desgraciado, vino á arrebatárle más decididamente en su agitado torbellino. El 12 de Mayo de 1834 falleció en Madrid de una pulmonía aguda el Duque de Rivas, su hermano mayor, y no dejando sucesión, hallóse don Ángel heredero de su grandeza de España, títulos y bienes. Vióse el nuevo Duque de Rivas llamado, como Grande, á ocupar un puesto en el Estamento de Próceres; y abiertas las Cortes en 24 de Julio, fué elegido segundo secretario del Estamento, quedando al día siguiente de primero, por la repentina muerte de D. Diego Clemencín. Conocióse desde las primeras sesiones cuánto había madurado

su juicio en materias políticas, y el notable discurso que pronunció en el debate de contestación al discurso de la Corona, de oposición, sí, pero comedida y templada, le valió un lugar distinguido en el aprecio del alto Estamento.

Las tareas parlamentarias no le distrajeran de la literatura. Hemos dicho ya cuándo habla escrito el *Don Álvaro ó la fuerza del sino*. Entonces le corrigió; hizo en él notables variaciones; lo versificó en quince días, y lo puso en escena en el teatro del Príncipe. Recibióle el público, primero con asombro, después con largos y estrepitosos aplausos. Todos los teatros de España reprodujeron este drama singular, que sigue representándose y excitando siempre la admiración, el interés y la sorpresa. No juzgaremos esta obra. Se resiste á la crítica. Pueden hallársele defectos, errores, extravagancias, hasta ridiculeces; pero todo esto desaparece cuando se la ve representar. Todo el mundo la ha visto. ¿Qué diríamos nosotros de esa producción? Fué, sin duda, una revolución en el arte dramático de nuestros días. Su éxito alentó á los autores que han ilustrado y enriquecido últimamente nuestro teatro á separarse de la senda trillada por los dramáticos del último siglo. Sin embargo, nadie se atrevió á seguir la trazada por Saavedra, ni él mismo sin duda. El *Don Álvaro* es el único drama verdaderamente romántico del moderno teatro español. Se han censurado sus formas, sus contrastes, sus caracteres incoherentes, sus demasiado fuertes pinceladas. Nosotros no le censuramos por nada de esto. Esto es lo que él quiso hacer: eso es un género como otro cualquiera, y las intenciones que al hacer esta obra tuvo están

realizadas con singular talento, con inimitable verdad, con vigoroso y fuerte colorido, con imaginación sorprendente y arrebatadora, con versificación maravillosa á veces, casi siempre rica y sonora, y digna de los mejores tiempos de Moreto y Calderón. Acaso el principal defecto que para nosotros tiene la creación del *Don Álvaro*, no está en sus formas, ni en su estructura, ni en sus accidentes. Está en el pensamiento que en él domina. El objeto del drama del Duque de Rivas es el mismo que el de la antigua tragedia griega, la fatalidad. *Don Álvaro* es un *Edipo* destinado por el cielo para hacer la desgracia de una familia, como el *Edipo* griego la de la suya (1). Ni la religión salva á Don Álvaro de su misión sangrienta, de su destino de crimen. Hubié-

---

(1) Las opiniones de los señores Cañete y Valera, aunque desemejantes entre sí, difieren igualmente de la del Sr. Pastor Díaz. Dice el primero: «Lejos de aparecer informado por el fatalismo griego, *Don Álvaro* es como viva demostración del fin que tienen los errores de la humanidad; de las angustias á que nuestras faltas nos condenan; de que para salvarnos de la perdición á que nos arrastran las propias culpas, queda siempre á la Divinidad el gran poder de la misericordia.» «Las desventuras de *Don Álvaro*, dice Valera, ocurren de resultas de un acaso funesto: el disparo de la pistola que da muerte al Marqués de Calatrava. Lo demás es un encaadenamiento de consecuencias naturales.....; el acaso ó la fortuna que produce estas catástrofes, no vicia las almas, y no fuerza el libre albedrío de ellas para faltar á la ley moral, dentro del límite que marcan á esta misma ley las costumbres, ó preocupaciones, si se quiere, de una época determinada.»—Estudios biográficos citados.



ramos querido en el nuevo drama otro objeto, otra intención más acomodada á las costumbres, á los caracteres de nuestro siglo y de nuestra religión, una tendencia más moral y más cristiana. Don Ángel creó un carácter que no pertenece á época ninguna determinada, acaso más universal en esto, porque pertenece á todas, como los héroes de Shakespeare. El Duque de Rivas se elevó con esta producción á su mayor altura de gloria literaria. El brillo de *Don Álvaro* eclipsó del todo sus anteriores producciones dramáticas, pálidas de todo punto é insignificantes ante el nuevo drama. No hay mayor rival para un poeta que el poeta mismo. Una grande obra de un autor hunde y sepulta más que la de otro cualquiera sus obras anteriores de menos mérito y de menos alcance.

Después de la excisión revolucionaria contra el Ministerio Toreno, durante la cual se hallaba el Duque en Andalucía, abriéronse las sesiones de los Estamentos, y el Duque de Rivas, influyente en el suyo, y que debía por sus ideas políticas no ser desfavorable al Gabinete nombrado después de aquellos sucesos, fué elegido por la Corona vicepresidente del Estamento de Próceres, y condecorado con la gran cruz de Carlos III. Á estos honores en el orden político, correspondieron otros en el orden literario. La Academia Española le recibió en su seno, y al crearse el Ateneo de Madrid, le nombró por unanimidad su presidente.

Había conocido nuestro Duque en el año 20 al ministro Mendizábal, y le había tratado después en Londres y París. No podía por consiguiente creerle un hombre de Estado; pero participaba de aquella

ilusión popular con que en los grandes peligros los hombres que aparecen en la escena son mirados, no como son, sino con todas las calidades y circunstancias que la situación requiere. En el gran conflicto del año 1835, amenazada por todas partes la causa de la Reina, y estremecido hasta los cimientos el edificio social, la opinión pública había de alguna manera idealizado á Mendizábal, tanto más cuanto que absolutamente no le conocía. Don Angel participó algún tanto de este vértigo; le creyó un entendido hacendista, y le parecía aun en aquel tiempo un buen instrumento para avanzar por el camino de las instituciones políticas. Sin embargo, la tendencia del partido en que figuraba nuestro Prócer, más que política, era gubernativa. Su exaltación no era estimulada por los temores de que el Gobierno de la Reina fuera opresor y despótico, sino por los peligros de que la causa de D. Carlos triunfara. Exigíanse del poder, no tanto instituciones, como medidas fuertes y vigorosas para concluir la guerra. El error consistía en creer la amplitud de las instituciones como una de estas medidas. Hubo desde el principio hombres ambiciosos, interesados en extraviar la opinión amalgamando, confundiendo estas dos ideas, y sobre personas de la mejor buena fe llegaron á conseguir su objeto con tanta más facilidad, cuanto que la administración del partido moderado, y menos adicto al demasiado ensanche de las reformas liberales, había sido desafortunada en la dirección de las cosas de la guerra. Pero subidos al poder los hombres del otro partido en 1835, y visto que en sus manos todavía se em- bravecía más la lucha, y que á la par se desataba la

revolución amenazadora, hubieron muchos de contemplar con espanto la suerte del país, y los peligros á que la precipitaban los charlatanes de la política, ó los que hicieron infame mercadería de promesas estériles de libertad. La experiencia, más rápida en su enseñanza indeleble que las teorías todas, hizo volver en su acuerdo á muchos hombres extraviados. La necesidad de dar fuerza y vigor al poder empezó á sentirse viva y perentoria; los héroes de 1812 cayeron á poco en vergonzoso descrédito, y separáronse de las filas del partido exaltado casi todos los hombres de ilustración y saber, y la juventud toda, que conoció desde luego que no era de los antiguos revolucionarios la sociedad ni el porvenir. Refundióse entonces el partido moderado, ó se creó, por mejor decir, un nuevo partido, al que convino mejor el dictado de monárquico constitucional. No fueron la parte menos vital y robusta de sus filas los que habían pertenecido antes al partido exaltado. Contábanse á su frente á dos corifeos notables de las antiguas opiniones demagógicas, Istúriz y Galiano. El Duque de Rivas acompañó á sus antiguos colegas en lo que sus antagonistas llamaron necia y despechadamente defección y apostasía, y contribuyó á preparar por los medios constitucionales un cambio ministerial, que las circunstancias hacían necesario, y en que debían estar representadas las fuerzas y las tendencias, las doctrinas y las personas de un nuevo partido conservador. Para esto, en la legislatura de 1836 se presentó en oposición al ministerio Mendizábal: empezaron á ejercer verdadera influencia en el alto Cuerpo colegislador sus discursos, que eran escuchados con aten-

ción y agrado sumo, y formuló á pocos días una proposición, que otros Próceres firmaron, y que aprobó el Estamento, poniendo coto al uso que se hacía del célebre voto de confianza. Fué este un golpe mortal para aquel Ministerio, aunque contara con el apoyo del Cuerpo popular. Su posición se hizo cada vez más crítica: los ministros presentaron su dimisión, y S. M. confirió en 15 de Mayo al señor Istúriz la presidencia y la formación del nuevo Gabinete.

No es esta biografía el lugar competente para jugar al Ministerio de 15 de Mayo. Su turno le llegará en alguna de nuestras noticias. Aquí sólo debemos referir cómo Istúriz, atento sin duda á que el Duque de Rivas era el representante de su pensamiento en el Estamento de Próceres, le designó por uno de sus colegas, y S. M. le confirió el Ministerio de la Gobernación del Reino. Sabemos que D. Ángel se sorprendió sobremanera al verse nombrado Ministro, y que recibió con sumo desagrado un poder que jamás había ambicionado: un cargo para cuyo desempeño no se reconocía con suficientes fuerzas en tan difíciles circunstancias. Tentó en vano todos los medios honrosos de evadir su compromiso; pero sus amigos Istúriz y Galiano le arrastraron en su suerte común, y uniéndose al fin con ellos, decidido á arrostrar los riesgos de una administración desde sus principios tan combatida. Presentóse con sus colegas en el Estamento de Procuradores en la célebre sesión de 16 de Mayo, y el Estamento, so pretexto de no haberse recibido la comunicación oficial de su nombramiento, y estimulado por la peroración violentísima y apasionada del Sr. Olózaga,

hizo dejar su asiento á los nuevos Ministros, con gran aplauso de la tribuna pública. Mortificó á nuestro Duque aquella demostración. Los silbidos de las turbas llevadas á aquel recinto no sonaban en sus oídos todavía como alabanzas y gritos de triunfo. No le parecía aún gloriosa la impopularidad de la pagada plebe. Don Ángel, primero que Ministro, era poeta dramático: antojábansele acaso aquellas vociferaciones los silbidos de una comedia, y decía con muestras de pesar á uno de nuestros amigos que presenciaba aquella farsa: «¡Es posible! ¡Silbar-me á mí!» Nuestro Duque se habrá reído más de una vez de aquellos improperios, cuando vuelto de su natural sorpresa haya podido apreciarlos en su valor verdadero.

No había pensado jamás en ser Ministro: no tenía pretensiones de administrador, ni funda hoy su gloria en sus tareas de Ministro. Sin embargo, en el corto período de aquel Gabinete desempeñó su parte, si no con extraordinario mérito, con dignidad, decoro y conciencia. Abrazó con decisión y entusiasmo el pensamiento de sus colegas, y demostró en todos sus actos su anhelo de concluir á toda costa la guerra, de establecer sólidamente la monarquía constitucional y de combatir los esfuerzos de la revolución amenazadora. Los nombramientos de sus agentes y funcionarios fueron dignos y acertados, y para los pormenores de administración y gobierno, á que no podía descender, tuvo el acierto de nombrar un subsecretario que valía por muchos Ministros. Durante su administración se redactó un plan general de estudios que honrará para siempre su memoria, y que la revolución ignorante y retró-

grada condenó después á la nulidad y al olvido. Convocadas las Cortes llamadas revisoras, ejercióse por primera vez la elección directa, y el Ministro de la Gobernación dirigió con sumo tino aquellas elecciones, las más solemnes y más tranquilas de cuantas tuvieron lugar en España, y en que sin acusaciones de corrupción ni violencia se reunió lo más ilustrado y respetable de la nación, llamada á discutir una nueva ley fundamental de la monarquía.

Pero aquellas Cortes no llegaron á reunirse. El partido revolucionario las condenó de antemano. Vencido en el campo de la legalidad, invadió el terreno de la fuerza. La nación había elegido Cortes: la revolución nombró Juntas. Dióse la señal del alzamiento asesinando en Málaga un jefe político. En Zaragoza el Capitán general proclamó la Constitución de 1812. Un batallón embriagado sitió en la Granja el palacio de la Reina y la obligó á adoptar el Código de Cádiz. El Ministerio resistió en Madrid valerosamente; pero recibidos los decretos de destitución y envalentonados los vencedores con su triunfo, nuestro Ministro se vió precisado á ocultarse en un barrio extraviado para no ser víctima de la sed de sangre que se cebó en el valiente y benemérito general Quesada. Pasó algunos días el Duque en la mayor ansiedad: halló refugio en la casa del Ministro de Inglaterra Mr. Villiers, hoy Lord Clarendon, y allí permaneció veinticuatro días, rehusando siempre el emigrar como la última desgracia. Pero como las pasiones no se calmaran ni se diese término á una época de inseguridad y peligro para los hombres que habían figurado en el caído Gabinete, resolvió al fin dejar por segunda vez el

suelo de que le lanzaban sus amigos, los liberales, como antes le habían expulsado los absolutistas, sus adversarios.

No era esta resolución tan fácil de verificar como de concebir. Los pasaportes extranjeros no ofrecían garantías suficientes. Los caminos no estaban seguros. Casi todos los pueblos por donde se podía transitar se hallaban dominados por la sedición. El camino de Zaragoza, único entonces que comunicaba con Francia, estaba interceptado por la facción. En el de Portugal, por Extremadura, había suma vigilancia después que se supo que Istúriz había pasado por Badajoz disfrazado y con grave riesgo de su persona. Acudió entonces el Duque de Rivas al general Seoane, con quien le ligaban relaciones de antigua amistad, y correspondiendo caballeramente á la confianza del Duque, le proporcionó pasaporte y un bizarro oficial de coraceros de la Guardia que le acompañase hasta Gata. De aquel punto, D. Pedro Ontiveros le introdujo en Portugal con nuevo disfraz y precauciones, dándole por guía un contrabandista del país. Ya en Portugal y en la ciudad de la Guarda, corrió un nuevo inesperado peligro. Su conductor dijo en una taberna que aquel caballero era un alto personaje, y corriendo este rumor de boca en boca, alarmóse la ciudad toda con la noticia de que había llegado un agente de D. Miguel. El Gobernador civil le llamó á su casa, le participó el desorden, que tomaba cuerpo, y le exigió que le dijera la verdad. Descubrióse el Duque sinceramente, y aquel digno caballero desplegó la mayor eficacia para salvarle del peligro. Hizo traer los caballos del Duque, y por la puerta falsa de su propia casa le

sacaron al campo seis hombres armados y de su confianza, que le alejaron de la ciudad y de su término. Llegó el Duque á Lisboa, donde acababa de publicarse la Constitución del año 20, y allí supo que le habían secuestrado los bienes (á pesar de prohibirlo expresamente la Constitución restablecida), por el delito de haber salido de España sin permiso del Gobierno, delito tan capital á los ojos de los liberales. Con la mira de acercarse á su familia, establecida en Sevilla, resolvió pasar á Gibraltar, y lo verificó no sin riesgo y precaución, por la circunstancia de que los vapores que salían de aquel puerto se detenían en la bahía de Cádiz. En Gibraltar encontró y fué obsequiadísimo por su antiguo amigo Sir A. Woodford, con quien habla tenido en Malta tan estrecha amistad. Allí pasó un año; allí contribuyó, por el influjo de que gozaba con el Gobernador inglés, al alivio y socorro de las familias españolas de aquellos contornos, que se refugiaron aterradas al Peñón cuando apareció la expedición de Gómez. Allí se dedicó de nuevo á la pintura y á la poesía, y escribió muchos de sus romances.

Promulgada la Constitución de 1837 y aceptada por la Reina, la juró el Duque en manos del Cónsul español, y el día 1.º de Agosto se trasladó á Cádiz y volvió de su segunda emigración á los brazos de su familia.

En las elecciones de aquel año figuró su nombre como candidato para senador por varias provincias. Propuesto en terna por la de Cádiz, le nombró la Corona. Consecuente á sus principios, apoyó al ministerio Ofalia, y pronunció un largo y vehemente discurso en favor de la proposición del senador Sán-



chez para que se le devolviesen sus bienes á las monjas, uno de los mejores sin duda de su larga carrera parlamentaria. En las siguientes legislaturas, y tomando siempre parte en los debates del Senado, defendió los principios conservadores, apoyó con buenas razones el convenio de Vergara y la necesidad de conservar sus fueros á las Provincias, y sostuvo, en fin, todos los planes y proyectos que tenían por objeto dar unidad y fuerza al poder. Defendió el establecimiento de un Consejo de Estado, la ley de Ayuntamientos y la de imprenta. Verificado el viaje de S. M. á Barcelona, se retiró á Sevilla; y el cambio político conocido con el nombre de pronunciamiento de Septiembre le alejó, acaso por mucho tiempo, de trabajos y tareas en que ya no debe conservar fe ni esperanza alguna para el porvenir y ventura de su patria.

El desaliento de la política no le retrajo del entusiasmo de la literatura. La gloria estéril, problemática y disputada del Parlamento, al rebajarse ó desvanecerse á sus ojos, dejó más vivo y más ardiente en su alma el sentimiento de la gloria literaria, sentimiento inmortal y siempre generoso. El literato tiene siempre elevada la tribuna en su gabinete, un parlamento en las creaciones de su fantasía, un auditorio inmenso en el mundo entero. El Duque de Rivas no abandonó, ni creemos que abandone jamás sus artes queridas, sus primeras inclinaciones, que fueron como la religión de su alma. Desde la publicación de *Don Álvaro* nada había vuelto á componer para el teatro. En este último período la escena le llamó de nuevo á su palenque glorioso. No se atrevió á seguir en el género de que

había dado tan insigne muestra. Arredraronle sin duda los peligros de incurrir en exageraciones, y sintió que sin trepar á tan altas y tempestuosas regiones, envueltas á veces, como las crestas de las altas montañas, en nubes, y surcadas del rayo, había á menor distancia no tan terribles y más despejadas eminencias. Nuestra patria había tenido un teatro nacional, rico y glorioso, como ningún teatro del mundo. Cuando la Europa no tenía más que un autor dramático, España los contaba por docenas. Cuando la poesía había perdido toda su vida propia y su jugo natural, y no acertaba el genio poético á formular un género, toda la originalidad y la fecundidad inmensa del ingenio español se había refugiado al teatro. Lope de Vega, Tirso de Molina, Moreto, Alarcón, Rojas, y el grande Calderón, se elevan todavía en medio de la literatura europea, como se alzan en una extensa cordillera las cumbres más eminentes, de donde descienden los ríos y manantiales que han de fecundar la llanura tendida á sus pies. Originales y espontáneos siempre estos poetas, porque bebieron sus inspiraciones en el carácter y las costumbres de su patria; quedan todavía las mismas dotes para sus imitadores, como quiera que el carácter nacional y las costumbres del pueblo no hayan sufrido aun modificaciones tan absolutas, que le tornen otro carácter y otro pueblo distinto. La parte de sociedad española que se confunde con la sociedad francesa y con la de todas las naciones de Europa, es una capa bastante superficial y somera; y los mismos que la componen sienten aún renovarse los antiguos sentimientos, no borradas del todo en su corazón las huellas de las

antiguas costumbres, cuando al escuchar en el teatro los acentos de Calderón y de Moreto, simpatiza desde luego con ellas el alma, como se descubren las letras de una tinta simpática al contacto del reactivo que las colora. El género y la poesía de aquellos grandes maestros es aún, con las modificaciones del tiempo transcurrido y de las costumbres alteradas, el género cuya poesía pertenece á nuestro teatro moderno. Don Ángel volvió á él; su imaginación tiene más puntos de contacto con nuestros antiguos dramáticos que con la de autores más modernos. Las tres comedias tituladas *Solaces de un prisionero*, *El Crisol de la lealtad* y *La Morisca de Alajuar*, han sido el fruto de esta nueva dirección. El público ha recibido con aplauso estas producciones, y la crítica sólo ha tenido acaso que censurar el sabor demasiado fuerte á la comedia antigua, la rehabilitación inoportuna quizá del carácter gracioso, que ya no puede ser tolerado en nuestros teatros por un público distinto del que los frecuentaba en tiempo de Felipe IV, y alguna vez lo precipitado y no siempre interesante del desenlace. La crítica ha sido más severa con *La Morisca de Alajuar*; ha visto en esta obra demasiada complicación, muchos y atropellados incidentes, materia en fin para dos dramas distintos, ora ligados, ora independientes. El autor de este artículo, no habiendo logrado verla representar, no puede juzgar de su efecto en el teatro; pero cuando en días de que conservará siempre tiernísima y grata recordación, escuchó de los labios mismos de su autor la lectura de aquella composición, formó un juicio que no se ha conciliado todavía con la severidad de esta censura. A sus ojos


*La Morisca de Alajuar* es la producción más acabada y más bella del Duque de Rivas, la más interesante, la de más movimiento y de más preparado desenlace. Los caracteres están de relieve y sostenidos sin desmentirse jamás, sin decaer nunca. El Conde de Salazar es un tipo de los más bellos que puede ofrecer ninguna producción dramática, y hasta la versificación nos parece más igual y más esmeradamente correcta que en las demás obras de su fecunda, pero á veces demasiado fácil y suelta vena.

Por último, ha coronado sus trabajos con la publicación de sus romances históricos, obra en que, según nos manifiesta en el elocuente y erudito prólogo que le precede, se propone reivindicar el romance del magistral anatema que contra él había fulminado la crítica de nuestros días, volviéndole á su primer objeto y á su primitivo vigor y enérgica sencillez, sin olvidar los adelantos del lenguaje, del gusto y de la filosofía. Ya hemos manifestado en qué tiempo y por qué circunstancias había vuelto á cultivar este género tan rico como abandonado de nuestra literatura. Ya se habían impreso con *El Moro expósito*, *La Vuelta deseada*, *El Sombrero*, *El Conde de Villamediana* y *El Alcázar de Sevilla*, muestra de la profundidad con que el autor sentía la poesía histórica de su país, y de la verdad con que sabía pintarla. Los romances posteriormente publicados, no han desmentido las esperanzas que habían hecho concebir sus primeras inspiraciones. No nos es dado recorrer todos los cuadros de esta magnífica galería. Remitimos á su lectura á todos los que quieran sentir las originales bellezas de nuestras grandezas históricas y reposar sus ojos en la viva y animada pintura

de una naturaleza engalanada por un pincel de tanto fuego, de tanta vida. Encontrarán atesorados en esa colección argumentos hábilmente conducidos, caracteres soberbiamente delineados, figuras vivas, ricas descripciones, afectos verdaderos y vehementes, rasgos atrevidos, entonación poética, locución castiza, y grande inteligencia histórica. A veces, como en *El Solemne desengaño*, *El Cuento de un veterano*, *Amor, honor y valor*, *La Noche de Montiel* y otros; estas composiciones son unos verdaderos dramas llenos de animación, de progresivo interés en su plan, de escenas brillantes, á veces de cuadros siniestros y sombríos. Otros, empero, se distinguen por su mayor sencillez, por su mayor regularidad: son apacibles historias, agradables cuentos, llenos de candor y dulzura, como tiernas bucólicas, como campestres baladas, galanas y bellas, aunque más monótonas, como el curso de un arroyo, ó como una dilatada pradera; y sentimos que las dimensiones obligadas de nuestro artículo no nos permitan para prueba de esta verdad trasladar, ora las estrofas en que describe las angustiosas agonías del rey Don Pedro en su noche postrimera; ora la pintoresca descripción del Guadalquivir, cuando Hernán Cortés se embarca en él en busca de la corona de Moctezuma; ora las dulces y melancólicas meditaciones á que se entregaba en su triste prisión el Marqués de Lombay; ora la animada pintura, las pinceladas de franco y vigoroso estilo, con que retrata los tres ilustres misteriosos galanes de la bellísima Princesa de Évoli. El Duque de Rivas ha levantado en este libro á la literatura nacional un monumento que durará más que otras obras en que libran acaso al-

gunos muy altas pretensiones y esperanzas. En la amanerada y anárquica literatura de nuestros días nuestro poeta ha trazado un vivísimo surco de luz por las regiones de la belleza y de la originalidad. A los defectos de su época, y á las particulares circunstancias de su azarosa vida, ha pagado más de una vez tributo; pero sus defectos quedarán oscurecidos en el olvido de sus obras medianas, bastándole para una aureola muy espléndida de gloria el mérito de las muchas que pasarán á la posteridad.

Y su gloria literaria será la única que de él quede. Los hombres que la obtienen oscurecen todas las demás con su brillo. La gloria de los destinos públicos, la reputación política pasa con las circunstancias, aun en los más eminentes hombres de Estado. ¿Quién se acuerda ya de que Petrarca fué un negociador y un estadista? ¿Quién une al nombre de Ariosto su carácter de embajador en Venecia? ¿De qué le sirve á Milton haber sido secretario de Cromwell? ¿Quién dentro de pocos años sabrá que Chateaubriand ha sido ministro y Lamartine diputado? Creemos, pues, que el Sr. Duque de Rivas no librará su fama póstuma en sus recuerdos de orador, de Prócer, de Senador y de Secretario del Despacho, por más que para sus contemporáneos sean gratos ó censurables su exageración en un período, su medianía en algún puesto, y sus brillantes cualidades en otro. La política, que tanto ha influido en su vida, no influirá para su fama. Y, sin embargo, todavía en las elecciones de 1840 la provincia de Vizcaya le propuso para Senador en segundo lugar, y la de Álava en primero. El Gobierno de Septiembre no tuvo por conveniente elegir á quien sin duda



hubiera unido su elocuente palabra á las que en el Senado fueron la última protesta, si bien severa y terrible contra los nuevos poderes. No le pesó de tan honroso desaire, y vive en Sevilla contento, satisfecho y desengañado en el seno de su numerosa familia, ocupada toda su atención en los placeres y trabajos de la vida doméstica, en la composición de sus comedias, en la publicación de sus obras, y en el trato de sus amigos. El autor de este escrito ha sido testigo de esta vida deliciosa en días á cuyo recuerdo puede consagrar aquí una línea, siquiera le tachen por ella de parcialidad ó de impertinencia. Cuando desfallecido y enfermo fué á buscar aire de salud y de vida en las perfumadas riberas del Guadalquivir, bajo el sol vivificante de la bella Andalucía, allí donde acaso más que la benignidad de la atmósfera, calmaron sus dolencias los consuelos y ternura de sus solícitos amigos, no fué entre ellos el menos tierno y cariñoso el ilustre escritor, cuya biografía le ha cabido en suerte. De sus labios mismos oyó alguna vez la interesante narración de algunas de sus vicisitudes y desgracias, en aquellas deliciosas noches de que sólo pueden formar idea los que las hayan pasado en los encantados patios de Sevilla, entre columnas de mármol y macetas de flores, y árboles y fuente, y en la sociedad de amigos y de hermosas, tan amena como aquellos jardines. Los recuerdos que de esto nos quedan, van unidos á la grata memoria del Duque. Por eso quizá nos hayamos detenido alguna vez en circunstancias minuciosas, cediendo sin querer al recuerdo de nuestras conversaciones, y repitiendo acaso las reflexiones mismas que entonces se nos ocurrían. Complacido,

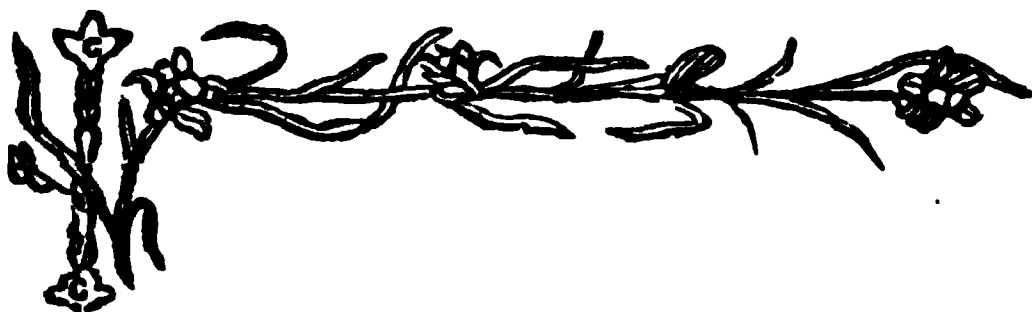
como el que cuenta sus propias ~~aventuras~~, acaso hemos creído á veces que tendrían para todos la importancia que para nuestro corazón. La amistad puede habernos hecho prolijos; un consuelo nos queda, y es que el temor de parecer por ella parciales, nos ha hecho ser constantemente severos.






**RESEÑA BIOGRAFICA**  
**DEL**  
**DUQUE DE RIVAS**  
**DESDE 1842 HASTA 1865.**





RESEÑA BIOGRÁFICA  
DEL  
DUQUE DE RIVAS  
DESDE 1842 HASTA 1865.

---

UANDO en 1842 publicó el Sr. D. Nicomedes Pastor Díaz la elegante biografía que precede, el Duque de Rivas, sin ser ya joven, hallábase lejos todavía del término de su carrera. La parte de su vida que empieza entonces y vamos á reseñar, no es ciertamente tan varia y novelesca como aquella otra en que derramaba su sangre en los combates, ó vagaba proscrito de playa en playa; pero ofrece no menor interés, enlazándose á importantísimos sucesos, y habiendo en ella, como poeta, y también como prosista, llegado á su mayor altura.

No le faltaba razón á su ilustre biógrafo al motejar de bárbara la teoría que sólo ve las lumbreras del ingenio en las tinieblas del infortunio. El Duque de Rivas, que, vuelto á la patria, ya en días prósperos y felices, escribía sus *Romances históricos* y sus mejores obras dramáticas, si se exceptúa el

*Don Alvaro*, ocupando más tarde un encumbrado puesto diplomático en la capital más bella de Europa, y con dulces ocios que emplear en sus artes favoritas, alcanzaba como lírico inmarcesibles palmas, y entrando también en arduos y severos estudios, añadía á su renombre de poeta, el de concienzudo y gallardo historiador.

Pero era destino de aquella existencia el ser por la política constantemente disputada á las letras; y aunque creamos fundada la opinión de que era el Duque, antes que todo, poeta y artista, fuerza es confesar que la flexibilidad de su talento, su gran experiencia, su don de gentes, y hasta el encanto de su fácil palabra, le daban particular aptitud para los cargos públicos. No es extraño, pues, que con tanta discreción y acierto desempeñase los diplomáticos, en que los intereses egoístas de partido ceden por lo común el puesto á más amplias y levantadas miras, y donde no hay, por otra parte, que descender á embarazosos pormenores administrativos, con que no se avenía bien la libre condición de su espíritu.

Muy aventajadas pruebas dió el Duque de semejante idoneidad. Y la interesantísima correspondencia que, siendo Embajador en Nápoles, mantuvo con el Gobierno español, desde Agosto de 1847 hasta Junio del 49 (y de la cual, si bien incompleta, hemos hallado copia entre sus papeles), es elocuente testimonio del tacto, celo é inteligente iniciativa con que se condujo, en medio de los azares y turbulencias que durante dos años tuvieron el trono de Fernando II al borde del abismo.

Sin que sea nuestro objeto historiar aquel período

memorable, primer acto de un drama, cuyo desenlace, no sabemos si final todavía, habíamos de presenciar veintiún años después, algo de lo más concerniente á la persona y misión de nuestro representante en aquella corte, habremos de recoger de los preciosos documentos citados. Por lo mismo que el Duque no dejó memorias escritas, aunque por alguno se haya creído lo contrario, no estará demás que demos á conocer, siquiera sea ligeramente, esa curiosa fase de su vida pública, en que su elevado carácter, su clara razón, sus nobles convicciones aparecen con singular realce.

Mas cada cosa á su tiempo, y empecemos nuestra narración allí donde el Sr. Pastor Díaz dejó suspenso la suya.

Permaneció el Duque en Sevilla el año de 1842 y parte del 43; y continuando sus tareas literarias y artísticas, compuso la festiva comedia de costumbres *El parador de Bailèn*, y el drama fantástico *El desengaño en un sueño*, obras de distinto mérito y muy diversa índole, con las cuales, haciendo un alarde de sus ricas dotes y felices aptitudes para los géneros más opuestos, se despidió para siempre del teatro.

Por razones que comprenderán nuestros lectores, hemos de ser muy parcos en apreciaciones literarias; tal vez, además del talento, nos faltase la imparcialidad debida; y en caso de no faltarnos, los elogios, por justos que fuesen, en nuestra pluma podrían parecer apasionados. Así, habremos de contentarnos, por punto general, con el sencillo papel de narradores, recurriendo, para estimar las obras del Duque, á la autoridad de los ilustres escritores

que de ellas han tratado, y cuyos juicios, cuando más, confirmaremos con ligeras ampliaciones.

No se mostró la crítica muy benévola con *El parador de Bailén*, ni tampoco su autor debía de tenerla en mucho aprecio, cuando se abstuvo de incluirla en la edición de sus obras completas de 1854-55. La comedia no es, en verdad, de gran importancia, y peca, tal vez, por la crudeza de algunos efectos; más no le faltan, ciertamente, vida, movimiento, alegría y fáciles diálogos, salpicados de chistes y agudezas. Sea cualquiera su valor intrínseco, no deja de ser curioso que pertenezca á la misma época en que el autor creó su drama fantástico, *El desengaño en un sueño*, y que sean ambas obras como las dos notas extremas del extenso diapasón que podía recorrer su privilegiada musa.

Á esa flexibilidad de ingenio juntaba el Duque la grande espontaneidad con que escribía, la cual era causa de que no siempre madurase lo suficiente sus planes. Ni, por otra parte, se proponía sistemáticamente desarrollar tesis en el teatro, como es hoy costumbre hacerlo: buscaba pasiones, caracteres, lances cómicos ó dramáticos; y si sus producciones escénicas encierran, á veces, un alto pensamiento que las domina, ó se deduce de ellas moral enseñanza, más bien que efecto de una idea preconcebida, ó consecuencia de afanosas meditaciones, es hijo del asunto elegido con objeto de divertir ó conmover, más que de instruir ó reformar, y del natural y lógico desarrollo de los caracteres y de la acción. Sin que por ello se entienda que no comprendiese la verdadera importancia de sus obras, escritas algunas con marcada intención filosófica, y

todo en ellas conspirando á determinado fin; pero no daba tormento á la historia, á las costumbres, ó á su propia fantasía, con la mira de aparecer trascendental y profundo. En esto semejábase también á nuestros grandes dramáticos de los siglos xvi y xvii, con quienes tantas analogías guardaba, los cuales, si creaban comedias como *El condenado por desconfiado* ó *La vida es sueño*, otras muchas compusieron, atentos sólo á divertir honestamente á los espectadores con fábulas interesantes, sin objeto moral determinado.

De todas las concepciones dramáticas del Duque, *El desengaño en un sueño*, si no la más original, es sin duda la de más alcance filosófico y mayor vuelo poético. Lisardo personifica la humanidad: su corazón insaciable busca la dicha en la satisfacción de sus codiciosos deseos y arrebatadas pasiones; mientras más logra, más anhela; y á medida que avanza, en vez de hallar la felicidad, va labrando su irremediable desventura. Llega un punto en que espantado de su mísera situación quisiera retroceder; pero detrás no ha dejado más que ruinas, lágrimas y sangre. ¿Quién puede desandar el camino de la vida? Tal es la idea capital del poema, que el autor desenvuelve en una serie de admirables cuadros, llenos de verdad, de sentimiento y de alta poesía.

Por dificultades, que no lo hubieran sido en país más próspero ó de más amor al arte que el nuestro, y acaso también por falta de actores, *El desengaño en un sueño* no llegó nunca á representarse, y ¿quién sabe, si alcanzará un día los honores de la escena? (1).

---

(1) Los alcanzó al fin, cinco años después de escrita esta

También por aquella época, el Duque de Rivas, que siempre encontró sumo placer en el cultivo de la pintura (arte en el cual, si mero aficionado, no dejó ciertamente de distinguirse), pintó cuatro cuadros de asunto religioso, muy dignos de aprecio, para el coro de la Catedral de Sevilla, y algunos retratos.

A mediados del año 1843, intereses particulares le obligaron á dejar la Andalucía, y trasladarse á Madrid, cuando volviéndose á obscurecer el horizonte político amenazaba nuevas borrascas. Sabidos son los sucesos que turbaron muy luego la tranquilidad pública, y el estado lastimoso en que se vió la capital de la monarquía.

El Duque, durante aquellas angustiosas circunstancias, como leal y buen caballero, se consagró al servicio personal de la Reina niña, y se estableció en Palacio con otros Grandes, que no querían perder de vista á S. M. en aquellos días de tribulación é incertidumbre.

Triunfó la coalición de los partidos progresista y moderado (que de largo viene la costumbre de unirse en España opuestas banderías para derrocar los poderes existentes), y concluída de hecho la regencia del Duque de la Victoria, el Gobierno provisional creyó conveniente rehacer de real orden el Ayuntamiento de Madrid, y nombró decano del mismo al Duque de Rivas.

Resistióse éste á ocupar un puesto que debía legalmente obtenerse por elección popular; pero en

---

reseña, en el *teatro de Apolo*, con las circunstancias que referimos en el artículo: *Notas póstumas*.



atención á lo grave de las circunstancias lo aceptó al fin, desempeñándolo con patriótico celo y general aprobación.

Disueltas las Cortes y el Senado en su totalidad, fué en las nuevas elecciones propuesto para el cargo de senador por varias provincias. El Gobierno lo nombró por la de Córdoba, su ciudad natal, y al mismo tiempo Vicepresidente del alto Cuerpo, donde sostuvo con un excelente discurso la ley declarando la mayoría de la Reina.

Por aquel tiempo reconoció el Rey de las Dos Sicilias la legitimidad de D.<sup>a</sup> Isabel II, enviando á Madrid un ministro plenipotenciario. Y la Reina, siendo Presidente del Consejo el Sr. González Bravo, se dignó conferir al Duque la legación de Nápoles.

Deseoso el Gobierno de realzar la misión del nuevo diplomático, mandó aprestar la fragata de guerra *Cristina*, para que lo transportase al lugar de su empleo. Pero las ocurrencias de Alicante obligaron al Gobierno á echar mano de aquella nave, y el Duque tuvo que hacer el viaje en un vapor inglés que, tocando en Malta, le proporcionó el gusto de volver á pisar aquel suelo hospitalario, donde tan afectuosamente se había visto tratado en tiempos de persecución é infortunio, y de abrazar á sus antiguos y constantes amigos, que lo recibieron con grandes obsequios.

Llegó á Nápoles el 4 de Marzo, y presentó sus credenciales el 11 del mismo, siendo desde el primer momento muy bien acogido por aquel soberano, por el Cuerpo diplomático y por la aristocracia del país.

Pronto se hizo amigo de sabios y artistas; y los


poetas Campagna y Duque de Ventignano, y los eruditos Carlo Troja, Blanch y Volpicella, y el escultor Angelini, y los pintores Morani y Smarguiazzi no eran por cierto de los que menos frecuentaban su elegante palacio, centro brillante de la mejor sociedad napolitana.

Bajo tales auspicios, en tan suave clima y tan hermosa tierra, y no teniendo por otra parte intrincados negocios que exigieran grandes desvelos, ni trabajo material y continuo, se dedicó el Duque con más ardor que nunca á las dulces tareas que tanto amaba, y que en la fortuna como en la adversidad parecían el fin primordial de su existencia.

Cogiendo de nuevo los olvidados pinceles, produjo algunos cuadros, no faltos de mérito ciertamente; entre otros, una *Judit* que, por su calorosa entonación y elevado estilo, es acaso el mejor de sus lienzos. En una de las Exposiciones de la Academia de San Fernando la vimos figurar con honor entre las obras de nuestros primeros artistas, mereciendo justos elogios de las personas competentes.

También por entonces compuso, en nuestro sentir, sus mejores poesías líricas. *El sol poniente*, *La aparición de la Mergelina*, *Fantasia nocturna* y el *Canto de la vejez*, pueden sin recelo ponerse en parangón con las más excelsas de los Hugo, los Lamartine y los de Vigny, llevándoles la ventaja de la armoniosa lengua en que están escritas.

Pero la obra que particularmente señala esta época de la vida del Duque, es la historia de la *Su-  
blevación de Nápoles, capitaneada por Masanielo*, interesante y dramático cuadro de nuestra dominación en aquel reino, bajo el cetro decadente de Felipe IV.



Dado había anteriormente el Duque, en artículos de costumbres escritos con singular gracejo, en animadas relaciones de sus viajes, en académicos discursos y en el erudito proemio de sus *Romances históricos*, notable muestra de galano, correcto y amenísimo prosador. Pero su corona de poeta era tan brillante, que á su lado todo lo demás palidecía. *La historia de la sublevación*, escrita con imparcial criterio, gran copia de datos, atinados juicios, excelente método, y, según el Sr. Hartzenbusch (1), en un estilo «fácil, claro, familiar, pero á veces elevado, enérgico y pintoresco, conforme al asunto conviene», vino á acreditar al Duque de prosista eximio, y á probar que su talento de historiador no desmerecía de su ingenio de poeta.

Y ¡cuánta enseñanza encierra para nosotros su interesante libro! El verídico, sangriento drama que con tanta vida, color y relieve nos presenta, es, en pequeño cuadro, la sempiterna historia de las revoluciones: cuadro en que vemos obcecados poderes que mina y pierde el abuso de la propia fuerza; rebeliones populares que tuercen y manchan con espantosos crímenes las causas más justas, y los improbables afanes y nuevas desgracias que cuesta volver á su equilibrio y natural armonía los varios elementos sociales, una vez trastornados y confundidos.

El Duque de Rivas, para acabar con las autorizadas palabras del sabio escritor antes citado, «sin

---

(1) En el prólogo con que acompañó el quinto tomo de las *Obras completas*, del Duque de Rivas, publicadas en 1854 y 1855.

empeño en remedar á Tácito, ni á Salustio, ni á Mendoza, ni á ningún otro autor español ni extranjero, nos ha dado un libro de los mejores que en su línea tenemos en el idioma de Mariana y de Solís».

Verificado el matrimonio de la Reina con su primo el infante D. Francisco de Asís, creyó el Duque de su deber venir á España á felicitar personalmente á SS. MM., y obtenida licencia, se puso en camino el 1.º de Noviembre de 1846, deteniéndose un mes en Roma, donde tuvo la honra de ser afectuosamente recibido por el bondadoso Pío IX, poco después de su elevación al pontificado.

Llegó á Madrid en el momento de la caída del Ministerio Istúriz, combatido por la fracción puritana, en la que ya se descubrían los gérmenes y tendencias del bando que más tarde, con el nombre de *Unión liberal*, había de causar tan graves y peligrosas mudanzas en el estado político de la nación española. Fuéronle ofrecidas al Duque la Presidencia del nuevo Gabinete y la cartera de Estado, con grande empeño de que las aceptara. Pero el Duque, en cuyo corazón el amor á la gloria no se mezclaba con la codicia del mando, y que sabía, además, por experiencia, las amargas y contrariedades que trae el poder en pueblos como España, rehusó el ofrecimiento con resolución, logrando no sin esfuerzo eludir el compromiso. Y los sucesos no tardaron en demostrar con cuánta sensatez había obrado. Entre la azarosa vida de aquel Ministerio, y la alegre y pacífica de las letras y de las artes en un hermoso palacio de la Ribera de Chiaja con vis-

tas al poético golfo, era en verdad notable el contraste. Por fortuna suya no fué ministro de la Corona, y después de una corta temporada en Sevilla, donde á la sazón se hallaba su familia, volvió el Duque, no cumplida aún la licencia que disfrutaba, á su legación de Nápoles. Aunque allí no hiciera más que escribir versos ó prosa, servía con ello mejor á su patria, que hubiera podido hacerlo en Madrid, aceptando en aquellas circunstancias la jefatura ministerial con que sus amigos le brindaron.

De regreso en la capital de las Dos Sicilias, dió la última mano á su historia de Masanielo, de que ya hemos hablado, y escribió la preciosa leyenda, *La azucena milagrosa*, dedicada á su caro amigo, el famoso poeta D. José Zorrilla, en obsequiosa correspondencia de la que éste le dedicó, titulada *La azucena silvestre*.

El Duque imagina un argumento enteramente fantástico, sin valerse de tradición ni conseja alguna, ni buscar sus elementos en ninguna crónica; pero sabe, siguiendo en esto el ejemplo de Walter Scott, enlazarlo con arte suma á los más grandes hechos de la historia nacional. Y el sitio de Granada oportunamente traído para arrancar á Garcerán de los brazos de su esposa, y de su pingüe estado; y el descubrimiento de América, y la conquista de Méjico, adonde va el infortunado Nuño, como aventurero obscuro y con nombre supuesto, en busca de la muerte, al modo que iba D. Álvaro á las guerras de Italia, dan lugar á magníficas descripciones, que suelen tomar el vuelo y arrebató de la oda, cuando el poeta conmemora enardecido los héroes y las hazañas de los tiempos de la primera

Isabel y de su glorioso nieto. ¡Con qué vivo entusiasmo exclama!

«¡Hernán Cortés!.... Coloso que descuella  
Entre los héroes que la fama adula,  
Como gigante pino en los jardines  
Se alza soberbio entre la humilde murta.  
¡Hernán Cortés!..... cuyo glorioso nombre  
El primer puesto de la historia ocupa.....

Al considerar después en lo que vinieron á parar  
aquellas famosas conquistas, ¡con qué amarga tristeza

«De tanta gloria sus ardientes ojos  
En aquella región el templo buscan!»,

y ¡con qué indignación generosa ve consumirse en  
estériles discordias aquellos pueblos

«Que niños son y adultos se figuran!»,

*La Azucena*, por su índole fantástico-religiosa, el interés de su argumento, las galas del estilo, y hasta por cierto aire de arrogancia española, lleva en sí, más que otras producciones de su autor, aquel carácter popular que generalmente las distingue.

No es, pues, de extrañar que á pocos meses de publicada *La Azucena* en la *Biblioteca Universal* de D. Ángel Fernández de los Ríos, el autor, que era muy aficionado á vagar por calles y plazas observándolo todo, y á pararse en los puestos al aire libre de coplas y romances, hallara en aquellos su propia obra, si bien con título diferente, aunque análogo, y desfigurada por una mano inhábil, con objeto, sin duda, de encubrir la falsificación. Únicamente por estas circunstancias hizo el Duque perseguir judicialmente á los autores [del] plagio, pues si sólo de

una reproducción se hubiese tratado, de seguro no entablara nada contra ellos, como jamás dió paso alguno contra los editores que en España, Francia y Bélgica, sin contar con su voluntad, reimprimieron sus obras. Para el Duque no eran las letras motivo de granjería; solamente buscaba en ellas la gloria y el aplauso.

Por desgracia, los serenos horizontes del tranquilo reino de ambas Sicilias empezaban á obscurecerse. La nueva política inaugurada en Roma, y la fiebre de libertad é independencia que empezó á manifestarse en otros Estados de Italia, no podían menos de producir viva excitación en el más rico, poblado é importante de todos ellos, donde las pasiones de sus habitantes son tan ardientes como el sol que los vivifica, y donde la impresionable muchedumbre pasa inopinadamente, como sus famosos volcanes, de la calma más apacible á las más violentas conmociones.

Acercábase, pues, el momento en que el Duque arrinconase su lira, abandonase los pinceles, y en vez de recrear el ánimo en el estudio de revoluciones pasadas, se le angustiase con el horror de las presentes, viendo á cada paso escenas de devastación y de sangre, y al borde del precipicio un trono, que era su anhelo salvar, sin que los medios de que podía disponer guardasen proporción con sus nobles deseos.

Ya desde 1846, con motivo de la reunión en Nápoles del llamado *Congreso de Sabios*, que cada año se juntaba en una de las capitales de Italia, y que con pretexto de la ciencia, se proponía sólo propagar ideas de emancipación y de reforma, el Duque, en

un despacho muy curioso y discreto, había dado la voz de alarma al Gobierno, llamando su atención sobre los graves síntomas que advertía, y emitiendo oportunísimos juicios sobre las aspiraciones y tendencias de los patriotas italianos.

No es posible volver la vista á aquellos sucesos, sin recordar el grande influjo que, en los albores de la revolución, ejerció en los ánimos la escuela católica liberal, donde figuraban hombres de tanto prestigio como Balbo, Cantú, Azeglio, el P. Ventura; sin hacer memoria, particularmente, del célebre abate Gioberti cuya famosa obra, *Primado moral y político de los italianos*, ejerció verdadera fascinación en todas las clases. Los que no acertaban á concertar en su corazón la fe religiosa y las exigencias del patriotismo, la tomaron por bandera. Hallaban en ella calor todas las aspiraciones y se armonizaban todos los intereses. La Iglesia misma parecía contenta del caracter providencial que se reconocía en el Pontificado, y de la alta misión que se adjudicaba al Papa, resolviendo por medio de su arbitraje las más arduas cuestiones, y poniéndolo como poder moderador al frente de una confederación de estados. Gioberti creía con su utopia remediarlo todo. Desgraciadamente su obra sólo fué útil para avivar el incendio y dar alas á la revolución.

Preparado estaba, pues, de largo tiempo atrás el terreno, cuando Pío IX, con mejor intención que fortuna, rompiendo con las tradiciones de la Curia romana, emprendió el azaroso camino de las reformas, pareciendo asumir el papel que en el *Primado* le adjudicaba Gioberti. Á su generosa iniciativa se conmueve la Península entera, y la ambiciosa casa



de Saboya, y hasta el mismo gran Duque de la feliz Toscana se disponen muy luego á seguir su ejemplo.

En el reino de Nápoles no es menos viva, particularmente en la nobleza y la clase media, el ansia de libertad. El Rey, sin embargo, fiando más de lo que debiera de su propia fuerza, empéñase en desoir el público clamoreo, mostrándose adverso al voto general del país. ¡Desacertado proceder, origen, tal vez, de no pequeñas desventuras!

Para el Duque de Rivas era insostenible la situación de Fernando II, en pugna con la Italia entera, y no se cansaba de repetir á los más fieles amigos del Rey que la prudencia y la buena política aconsejaban no irritar la opinión con sistemática resistencia, siendo preferible otorgar oportunamente moderadas concesiones, á tener que hacerlas mucho mayores, arrancadas por la violencia en un día de conflicto, con mengua de la autoridad real. Creía, además, que adelantándose el Soberano al deseo de sus pueblos, adquiriría la popularidad y la fuerza que más que nunca le eran entonces necesarias para contrarrestar ambiciosas miras de otros Estados.

Mas al par que el Duque se lamentaba en sus comunicaciones oficiales de la obcecación del Monarca, cuidaba de hacer cumplida justicia á sus nobles cualidades, encomiando sinceramente sus rectas intenciones, su incansable celo en promover el bien público, sus sencillas costumbres y humanos sentimientos.

Los motines de Messina y de Reggio en Septiembre de 1847 fueron las primeras chispas del previsto incendio. Todavía en aquellos alborotos se gritaba: «¡Viva el Papa! ¡Viva el Rey!»; todavía otorgando

una Constitución, juzgaba nuestro Ministro que era posible encauzar el torrente. Más la tenacidad del Soberano parecía invencible.

Falsas noticias ó pavorosas especies que á cada paso circulan, acrecen en tanto la común ansiedad; las sociedades secretas no descansan, y sus emisarios recorren el Reino, concitando los ánimos á la rebelión. De día en día se agrava el peligro, es menor el prestigio del trono, mayor el ímpetu revolucionario.

Bajo tan adversos auspicios empieza para aquella Monarquía el año 1848 (de triste recordación en los fastos de Europa); y el 12 de Enero estalla en Palermo una pujante insurrección, siendo rechazadas las tropas reales. Al mismo tiempo se notan síntomas alarmantes en las provincias de Salerno y de Reggio.

Los sucesos de Sicilia, cuya gravedad se aumenta por la sospechosa actitud del Encargado de Negocios de la Gran Bretaña, producen honda sensación en la corte.

Honrado el Duque por la Reina Madre de Nápoles con gran confianza y amistad, y sabiendo el ascendiente que esta señora ejercía en su hijo, acudió á ella, y le explicó con sentido acento la verdadera situación del Reino y los graves peligros á que se exponía la Corona con el sistema adoptado, insistiendo una y otra vez con la augusta señora, en que no había ya otro medio de salir de aquella terrible crisis, que otorgar cuanto antes una Constitución. La venerable viuda, abundando en las opiniones del Duque, y viendo con espanto el extremo á que habían llegado las cosas, corrió á buscar á su hijo, y

con lágrimas y exhortaciones logró quebrantar su pertinaz resistencia. Perplejo ya el Rey, un íntimo amigo del Duque, á quien S. M. tenía grande afecto y escuchaba con suma deferencia, Mr. Dupont, caballero francés de edad avanzada, naturalizado hacía muchos años en el país, acabó de convencer al Monarca, el cual, si algo tardíamente, entró por fin en el camino de las concesiones.

Fórmase un nuevo Ministerio de personas muy conocidas por sus ideas liberales, y el 29 de Enero de 1848 ven los napolitanos, con vivas muestras de satisfacción, que se había fijado en las esquinas un Real decreto, ofreciendo la suspirada Constitución y las reformas que tanto deseaban. La buena nueva cunde por la ciudad; el Rey es ardorosamente aclamado, y en aquella población que antes parecía, unas veces consternada, otras amenazadora, todo es plácemes y alborozo.

Andaba el Duque por las calles viendo el súbito cambio, producido por aquella hoja de papel impreso (hoja que en breve había de barrer el viento de las revoluciones), y al pasar por la calle de Toledo el pueblo le reconoce, le rodea, y saluda al Ministro de España con una salva de aplausos. Él dice modestamente en uno de sus despachos «por ser el representante de una Reina constitucional»; más acaso fuera también, porque no faltase en aquella muchedumbre, en que se mezclaban y confundían todas las clases, quien supiera y comunicase á los demás la noble conducta del Duque y sus buenos consejos en favor de oportunas concesiones al sentimiento público.

Pocos días después de promulgada la Constitu-

ción, que fué recibida con loco entusiasmo y febril alegría, llega á Nápoles el Ministro de Cerdeña, con la noticia de haber Carlos Alberto concedido igualmente un Código político á sus Estados. Y con tal motivo, el pueblo, que se iba aficionando á ruidosas manifestaciones, vuelve á reunirse, y precedido de un piquete de Guardia nacional acude á la plaza de Palacio, donde victorea al Rey, encaminándose luego á las casas de algunos representantes extranjeros, con objeto de darles públicas muestras de simpatía. Después de haber recibido la bendición del Nuncio, y de ser arengada por los Ministros sardo y británico, dirígese la multitud á la Legación de España, y apiñándose en frente del Palacio que ocupa en la ribera de Chiaja, prorrumpe en gritos de «¡Viva la reina Isabel! ¡Viva su representante! ¡Viva la España constitucional!» Salió el Duque al balcón y, continuando las aclamaciones, contestó con expresivos saludos. Pero invitado á hablar, una y otra vez, por los manifestantes, les dirigió un breve discurso en italiano (que poseía como el español), en el cual, al mismo tiempo que les felicitaba por las libertades obtenidas, ensalzaba al benéfico Soberano que las había otorgado, acabando con un triple viva, al Rey, á la Constitución y al pueblo napolitano, vítores que repitió la muchedumbre entusiasmada con la arenga del Duque.

Sin duda eran sinceras las palabras del Ministro español, pero estaba muy lejos de dejarse alucinar por aquellos efímeros arrebatos. Y al ver á poco de promulgada la Constitución producirse nuevas exigencias, y llenarse la capital de aventureros y agitadores; y al observar las maquinaciones de los *clubs*,

el estado anárquico de Sicilia, la amenazadora actitud de Austria y las intrigas de la diplomacia inglesa, desfallecía su ánimo, y previendo los mayores conflictos, dudaba de la solidez y eficacia de las nuevas instituciones. Conocía, no obstante, el amor que la nobleza, en general, y la plebe tenían á Fernando II, la lealtad de sus tropas, el denuedo y disciplina de sus regimientos suizos; y con tales elementos, manejados con habilidad, el Duque creía que el Rey podía sostenerse y sobrenadar en el revuelto oleaje, esperando tiempos mejores.

Hasta entonces había trabajado para que el Soberano diese instituciones representativas y una prudente libertad á sus pueblos; en adelante, todos sus esfuerzos, conformes con las firmes instrucciones que de Madrid recibía, debían encaminarse á evitar que zozobrase aquel trono de gloriosa fundación española, ó se amenguase su esplendor con la pérdida de la Sicilia.

La Reina, para dar mayor autoridad á su Ministro, y más peso á su influencia, desde Febrero de aquel año lo elevó á la categoría de Embajador.

No contaba ciertamente el Duque con los grandes recursos que los representantes de otras naciones más poderosas; no tenía á su disposición amenazadoras escuadras; pero ondeaba en el golfo de Nápoles el pabellón español para darle fuerza y prestigio, representaba á una nación relativamente próspera y tranquila, y encontraba apoyo y calor en un Gobierno inteligente y vigoroso, que supo, en uno de los períodos más difíciles y borrascosos de la era moderna, colocar á España á una altura, que casi parece un sueño comparada á su actual decadencia.

cia (1). Favorecía también los intentos del Duque la recelosa actitud de la Rusia ante los graves acontecimientos de que era teatro la península italiana.

Nuestro Embajador, justo es declararlo, sacó todo el partido posible de aquellas circunstancias; y obrando con sumo tacto y destreza, acabó por ser una de las personas más influyentes cerca del Gobierno napolitano; y no ciertamente de las que menos contribuyeron á sacar á salvo de aquella crisis la integridad de la monarquía.

Mientras se encrespa la insurrección de Sicilia, sin que el Rey, con sobrados medios para vencerla, pueda hacer nada, paralizado por la audaz ingerencia del ministro inglés, se rompen las hostilidades en Lombardía; y al saberse en Nápoles las ventajas de Carlos Alberto sobre los austriacos (que luego se convirtieron en derrotas), la exaltación de los ánimos raya en delirio; y las manifestaciones políticas diarias y los continuos alborotos dan al cabo en tierra con el Ministerio autor de la Constitución. Otro le sucede, naturalmente más liberal, cuyas primeras determinaciones son: promover la liga italiana y enviar un contingente de tropas al teatro de la guerra; mas la revolución no se satisface con nada.

El Rey lleva concedido cuanto podía conceder: ya no le queda más que arrojar su corona en medio de las turbas, ó, como rey y caballero, defender sus derechos, los intereses de sus pueblos, la misma Constitución jurada.

La víspera de la solemne apertura de las Cámaras,

---

(1) Esta reseña está escrita en 1872.

los clubs, arrogándose poder constituyente, se oponen á la reunión de la de los Pares. Parte de los diputados y la milicia nacional hacen causa común con los alborotadores. Cierra la noche, y sin provocación alguna, empiezan los descontentos á levantar en la gran calle de Toledo, y hasta cerca del Alcázar real, formidables barricadas.

Al amanecer del infausto 15 de Mayo, terrible es el aspecto que presenta la ciudad. El Rey todavía procura calmar los ánimos, y trata por medios suaves de que las calles sean despejadas, para poder con su comitiva ir á abrir el Parlamento. ¡Vanas contemplaciones! Un guardia nacional dispara el fusil contra un centinela de palacio, que cae muerto. Sólo la disciplina y el vigor de los jefes contienen á la tropa. Nuevos disparos hieren ó matan á otros soldados: la lucha se hace inevitable, y la hermosa ciudad de Nápoles se ve pronto convertida en revuelto campo de batalla. Las admirables tropas del Rey hacen prodigios de valor: los sublevados se defienden con tenacidad desde sus parapetos y casas contiguas: la pelea es cada vez más encarnizada y sangrienta.

El Duque, venciendo mil dificultades y corriendo serios peligros, después de varias infructuosas tentativas logra penetrar en el regio Alcázar.

Las Reinas y las Princesas están consternadas: el Rey triste, pero sereno. Al ver al Duque, se dirige á él y le dice con sentido acento: «Señor Embajador, bien sabe usted que yo no quería esto: he hecho cuanto he podido por evitarlo. Ni ante Dios, ni ante los hombres, soy responsable de la sangre que se está derramando.»

Á las nueve de la noche llegó un oficial de estado mayor á anunciar á S. M. que todo estaba concluído. El Duque, puesto entonces á la cabeza del Cuerpo diplomático, de que era decano, y estaba ya allí reunido, felicitó al Rey por el éxito de la contienda, acabando con estas palabras, que resonaron con aplauso por todas partes: «Señor, que la clemencia de Vuestra Majestad sea más grande que el triunfo alcanzado.»

No necesitaba el Rey de tan noble exitación; pues de índole muy humana y generosa, era mucho más propenso al perdón que al castigo, como harto lo probó en aquellas circunstancias, dejando impunes á los fautores de tan injustificada rebelión.

Pero acababa de demostrar que era más fuerte de lo que se creía, y la revolución, airada y rencorosa, no podía perdonarle el duro golpe que por su mano había recibido. En la prensa exaltada, dentro y fuera de Italia, y aun en las asambleas políticas, no hubo vil calumnia ni odioso ultraje que, con motivo de aquellos sucesos, no se lanzará contra Fernando II y su dinastía.

Curioso por demás es el despacho que con este motivo escribía el Duque en 8 de Junio de 1848. Permítasenos transcribir algunos sentidos párrafos, no exentos aún de interés, á pesar de los años transcurridos.

«Parece imposible, decía el Duque, que el Soberano que dió generosamente una Constitución á sus pueblos, adelantándose á los demás de esta Península; que el que ha cedido á todo género de exigencias, pudiendo haberlas escarmentado con sus leales tropas; que el que sin atender á la necesidad de su-



jetar á la rebelde Sicilia, envió sus mejores soldados á combatir en Lombardía; que el que fiel á sus juramentos y á sus compromisos de Rey, de caballero y de cristiano, iba de buenísima fe á abrir el Parlamento y á poner en sus manos la suerte de su corona y de su nación; que el Rey, en fin, de leal y bondadoso carácter, ídolo de Nápoles y de Italia toda en los primeros días de Febrero próximo pasado, sea ahora el objeto del odio universal, el blanco de la general sospecha y el causador de todas las calamidades públicas. ¡Tan desencaminada anda la opinión! ¡Tanto y con tan buen éxito han trabajado los que tienen interés en extraviarla!»

.....

«La escandalosa sesión de la Cámara de Turín, en que hasta se propuso alzar un monumento que fuese padrón de infamia para el Rey de Nápoles, porque defendió su trono en 15 de Mayo; el constante empeño de los periódicos de Milán, Turín, Florencia y Roma de baldonar el nombre de Fernando II y su dinastía; y los emisarios de los clubs de la alta Italia, que de continuo vienen á esta corte y viajan por estos reinos esparciendo las especies más absurdas y las calumnias más torpes contra este Soberano, harto demuestran que hay un meditado plan para lanzar de este reino á la familia de Borbón.»

.....

«Empieza á tomar cuerpo la creencia de que Carlos Alberto, á favor de la gloria y renombre que le está dando la guerra, hasta ahora feliz, de Lombar-

día, desea verse proclamado rey, no sólo del país por cuya independencia trabaja, sino de la Italia toda, desde los Alpes al cabo Passaro, y que él es quien promueve los desórdenes de Roma y los disturbios de Napoles.»

.....

«Si el Padre Santo y el Monarca napolitano llegasen á caer, acaso, acaso, en último resultado, durante la Republica francesa, pudiera también en toda esta Península ser, al fin, la institución republicana la que prevaleciese.»

Las premisas del hipotético razonamiento del Duque se han realizado. Cayó el Rey de Nápoles y cayó el Papa, como soberano temporal. la republica no duró en Francia, pero ha vuelto á parecer al cabo de algunos años. ¡Quién sabe lo que todavía pasará en Italia!

Como se ve por la muestra que hemos dado, en los despachos del Duque, escritos con criterio imparcial y sereno, la figura de Fernando II aparece muy distinta del tirano feroz y sanguinario que, con el nombre de *Rey bomba*, nos pintan los escritores revolucionarios y nos dan generalmente á conocer los diccionarios enciclopédicos.

Sería prolijo seguir paso á paso al Duque en sus comunicaciones oficiales. Aquellos sucesos no pueden ya impresionar á la generación presente, ni es nuestro objeto trazar un cuadro de la revolución italiana, que resultaría mezquino, tomando por punto de vista el interés parcial de un Estado ó de una dinastía. Vamos, no obstante, á dar á conocer, por lo que tiene de personal, otro curioso despacho, rela-

tivo á uno de los acontecimientos más importantes de aquella revolución.

Como si ya no fuesen bastantes de por sí las complicaciones del reino de Nápoles, vienen á aumentarla los gravísimos sucesos de Roma, que obligan al Papa, no sin riesgo de su sagrada persona, á salir de sus Estados y á buscar un refugio en Gaeta, adonde acude presuroso el Rey con su familia á ofrecerse al venerable Pontífice.

También el Duque se traslada sin dilación á aquella plaza, tanto para tributar el debido homenaje á Su Santidad y confortarle en aquella amargura, como para adquirir noticias de su ilustre amigo don Francisco Martínez de la Rosa, embajador español cerca de la Santa Sede, por cuya suerte estaba muy temeroso é inquieto.

Dejemos referir al mismo Duque la interesante entrevista que, en compañía de Mr. de Rayneval, ministro de Francia en Nápoles, y del almirante Mr. Baudin, con quienes había hecho el viaje, tuvo con el Padre Santo en la fortaleza napolitana.

«Acogiónos, dice, Su Santidad con vivas muestras de agradecimiento; nos hizo sentar y nos contó con suma bondad y sencillez todas las circunstancias de su precipitada fuga, demostrando ánimo firme y sereno, y hallarse decidido á no deber su restablecimiento á tratos con la revolución. El almirante francés se expresó en estos términos, acaso demasiado explícitos: «Cuando se sepa en Francia este grave acontecimiento, enviará la República un ejército que reponga á Vuestra Santidad en el trono». El ministro Mr. de Rayneval habló más vagamente, aunque siempre en el sentido de que el Papa halla-

ría decidido apoyo en el Gobierno francés. Yo me limité á asegurar á Su Santidad que causarían profunda sensación en la católica España y en el piadoso corazón de la Reina esta tribulación de la Iglesia y la situación de tan santo Pontífice.

»Su Santidad me preguntó con el mayor interés por el Sr. Martínez de la Rosa, y me encargó que cuando tuviese noticia de su paradero se lo avisase por telégrafo. Nos dió su bendición apostólica y desde allí pasé á ver al Rey, pues cuando me hizo la honra de llevarme en su coche desde el muelle al palacio del Pontífice, me encargó no dejase á Gaeta sin verle.

»Encontré á S. M., á la Reina y á los Príncipes acomodados en una modestísima casa, donde me recibieron con la mayor cordialidad, y permanecí con ellos en familiar conversación más de una hora. Sus Majestades y Altezas, aunque muy condolidas de los trabajos y amarguras del Vicario de Cristo, se mostraban gozosas de tenerlo en su reino y de haber recibido su bendición.

»Á las once de la noche me retiré con Mr. de Rayneval á bordo del vapor de guerra francés *Thénard*, y á las siete de la mañana siguiente fondeamos en Nápoles, donde tuve el gusto de abrazar al señor Martínez de la Rosa, que llegó á poco en un vapor de comercio.»

Sin entrar en las tristes reflexiones á que tanto se presta el interesante documento que antecede diremos para concluir con esta parte de nuestra reseña, que después de las gestiones estériles de los Ministros de Francia y de Inglaterra, y de rebajarse los jefes de sus escuadras hasta el punto de

izar delante de Palermo la bandera rebelde y saludarla como pabellón reconocido; rechazando el poder insurgente todas las proposiciones, se dejó al fin obrar á las tropas del Rey, y de victoria en victoria, al año justo de haber sido sofocada la rebelión de Nápoles, el general Filangieri entró como triunfador en la capital de la isla.

El mismo día que el Rey recibió la noticia oficial de la rendición de Palermo, mandó llamar al Duque, que tanto le había alentado y sostenido en la lucha, y después de abrazarle cordialmente, puso en su pecho la Gran Cruz de San Fernando y del Mérito, primera Orden del reino.

Pocos días más tarde llegó á Italia la expedición española, en cuyo envío tuvo gran parte el Duque. Y abiertas las conferencias de Gaeta, aunque sin participación directa y oficial, contribuyó no poco á sus resoluciones.

El Rey pudo en aquella crisis salvar su corona; pero no asegurar el porvenir de su dinastía contra la ambiciosa política de la Casa de Saboya y el calor y auxilio que prestaron á la revolución los Gobiernos de Francia y de Inglaterra.

Realizada está la obra de la unidad italiana, y ante ella palidecen las memorias que hemos evocado. ¿Quién se acuerda ya de aquella pobre familia real destronada? Pero cuando se penetra friamente en la obscura trama de aquellos sucesos, y se ven las intrigas, las falsedades y las bastardías (1) que se pusieron en juego para llegar á tal fin, se con-

---

(1) Véanse las *Memorias* del ex almirante Persano.

trista el ánimo al pensar que por semejantes medios puedan engrandecerse y florecer los Estados.

Pasadas aquellas tempestades, volvió el Duque á sus versos y sus pinceles, cuando se vió sorprendido por un negocio inesperado: el proyecto de casamiento del Conde de Montemolín con la princesa Carolina. El Rey de Nápoles y la Duquesa de Berry lo habían concertado con tan sigilosa reserva, que ni los Ministros de la Corona, ni aun los otros príncipes de la familia real pudieron siquiera sospecharlo. Mas el Duque lo supo inmediatamente, y puso en juego todos sus recursos para oponerse á una alianza que tan viva alarma debía causar en el Gobierno que representaba. Se avistó con el Rey, y tuvo fuertes aunque respetuosos altercados con Su Majestad; trabajó con los Ministros, procuró atraerse á los favoritos; pero el negocio estaba concluido, y la llegada del Conde de Montemolín, que se adelantó algunos días, quitó al Duque toda esperanza de impedir ó dilatar el matrimonio.

Transcurridos veintitrés años, apenas podemos hoy comprender la importancia de aquellos sucesos. El Duque, sin embargo, interpretó fielmente los sentimientos del Gabinete español, que al enterarse de lo que ocurría, envió á Nápoles el vapor de guerra *Castilla*, con orden al Embajador de embarcarse en último caso y regresar á España.

Mucho empeño manifestó el Rey, que honraba al Duque con sincera amistad y gran estimación, en que no saliera de su corte, protestando pública y privadamente que el enlace de su hermana era un asunto puramente de familia, que en nada podía afectar las estrechas relaciones entre ambos reinos,

y que en Montemolín no reconocía más que á un príncipe desgraciado, de ningún modo al pretendiente á una corona. El Duque creyó un deber indeclinable el salir de Nápoles, y lo verificó el 10 de Julio de 1850, á las doce del día (1).

Los príncipes, los diplomáticos, los funcionarios públicos, todo Nápoles visitó aquella mañana al Duque. El bote en que se trasladó al vapor *Castilla* iba seguido de una infinidad de lanchas cargadas de gente. Muchas personas subieron á bordo del buque y abrazaron por última vez al amigo con los

---

(1) Como prueba del sentimiento con que vió el Rey la partida del Duque, copiamos la siguiente curiosa carta, que le dirigió el Conde de Walewski, á la sazón ministro de Francia en Nápoles.

Legation de la République française.—Confidentielle.—Naples le 14 Juillet 1850.—Mon cher Duc : Je crois devoir vous écrire ces deux mots pour vous dire que le Roi est décidé à toutes les démarches qui pourraient amener votre retour ici. S. M. désire que vous ayez connaissance par moi de ses intentions à cet égard; je me suis prêté bien volontiers à ce rôle très officieux de conciliation, et je souhaite très sincèrement qu'il ait pour résultat de vous ramener parmi nous. Vous savez sans doute déjà qu'un courrier a été expédié le 7 du courant au Prince Carini, pour lui intimer non seulement de ne pas demander ses passeports, mais encore de tout faire pour rester à Madrid, le Prince Carini est chargé d'offrir au ministère de S. M. C. et à la Reine Christine des explications que l'on espère ici voir bien accueillies. On vous demande d'y contribuer. On est décidé d'ailleurs de ne pas en rester là, etc., etc. (firmada) *Comte de Walewski*.

ojos llenos de lágrimas. La despedida del Duque fué una verdadera ovación.

El vapor *Castilla* tuvo que arribar á Gaeta por el mal tiempo, y el Duque se trasladó á Roma, donde pasó unos días en el palacio de España con su amigo Martínez de la Rosa. Allí tuvo la honra de ser varias veces recibido por el Papa, y de que Su Santidad, como una prueba de alta estimación, le confiriera la gran cruz de la *Orden Piana*.

Volvió á tomar el *Castilla* en Civitavecchia, y después de penosa navegación desembarcó en Barcelona, partiendo luego para Madrid.

Retiróse á poco del poder el general Narváez, y la nueva administración brindó al Duque con varios elevados puestos que se negó á aceptar, quedándose desde entonces, sin otras funciones que las de Senador, y más entregado á las letras que á la política.

Aunque ya en el ocaso de la vida, haciendo gala de aquella prodigiosa facultad, que el Sr. D. Eugenio Ochoa (1) llamó con feliz expresión: *longevidad del ingenio*, escribió el Duque las preciosas leyendas, *Maldonado* y *El Aniversario*, en las cuales, según el citado crítico, hay «más calor de imaginación, más sentimiento de la belleza, más poesía y más inspiración que en sus primeras obras, incluso *El moro expósito*, que compuso siendo joven, incluso el poema *Florinda*, fruto más temprano de su fecundo estro. El *Maldonado* (es siempre el Sr. Ochoa el que habla) nos parece la mejor ideada de las leyendas del autor; todo es allí natural y verdadero, lo que de ningún modo excluye que todo sea poético; muy

---

(1) Prólogo á las leyendas del Duque.



al contrario. El almirante Pérez de Aldana es una noble y hermosa figura, tipo excelente de la antigua caballería española.»

Séanos permitido añadir que estas producciones, las últimas de su autor, son como la suma y compendio de todos los dones y facultades que caracterizan su excelso numen, tan castizo siempre y tan nacional.

El Sr. Ochoa prefiere *Maldonado* á las otras leyendas, si bien todas le parecen de relevante mérito. Por nuestra parte, reconociendo las bellezas que las demás atesoran, confesamos que el *El Aniversario* es, por su índole y asunto, la que más nos agrada; así como creemos que no es posible pintar con más imponente sencillez, ni con más expresivos y adecuados tonos, la terrible escena de aquella extraordinaria misa.

Por aquel tiempo de paz y de sosiego en la vida del Duque, reunía semanalmente en su elegante palacio de la plazuela de la Concepción Jerónima, á cuanto Madrid encerraba de notable en literatura, artes y política. De esta última, sin embargo, hablábase poco en aquellos brillantes salones, campo neutral en que los hombres de más opuestas tendencias y opiniones aparecían unidos, siquiera un momento, en el común amor á las letras españolas.


¡Cuán dulces y ligeras se deslizaban las horas en aquellas sabrosas tertulias! Ya alguno de nuestros famosos escritores embargaba la atención del escogido concurso con su elegante y erudita prosa; ya era un poeta, de los muy esclarecidos que allí se juntaban, el que tenía suspensos los ánimos, recitando gallardamente inspirados versos. Allí escu-

chamos chistosísimas composiciones de Bretón, y muy originales y grandiosos cantos de Tassara, y delicadísimas doloras de Campoamor, y..... Mas ¿para qué cansarnos? Baste decir que, si no todos, la mayor parte de nuestros renombrados literatos contribuía al auge y esplendor de aquellas reuniones.

Algunas veces, atraídas por el extraordinario interés de una lectura, ó por la índole amena y festiva de ejercicios de ingenio, que daban á los concurrentes ocasión de lucir el suyo, la noble esposa del Duque y sus bellas hijas asistían también á aquellas pacíficas lides, galardonando con sus aplausos á los justadores.

La presencia de aquellas damas, que con suma gracia y bondad, después de las lecturas, servían el té á los convidados, teniendo para todos expresiones oportunas y amables, daba á los animados salones mayor encanto. Y no sólo las señoras de la casa, otras de fuera, y muy distinguidas por cierto, solían aparecer de improviso en aquellas tertulias. Más de una vez vimos allí á la inolvidable Condesa de Montijo, espejo de aristocráticas damas; tan ilustrada amiga de nuestros más célebres literatos, tan dispuesta siempre á honrar el talento. Y allí también, entre otras beldades, vimos lucir su gentileza y discreción á la hermana del ilustre novelista D. Juan Valera, Sofía Paniega, como entonces la llamábamos, y que fué más tarde, con el título de Duquesa de Malakof,preciado ornamento de la corte de Napoleón III.

Tampoco era extraño hallar en aquellas veladas, mezclados con los españoles, escritores extranjeros de gran valía. Entre otros recordamos al buen amigo



del Duque, el insigne Próspero Merimée, profundo conocedor de nuestra historia y de nuestras costumbres, y cuya muerte lloran aún las letras de su patria.

¡Ay! Otros muchos de los que allí concurrían, orgullo de la nuestra, también se eclipsaron para siempre; unos antes, otros después del afectuoso amigo que tanto los honraba y distinguía.

Aun nos parece estar viendo en un sillón, cerca de la chimenea, y ya agobiado por los achaques y los años (aunque todavía destellase en sus ojos la llama de aquel ingenio peregrino que á cada paso se revelaba en sus dichos y observaciones), al Tirteo español, autor de la elegía *El Dos de Mayo*, al inmortal Gallejo; y departiendo aquí y allá, en diferentes grupos, á Galiano, Martínez de la Rosa, Pacheco, Molins, Vega, Ochoa, González Brabo, Pastor Díaz, biógrafo del Duque, y á tantos otros, no menos preclaros, que sería prolijo enumerar. Todos ellos representantes, y en parte iniciadores, de una nueva era política y literaria han desaparecido. No es éste el caso de juzgar la obra común á que más ó menos contribuyeron. La historia dará razón de sus aciertos y de sus errores. Si el éxito no coronó sus generosos esfuerzos, si no lograron hacer próspera y feliz á la patria, legáronle al menos sus libros, sus versos y el brillo de sus nombres, como aquellos padres de familia que, á falta de bienes de fortuna, dejan á su posteridad honrosos pergaminos é ilustres blasones.

Pero volvamos al Duque, y sigámosle en las nuevas vicisitudes que la suerte le reservaba.

Por desgracia de nuestro país, y por razones de varia índole, cuya explicación nos alejaría de nuestro propósito, el partido moderado (de todos los

que se disputaban el poder el de más ilustración y mayores dotes de gobierno) se hallaba trabajado por hondas divisiones, cuando el Gabinete del Conde de San Luis fué llamado á los consejos de la corona.

Hombres notables, y sin duda de recta intención, componían el nuevo Ministerio; mas, sin otro apoyo que los elementos oficiales, érale adversa la opinión pública, y era, además, fuertemente combatido por las diversas fracciones de la parcialidad moderada, que no reconocían en él su genuina representación. No negaremos que hubo falta de prudencia y sobra de pasión en la sistemática pugna de que fué objeto aquel Gabinete, ni seremos nosotros los que defendamos la exagerada hostilidad que le mostró el alto Cuerpo colegislador; pero hoy, como entonces, lamentamos su ciega obstinación en no retirarse oportunamente.

El Duque de Rivas, aunque apreciador imparcial de las altas cualidades de los ministros, y unido con fraternal amistad á alguno de ellos, juzgando peligrosa aquella situación, se colocó desde luego entre los opositores, combatiéndola en el Senado con uno de sus más bellos y elocuentes discursos.

Y por cierto que nos viene á las mientes un peregrino rasgo á que dió motivo aquella elegante oración. No había apenas el Duque acabado de hablar, y aun resonaban los aplausos de las tribunas, cuando un portero le trajo un billete del banco ministerial: abriólo con curiosidad, y vió que era del ministro aludido anteriormente, el cual, olvidándose en aquel momento de la política, y llevado sólo de su amistad y entusiasmo literario, cordialmente felicitaba al Duque por su brillante arenga.

Pero los días de aquel Ministerio estaban contados. Su principal fuerza, como hemos dicho, eran los elementos oficiales, y éstos llegaron también á faltarle. Un general que ocupaba un alto puesto militar, y en quien aquel Gabinete había depositado toda su confianza, so pretexto de pasar una revista de monturas, sacó una mañana la caballería al Campo de Guardias, y pronuncióse con ella en abierta rebelión. Quiso el Gobierno reducir á los sediciosos; pero la estéril jornada de Vicálvaro vino á demostrar lo vano de sus esfuerzos. Entretanto, la sublevación empezó á tomar las proporciones de un gran alzamiento político. El general O'Donnell, cabeza y brazo del movimiento, lanzó el programa de Manzanares; y los pronunciamientos sucesivos de varias ciudades y provincias, y sobre todo la noticia del de Barcelona, recibida oficialmente el 17 de Julio, vencieron al fin la tenacidad de aquel Ministerio, que, ya demasiado tarde, presentó á la Reina su dimisión.

En aquellas difíciles circunstancias, llamó S. M. al teniente general D. Fernando Fernández de Córdova, á quien dió el espinoso encargo de formar un nuevo Gabinete que, sirviendo de medio de conciliación con los jefes del levantamiento, fuese, por la pureza y prestigio de los hombres que lo compusieran, recibido con aplauso por el país.

Ardua misión echaba el general sobre sus hombros. Antes de lo del Campode Guardias, un Ministerio compuesto de los elementos disidentes hubiera evitado la revolución; después de aquel acto de violencia, no habla más que dos caminos que seguir: ó sofocar la rebelión enérgicamente, si se contaba

con medios para ello, ó entenderse desde luego con sus caudillos, sin derramar sangre en vanos intentos de represión. Por desgracia, no se siguió ninguno de estos caminos, y no era ya posible con un mero cambio de Gabinete atajar el incendio. Ni era, por otra parte, el nombre del general Córdova, á quien los liberales miraban entonces con escaso favor, el más á propósito para calmar las pasiones é inspirar confianza.

Sin que le arredrasen tantas dificultades, y animado de los mejores deseos, el general llamó afanoso á varias puertas; y, en honor de la verdad, halló personas muy importantes y bienquistas en la opinión pública, que se prestasen á compartir con él las amarguras del poder en aquellos angustiosos momentos.

El Duque de Rivas había figurado con brillo en la oposición del Senado; sus antecedentes, su carácter y hasta sus conexiones literarias le hacían simpático á todos los partidos. Era, además, antiguo amigo del general Córdova, al que tenía particular aprecio desde la expedición á Italia, que este jefe militar mandó con honra y acierto, siendo el Duque embajador en Nápoles. No era, pues, extraño que Córdova contara con él para salir airoso de su empeño; y en la tarde del 17 le envió un emisario, rogándole que pasase á la Mayordomía de Palacio, donde el servicio de la Reina exigía su presencia. El Duque acudió á la cita de su amigo; y cuando éste le explicó lo que aquél sospechaba, á saber, que el llamamiento no tenía otro objeto que recurrir á su patriotismo para que aceptase una cartera, llevado de su natural repugnancia al poder, y más en tales circuns-

tancias, trató de rehusar el cargo que se le ofrecía, si bien brindándose á auxiliar al Gobierno en cualquiera otro puesto que se le designase. Pero la Reina intervino en el asunto, y al apelar con lágrimas en los ojos al caballero, para que cooperase á la defensa de su trono en aquellos peligros, al mismo tiempo que llegaba á la real cámara el rumor de las turbas, y desde los abiertos balcones se veía el resplandor del incendio de la casa de la Reina Madre, el Duque no vaciló un momento, y ofreciendo la vida á su soberana, se puso resueltamente á disposición del general Córdova, que al punto lo inscribió en su lista para la cartera de Estado.

¡Terrible noche la del 17 de Julio, y angustiosa situación la del general Córdova! Las autoridades de la anterior administración ocultas ó fugitivas; el Ayuntamiento desorganizado; la ciudad casi desguarnecida de tropas y entregada á miserables turbas, entretenidas impunemente en hacer pesquisas domiciliarias ó prender fuego á las casas que les designaban odiosos instigadores. Y entretanto, el general Córdova, único Ministro, y que apenas acababa de jurar, teniendo por una parte que poner coto á tan criminales excesos, y por otra que negociar con diferentes personas de varios matices políticos para formar su Ministerio. Esto, al fin, pudo conseguirlo; pero cuando estaban ya reunidos todos los individuos que iban á componer el Gabinete, el eminente jurisconsulto D. Pedro Gómez de Laserna, adscrito en la combinación al departamento de Marina, hizo presente que le parecía tan extraño verse ministro de un ramo tan ajeno á sus aficiones, conocimientos y estudios, que, no obstante ser en aquel

momento cuestión muy secundaria la repartición de carteras, no podía menos de rogar que por otra cualquiera se le cambiase la que se le había designado. El Duque manifestó serle lo mismo una que otra, y entonces se convino que D. Luis Mayans pasase á Estado, Laserna á Gracia y Justicia, y el Duque á Marina. Orillada la dificultad, el general Córdova, fuese plausible modestia, ó temor de que su nombre fuera mirado con recelo por la opinión liberal, propuso que el Duque de Rivas asumiese la Presidencia. Rogó éste encarecidamente que se le dejase de mero ministro; pero al cabo tuvo que ceder al unánime insistir de sus compañeros, y todos, sin más dilación, á las seis de la mañana del 18 de Julio de 1854, prestaron juramento en manos de la Reina.

Delibera inmediatamente después el Ministerio, y acuerda rápidamente un programa en que, entre otras cosas, se ofrecía el llamamiento y reposición de los injustamente perseguidos, libertad de imprenta, leyes descentralizadoras, etc., etc. En seguida, envía á dos personas de su confianza (una de ellas el que esto escribe) á la Imprenta Nacional, para que, á toda prisa, se imprimiera una *Gaceta* extraordinaria con los nombramientos de los nuevos ministros, y las oportunas declaraciones sobre los buenos propósitos del Gabinete, y el carácter francamente liberal de la política que inauguraba.

Venciendo mil dificultades para reunir los operarios de la Imprenta Nacional, donde también se había introducido el desorden, que ya reinaba en todos los centros administrativos, logróse al fin que la *Gaceta* se estampase, disponiéndose al punto que se fijara en los sitios públicos, y se repartiese gratis al



pueblo. ¡Inútil tarea! No bien fijada en las esquinas la hoja oficial, era sistemáticamente arrancada, sin dar espacio á que se leyera; y aunque los repartidores por su lado la arrojaban profusamente á la multitud, pocas manos se apoderaban de ella, y la *Gaceta* no llegaba á circular.

Al par que esto sucedía, de las imprentas de ciertos periódicos salían suplementos y papeles volantes, llenos de falsas noticias y de pérfidas sugestiones al pueblo.

El aspecto de Madrid era siniestro y alarmante: todas las casas y tiendas cerradas: grupos de plebe, diversamente armada, en los cuales solía verse algunas personas de levita, recorrían la población, ó se fortificaban en las viviendas que creían estratégicas, ó se ocupaban, ayudados por pilluelos y mujeres de traza vil, en levantar barricadas. Hasta en las cercanías del Palacio Real osaron construirlas. Y de algunas guardillas se hacían disparos, cuyos proyectiles llegaban al mismo Alcázar.

La situación se agravaba por momentos, y el Gobierno carecía absolutamente de los medios de dominarla. Rotos los hilos telegráficos, el general Córdova había despachado correos á las provincias limítrofes, con la orden de que todas las tropas viniesen inmediatamente á la capital; pero aquellas fuerzas no podían llegar en dos ó tres días, y eso en el caso dudoso de que no estuviesen ya pronunciadas. En tan grande apuro, y con 1.800 hombres por toda guarnición en una ciudad de trescientas mil almas, el Gabinete comprendió que su misión estaba reducida á velar por la persona de la Reina, poniendo á cubierto su Palacio de alguna sorpresa, y á tener

del 20 fueron conferidos al general progresista San Miguel los cargos de Ministro de la Guerra interino y Capitán general de Castilla la Nueva.

El Duque había obrado como leal y como caballero: su conciencia estaba tranquila: la sangre derramada no podía caer sobre su cabeza. En la cuestión política siguió su Gabinete la única senda salvadora, dado el giro de los sucesos, traspasando el poder al Duque de la Victoria; en la de orden público cubrió el trono y contrarrestó el motín hasta donde alcanzaron sus fuerzas.

No obstante que la conducta del Duque, para todo espíritu imparcial, fuese más digna de elogio que de censura, sus deudos y amigos le rogaron que se ocultase algunos días, pues en el estado anárquico de Madrid y vivamente excitadas las pasiones, yéndose desde luego á su hogar, se exponía á graves peligros.

Cediendo á tales instancias, se refugió el Duque en la Embajada francesa, donde su amigo el Marqués de Turgot lo recibió con los brazos abiertos. No era solamente el Duque el que se había acogido al pabellón francés, y quiso la caprichosa y á veces maligna fortuna, que allí se encontrase con uno de los ministros de la situación anterior que él contribuyera á derribar, y que en el mismo asilo ambos se contasen sus recíprocas cuitas.

A los dos ó tres días el Duque dejó la Embajada, y descansando en la serenidad de su conciencia, se paseó descuidado por Madrid, sin que nadie le molestase, ni expresión alguna desagradable viniese á herir sus oídos.

La revolución había tomado tal vuelo, que fueron

menester dos años de lamentables excesos é incessantes disturbios para que al fin cayese vencida, más que por la habilidad y perseverancia del Conde de Lucena, por el grave peso de sus propios desaciertos.

Vuelto el general Narváez al poder, la Reina honró de nuevo al Duque, nombrándole su Embajador cerca de Napoleón III. No era Rivas, ciertamente, un extraño en la maravillosa capital francesa. Precedido de su fama, muy apreciado en el mundo de las letras, como lo demuestran notables artículos de famosos críticos, insertos en las más importantes revistas de aquel país (1); antiguo amigo del Emperador y más aún de la Emperatriz, á quien conocía y amaba desde niña, y conservando, además, añejas relaciones con distinguidas familias é ilustres personajes, era natural que el nuevo Embajador alcanzase en París favorable acogida.

Nada diremos de su gestión oficial, por no haber durante su misión ocurrido, que sepamos, cosa que exija particular memoria, y estar ya probado cuán alto rayaba su celo cuando se trataba de la dignidad y de los intereses de su patria.

Sus Majestades Imperiales le colmaron de obsequios y distinciones. La Emperatriz parecia complacerse en tener á un compatriota de tales prendas en aquella espléndida corte, donde, al par de bellas y aristocráticas damas é ilustres representantes de las más altas jerarquías políticas y sociales, reuníanse también sabios eminentes, grandes literatos y preclaros artistas.

---

(1) En *La Revue des Deux Mondes*, entre otras.

Los que hayan tratado al Duque no ignoran cuán viva era su imaginación, qué feliz su memoria, qué fácil, rica y matizada su palabra. Sin duda alguna era notable orador de Parlamento; pero en un salón de escogida sociedad, como ingenioso, ameno y variado conversador, tenía pocos rivales.

Bien lo sabía la Emperatriz. Aun recordamos cuando en las cultas y alegres veladas de Compiègne y de Fontainebleau (1), que en ocasiones revestían cierto carácter íntimo y familiar, y donde solía lucirse el talento literario ó la aptitud artística, la augusta dama, tan amiga del ingenio y de las narraciones dramáticas ó novelescas, pedía á su compatriota que refiriese algún episodio de su azarosa vida, ó bien alguna interesante leyenda ó tradición española. Y el Duque, apelando á su pronta reminiscencia y ayudado también de su fecunda inventiva y de su pintoresca locución, tenía por largo espacio embelesado al selecto concurso.

Y no sólo era obsequiado y distinguido en los salones de la corte imperial. En su calidad de aristócrata fué recibido con igual deferencia por las más encopetadas familias del Faubourg Saint-Germain. Á lo cual contribuyó también la antigua amistad del Duque con algunas de ellas, y ser allí muy estimadas sus obras, particularmente la *Historia de la sublevación de Masanielo*, elegantemente traducida por el legitimista Marqués d'Hervey de Saint-Denys, noble de rancio linaje.

---

(1) La corte imperial pasaba, como es sabido, algunas temporadas en estas magníficas residencias.

Allá en los años de su penosa emigración, el Duque, como nos cuenta su biógrafo el Sr. Pastor Díaz, había buscado en el ejercicio de la pintura recursos que le ayudasen á vivir en la penuria á que sus viajes y desgracias lo habían reducido. Y al trasladarse, después de la revolución de Julio de 1830, de Orleans á París, acudió con objeto de perfeccionarse en su arte favorito al estudio del célebre Ary Sheffer, donde pintó algún tiempo bajo su dirección. Cambiaron las circunstancias; el obscuro emigrado, D. Ángel de Saavedra, tornó á su país, y el gran maestro del arte cristiano, ocupándose más en sus obras que en las vicisitudes políticas de España, no volvió á saber de su pobre discípulo.

Habían transcurrido largos años: el desterrado de entonces, ahora Embajador en París, se acordó de su antiguo maestro, y sintiendo vivos deseos de verle, se dirigió una tarde á su domicilio. Ary Sheffer no estaba en casa, y el Duque le dejó una tarjeta. Al recibirla el pintor, no comprendió más, sino que un Duque embajador había estado á visitarle, cosa que no podía causarle extrañeza. Mas el antiguo discípulo, no satisfecho con su inútil paso, dando á los pocos días un banquete, envió para él un convite al esclarecido artista. Llegado el día del festín, presentóse Ary Sheffer, que dió expresivas gracias al Embajador por su fina atención. Querido maestro, le dijo el Duque, hace treinta y tres años, el pobre emigrado D. Ángel de Saavedra halló en usted generosa protección y excelentes consejos; justo es que el Duque de Rivas, ya que no la pueda pagar, reconozca al menos aquella deuda de gratitud. El venerable anciano, visiblemente conmovido,

agradeció mucho al Duque su afectuoso recuerdo.

Pero la movilidad política de España, y el carácter personal de todas las situaciones que en ella crea comunmente el interés egoísta de partido, fueron causa de que, á la subida al poder del general O'Donnell, el Duque resignase su cargo. El Emperador, que sintió sinceramente su partida, como testimonio de amistad y aprecio le confirió la Gran Cruz de la Legión de Honor.

Al poco tiempo de su regreso á España su salud empezó á alterarse; y aquella robusta constitución, en la cual parecía que no habían hecho mella ni las gloriosas heridas de su juventud, ni las penalidades, ni los años, al fin se vió avasallada y rendida por la terrible enfermedad, que tras largos padecimientos lo llevó al sepulcro.

Al hallarse postrado en un sillón, del que no podía levantarse sin ajeno auxilio, él, para quien el movimiento, el aire libre, el trato de las gentes eran la vida, ¡con qué amargura recitaba melancólicas estrofas de su *Canto de la vejez*, donde con tanta verdad había presentado los tormentos y angustias que entonces le abrumaban!

Los recursos de la ciencia fueron impotentes para curar el mal, aunque á veces lograsen aliviarlo notablemente. Á pesar de lo trabajoso que le era el andar, por tener casi baldadas las piernas, cuando los accesos de dolor cesaban, abría de nuevo su corazón á la esperanza; y galvanizada la materia ruinosa y decadente al influjo de su risueño y siempre juvenil espíritu, volvía á su antigua vida y habituales ocupaciones. Y si bien apoyado en su báculo y cogido al brazo de uno de sus hijos ó de algún

amigo, se le vela en el Senado, en las academias, y hasta en teatros y paseos.

En esta última época de su vida el Duque no volvió á escribir versos; mas como quiera que en *El Romancero de la guerra de África* aparece un romance (por cierto el mejor, ó á lo menos el más aplaudido de la colección) suscrito con su nombre, no estará de más que iniciemos á nuestros lectores en el misterio de esa contradicción.

Era el año de 1860. España acababa de dar larga muestra de lo que pueden aún el valor, la abnegación, la constancia de sus hijos, cuando unidos bajo una sola bandera el amor á la patria los guía. No es esta ocasión de juzgar la política del Gobierno español con motivo de aquella campaña ¡tan gloriosa, y tan poco fecunda en ventajosos resultados! Cualquiera que sea el concepto que de aquellos sucesos se forme, es lo cierto que nuestra importancia militar creció en la opinión de Europa, y que en España todos, sin distinción de clases ni de partidos, pronunciaban con entusiasmo los nombres de Vad-Ras, Tetuán y Castillejos. Por vez primera, desde que nos alumbró la luz de la razón, veíamos á nuestros compatriotas unidos y conformes. La guerra había levantado el espíritu nacional.

El Marqués de Molins, en cuyo noble corazón se mezclan y confunden el amor á la patria y el amor á las letras, deseoso de dar al sentimiento público su más durable y expresiva forma, y añadir el prestigio de la poesía á nuestros lauros militares, concibió la feliz idea de publicar el *Romancero de la guerra de África*. Formando en pocos días el plan de la obra, que debía ser como la historia poética y po-

pular de la campaña, en una de sus brillantes y ya famosas tertulias literarias dió cuenta á sus amigos de tan oportuno proyecto. El pensamiento del Marqués fué acogido con aplauso; y repartidos los asuntos entre los literatos que allí concurrían, cada cual se comprometió á escribir su romance.

Una de las personas que más asiduamente frecuentaban aquellas reuniones, era el Duque de Rivas, y con él contó muy particularmente el Marqués, para que le ayudase á salir airoso de su empresa. Y ¿quién más á propósito que el restaurador de ese género de poesía, esencialmente español, autor insigne de *Los romances históricos*, para realizar con su numen, tan castizo y popular, la obra proyectada? El Duque aceptó el compromiso; pero desgraciadamente se hallaba entonces en uno de los más acerbos períodos de su terrible dolencia. En vano esperaba un intervalo de reposo en que alzar el vuelo de la inspiración, libre de las torturas de su padecimiento.

Varias veces se puso á escribir el romance que había ofrecido; mas apenas la temblorosa mano trazaba algunos vigorosos versos, y su alma de poeta se iba inflamando, venía el dolor á entenebrececer su espíritu, y acababa desesperado por arrojar la pluma. Hubiérase dicho que los ángeles y las furias se disputaban aquella infeliz existencia.

El tiempo corría: casi todos los romances estaban ya escritos, y el infortunado poeta no hallaba momento propicio de dar cima al suyo. El Marqués de Molins (que con afectuosa solicitud diariamente visitaba al enfermo) temeroso de que pasase la oportunidad del *Romancero* con la tardanza en publicarlo,



y viendo que la tarea de su amigo se demoraba indefinidamente, se ofreció con la mejor voluntad, y con sumo placer de parte del Duque, á hacer lo posible por terminarla. Llevóse, en efecto, los borradores que aquél tenía sobre el bufete, y á los dos ó tres días trajo el romance concluido; el cual, con ligeros retoques del Duque, pasó á la imprenta, y de allí á las alabanzas del público.

¿Qué es en este romance del Duque? ¿Qué es lo que pertenece al Marqués de Molins? La mayor parte de los versos son del Marqués. La entrada, el corte, el movimiento y el espíritu, son del Duque. El Marqués, diestro justador en poéticas lides, y autor también de briosos romances, inspirándose en los *históricos* de su amigo, particularmente en el de *Bailén*, se asimiló su manera, y logró hacer un prodigio de imitación. El Duque acabó de ponerle el propio sello con algunos rasgos característicos, y resultó la gallarda composición que todos conocen.

Mas ¿qué importa al público saber qué cantidad de inspiración ó de ejecución corresponde á cada uno de los autores? Ninguno de los dos necesita de ese romance, por subido que sea su precio, para asentar sobre él su fama literaria. Dejemos, pues, pasar á la posteridad, unidos por ese bello lazo que tejieron las musas, á los mismos que por tan estrecha y cariñosa amistad lo estuvieron en vida.

Al fallecimiento del Sr. D. Francisco Martínez de la Rosa, la Real Academia Española eligió Director al Duque de Rivas en reemplazo de aquel insigne patricio: honra de tal valor para el agraciado, que no la cambiara por otra alguna.

Parecía como si la política y las letras, previendo

que en breve iban á perder á un hijo predilecto, se mostrasen ansiosas por elevarlo á los más altos puestos, por conferirle los más grandes honores. Así, en aquella época, fué nombrado también Presidente del Consejo de Estado, cargo que desempeñó desde Noviembre de 1863 hasta igual mes del siguiente año. Al dimitir tan encumbrada magistratura por no permitirle ya desempeñarla sus crueles padecimientos, la Reina, queriendo poner digno remate á tan noble carrera, le concedió el último galardón que en su bondad podía otorgarle, el Collar del Toisón de Oro.

Terminada en la regia Cámara la solemne ceremonia de la investidura, se acercó la Reina al Duque felicitándole con suma benevolencia.

«Señora (contestó el venerable anciano, sin fuerzas para levantarse de su asiento), esto es como la cena que, deba dársele ó no, se concede á los antojos del enfermo deshauciado, del hombre ya moribundo.» ¡Cuánta melancolía y cuánta amargura en esa festiva respuesta!

Fué en adelante su vida un continuado martirio. La acerba enfermedad, como si fuera impotente para vencer de un golpe aquella fuerte constitución, la iba destruyendo paso á paso, lenta, gradualmente. Su cuerpo se demacraba; el dolor trastornaba las articulaciones de sus enflaquecidas manos, y al mismo tiempo funesta hinchazón deformaba sus pies y entumecía sus piernas.

El lecho le causaba horror, y evitábalo cuanto podía. La mayor parte del tiempo lo pasaba postrado en un sillón, rodeado y asistido con afanosa solicitud por su desconsolada familia.

Cuando el mal daba tregua á sus atormentados miembros, ó por acaso despertaba tranquilo del letárgico sueño que á ratos le abrumaba; todavía, como iluminado por un rayo celeste, se despejaba su rostro, volvía la serenidad á su frente y hasta la sonrisa á su boca; y en aquellas fugaces ocasiones de momentáneo alivio, aun le escuchamos citar versos de Calderón y de Quevedo, y prorrumpir en frases donosas, que formaban amargo contraste con la aflicción profunda de sus parientes y amigos.

¡Ay! Eran aquellas las últimas llamaradas de una luz que se extingue. La ciencia humana confesándose vencida, vino la religión á dar vigor, consuelo y esperanza al alma del enfermo; y el 22 de Junio de 1865 entregó á Dios su espíritu, purificado en el dolor y el sufrimiento.

Era el Duque de los pocos hombres que habiendo empleado su existencia en la política y la literatura, campos los dos de rivalidades y disensiones, llegan al término de sus días sin un solo enemigo. No es, pues, de extrañar el unánime sentimiento con que fué recibida la noticia de su muerte.

Sus exequias, celebradas en la iglesia de Santo Tomás, fueron tan modestas, por no decir humildes, como él mismo lo había prevenido. Pero esto no impidió que, además de las Academias y otras Corporaciones á que el finado pertenecía, un inmenso gentío llenase la anchurosa nave del vasto templo. No, aquella multitud no iba á admirar lujosas colgaduras, ni teatrales catafalcos, ni á deleitarse con profanas músicas: acudía silenciosa y recogida á aquellas honras, cual vivo testimonio del senti-

miento público. España había perdido un gran patriota, un hijo predilecto, su bardo favorito.

Calientes aún sus respetadas cenizas y vivamente impresionados los ánimos, en la prensa periódica y en animadas reuniones de literatos, artistas y otras personas de viso, se discutieron magníficos proyectos, con el patriótico fin de enaltecer su memoria. Como sucede generalmente en nuestro país, se habló mucho y bien, más no se hizo nada.

Sólo las Reales Academias Española y de Nobles Artes de San Fernando, que tan dignamente había presidido, dieron solemne y expresivo testimonio del sentimiento que les causara su muerte.

La primera le dedicó ostentosos funerales en la Real Iglesia de San Isidro, y ambas celebraron en su honor dos juntas públicas que despertaron vivísimo interés y fueron por extremo brillantes y concurridas.

En la segunda de las citadas Corporaciones llevó la palabra uno de sus más doctos miembros, el señor D. José Amador de los Ríos, que leyó con general aplauso un elegante discurso, en el cual ensalzó el ingenio y las singulares prendas del que fué su Presidente y compañero, y además constante amigo.

Pero la sesión de la Española tuvo para el público especial atractivo, por la índole esencialmente literaria de este Cuerpo; por deber hablar á su nombre, quien, á la fama de elevado crítico y pulcro escritor, reunía la cualidad de hermano político del Duque, y últimamente, porque iban á leerse por el ilustre académico Sr. Cañete, que tan bien sabe hacerlo, sublimes versos del egregio poeta que la Academia conmemoraba en aquella solemnidad.

Las más altas damas, la aristocracia, las letras, cuanto Madrid encierra de noble y distinguido acudió al recinto de la calle de Valverde. No es nuestro objeto, ni aquí fuera oportuno, hacer el análisis del discurso del Sr. de Cueto, obra crítica, en la cual hizo resaltar el carácter esencialmente épico que, á su juicio, marca y distingue el numen tan español y popular del Duque de Rivas.

El auditorio oyó complacido los elogios tributados al escritor y al poeta, y con un sentimiento en que se mezclaba á la tristeza el entusiasmo, sus dos composiciones, *El Faro de Malta* y *El Canto de la vejez*, leídas con expresiva emoción por el académico ya citado, Sr. Cañete.

Desde el templo de Santo Tomás los restos mortales del Duque fueron trasladados por su familia al cercano pueblo de Rivas, y enterrados en la iglesia del pintoresco convento de Mercenarios Descalzos, antigua fundación de su casa, del cual, por la expulsión de los frailes, era poseedor el difunto.

El bello y poético santuario (que tiene abierto al culto la piedad de sus dueños) es famoso en la diócesis de Madrid, por venerarse en él la milagrosa imagen del *Cristo de los afligidos*.

E.....

París, Diciembre de 1872.





# NOTAS PÓSTUMAS







## NOTAS PÓSTUMAS.

---

**A**CONTÉCE con el Duque de Rivas un fenómeno digno de ser señalado. Después de muerto, ha reverdecido su popularidad y tomado mayor vuelo su fama. En esto ha sido más afortunado que otros poetas, sus contemporáneos, cuyos nombres, sin dejar de ser ilustres, los va olvidando la presente generación, y cuyas obras, tan aplaudidas ayer, van quedando arrinconadas, fuera del gusto y las tendencias literarias que hoy predominan.

Cosa singular: á esa renovación de celebridad y aumento de gloria del Duque, á más del propio valer, han contribuído eficazmente, con su entusiasmo y amor al arte, un rey y dos reputados actores: él, D. Alfonso XII; ellos, Vico y Calvo.

Desde que el Duque, á mediados del año de 1842, terminó su drama fantástico *El desengaño en un sueño*, deseó, naturalmente, llevarlo á las tablas; mas tropezó con serias difi-

cultades. La mayor de todas, hallar actor de bastante fibra para encargarse del papel de Lisardo. No siendo tampoco leves inconvenientes lo complicado de la tramoya y los considerables gastos que era forzoso hacer para poner la obra en escena con el boato y magnificencia que su argumento exige.

A fines del citado año del 42, hallándose el Duque en Sevilla, estuvo en tratos por medio de su hermano político, el actual Marqués de Valmar, con el ilustrado comediante D. Juan Lombía, Director á la sazón del teatro de la Cruz, quien, á pesar del calor con que acogió la idea de estrenar en él un drama del Duque de Rivas, después de examinar con detención la obra, se dió por vencido, creyendo imposible salvar los inconvenientes materiales de la ejecución.

Análogas gestiones con el teatro del Príncipe no dieron mejor resultado: el notable actor trágico D. Carlos Latorre, alma de aquel coliseo, no obstante lo tentador que para él era un papel de tanto empeño como el de Lisardo, declaró á su vez que no había pulmones que pudieran resistir á cuatro actos de vehemente y casi no interrumpida declamación en la escena.

Pasaron los años; falleció el Duque: luego vinieron los tristes sucesos de 1868, y la ola revolucionaria arrojó al otro lado de los Piri-

neos á la familia reinante. Iba entre ella un despierto y simpático niño, dulce esperanza de los españoles, á quien Dios reservaba para altos destinos. El tierno proscrito había aprendido á leer en los *Romances históricos* del Duque: casi los sabía de memoria, y recitaba gallardamente largos fragmentos de los dedicados á Colón, á Hernán Cortés, á la batalla de Pavía ó á la de Bailén. Dijérase que su noble alma bebía en la inspiración épica del Duque, el valor, la abnegación, el patriotismo, los altos impulsos que tanto realce dieron á su personalidad en su breve, pero glorioso reinado.

El Príncipe se educó en el extranjero; y en medio de los graves estudios á que le dedicó su solícita madre y él emprendió con afán, sabiendo la suerte que le aguardaba, nunca dejó de recrear su ánimo con los poetas españoles. Zorrilla, Espronceda, el Duque de Rivas, éste sobre todo, eran los autores que más le deleitaban, y cuyas obras solían verse sobre su mesa entre libros de matemáticas y de arte militar.

Era el Príncipe muy aficionado á departir de literatura, y un día que nos hallábamos con S. A. en su gabinete de estudio del palacio de Castilla (1), donde acostumbraba á recibir-

---

(1) Nombre que se dió al hermoso edificio comprado para su morada en París por la reina Isabel.

nos, empezó á hablar de su poeta favorito, y conmemorando sus principales composiciones de una en otra, recayó la conversación sobre *El desengaño en un sueño*. El Príncipe encomió sus versos, y con juvenil entusiasmo nos manifestó su extrañeza de que obra tan notable, escrita para el teatro, nunca se hubiese puesto en escena. Y cuando le exponíamos las dificultades de todo género que lo habían impedido, nos replicaba que en Alemania, Francia ó Inglaterra, se habrían allanado seguramente y no habría quedado ignorada del público. «Si alguna vez, añadió, puedo algo, yo procuraré, en honra de las letras castellanas, que tan hermoso drama se represente.» Esto pasaba poco antes de la restauración. El Príncipe proscrito, aclamado Rey por toda España, ocupó el solio; y no obstante los graves negocios del Estado que en aquellas difíciles circunstancias solicitaban su atención, y á los cuales se consagró, demostrando las altas prendas con que Dios le había dotado, todavía hallaba tiempo de recrearse en las letras; y acordándose del generoso propósito concebido en la expatriación, trató de llevarlo á cabo. Facilitó la empresa el distinguido actor don Antonio Vico, á quien no arredraron dificultades de ningún género, y deseoso de realzar la gloria del poeta y de alcanzar nuevos triunfos en el papel de protagonista, se ofreció á

poner la obra en escena en el teatro de Apolo.

Lo que en treinta y tres años no había podido efectuarse, logró la generación actual, merced á la protección del Monarca y al arranque del noble artista, verlo realizado con inusitada pompa el 10 de Diciembre de 1875.

*El desengaño* fué muy aplaudido; el público tributó una entusiasta ovación á la memoria del poeta.

La Academia Española se asoció á la solemnidad enviando al teatro de Apolo, para que figurase en la apoteosis con que terminó la función, una elegante y gigantesca corona de laurel verde y dorado, con esta inscripción:

LA ACADEMIA ESPAÑOLA  
Á LA GLORIOSA MEMORIA  
DE SU ESCLARECIDO DIRECTOR  
EL GRAN POETA  
DON ANGEL DE SAAVEDRA  
DUQUE DE RIVAS.

Que el drama agradó es innegable; pero, no obstante los ruidosos aplausos, seríamos poco sinceros si afirmásemos que obtuvo el gran éxito que se esperaba. La prueba del teatro demostró que la obra, más que verdadero drama, es una espléndida alegoría con admirables cuadros. Como se trata de un sueño, donde los hechos ocurren de improviso, sin la prepara-

ción y encadenamiento humano de una acción real, los lances sorprenden, las decoraciones deslumbran y los versos encantan; pero las ilusorias desgracias de Lisardo conmueven poco. En nuestro sentir, *El desengaño en un sueño*, por su índole de leyenda fantástica, es más á propósito para la lectura que para la representación teatral.

Don Rafael Calvo fué el otro actor, también de grande aliento, que, aumentando la propia fama, contribuyó á mantener viva, y como de actualidad, la del Duque de Rivas. Comprendiendo con certero instinto que el *Don Alvaro* era un drama que no había envejecido, cogió la obra, que estaba casi olvidada (1), como tantas otras que fueron el encanto de nuestra juventud, y la generación presente ya no conoce, y estudiándola á fondo y hallándola apropiada á sus facultades, la puso en escena en el teatro Español, íntegra, como había salido de las manos del poeta, no hallando racional motivo para los cortes ó supresiones que el convencionalismo teatral había exigido anteriormente. Calvo estuvo admirable, y el éxito de *Don Alvaro* superó, si cabe, al que había alcanzado

---

(1) Antes de Calvo, alguna vez lo había representado Vico; pero el drama, hasta que Calvo lo hizo suyo, tomándolo como cifra de sus dotes geniales, no llegó al apogeo de su popularidad.

durante la época del romanticismo. Este estreno fué para el público, que no conocía la obra, ó ya no se acordaba de ella, como una revelación. No se ha escrito drama en España que haya obtenido mayor popularidad. En ciertas funciones, extraordinarias y solemnes, en que fué representado, Zorrilla, Echegaray, Palacio y otros poetas dedicaron á su autor entusiastas versos (1), leídos en la escena por los actores. No hay más que el *Don Juan Tenorio*, obra de muy diversa índole, que haya alcanzado en las tablas éxito semejante; pero el insigne Zorrilla vive aún para esplendor de las musas (2), y el creador de *Don Alvaro* pertenece ya á la posteridad.

De otros honores póstumos ha sido también objeto el Duque de Rivas. El Ayuntamiento de Madrid, deseoso de enaltecer su memoria y de hacer alarde, al propio tiempo, de espíritu democrático, dió á una de las calles de la capital el nombre de *Ángel Saavedra*.

Recientemente en Córdoba, su patria, el ilustrado Alcalde, D. Juan Tejón y Marín, por medio de una sentida y patriótica moción (3), propuso al Concejo, y éste aceptó por

---

(1) Véase el apéndice núm. 2.

(2) Vivía, en efecto, cuando se escribió este artículo: ya no existe tampoco.—N. del E.

(3) Véase el apéndice núm. 3.

unanimidad, que se le erigiese un monumento en el nuevo paseo del Campo de la Victoria, que en adelante debería llamarse del Duque de Rivas.

Algunos años antes la Sociedad económica cordobesa de Amigos del País abrió en su honor un certamen artístico-literario. Y en la noche del 19 de Junio de 1886, en el grandioso salón del Círculo de la Amistad, ante un tribunal compuesto de bellas y elegantes damas, con la asistencia de las corporaciones y las autoridades, de la familia del ilustre poeta representada por sus hijos, el Duque actual y el Marqués de Viana, de la prensa local y numeroso público se celebró con gran solemnidad el acto de la adjudicación de premios.

Á la derecha de la mesa presidencial, sobre un caballete, se ostentaba el retrato del insigne cordobés, entre guirnaldas y coronas.

Empezó la velada por una magnífica sinfonía, ejecutada por numerosa orquesta de excelentes músicos. Apenas terminada, el señor Conde de Torres Cabrera, como Presidente de la Sociedad de Amigos del País, pronunció un elocuente discurso sobre la significación de aquella patriótica fiesta. Luego se leyeron las poesías galardonadas. La de D. Joaquín Barasona y Candau, *Á la memoria de D. Ángel de Saavedra*, que había obtenido el primer premio, fué muy aplaudida. El tema en prosa era



un breve estudio sobre la vida y las obras del Duque de Rivas, triunfando sin competidor D. Juan Marín Fernández. Su trabajo, á la verdad, no vale mucho: aunque bien escrito, no dice nada nuevo, é incurre en el error de incluir entre las obras del Duque alguna que no es de tan preclaro ingenio. Ya estaba para finalizar el acto, cuando en medio de la general expectación, pidió la palabra el Duque actual, que había asistido con emoción á la apoteosis de su padre; y en una breve oración, recibida con aplauso por el concurso, recordó las grandezas de Córdoba, patria de insignes varones, y no solamente cuna de Ángel de Saavedra, sino objeto de su amoroso culto y sagrada fuente de su castiza inspiración. Acabó expresando su viva gratitud á cuantos habían contribuído á tan brillante solemnidad (1).

Después del fallecimiento del Duque, sus obras han sido varias veces reimpresas: la *Su-  
blevación de Nápoles, capitaneada por Masa-  
nielo*, en la *Biblioteca clásica*; el *Don Alvaro*, en los *Autores dramáticos contemporáneos*, hermoso libro publicado por el distinguido marino y literato, Sr. Novo y Colson (2), y juntas

---

(1) Véase el apéndice núm. 4.

(2) No contamos las ediciones fraudulentas que fuera de España se han hecho de algunas de sus obras; de los *Romances históricos*, por ejemplo, para su venta en la América española.

en colección, más ó menos completa, han sido reproducidas en la biblioteca de *La Correspondencia de España*, y en la edición ilustrada de Barcelona de 1885. Por último, ahora salen de nuevo á luz en la presente, con las particularidades y circunstancias de que se hizo mención en el prólogo.

Madrid, Febrero de 1890.

E.....



# APÉNDICES





## APÉNDICE NÚM 1.

---

**N**o sólo D. Juan Nicasio Gallego (cuyo bello soneto á D. Ángel de Saavedra va inserto en otro lugar), otros muchos poetas, de más ó menos categoría en el Parnaso, dedicaron igualmente encomiásticos versos al Duque de Rivas. Con sus composiciones podría formarse una voluminosa corona poética. Entre ellas hay dos (que hemos hallado al registrar los papeles del Duque), las cuales, por el renombre de sus autores, y no pertenecer ya éstos al catálogo de los vivos, hemos creído oportuno dar á conocer en este lugar, á título de curiosidad literaria, salvándolas así de perpetuo olvido. Una lleva la firma de D. Antonio Alcalá Galiano, y es un canto lleno de hiel, en que el poeta confía al amigo, á quien admira, sus amarguras y desengaños. La otra, de D. Manuel Bretón de los Herreros, es, por el contrario, una explosión de júbilo: chistosísimo romance familiar, en que el autor agradece vivamente al Duque, entonces ministro, el ventajoso puesto que por su mediación había lo-

grado. Nunca con más verdad que leyendo estas dos composiciones, pudo decirse que el estilo es el hombre.

---

Á MI AMIGO D. ÁNGEL DE SAAVEDRA, DUQUE  
DE RIVAS.

El cisne fabuloso, cuando muere,  
Con el postrer aliento  
Despide un canto que los aires hiere  
Con suavísimo acento;

Y el cisne verdadero, si probara  
A halagar el oído,  
En vez de dulces sonos exhalara  
Un horrible graznido.

Ángel yo así, si acaso en mis tormentos  
Suelto la voz al canto,  
De broncos sonos poblaré los vientos  
Que den grima y espanto.

Mas un destino duro me compele  
Que mi voz moribunda  
Anima, y manda que mi mal revele  
Y lejos le difunda,

Y á ti, amigo, dirija mi querella,  
Siquier desapacible,  
Pero que envuelta lleva un alma en ella,  
Siempre ardiente y sensible.

Y tú la atenderás, y lastimado  
De mi infelice suerte,  
Acogerás de un hombre que has amado  
Este canto de muerte.

Tú, sí, de cuyo labio sonoroso  
Fácil mana y suave  
La corriente de verso numeroso,  
Ya festivo, ya grave.

De ingenio agudo y viva fantasía  
Ricamente dotado,  
Delicia y lustre de la patria mía,  
Que tu voz ha ilustrado ;

Tú, recordando los pasados días,  
Cuando en hados diversos ,  
Conmigo los sucesos dividías ,  
Ya prósperos, ya adversos;  
Y que juntos reímos y lloramos ,  
Y en medio de las penas,  
Contrastando al destino, disfrutamos  
Horas de placer llenas,

Ahora, que la fortuna variable,  
Firme sólo conmigo ,  
Te muestra su semblante favorable,  
Y á mí el ceño enemigo ,

Oirás mi cuita con afecto fino;  
Y aun llorarás acaso  
Sobre la tumba cierta á que camino  
Ya con rápido paso.

Cierta, sí, y en la rígida sentencia  
No hay cosa que me asombre :  
De mi vida á la muerte hay diferencia  
Solamente en el nombre.

Triste y enfermo, y pobre y despreciado,  
Ya no cabe mudanza  
En mi destino, que aun me está vedado  
El bien de la esperanza.

Cuando penaba de trabajos lleno,  
Del patrio suelo ausente,  
Un porvenir dichoso, acá en su seno,  
Me pintaba la mente,

Y peregrino por la tierra extraña,  
Siempre esperaba el día  
Que, pisando la tierra de mi España,  
Feliz me juzgaría.

Y ahora la huella, y si la vista giro

¡Miseró! á cualquier lado,  
En la patria que amé sólo me miro  
De nuevo desterrado.

¡Por pago á mis penosos sacrificios,  
El desprecio y olvido!

¡Estos, oh patria, son los beneficios  
Que mi amor te ha debido!

¿Qué vale que al mirar tu cielo hermoso,  
Y al sonar en mi oído

La habla materna, lata bullicioso  
Mi pecho conmovido?

¿Qué vale que tu tierra conocida  
Mis años juveniles  
Recuerde, y al otoño de mi vida  
Renueve mis abriles?

Si, alrededor de mí todo trocado,  
Hallo madrastra dura  
La que madre dejé, y el suelo amado  
Abierta sepultura.

Si el desamor helado me rodea,  
Y con horror contemplo  
Entronizado al vicio, y á la fea  
Traición alzado un templo.

Donde aplausos dejé miro despego,  
Donde amistad tibieza,  
Un yermo de ceniza donde fuego,  
Vejez donde belleza.

No es ésta, no, mi España suspirada,  
La que adoré constante,  
La imagen halagüena que invocada  
Tuve siempre delante.

Yo saludé á la aurora no creyendo  
Que me trajese un día  
Lóbrego, borrascoso, más tremendo  
Que la noche que huía.

Y al ver su horror, clamé porque tomase  
La obscuridad pasada,



Y que entre su tiniebla me borrarse  
Aquella escena odiada.

Extranjero en mi patria así, tornando  
La vista hacia la espalda,  
Maldigo el punto en que pisé llorando  
De Pirene la falda.

*Antonio Alcalá Galiano.*

12 de Julio de 1834.

---

AL EXCMO. SR. D. ÁNGEL DE SAAVEDRA , ETC., ETC.

---

Esclarecido ministro,  
Digno prócer andaluz,  
Ilustre Duque de Rivas;  
Tú, cuyo blando laúd  
Da gloria al Parnaso ibero  
Y á tus timbres nueva luz ;  
Ángel para mí dos veces,  
Porque así te llamas tú  
Y porque el nombre te debo  
De mi tutelar querúb ;  
Si en tu elevado destino  
(Que por cierto es mucha cruz,  
Bien que baste á sustentarla  
Tu patriótica virtud);  
Si entre los cuidados graves  
Que te impone el procomún,  
Por la libertad jugando  
La noble vida á un albur ,  
Te dignas de oír propicio  
De mi cítara el run run,  
Siquiera con largo sueño  
Fortalezca tu salud ;

Ángel, escucha los votos  
Que en versos de tururú,  
Alzo por ti agradecido  
Hasta el firmamento azul;  
Y ya Júpiter los oiga,  
Ya los acepte Jesús,  
Hijos son del alma mía.....  
Que no es alma de gandul.  
No diré que te deseo  
Remesas de Veracruz,  
Ni bienes que contentaran  
Á cualquier hombre común.  
Deba España á tu gobierno  
De la ventura el *non plus*,  
Y ría la paz en ella  
Desde Cádiz hasta Irún,  
Y la enseña de los libres,  
Ondulando en Maestú,  
Someta á aquellos rebeldes  
Que engendrara Belcebú;  
Y sobre todo faccioso  
Caiga inflexible segur,  
Ya á Carlos llame en el campo  
Ya á la anarquía en el club.  
Yo, en tanto, para ensalzar  
Tu nombre, quisiera..... ¡uh!  
Que resonara mi voz  
Como el trueno del obús;  
Que la voz de la lisonja  
Pudiera temer al bu,  
No los cordiales acentos  
De expansiva gratitud.  
Tú, sin que yo te dijera  
«Favor te pido: *ego sum*»,  
Mano amiga me tendiste  
Desde la silla curul.  
Por ti al gobierno civil,

Cárcel de mi juventud,  
Perdí de vista..... ¡Oh placer!  
Lo veo, y lo dudo aún.  
Te juro á fe de poeta,  
No por la fe del Talmud,  
Que vale más ser esclavo  
En los baños de Estambul.  
Gracias á Cristina excelsa,  
Y á ti..... y á Cavo-Reluz,  
Que me dejó una vacante  
Sin mengua de su baúl,  
Soy todo un bibliotecario,  
Y ya no envidio á ningún.....  
Si no dice el tesorero  
Al finar el mes: «No hay mus.»  
Ello es verdad que mi jefe,  
Que es un buen clérigo astur,  
Al monetario me envía  
De que no entiendo una Q.  
Ya ves, poeta y moneda  
Son como el Norte y el Sur :  
Nunca habitaron las musas  
En las minas del Perú.  
Pero, en fin, yo iré aprendiendo,  
Que no soy tan avestruz,  
Y si no glosó medallas.....  
Haré comedias, y ¡abur!

*Manuel Bretón de los Herreros.*

30 de Julio de 1836.

---

## APÉNDICE NÚM. 2.

---

Como una muestra de los versos, en loor del Duque de Rivas, leídos por los actores del teatro Español en ciertas representaciones extraordinarias del *Don Álvaro*, damos á continuación una poesía del insigne Zorrilla, que hemos elegido entre otras, primero, por ser suya, y después, por los interesantes recuerdos que encierra.

---

HOMENAJE Á LA MEMORIA DEL DUQUE DE RIVAS EN  
LA REPRESENTACIÓN DE SU «DON ÁLVARO», EN EL  
TEATRO ESPAÑOL, LA NOCHE DEL 27 DE DICIEMBRE  
DE 1878.

---

Es de mi sino misterio  
Vivir con muertos ligado:  
Poeta de lo pasado,  
Yo nací en un cementerio;  
Y por do quiera que fui  
Tantos muertos enterré,  
Tantos túmulos cerré  
Y epitafios escribí,  
Que entre los vivos no sé  
Si como muerto viví,  
Y al verme otra vez aquí  
No sé si resucité;  
Pues con modales esquivos,  
De los vivos apartado,

Sólo como hoy evocado  
Me aparezco entre los vivos.

Mas esta noche á brotar  
No voy del ducal panteón,  
Como torva aparición  
Á los vivos á espantar.

No: voy á tornaros vivas  
Las memorias deliciosas  
De los hechos y las cosas  
Del que fué Duque de Rivas.

Yo con él viví de niño,  
Con él alegré su hogar,  
Y de su raza contar  
Puedo aún con el cariño.

En su casa de Sevilla  
Y en las noches de un verano,  
Mis versos oía ufano  
Con admiración sencilla.

Yo empezaba á hacer de mí  
Bien y mal do quier hablar,  
Á fuerza de publicar  
Los absurdos que escribí:

Yo excéntrico, audaz y mozo,  
Y él por mí con simpatía,  
Mis desatinos me oía  
Con infantil alborozo;

Y él era quien me animaba  
Á salmodiar los románticos  
Y desaforados cánticos  
Con que yo al vulgo asombraba.

Del tiempo aquel la memoria,  
Que aunque envejezco no pierdo,  
Es el único recuerdo  
De placer que hay en mi historia.

Nuestros versos nos leíamos  
En un salón, que ocupado  
Por su familia, atestado

De objetos de arte teníamos.

Cuadros allí en caballetes  
Sin concluir; el piano  
Lleno de música: á mano  
Lápices, plumas, floretes.....

Todo allí servía: todos  
Allí de algo se ocupaban,  
Y útiles de varios modos  
Todos allí en cuadro estaban.

En torno de una gran mesa  
Que alumbraba luz profusa,  
Hada de aquel sitio, y musa  
De aquel Pindo la Duquesa,  
Agrupaba y mantenía  
Quieta, atenta y respetuosa,  
Una prole numerosa,  
Un tesoro de alegría.

Por un balcón que al jardín  
Caía, entraba el fulgor  
De la luna, y el olor  
Del azahar y el jazmín;  
Y á los ecos del piano  
Ó del arpa, respondía  
Un ruiseñor que tenía  
Su nido en árbol cercano.

Y..... ¡capricho extrañamente  
Vulgar! Huéspedes villanas,  
Multiplicarse á unas ranas  
Dejó el Duque en una fuente,  
De cuya agua cristalina  
Se mezclaba á la lectura  
La áspera voz de esta impura  
Raza anfibia y campesina.

Y en aquel vasto salón,  
En aquel hogar tranquilo,  
En aquel íntimo asilo  
De la paz del corazón,

El buen Duque me leía,  
De su familia en presencia,  
Con una grandilocuencia,  
Con una fisonomía,

De que imposible dar me es  
El bosquejo más lejano,  
Su *Don Álvaro* el indiano,  
Su *Mudarra* el cordobés.

Y ante su franco entusiasmo  
Y su infantil desaliño,  
Como á un Titán siempre niño  
Le escuchábamos con pasmo:

Y siempre al finalizar  
Una de sus grandes cosas,  
Que se han hecho tan famosas  
Que aun hoy se hacen escuchar,

En un aplauso rompíamos  
Con lágrimas en los ojos,  
Y en un Edén sin abrojos  
Así en su casa vivíamos.

Sencillo y sin arrogancia  
Con su corazón sin hiel,  
Le llamaban Ángel, y él  
Era ángel siempre en la infancia;

Porque llegó á envejecer  
En una vida de niño  
De pöesía y cariño,  
Sin dejar de niño ser.

Tal fué el buen Duque de Rivas,  
De quien mi amistad, más fuerte  
Que el tiempo y la misma muerte,  
Guarda las memorias vivas.

El Duque y yo nos tuvimos  
Una afección tan fraterna,  
Que no es inmortal ni eterna  
Porque los hombres morimos:

Mas mientras vivió le amé,

Y él á mí mientras vivió,  
Y nunca se desmintió  
De nuestra amistad la fe.  
Mientra allende el mar viví  
Versos allá me escribió,  
Versos le dediqué yo:  
¡Dios le mató antes que á mí!  
Mas por Dios, que si hoy me gozo  
De haberle sobrevivido,  
Es por haberle aplaudido  
Hoy, como cuando era mozo.

JOSÉ ZORRILLA.

---

## APÉNDICE NÚM. 3.

---

MOCIÓN DE D. JUAN TEJÓN Y MARÍN, ALCALDE DE  
CÓRDOBA, PROPONIENDO AL CONCEJO LA ERECCIÓN  
DE UN MONUMENTO EN HONOR DEL DUQUE DE  
RIVAS.

«Si la historia, rindiendo homenaje imparcial de admiración y respeto á los que, con su ingenio, su valor ó sus virtudes, dieron días de ventura á la patria, ha laureado sus más brillantes páginas, legando á la posteridad los nombres y los hechos de estos insignes patricios, justo es también que los pueblos en que nacieron honren dignamente su memoria.

»España que venera y enaltece á sus más preclaros



hijos; la nación que siempre llevó por lema la hidalguía é ilustró al mundo con la luz de las verdades científicas, y Córdoba ante todo, la patria de tantos eminentes filósofos é insignes mártires, de célebres historiadores y esforzados guerreros, como de notables artistas é inspirados poetas, dejarla de cumplir el deber que le impone su proverbial nobleza y la gratitud á los altos merecimientos, si no ofreciera este justísimo homenaje de admiración y aprecio á uno de sus más predilectos hijos, al insigne Duque de Rivas.

»No honraron más los timbres nobiliarios de este ilustre título, con serlo tanto, el nombre inmortal de D. Ángel de Saavedra, brillantemente engarzado en la accidentada historia de nuestro siglo, como los inmarcesibles laureles alcanzados en los campos de batalla por este valeroso defensor de su patria, ni los que con su privilegiado ingenio, fecunda imaginación y lozana fantasía supo conquistar justamente levantando con sus bellas producciones el más suntuoso monumento á la literatura nacional.

»Grande de España, Prócer del Reino, Diputado á Cortes, Senador y primer Vicepresidente de este alto Cuerpo, Ministro de la Gobernación y después Presidente del Consejo de Ministros, Embajador extraordinario, cuantos títulos y honores mereció por su amor patrio, su ilustración y sus talentos, las grandes ovaciones que obtuvo ante la representación nacional por sus elocuentísimos discursos, las mercedes que recibió en justo reconocimiento de sus esclarecidos servicios, traducidas en el Toisón de oro y en las grandes cruces de Carlos III, de la Orden Piana, de San Juan de Jerusalén y de San Fer-

nando de Nápoles, ni las honrosísimas presidencias del Ateneo de Madrid, y sobre todo de la Academia Española, le enaltecen tanto ante la consideración pública, ni perpetuar pueden su fama, como los brillantes florones de su triple é inmortal corona de guerrero, de artista y de poeta.

»Si, pues, monumentos de gloria para su patria son esas bellísimas producciones que, como *El moro expósito*, *D. Álvaro ó la fuerza del sino*, *Florinda* y cuantas otras obras dramáticas é inspiradas poesías brotaron galanas y sentidas de su fecundo ingenio, escritas como todas sus composiciones poéticas, ya en inimitables odas y romances ó en armoniosos cantos; si la nación reconoció sus eminentes servicios, cuando en lucha por su independencia y cubierto de heridas estuvo próximo á exhalar por ella su último suspiro; si como historiador cuando escribió la de la sublevación de Nápoles, como literato en sus discursos académicos, como artista, cuyas producciones pictóricas son tan estimadas, muchas de ellas desgraciadamente fuera de España; como hábil diplomático, y como hombre de Estado, en fin, ocupando los más altos puestos representativos y políticos, fué por tantos títulos una honra nacional, y una gloria del Parnaso español, Córdoba, en donde vió la luz por vez primera, cuyos recuerdos canta en sus más sentidas poesías, la Atenas, de Occidente, la que llamó emporio de sabios y de guerreros patria, debe, honrando su memoria, erigirle un monumento digno de su justa fama, y dar al nuevo paseo que se construye en el Campo de la Victoria el nombre esclarecido del Duque de Rivas, de ese genio inmortal que con su pluma, su espada y sus

pinceles ha legado á su patria ejemplos imperecederos de admiración y de gloria.

»Así tiene el honor de proponerlo el Alcalde que suscribe al acuerdo de la Corporación municipal.

»Córdoba, 18 de Enero de 1892.—JUAN TEJÓN.»

---

## APÉNDICE NÚM. 4.

---

Por la resonancia que tuvo en Córdoba, y también por lo que interesó al público el panegírico del Duque de Rivas, hecho por su propio hijo y sucesor al dar las gracias á los promovedores del brillante certamen artístico-literario, celebrado en honor á la memoria de su ilustre padre, la noche del 19 de Junio de 1886, damos en este apéndice su discurso, que fué como sigue:

«Señoras y señores: Faltaría á los más sencillos deberes de la cortesía, y también á los generosos impulsos de mi alma, profundamente conmovida, si no me levantase á rendiros el homenaje de la inmensa gratitud que os debo por esta brillante y patriótica solemnidad, como hijo y heredero del ilustre cordobés á quien está consagrada.

»Nunca he sentido como en la presente ocasión no poseer la seductora magia de la elocuencia. Sólo entonces podría manifestar los varios afectos que esta noche me agitan y conmueven; los dulces y melancólicos recuerdos que la voz de vuestros lau-

reados poetas ha suscitado en mi alma; las íntimas satisfacciones que en ella ha producido este noble certamen de las letras y de las artes, presidido, como las antiguas cortes de amor, por la discreción y por la hermosura.

»Lo digo sinceramente; nunca sentí más halagado mi corazón que al ver tan brillante y numeroso concurso, aquí congregado y unido con el mismo entusiasmo, por el mismo deseo de glorificar al hijo predilecto de esta ciudad insigne, la cual no fué sólo para él cariñosa madre, sino fecundo manantial de sus más altas inspiraciones.

»Y á la verdad que bien merecía Ángel Saavedra, como le llamáis familiarmente, estos expresivos honores, testimonio de vuestra admiración, no menos que de vuestro cariño; pues si los lauros del escritor son timbres de vuestra gloria, el hombre, puede decirse que os pertenecía en cuerpo y alma.

»La índole de su genio era esencialmente cordobesa, y cualquiera que lea con atención sus obras poéticas, pronto echará de ver que es de la misma patria de Séneca y Lucano, Juan de Mena y Góngora: la misma viveza y esplendor en las imágenes, la misma riqueza en las descripciones, la misma pompa en el lenguaje, llevándoles, sin embargo, de ventaja, merced á su buen gusto ingénito, y también al fundamento verdaderamente clásico de su educación literaria, el no haber incurrido en los errores y extravíos con que afearon sus obras aquellos grandes poetas.

»Córdoba era la ciudad querida de su corazón, la que él ponía sobre todas las demás. A ella le ligaban los lazos del hogar y de la familia; ella había sido

la encantada región de los más felices días de su juventud; y luego, llegada la hora del infortunio, el rico venero de su inspiración, el mágico alcázar de sus poéticos ensueños, la visión luminosa y consoladora que siempre evocaba en sus tristezas y desventuras.

»Frecuentemente lamentaba su decaimiento y los estragos en ella causados por el tiempo y por la fortuna; pero ¿qué importa? no por eso dejaba de amarla, como no dejamos de amar á nuestra madre, aunque las arrugas surquen su rostro y las canas coronen su frente. Y no era, en verdad, que no conociese otra cosa, como ciertos poetas candorosos que no han salido jamás de su aldea, y creen de buena fe que aquello es lo mejor del mundo. Saavedra había vivido en la grandiosa y opulenta Londres, y residido largo tiempo en la maravillosa capital del Sena, y en la encantadora Nápoles, una de las más bellas ciudades del globo. Pero todas aquellas grandezas, todos aquellos encantos y esplendores no podían borrar en su mente la avasalladora imagen de su ciudad natal, ni entibiar en su pecho el amor que le profesaba: amor que palpita en no pocas de sus producciones poéticas. Hoy mismo ha publicado la prensa de esta capital su oda al *Faro de Malta*, que aunque os sea conocida, no puedo menos de citar, pues ella corrobora mis palabras del modo más elocuente. Los azares de la política habían obligado á Saavedra á abandonar su patria, y después de varios contratiempos y aventuras, y de haberse visto expuesto á perecer en una tormenta del Mediterráneo, como si la tierra y el mar se conjurasen contra el infeliz proscrito, había, al fin, hallado

tranquilo refugio en el hospitalario suelo de la isla de Malta. Tenía la casa que allí habitaba vistas al puerto, y una noche de insomnio, contemplando desde su ventana el eminente faro, *rey invisible con corona de juego*, se enardece y exalta su imaginación, brotan de su alma armoniosas estancias en que rebosan el sentimiento y la fantasía, y en medio de la emoción que le domina, admirando en las tinieblas aquella visión deslumbradora, surge de improviso en su corazón el recuerdo de su amada Córdoba, y prorrumpe, acabando la poesía, en estos vehementes versos :

«Jamás te olvidaré, jamás; tan sólo  
»Trocara tu esplendor, sin olvidarlo,  
»Rey de la noche, y de tu excelsa lumbre  
»La benéfica llama,  
»Por la llama y los fúlgidos destellos  
»Que lanza, reflejando al sol naciente,  
»El arcángel dorado que domina  
»De Córdoba la torre.»

»Ya veis si tenía razón al deciros que Saavedra os pertenecía en cuerpo y alma.

»Este era el hombre; ahondemos un poco más en el poeta.

»Córdoba, su historia, sus leyendas y tradiciones son el fundamento de sus más bellos poemas, el aliento creador que dió vida á *El moro expósito* y á *Don Álvaro*, acaso sus dos obras más importantes, y seguramente las que le conquistaron el cetro de la poesía romántica española.

»En *El moro expósito* su mágico numen evoca la esplendorosa corte de los Homeyas del siglo x, las

glorias del invicto Almanzór, los maravillosos palacios de Sahara y las zambras y festejos que se celebraban en sus deliciosos jardines; y sobre aquel fondo luminoso, lleno de matices orientales, se goza en presentarnos un tipo celestial de cordobesa, á Kerima, en quien reúne y compendia todos los dones y hechizos de sus paisanas: bondad, discreción, gallardía, y con las más acendradas virtudes, el brío del corazón y el encanto de la hermosura. No se dirá que el poeta se quedaba corto cuando se trataba de idealizar á las hijas de su noble tierra.

»Ya comprenderéis que no es mi objeto, ni ahora sería oportuno, entrar en prolijos análisis de sus obras: basta á mi propósito indicaros el sello patrio que las caracteriza.

»Si de *El moro expósito* pasamos á *Don Álvaro*, poema dramático que parece ideado por Shakespeare y sentido y versificado por Calderón, cuya musa dijérase haberle prestado sus más halagüeños colores, sus más brillantes atavíos, una leyenda cordobesa es igualmente móvil y fundamento de tan hermosa creación. Todos la conocéis, y mejor que yo pudierais decir si tienen sabor local los regocijados y característicos cuadros del mesón de Hornachuelos y de la portería del convento de los Ángeles, dignos ambos del pincel flamenco por su pintoresco realismo. A no dudarlo sabéis de memoria los embelesadores versos del drama, y nunca habréis presenciado sin honda ansiedad las terribles y patéticas escenas con que su acción se desenlaza entre los ásperos riscos y medrosas soledades que rodean aquel poético santuario de vuestra tierra. Córdoba es, pues, el origen de los mayores triunfos de Saa-

vedra, y á ella consagraba su genio y su gloria.

»Pero aun bajando á más modestas esferas y considerando bajo otros aspectos aquella brillante personalidad, siempre resulta esencialmente cordobesa. La oportunidad en el decir y la pintoresca locución y gracia nativa para referir sucesos, contar anécdotas, lances y aventuras, en que sobresalen los cordobeses sobre todas las provincias de España, nadie las poseía como él; en este género no tenía rival. Entre sabios ó ignorantes, en familiares tertulias como en elegantes saraos, veíase rodeado igualmente, gozándose todos en su amenísima conversación, llena siempre de agudezas y felices frases, sin dejar un momento de ser natural y sencilla. Porque Saavedra, en quien no había ni asomo de énfasis ó presunción, diferenciándose de otros hombres de talento, no embarazaba jamás á sus oyentes con el peso de su superioridad; más bien poniéndose al nivel de los interlocutores, por humildes que fueran, si dejaba correr su matizada palabra, también oía á los demás con benévola atención y les contestaba con deferencia. Es verdad que nadie como él tenía lo que se llama don de gentes.

»Al hablar de su talento de narrador, me asalta un recuerdo, que tal vez no carece de oportunidad, ya que he entrado en este terreno. Era la época de su Embajada en París. La corte imperial solía trasladarse en el otoño á la magnífica residencia de Compiègne, donde se celebraban suntuosas fiestas y brillantes cacerías. Á ellas era naturalmente invitado el Cuerpo diplomático, y lo eran también, entre otras personas privilegiadas, reputados artistas y famosos literatos. De los convidados, unos lo esta-



ban á pasar varios días en la residencia imperial, otros, la mayor parte, venían de París para asistir á alguna fiesta determinada, y luego se volvían á sus casas, en trenes especiales para el caso dispuestos.

»Los saraos del castillo, en que alternaban los bailes, los conciertos y las representaciones escénicas, eran de lo más espléndido que imaginarse puede. Pero á esas agitadas noches de gran bullicio y concurrencia, sucedían otras, que servían de descanso á la corte, más tranquilas y sosegadas. En ellas eran pocos y escogidos los que formaban la Sociedad del Emperador y su augusta consorte. Siendo el círculo más íntimo y estrecho, prescindíase algún tanto de la etiqueta oficial; y aquellas reuniones, donde no faltaban hechiceras damas y hombres muy distinguidos, tomaban un carácter de elegante familiaridad que les daba especial encanto. Nada, en estas noches, de cómicos ó cantantes asalariados. Entre damas jóvenes y discretas, literatos y hombres de mundo, no habían de faltar recursos para pasar la velada del modo más agradable y divertido. Y, en efecto, todos se prestaban de buen grado á lucir sus aptitudes y habilidades. Se ponían charadas en acción, se declamaban versos, se proponían enigmas y juegos de palabras, y, lo más entretenido, se contaban cuentos graciosos ó espe-luznantes. Pero en este género de talento pocos igualaban, y ninguno sobrepujaba al Duque de Rivas. Y eso que en aquellas reuniones solía verse á narradores tan gallardos y agudos como un Próspero Merimée y otros novelistas de no menos crédito (verdad que una cosa es la reflexiva pluma y otra la

palabra improvisada). Y como aquel don de contar que poseía el Duque, era conocido de muchos de los allí presentes, y nuestra esclarecida, cuanto infortunada compatriota, la emperatriz Eugenia, se complacía grandemente en escuchar á su amigo, no era extraño que en aquellas ocasiones se fijasen en él las miradas, ni que alguna aristocrática dama, cuando no la misma Emperatriz, se le acercase y le rogara que, ya que tan bién sabía hacerlo, les refiriese algún lance ó curiosa aventura de su variada existencia, ó bien alguna leyenda ó tradición española. No era posible resistir á tal demanda. Y Saavedra, que hablaba con sumo desembarazo la lengua de Molière, apelando al arsenal de su prodigiosa memoria, y también á su fecunda inventiva, con narraciones fantásticas ó dramáticas, y á veces cómicas, sazoadas, por supuesto, con su sal y su pimienta, aunque sin faltar jamás á la medida y discreción conveniente, durante horas enteras tenía pendiente de sus labios al selecto concurso.

»El Duque de Rivas no se contentó con ser gran poeta y hombre incomparable de sociedad. Como vuestro inmortal Pablo de Céspedes, á quien llamaron Rafael español en Italia, que al par de pintor egregio, fué notable escultor, distinguido arquitecto, erudito historiador y elegante poeta; Saavedra, dotado de carácter flexible, clara inteligencia y vasta ilustración, y sintiendo siempre en su pecho la llama del patriotismo, se lanzó con ardor á otros empeños, y de ellos salió igualmente con aplauso y con gloria. Fué bizarrísimo militar y derramó su sangre en los campos de batalla por la independencia de su patria; cultivó con éxito la pin-

tura, aunque en ella no descollase como en la poesía; desempeñó con honra los más elevados cargos de la nación; brilló en los Parlamentos y las Academias, y, como gallardo y concienzudo historiador, logró ceñir á sus sienes los lauros de los Melos y los Moncadas.

»Por lo que á mí toca, si no tuve la dicha de nacer en vuestro suelo, ni de heredar con el nombre que llevo el numen poético del que me dió el ser, heredé, sin embargo, su afición á las letras y su gran amor á esta tierra privilegiada. Y ¿cómo no sentirse cautivado por su peregrina historia, su maravillosa Mezquita y sus gloriosos recuerdos? No es ciertamente la Córdoba de hoy la opulenta metrópoli del siglo x; no bulle por sus calles y plazas aquella activa población, de más de medio millón de almas; no es como entonces, por el esplendor de las ciencias y de las artes, la Atenas de Occidente, ni posee bibliotecas de quinientos mil volúmenes (y eso que en aquella época no era conocida la imprenta), ni seiscientas mezquitas, ni novecientos baños públicos; ni son hoy, como fueron, las alhajas de sus orífices, encanto de los harenes ó preciado ornamento de templos y palacios; ni acuden solícitos mercaderes, de todas partes, á buscar sus alcatifas de púrpura, sus tejidos de seda, y aquellos vistosos cueros estampados, cuya fama subsiste aún en las naciones extranjeras. Pero si en el curso de los siglos os fué tan adversa y desapiadada la inconstante fortuna, no pudo quitaros esa fértil y pintoresca sierra que os corona de flores y os abriga en su falda, ni los feraces campos, ni el majestuoso río, ni la discreción y peregrino donaire de vuestras





## ROMANCE.

---

En una yegua tordilla,  
Que atrás deja el pensamiento,  
Entra en Córdoba gallardo  
Atarfe el noble guerrero.

El que las moriscas lunas  
Llevó glorioso á Toledo,  
Y torna con mil cautivos,  
Y cargado de trofeos.

Las azoteas y calles  
Hierven de curioso pueblo,  
Que en él fijando los ojos,  
Viva, viva, está diciendo.

Las moras en los terrados  
Tremolan cándidos lienzos,  
Y agua de azahar dan al aire,  
Y sus elogios al viento.

Y entre tan festiva pompa,  
Siendo envidia de los viejos,  
De las mujeres encanto,  
De los jóvenes ejemplo;

Á las rejas de Daraja,  
Daraja la de ojos negros,  
Que cuando miran abrasan,  
Y abrasan con sólo verlos,

Humilde llega y rendido  
El que, triunfante y soberbio,  
Fué espanto de los cristianos,  
Fué gloria de sarracenos.

Mas ¡ay! que las ve cerradas,  
Bien distintas de otro tiempo,  
En que damascos y alfombras  
Las ornaron en su obsequio.

Y al mirar tales señales,  
Turbado reconociendo  
Que, mientras ganó batallas,  
Perdió el amor de su dueño,

Con gran ternura llorando  
Quien mostró tan duro pecho,  
Vuelve el rostro á sus cautivos,  
De esta manera diciendo:

Id con Dios, que ya sois libres,  
Desde aquí podéis volveros,  
Y llevad vuestros despojos,  
Que á quien presentar no tengo.

Pues no es razón que conserve  
De sus victorias recuerdo,  
Quien al tiempo de ganarlas  
Perdió de Daraja el pecho.

Año 1806.









## ROMANCE CORTO.

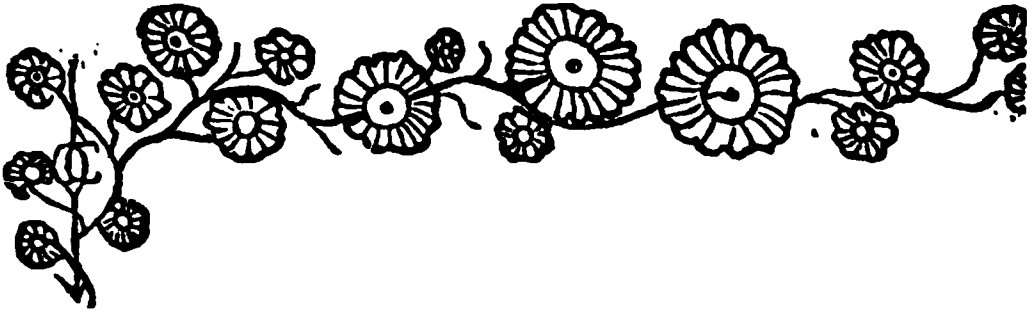
---

Luz de esta ribera,  
Graciosa zagala,  
Más linda que el día,  
Más bella que el alba:  
Tu rostro divino,  
Tu risa, tu gala,  
Mil pechos cautivan,  
Mil cuellos enlazan.  
Si asoma en Oriente,  
Las sienes orladas  
De cándidas rosas,  
La fresca mañana,  
De tu rostro copia  
Las tintas de grana  
Con que el cielo pinta,  
Con que el prado esmalta.  
Si el carro de Febo  
Las cimas nevadas  
Con su lumbré dora,  
Con sus rayos baña,

De tu faz hermosa  
Las luces no iguala.  
Si Flora risueña  
La veste gallarda  
Desprende olorosa,  
Descoge lozana,  
Imita tu talle,  
Remeda tu gracia.  
Favonio amoroso  
Que bate las alas,  
Robando á las flores  
Y dando á las auras  
Balsámico aroma,  
Tu risa retrata.  
Mas ¡ah! tus ojuelos,  
Tormento del alma,  
¿Quién puede copiarlos,  
Quién puede, zagala?

1806.





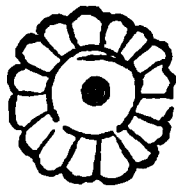
## CANTILENA.

---

Febo se retiraba,  
Casi expiraba el día,  
Y la noche llegaba;  
Su fresca lozanía  
Marchitaba á la rosa,  
Mustio quedaba el prado,  
Y el ave sonora  
Dormida y silenciosa  
En el olmo acopado;  
Cuando mi ninfa hermosa  
Salió á la fresca vega.  
Y de sus ojos bellos  
Á la lumbre radiante,  
Y al esplendor brillante  
De sus lindos cabellos,  
De nuevo se despliega  
La rosa ya adormida  
Cobrando olor y vida:  
Torna el florido prado,  
Que ya estaba enlutado,

Á matizar sus flores,  
Y á esparcir mil olores:  
Y las ya unidas aves  
Dulces trinos süaves,  
Cantando dulcemente;  
Y vuelve de repente  
Á comenzarse el día;  
Que al ver á mi señora  
Juzgaron que venía  
Nuevamente la Aurora.

1806.





## SONETO.

---

Mísero leño, destrozado y roto,  
Que en la arenosa playa escarmentado  
Yaces, del marinero abandonado,  
Despojo vil del ábrego y del noto.

¡Cuánto mejor estabas en el soto,  
De aves y ramas y verdor poblado,  
Antes que envanecido y deslumbrado,  
Fueras del mundo al término remoto!

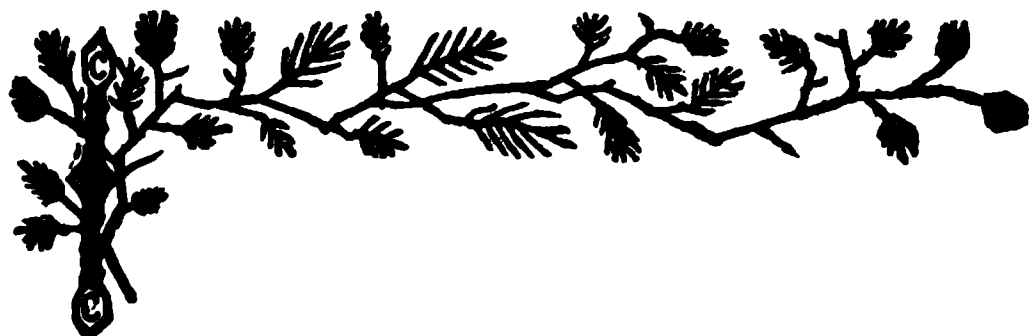
Perdiste la pomposa lozanía,  
La dulce paz de la floresta umbrosa,  
Donde burlabas los sonoros vientos:

¿Qué tu orgulloso afán se prometía?  
¿También burlarlos en la mar furiosa?  
Hé aquí el fruto de altivos pensamientos.

1807.







## ROMANCE CORTO.

---

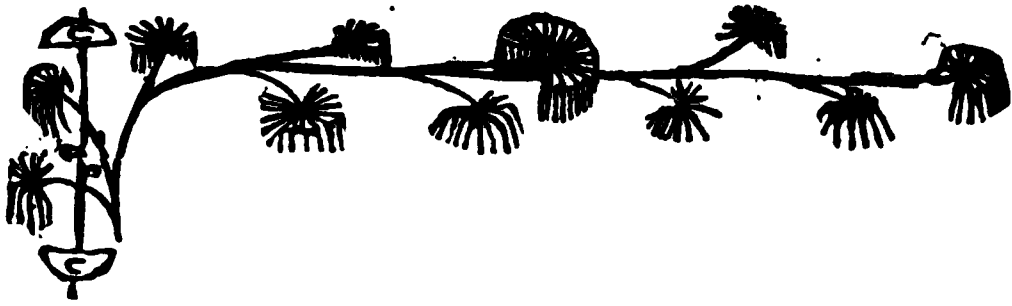
Hermosa zagala  
De Venus envidia,  
Que abrasas las almas,  
Los pechos cautivas,  
Y allá en Manzanares,  
Graciosa y esquivia,  
Encantas y alumbras  
Sus frescas orillas:  
Escucha mi acento,  
Permite á mi lira  
Que cante tus gracias,  
Que el alma me hechizan.  
Ya Febo esplendente  
Anuncia tu día,  
Y al orbe marchito  
Su lumbre ilumina.  
Ya Flora gallarda,  
Del mundo alegría,  
Risueña en tu obsequio  
Los prados matiza;

Y el Zéfiro blando  
Las flores agita,  
Y aromas esparce  
Y aromas respira.  
¡Oh! Goza felice,  
Bellísima ninfa,  
Beldad y placeres,  
Amor y alegrías.  
Y mil y mil veces  
Al mundo tu día  
Renueven los cielos,  
Con mil y mil dichas;  
En tanto que insana  
La suerte enemiga  
Sañuda conmigo  
Su furia ejercita.  
Conmigo, infelice,  
Que ausencia prolija  
De ti, me separa,  
Mi bien, mi delicia;  
De ti por quien arde  
Con llamas activas  
Mi pecho, que adora  
Tu imagen divina.

1807.







## ROMANCE.

---

Hermosísima zagala,  
Cuyos ojuelos divinos  
Abrasan con dulce fuego  
El alma y el pecho mío:

Tus gracias son el encanto  
De un corazón que te rindo;  
Por ti vivo solamente,  
Para ti sola respiro.

Lejos de ti no reposo,  
Que es ¡ay! mi mayor martirio  
No escuchar tu blando acento,  
No ver tu talle pulido.

La luz del claro planeta,  
Cuyo refulgente brillo  
Da matices á las flores,  
Verdor al bosque sombrío,

Vida al delicioso prado,  
Esplendor al cristalino  
Arroyuelo, gozo al mundo,  
Y á las aves regocijo,

Para mí es tiniebla obscura,  
Si esos tus ojuelos lindos  
No me iluminan graciosos  
Con su mirar expresivo.

Las sombras en que la noche  
Envuelve al orbe marchito,  
Son para mí claro día,  
Si ante tus plantas me miro.

Y si, ¡oh zagala! no fuere  
Verdadero mi cariño,  
Maldiga Pan mis ovejas,  
Maldiga mis corderillos, ¡

Maldiga los verdes prados,  
Maldiga los altos riscos,  
Maldiga los frescos sotos,  
Do pasta el ganado mío.

1808.





## SONETO.

---

Gallardo alzaba la pomposa frente,  
Yedras y antiguas parras tremolando,  
El álamo de Alcides, despreciando  
La parda nube, y trueno y rayo ardiente;

Cuando de la alta sierra de repente  
Desprendido huracan bajó silbando,  
Que el ancho tronco por el pié tronchando,  
Lo arrebató en su rápida corriente.

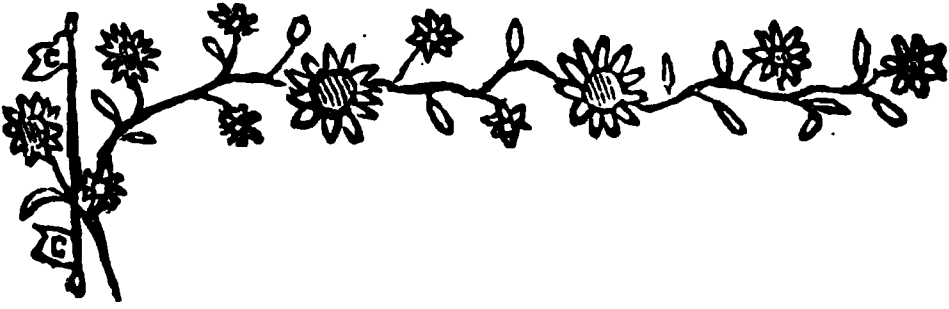
Ejemplo sea del mortal, que vano  
Se alza orgulloso hasta tocar la luna,  
Y se juzga seguro en su altiveza:

Cuando esté más soberbio y más ufano,  
Vendrá un contrario soplo de fortuna,  
Y adios oro, poder, favor, grandeza.

1808.







## AL ARMAMENTO

DE LAS

PROVINCIAS ESPAÑOLAS CONTRA LOS FRANCESES.

---

¿Á dó se encumbra con altivo vuelo  
El ronco son de mi inocente lira,  
El blando mirto de que está adornada  
Tornándose en laurel.....? ¿A dónde osada  
Lleva su acento.....? Elévase hasta el cielo,  
Y al impulso del numen que la inspira,  
Ya ni penas suspira,  
Ni amorosos sonidos  
Entona, ni ternezas, ni placeres,  
Ni arrullos de Citeres;  
Sino muertes y horrores y alaridos,  
Dando tal fuerza á su encumbrado aliento,  
Que cual bélica trompa atruena el viento.

Pero ¿qué agitación mi pecho siente?  
¿Qué turbación embarga el alma mía.....?  
Ya por el ancho espacio me sublimo,  
Y en los campos etéreos el pie imprimo,  
Jamás hollados por humana gente.

Llego á la esfera donde nace el día,  
Allí mi fantasía  
Cercano mira al cielo;  
Y cual neblí, que hasta la parda nube  
Veloz y altivo sube  
Con presuroso arrebatado vuelo,  
Así atrevida mi soberbia planta  
Á los rojos celajes se adelanta.

Entre las rotas nubes estoy viendo  
El suelo hispano y su gallarda gente  
En fiera llama arder, y miro á Marte  
Enarbolar feroz el estandarte,  
Y escucho de su carro el sordo estruendo,  
Y en la rueda gemir el eje ardiente.  
La cuadriga ferviente  
Se agita, y corre y suda. Ya las fieras  
Escuadras alzan bélico alarido;  
Al hórrido sonido  
Despléganse pendones y banderas,  
Y ensordecen del aire las regiones  
El tambor y clarín con roncos sonos.

¿Cómo trocarse de repente pudo  
El inerte sufrir en que yacías,  
Oh dulce patria, el hondo abatimiento,  
En tan glorioso y bélico ardimiento?  
¿Cómo triunfar pudiste del sañudo  
Destino, que ofuscó tus claros días?  
¡Ah! Las alevosías

De pérfidos tiranos  
Despiertan y dan temple á las naciones.  
Al fin los corazones  
Se cansan de gemir, cobran las manos  
Fuerza entre las cadenas, y el despecho  
Da arrojo y furia al ofendido pecho.

Sí, Galia, sí, tu horrenda tiranía,  
Tu aleve trato y pérfidas traiciones  
Sacaron á la opresa y triste España  
Del hondo sueño. Tiembla de su saña,  
Tiembla. No importa que tu furia impía  
Arda en innumerables escuadrones;  
No importa que aprisiones  
Con astucia inclemente  
Sus príncipes; no importa que furiosa  
En Mántua congojosa  
Abras de sangre cálida un torrente,  
Pues tu crueldad produce patriotismo,  
Virtudes, libertad, alto heroísmo.

Venganza dice el animoso viento  
En las cavernas cóncavas zumbando;  
Venganza dicen las bramantes olas  
Al azotar las playas españolas;  
Venganza dice el alto firmamento  
Horrissonas tormentas agitando:  
Venganza contra el bando  
De los Galos traidores,  
Que escondiendo el puñal entre la oliva,

Con furia y saña altiva  
De amigos se tornaron opresores,  
Volviendo alevemente sus abrazos  
En férreos grillos y en traidores lazos.

Al ronco son de guerra y de venganza,  
El Turia, el Betis, el Guadiana, el Duero,  
Y el Segura, y el Ebro, levantando  
Las frentes, y á sus hijos convocando  
Para empuñar la vengadora lanza,  
Llenan de mudo asombro el orbe entero.  
Al estruendo guerrero,  
Del Cid los sucesores  
Cubren el cuerpo de luciente malla,  
Y en horrenda batalla  
Renuevan el valor de sus mayores;  
Y grita el pueblo Astur, y por la sierra  
Retumba el eco de venganza y guerra.

Cuerpos armados y armaduras brota  
El espacioso campo de Castilla:  
Las tumbas de los héroes se estremecen:  
En Sagunto y Numancia resplandecen  
Los españoles de la edad remota,  
Y lumbré celestial en ellos brilla.  
Los hijos de Sevilla  
Sobre la invicta espada  
Del gran Fernando, horror del agareno,  
De constancia y honor henchido el seno,  
Juran vengar la patria profanada;



## POESÍAS.

Y recuerda su arrojo y alta gloria  
De Alfonso y de las Navas la memoria.

Salve, fuerte Aragón..... ¡Oh fiel Sansueña!  
Alza hasta el cielo la almenada frente;  
Gloria imortal tendrás. Tus torreones  
Burlarán los feroces escuadrones,  
Como el hervor del mar la inmensa peña.  
Y el Ebro ufano en su veloz corriente  
Gozoso arrastrará la altiva gente  
Que envanecida y fiera  
Intente derrocar tu poderío;  
Pues el denuedo y brío  
De tus heroicos hijos, por doquiera  
Muerte y espanto sembrará en las haces,  
Y ahuyentará las águilas audaces.

Como al impulso del furioso viento  
Desparece la espiga ya tostada,  
Envuelta en remolino polvoroso,  
Así la hueste del francés doloso  
Se abate y desaparece en un momento,  
Del ardor español arrebatada.  
Y huye desalentada,  
Y es vana la carrera  
Del bélico animal, y el reverbero  
Del morrión guerrero  
Y de la cota refulgente y fiera,  
Que al hispano valor se han humillado  
El potro y la coraza y el soldado.

¿Qué buscan estas bárbaras legiones?  
¿Son acaso los hijos de la tierra  
Que otra vez mueven guerra  
Al cielo con sacrílego ardimiento?  
Ya se acercan, ya llegan presurosas,  
Y dejan de la sierra la agria frente  
Inundando las vegas silenciosas  
Cual rápido torrente.  
Ya se ven sus enseñas sanguinosas,  
Y sobre ellas el águila altanera  
Tiende las alas con audacia fiera.

¡Ay, que son los feroces asesinos,  
Que el Carpetano suelo  
Sembraron inhumanos  
De llanto y luto, de orfandad y duelo!  
Vedlos, vedlos ufanos  
De su negra traición alarde haciendo,  
Tintas de sangre cálida las manos,  
Venir estas campiñas destruyendo.  
Y su adalid, que osado  
Busca nuevas naciones  
Que envolver en pesados eslabones,  
De matanzas y horrores no saciado,  
Del Bétis huella el llano delicioso,  
Á su corriente audaz se precipita,  
Y las huestes indómitas agita.  
Y extendiendo los ojos codiciosos  
«¿Do está, exclama, de Hesperia el poderío?  
Presa hoy toda será del brazo mío.»

Pero ¿qué sordo estruendo se levanta  
En la imperial Sevilla y su contorno.....?  
Huye, infeliz, con voladora planta;  
Escucha el raudo viento  
De belígero son henchido en torno.  
¡Ay, que tu aleve intento y furia loca,  
Y tu altivez provoca  
Al supremo Hacedor, al Dios, que dueño  
De los orbes de luz, si vuelve airada  
La excelsa frente, tórnanse á la nada!

Ya levanta la diestra omnipotente  
Y aprieta el rayo ardiente,  
Y agita las sonoras tempestades  
El silboso huracán. De su venganza  
Con la temible lanza  
Arma contra tu orgullo de la España  
Al ángel tutelar, que la blande  
Con inmortal poder, con justa saña  
Y con celeste ardor; y recorriendo  
Montes y valles, bosques y llanuras,  
Va á sus hijos llamando á la pelea.  
Y se tornan las rejas en espadas,  
Brota lanzas el suelo, y resonando  
Su voz por la espaciosa Andalucía,  
Hierva en valientes haces denodadas,  
Contra tí y tus guerreros conjuradas.

El noble monstruo, que abortó el tridente,  
Relinchando ardoroso,

El grave peso siente  
Del gallardo español, que esgrime osado  
El acero lustroso,  
De virtud, de valor, de enojo armado.  
Ya llegan en tu busca, Dupont fiero,  
Las fuerzas españolas  
Al campo de Bailén, y en los pendones,  
Que abatieron del bárbaro Agareno  
Las blancas lunas y encrespadas colas,  
Tremolan los castillos y leones.

Guerra en el monte, en la llanura hay guerra,  
Y guerra por doquier: desde la frente  
De la enriscada sierra  
Hasta el mar de occidente,  
Que azota el alto muro gaditano,  
La lívida Belona  
Con sangriento clarín guerra pregona.  
¿Y aun osas resistir.....? En vano, en vano  
Ordenas tus horrendos escuadrones,  
Y animas la cuadriga resonante  
De tu carro fatal. Si las regiones  
Que el Mosa, el Rhin, el Vístula y Danubio  
Riegan, de tu señor besan la planta  
Y gimen con oprobio en servidumbre,  
De Hesperia á los valientes campeones  
Tu poder colosal no les espanta.  
Y con radiante lumbré  
La antorcha del valor arde en sus pechos,  
Y dejarán deshechos

Los eslabones de la vil cadena,  
Que el tirano que al mundo dicta leyes  
Desde el esclavo Sena,  
Y abate tronos y cautiva reyes,  
Quiere imponer á España osadamente  
Con negra astucia y con armada gente.

¡ Ay, cuánto de congoja y mudo espanto  
Reina ya entre tus bárbaros guerreros,  
Oh Galia injusta, al ver el poderío,  
El denuedo y el brío  
De los varones ínclitos iberos!  
Vuela fogoso el andaluz caballo,  
Y el jinete revuelve la cuchilla  
Tus tímidas escuadras arrollando.  
El vaciado metal aborta el rayo,  
Y muertes lanza, y tu soberbia humilla,  
La atmósfera purísima atronando.  
Los espumosos hórridos torrentes,  
Que de las altas cumbres se derrumban,  
Arrastran las corazas refulgentes  
Y tronchados aceros  
De tus soldados fieros.  
Crece el horrible estrago,  
Trites ayes retumban,  
Y de francesa sangre un grande lago  
Son de Bailén los campos, ya cubiertos  
De rotas armas y guerreros muertos.

Tuyo es el triunfo, España, patria mía,

Y de tus hijos el laurel sagrado.  
Venció tu valentía  
Y tu justo furor; y ya no es dado  
Al francés resistir, que sin aliento  
Con débil llanto sus mejillas moja,  
La espada inútil humillado arroja,  
Y tórnase su orgullo en vil lamento.  
Victoria suena el viento,  
Y victoria repiten los collados,  
Y victoria los bosques destrozados,  
Y el rauda Betis grita  
Victoria, y en el mar se precipita.

1808.





## ROMANCE.

---

Con once heridas mortales,  
Hecha pedazos la espada,  
El caballo sin aliento,  
Y perdida la batalla,

Manchado de sangre y polvo,  
En noche oscura y nublada,  
En Antígola vencido,  
Y deshecha mi esperanza,

Casi en brazos de la muerte,  
El laso potro aguijaba  
Sobre cadáveres yertos  
Y armaduras destrozadas.

Y por una oculta senda  
Que el cielo me deparara,  
Entre sustos y congojas,  
Llegar logré á Villacañas.

La hermosísima Filena,  
De mi desastre apiadada,  
Me ofreció su hogar, su lecho  
Y consuelo á mis desgracias.

Registróme las heridas,  
Y con manos delicadas  
Me limpió el polvo y la sangre,  
Que en negro raudal manaban.

Curábame las heridas  
Y mayores me las daba;  
Curábame las del cuerpo,  
Me las causaba en el alma.

Yo, no pudiendo sufrir  
El fuego en que me abrasaba,  
Díjele: Hermosa Filena,  
Basta de curarme, basta.

Más crüeles son tus ojos  
Que las polonesas lanzas;  
Ellas hirieron mi cuerpo,  
Y ellos el alma me abrasan.

Tuve contra Marte aliento  
En las sangrientas batallas,  
Y contra el rapaz Cupido  
El aliento ahora me falta.



Deja esa cura, Filena:  
Déjala, que más me agravas;  
Deja la cura del cuerpo;  
Atiende á curarme el alma.

*En el hospital de Baza, 1809.*







## ROMANCE.

—

Entre verdes olivares  
Y deliciosos verjeles  
Betis grave y caudaloso  
Se desliza mansamente,

Después de besar la planta  
De los muros cordobeses,  
Decoro de Andalucía,  
Y antiguo alcázar de reyes.

En su orilla venturosa,  
Al tiempo que el sol luciente  
Da lugar á las tinieblas,  
Y en el mar de Atlante muere,

Celinda, ausente y llorosa,  
Mira al cielo, se enternece,  
Mira á las flores, suspira,  
Mira al agua, y perlas vierte:

Y al contemplarse en el río,  
Sollozando tristemente,  
Abre sus divinos lábios,  
Y de este modo hablar suele:

Id, aguas puras,  
Id á Sevilla,  
Buscad en ella  
Mi amor y vida.  
Mirad que ausente  
No hallo alegría.  
Decid á Silvio  
Que torne aprisa;  
Decid que siempre  
Me veis la misma,  
Firme, constante,  
Tierna, sencilla.  
Decid que torne  
Por su Celinda  
Pronto, si hallarla  
Quisiere viva.  
Id, aguas puras,  
Id á Sevilla,  
Buscad en ella  
Mi amor y vida.

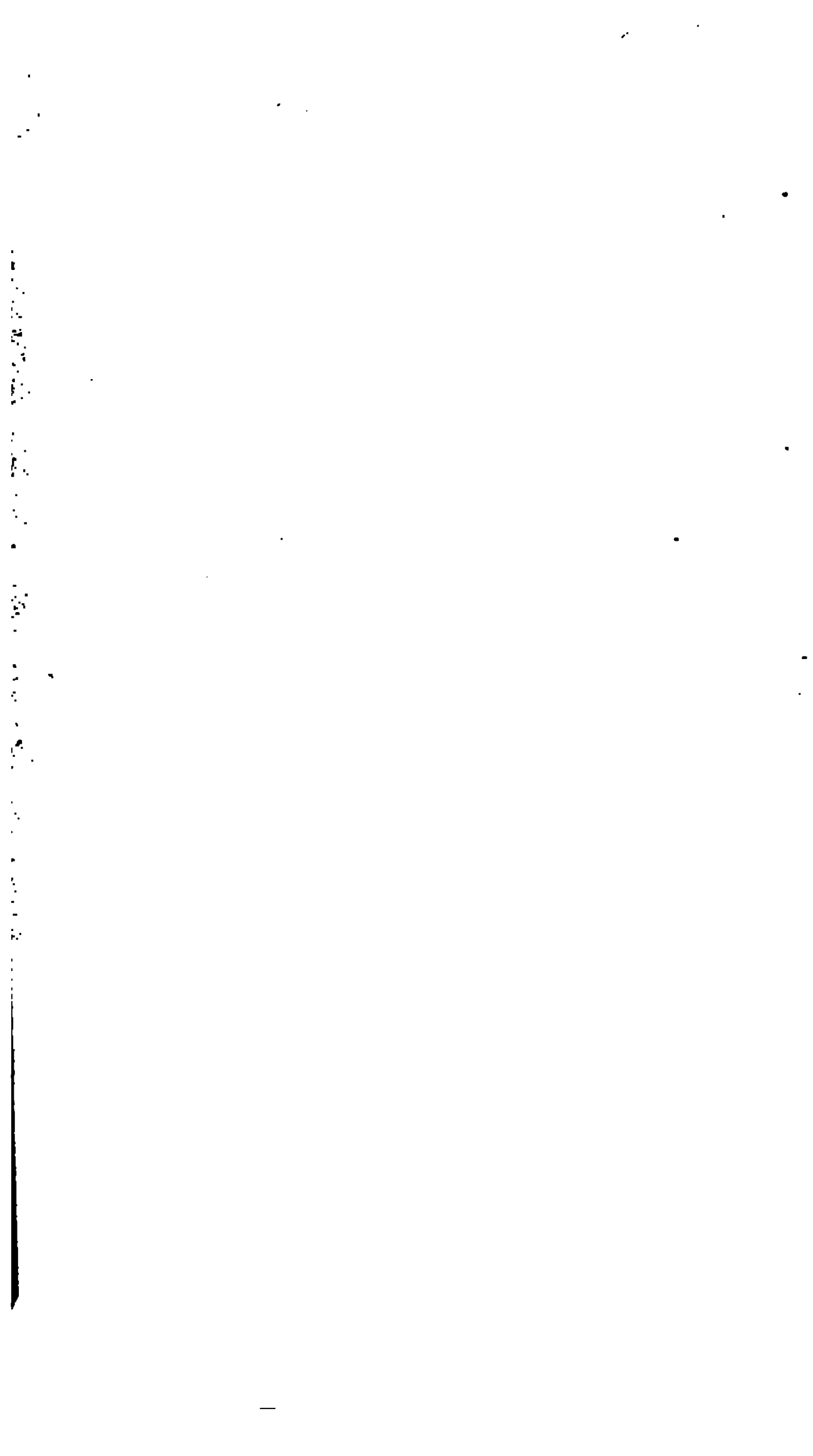
Esto, Celinda graciosa  
Repetía muchas veces,  
Dando luz á los peñascos  
Y á las arboledas verdes.

Y en una ocasión el río,  
Murmurando, como suele,  
Con las menudas arenas,  
Respondióla de esta suerte:

¿Cómo quieres que apresure,  
Díme, hermosa, mi corriente,  
Si me paran tus ojuelos,  
Y tus gracias me detienen?

1809.







## SONETO.

---

El oponer mi pecho no me asusta  
Del preñado metal al ronco estruendo,  
Que entre dudosa lumbre y humo horrendo  
El golpe lanza de la parca injusta.

No me amedrenta, no, la faz adusta  
Del duro cautiverio, ni estar viendo  
Las encrespadas olas combatiendo  
El corvo lado de mi frágil fusta.

No temo de la nube bramadora  
El rudo trueno, y rayo relumbroso,  
Que vibra la alta diestra vengadora:

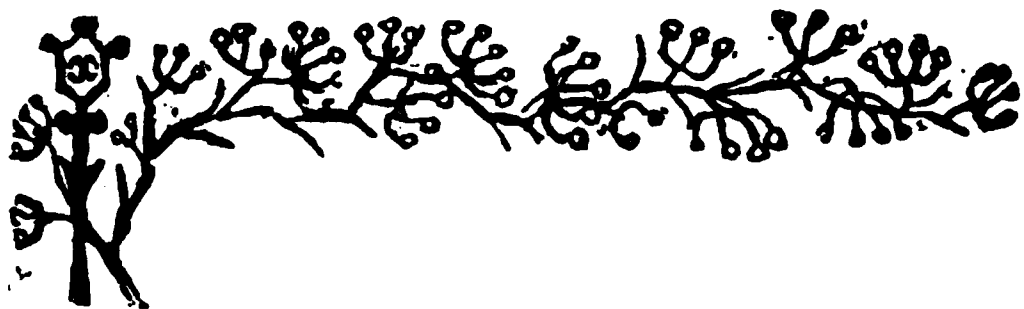
Sólo me deja yerto y temeroso  
El ver al dueño á quien mi pecho adora  
Siempre enojado, siempre desdeñoso.

1810.









## AL CONDE DE NOROÑA.

---

¡Oh Conde! pues tu lira  
Unida al son de tu divino acento,  
Calma del mar la ira  
Y el soplo agitador del raudó viento,  
Y pasma del tonante  
La enrojecida diestra fulminante;

¿Por qué tu voz sagrada,  
Que con divino ardor y alta grandeza  
Entonó entusiasmada  
«*La discordia levanta su cabeza*»  
Cuando te oyó Castilla,  
Y retumbó la octava maravilla;

Por qué el horrible estruendo  
No canta de Mavorte, y su pujanza,  
Y el silbido tremendo  
De la robusta y tembladora lanza,  
Y el son estrepitoso  
De su carro sangriento y polvoroso;

Y cuál Belona fiera  
Aguja la cuadriga resonante,  
Y gime en la carrera,  
Y suda y cruje el eje rechinante,  
Hollando sus rodadas  
Cuerpos sangrientos, armas destrozadas?

Suelta otra vez al viento  
La viva lumbre que tu pecho encierra,  
Y suba al firmamento,  
Y asombre y pame la sangrienta tierra,  
Y tu acento resuene,  
Y el orbe todo de tu ardor se llene.

Y entre sangre y horrores  
La gloria ensalza del valiente ibero,  
Y mil y mil loores,  
Al ronco son del atambor guerrero,  
Canta á la noble saña,  
Que esclarece los términos de España.

Y este nombre sagrado  
Llévalo por doquier, desde el oriente  
En púrpura bañado,  
Hasta do esconde el sol su clara frente,  
Y de uno al otro polo  
Resuene el nombre de la España solo.

Alto asunto á tu canto  
Las glorias de Sansueña y de Gerona

Te ofrecen, con espanto  
De los que baña el Sena y el Garona;  
Que contra su arrogancia  
Ven renacer los héroes de Numancia.

Canta de Talavera  
Y de Bailén los triunfos y victorias,  
Que allí la Galia fiera  
Vió marchitados su laurel, sus glorias.  
Y di el denuedo y brío  
Del albionés, azote del impío.

¡Oh! si me fuera dado  
El numen que en tu pecho se derrama,  
Y el ardor desusado  
Con que tu heróica cítara se inflama,  
¡Cuál de la patria mía  
Las hazañas y triunfos cantaría!

Mas ¡ay! que intento en vano  
Cantar las iras del fogoso Marte,  
Que con sangrienta mano  
Va tremolando el hórrido estandarte;  
Porque mi ebúrnea lira  
Encantos del amor solo suspira.

Aunque á la guerra dura  
Tengo mi edad florida dedicada,  
Y lleno de bravura  
Tal vez empuño la tajante espada,

Y con brazo membrudo  
Vibro la lanza y el doblado escudo;

Y rovolviendo el freno  
Del monstruo altivo, que abortó el tridente,  
De sangre y polvo lleno,  
Me ha visto el sol ardiente  
Hollar la muerte fiera  
Del aurífero Tajo en la ribera;

No es duro el pecho mío,  
Ni se aplace con sangre, luto y llanto,  
Ni con el son impío  
De la trompa, que infunde horror y espanto;  
Que sólo sus delicias  
Son de Venus los gozos y caricias.

Dióme naturaleza  
Sensible corazón, pecho amoroso,  
Y con dulce terneza  
De Citeres el fuego delicioso  
Me prohíbe que cante  
El ardor de Belona fulminante.

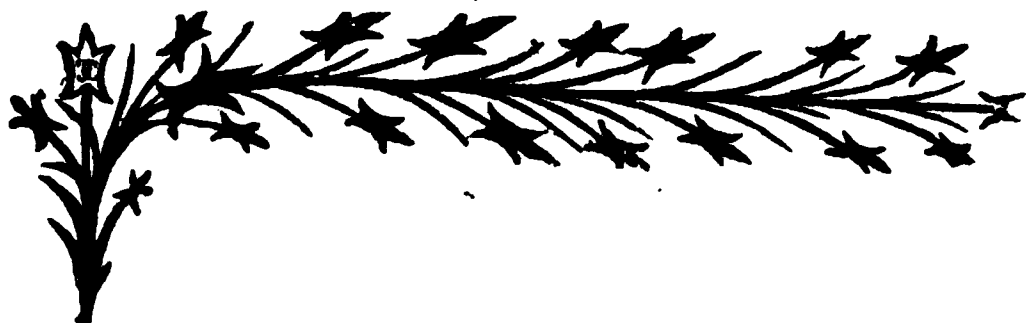
La inocente voz mía  
Sólo sabe cantar tiernos amores,  
Y la pura alegría  
De los risueños campos y las flores  
Y fiestas pastoriles,  
Y los gratos cuidados juveniles.

Pero tú, egregio Conde,  
Á quien Apolo la sagrada frente  
Entre laurel esconde,  
Canta los hechos de la hispana gente;  
Triunfará del olvido  
De tu pecho y tu cítara el sonido.

1879.







## SONETO.

—

Ojos divinos, luz del alma mía,  
Por la primera vez os vi enojados;  
¡Y antes viera los Cielos desplomados,  
Ó abierta ante mis pies la tierra fría!

Tened ¡ay! compasión de la agonía  
En que están mis sentidos sepultados,  
Al veros centellantes é indignados  
Mirarme, ardiendo con fiereza impía.

¡Ay! perdonad si os agravié, perderos  
Temí tal vez, y con mi ruego y llanto  
Más que obligaros conseguí ofenderos:

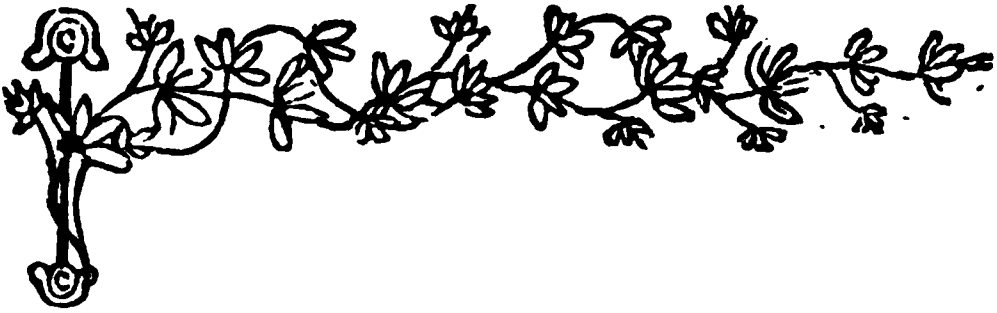
Tened, tened piedad de mi quebranto,  
Que si tornais á fulminarme fieros  
Me hundiréis en los reinos del espanto.

1812.









## Á AMIRA.

Hondo mar espumoso,  
Que de la luna la argentada planta  
Á besar presuroso  
Subes, con ronco hervor que al orbe espanta,  
Combatiendo tus olas  
Las extendidas costas españolas;

No agites más tu seno  
Al influjo del carro de Lucina,  
Cuando de plata lleno  
Á tus instables límites se inclina,  
Ni obedezcas sañudo  
El fiero enojo del invierno crudo.

De hoy más sólo obedece  
Á los ojos de Amira enardecidos,  
Á ella sola le ofrece  
De tu seno los dones escogidos,  
Y según quiera Amira  
Muéstrate en calma, ó muéstrate con ira.

Si la ves enojada,  
Al punto hinchado y proceloso y fiero  
Forma espuma salada,  
Brama ferviente, rómpete altanero,  
Y estas peñas azota,  
Y con ellas airada te alborota.

Y por darle venganza  
Une tus ondas con el raudo viento,  
Sobre el polo te lanza,  
Apaga el sol, combate el firmamento,  
Y el orbe se estremezca,  
Y que vuelve á la nada le parezca.

Mas si sus ojos bellos  
Están en calma dulce y placentera,  
Mira y contempla en ellos  
El alma ilustre, que su ardor modera,  
Y domado y sujeto  
Ten á estas playas de Hércules respeto.

Y claro y cristalino  
Sirve de espejo de su rostro amable,  
Y su encanto divino  
Siente en tu seno turbio y alterable,  
Y al punto te esclarece,  
Y á la luz de sus ojos resplandece.

Y con manso rüido  
Sube por esta orilla afortunada,

Hasta llegar rendido  
Á la planta de Amira delicada,  
Y presenta á sus ojos  
Corales y esmeraldas por despojos.

Y esta ribera amena  
Al rojo despuntar del claro día  
Deja de conchas llena,  
De caracoles y de espuma fría,  
Y de menuda plata,  
Que mil veces la luz en sí retrata.

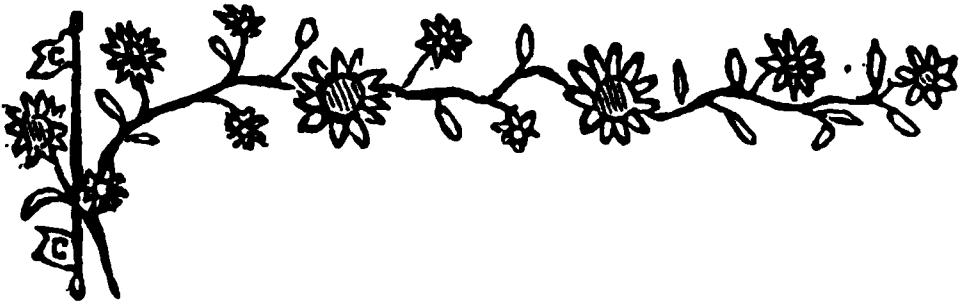
Sí, ronco mar undoso,  
Sólo en tí tenga influjo y eficacia  
El semblante amoroso  
De Amira encantadora, cuya gracia  
Y beldad peregrina  
Estas dichosas costas ilumina.

Así gritó Nereo,  
Los marinos caballos agitando,  
El piélago Eritreo  
En su carro de nácares sulcando,  
Al verte, ¡oh bella Amira!  
Por quien tanto amador arde y suspira.

*Cádiz, 1812.*







## SONETO.

—.

Viene en pos del invierno perezoso  
La hermosa primavera y bella Flora,  
Que el prado esmalta y el verjel colora,  
Bañando el aura en bálsamo oloroso.

En pos de oscura noche, el luminoso  
Resplandor viene de la blanca Aurora,  
Que la alta cumbre de los montes dora,  
Rasgando el negro manto tenebroso.

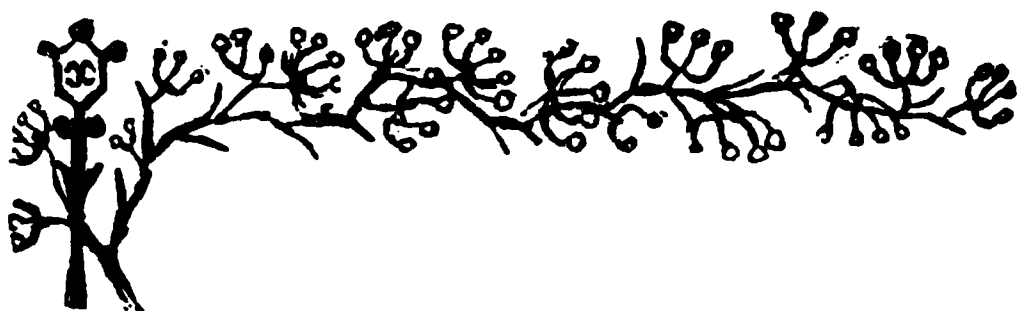
Después de la borrasca embravecida  
Sosiega al mar la plácida bonanza,  
Y al nauta torna la quietud perdida.

Todo infeliz algún consuelo alcanza:  
Sólo yo ¡ay trisel! acabaré mi vida,  
Sin gozar tan dulcísima esperanza.

1812.







## CANTILENA.

---

Por un alegre prado  
De flores esmaltado,  
Y de una clara fuente  
Con la dulce corriente  
De aljófares regado;  
Mi dueño idolatrado  
Iba cogiendo flores,  
Más bella y más lozana  
Que ninfa de Diana.  
Los risueños amores  
En torno la cercaban,  
Y en su falda jugaban.  
Y en tanto que ella hermosa  
Ora un clavel cogía,  
Ora una linda rosa,  
Ora un tierno jacinto;  
Más flores producía  
Aquel fresco recinto  
Orgullosa y ufana:

Pues al punto otras tantas,  
Como tronchó la mano  
De mi dueño tirano,  
Brotaron á sus plantas.

1812.







## SONETO.

—

Lleno el pecho de orgullo y ufanía  
Mis gloriosas hazañas contemplaba,  
Cicatrices aun frescas ostentaba,  
Y soberbios despojos oprimía.

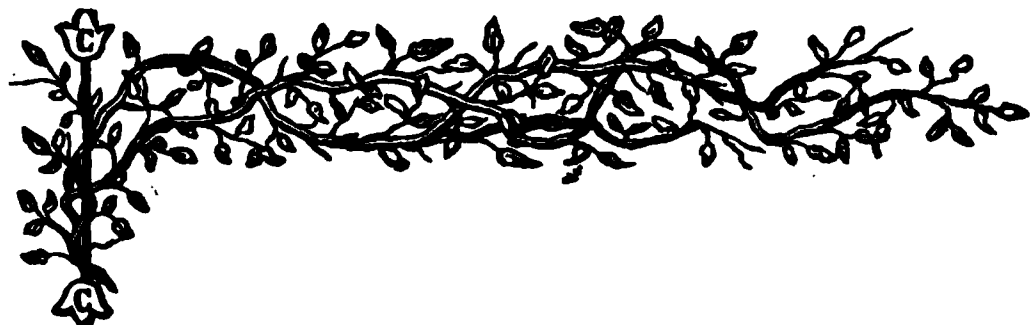
Las lides do me hallara recorría,  
Los que venció mi brazo numeraba,  
Mi acero vencedor me recreaba,  
Y con loca arrogancia así decía:

¿Quién podrá más que yo, que he combatido  
Con tan fieras naciones?..... Duro acero  
Es ya mi corazón, nunca rendido.

Oyólo Amor, el rostro placentero  
De Lesbia me mostró, quedé vencido,  
Y lloro esclavo, y á sus plantas muero.







## SONETO.

—

¡Oh amiga noche! ¡Oh noche deliciosa!  
Dulce madre del sueño regalado:  
Tu manto de diamantes tachonado  
Descoge por el aura vagarosa.

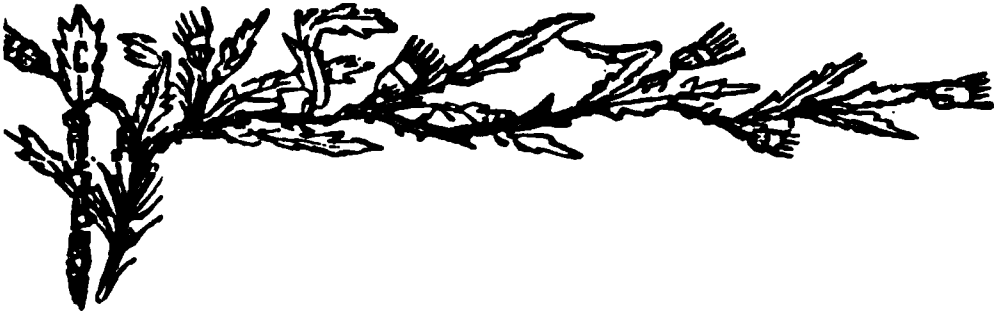
Esparce tu cabello silenciosa  
De beleño balsámico empapado,  
Y descienda Titán al mar sagrado,  
Que su fulgente luz me es enojosa.

Su lumbre anhele con cansado empeño  
El que la vida de los vientos fía,  
Ó el que sigue de Marte el torvo ceño;

Que á mí no puede serme grato el día,  
Pues sólo de las gracias de mi dueño  
Gozo á favor de tu tiniebla fría.







## Á LA VICTORIA DE ARAPILES.

---

Levanta, oh Tormes, la divina frente,  
Coronada de juncias y verbenas,  
Y convoca tus ninfas y pastores  
Y de tu orilla la dichosa gente,  
Que rotas son tus hórridas cadenas.  
Y entonando dulcísimos loores  
Canta á los vencedores,  
Que en tu auxilio volaron  
Con tal denuedo y ardoroso brío,  
Que al verlos se turbaron  
Las numerosas huestes del impío,  
Y desaparecieron asustadas,  
Como nubes del cierzo arrebatadas.

Mira, oh Tormes, triunfante en tu ribera  
Al hijo de Belona, al anglo fiero,  
Libertador glorioso de Castilla,  
Al que Bengala victorioso viera,  
Á quien el Ganges la cerviz humilla,  
Al que es pavor de Galia en Tajo y Duero.

Mírale precedido  
De la victoria por doquier. Su lanza  
Hoy sirve de instrumento á la venganza  
Del cielo tronador, y protegido  
Del furibundo Marte  
Libertará la España,  
Llevará su estandarte  
Á la vana Lutecia,  
Y del francés humillará la saña,  
Ofuscando las glorias de la Grecia.

El soberbio tirano de la tierra  
Ve que el Bretón restaura los castillos  
Presas de su furor; intenta osado  
Al mismo firmamento mover guerra;  
Junta sus haces, habla á sus caudillos,  
Y en sus huestes sin número fiado,  
«Corred, volad, les dice encarnizado  
Oprimid nuevamente  
El Agueda y el Duero y Guadiana.  
Mi fuerza omnipotente  
Vuelva á triunfar, y la nación hispana  
Tiemble de mi rencor; los insulares  
De estas tierras lanzad, surquen los mares  
En sus naves huyendo  
Mi fiero enojo y mi poder tremendo.»

Dijo; y cual suele á la ardorosa lumbre  
Del flamígero carro luminoso  
Deshacerse la nieve amontonada

Del gran Moncayo en la elevada cumbre;  
Que con sonido raudo, en espumoso  
Y rugidor torrente desatada  
Corre precipitada,  
Arrebatando los peñascos rudos  
Y los troncos membrudos,  
Y cubre con presura  
El valle, el monte, el soto y la llanura;  
De este modo las haces orgullosas  
Heridas de su acento se agitaron,  
Corrieron presurosas,  
Y á obedecer á su señor volaron.

Ya inundan las Castillas,  
Oh Tormes, y en tus márgenes amenas  
Estampando las huellas sanguinosas,  
Y esgrimiendo las bárbaras cuchillas,  
Asolar amenazan las almenas  
De la española Atenas,  
Y al verlas dice ufano  
El feroz adalid: «Por más que intente  
De mi furor insano  
Minerva defender esa muralla,  
Su esfuerzo es impotente  
Contra mi poderío,  
Contra este acero y contra el brazo mío.»

Mas ¡ay, que su soberbia el cielo airado  
Deshizo, como suele ardiente fuego  
Deshacer seca arista! Y el valiente

Bretón de enojo armado  
Salió á su encuentro luego;  
Y el brazo del Señor omnipotente,  
Que no tolera al vano y orgulloso,  
De palma y de laurel ciñó la frente  
A Wellington glorioso.  
Cayó el galo á su vista, de la suerte  
Que al rudo empuje del sañudo viento  
Altivo cedro, cuya excelsa cima  
Tocaba en el sublime firmamento,  
Y se ve en un momento  
Roto, sin hojas, mustio, destruído,  
Y su orgullo deshecho y abatido.

El poder de la Galia destrozado,  
Rotas sus huestes, rota su esperanza,  
Y en roja sangre su adalid bañado,  
Huye desalentado,  
Huye de la venganza  
Del anglo vencedor. La lanza fiera  
Arroja el polonés, y huye anhelante,  
El soberbio bridón aguija en vano,  
En vano tiende el brazo y la cuchilla;  
Que al vencedor se humilla,  
Y ante el inglés triunfante,  
En la sangrienta arena  
Ó le alcanza la muerte ó la cadena.

Los bravos adalides,  
Que en tantas fieras lides,



Y en Jena y Austerlitz triunfantes fueron,  
Con mudo espanto y con asombro huyeron.  
Á Wellington miraron,  
Y su desnudo y brazo no vencido;  
Y mudas se turbaron,  
Y su antiguo valor quedó en olvido.  
Mil falanges gimieron prisioneras,  
Rompiéronse del fuerte las banderas;  
Y el ferviente cañón mudo y cautivo  
Al vencedor altivo  
Sigue, y rechina sobre el eje ardiente,  
Con tardo paso, entre vencida gente.

1812.







## ROMANCE CORTO.

---

Dulces ilusiones  
De amor y consuelo,  
Que hicisteis las dichas  
De mi incauto pecho:  
¿Dónde habéis huído  
Con curso ligero,  
Como niebla leve  
Que arrebatara el cierzo?  
¿Por qué bienes tantos,  
Que juzgaba eternos,  
Fueron más fugaces  
Que engañoso sueño?  
Mal haya quien cifra  
Su dicha y su anhelo  
En falsas promesas  
De volubles pechos;  
En blandas caricias,  
Que alevés mintiendo,  
Traidoras ocultan  
Horrible veneno.

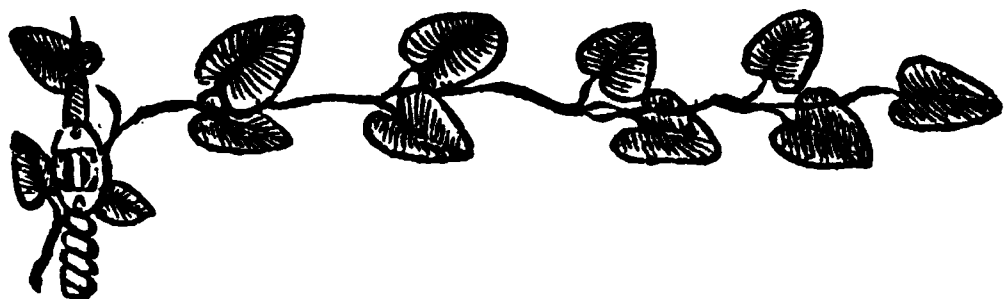
¿Dónde están, ingrata,  
Dónde tus extremos?  
¿Dónde tus ofertas?  
¿Do tus juramentos?  
¡Ay de mí infelice,  
Que en amor ardiendo,  
Bebí de tus labios  
Engaños sin cuento!  
¡Ay! tú me robaste  
Mi bien, mi sosiego,  
El alma y la vida  
Con halago tierno:  
Tú me los robaste,  
Y ufana riendo  
Te gozas ahora  
Con mi llanto acerbo.  
¡Oh mujer terrible,  
Más que el tigre fiero!  
¿Por qué me inspiraste  
Tan horrible incendio,  
Si era nieve helada  
Tu alevoso seno?  
¿Por qué me ofrecías  
Aquel mar inmenso  
De dichas sin tasa,  
De amores eternos?.....  
¡Crüel!..... ¿Te complaces.....  
Tu gozo está puesto  
En hacer dichosos  
Tan sólo un momento,

Porque sean mayores  
Sus desdichas luego?.....  
Juegas con las almas,  
Desgarras los pechos,  
Ofreces delicias,  
Das sólo tormentos;  
Inspiras amores,  
Estás libre de ellos,  
Y haces infelices.....  
¡Bárbaro recreo!  
Sigue, ingrata y dura,  
Tanto mal haciendo,  
Mientras yo mezquino,  
Y abrasado y ciego,  
Perdido te adoro,  
Y en llanto deshecho,  
Muriendo á tus plantas  
Tus triunfos completo.

1814.







## NAPOLEÓN DESTRONADO.

---

¿En dónde, en dónde ¡oh Sena esclarecido!  
El que de duelo y orfandad cubría  
Tus márgenes está? ¿Dó está el aleve  
Que hizo tu excelso nombre aborrecido  
En cuanto alumbra el sol y el mar enfría?  
¿El que con planta impura  
El dosel profanó de Clodoveo,  
Y ardiendo en el deseo  
De ver gemir ante sus pies la tierra,  
El orbe conmovió con cruda guerra;  
Dejó desiertos tus mezquinos lares,  
Y de sangre inundó regocijado  
El ancho mundo y los profundos mares?

Alzó la frente bárbara el impío,  
Y de la antigua Galia en los escombros  
Aseguró los pies, la torva vista  
En derredor tendió, y «¿al brazo mío  
Quién habrá tan osado que resista?  
Ni aun el rayo de Dios me causa asombro»,  
Dijo Napoleón. Al carro horrendo

De Mavorte feroz subió arrogante,  
Agitó la cuadriga resonante,  
Y á su terrible estruendo  
Los robustos temblaron,  
Los altos y los fuertes se humillaron,  
Que de terror y asombro el orbe llena;  
Como rauda torrente  
Que rompe hinchado el cauce que lo enfrena.

El Nilo vió su encono fulminoso,  
Y de cálida sangre enrojecida  
La frígida corriente,  
Arrastró al mar undoso  
Rompidos carros, miembros palpitantes,  
Cascos hendidos, bárbaros turbantes.  
Los Alpes vieron su enriscada frente  
Vilmente hollada y su poder deshecho,  
Y las fértiles cumbres de Apenino  
Se humillaron también, y con despecho  
Vieron la muerte del poder latino.  
El Danubio después las turbias ondas  
Volvió medroso á su primera fuente,  
Que al monstruo vió talar ambas riberas.  
Y el Vístula pasmado,  
Su curso entre carámbanos cubría,  
Del belísono estrépito asustado.

¡Ay, que el genio del mal al Mediodía  
Revuelve su furor!.... Ya sus banderas  
Las cumbres del adusto Pirineo



Profanaron también, y el nuevo Atila  
Pisa de Iberia la mansión tranquila.  
¿Y qué, gran Dios, no miras al impío?  
¿No escuchas al blasfemo  
Decir: «Ni al rayo temo.  
Quién podrá resistir el brazo mío,  
Quién contra mí levantará la frente,  
Si yo soy el señor omnipotente?»

Mas ¡ah! que ya su iniquidad, el colmo  
Llenó de tu bondad, y ya tu ira  
Prepara la venganza y el castigo.  
Alzad á Dios las manos ¡oh naciones!  
Á quien de sangre y de dolor y espanto  
Cubrió el bárbaro atroz. Vuestro enemigo  
También lo es de su nombre sacrosanto.  
Y con fragor tremendo  
Del huracán sobre las negras alas  
El carro del Señor viene corriendo;  
Y rásganse las nubes, y agitando  
El mar hinchado sus bramantes ondas,  
El enojo de Dios está anunciando.  
Pálido el sol suspende el movimiento,  
Y se estremece el alto firmamento,  
Que Jehová empuña la trisulca llama,  
Y por los rudos vientos se derrama  
Su acento, semejante  
Al trueno retumbante  
Abortador de rayos,  
Y al estruendo de carros y caballos,

Que corren á la lid, y dice: «Sea  
Castigado el soberbio,  
Y confundida su impiedad se vea.»

El mandato de Dios obedeciendo,  
España apresta sus valientes haces  
Contra la iniquidad. Y los britanos  
Las regiones del mar luego cubriendo  
Con el número inmenso de sus naves,  
Y oprimiendo las crespas y altas olas,  
Se unieron á las huestes españolas,  
Que gallardas volaron al combate:  
Y su denuedo abate  
El gran poder del bárbaro, y huyeron,  
Y con pavor cayeron,  
Como á los pies del segador las mieses  
En los tostados campos de Castilla,  
Los que triunfos le dieron tantas veces,  
Los satélites fieros que acaudilla.

También el lusitano airado y fiero  
Los combatió y triunfó. Luego ligero  
Corre á la lid el guerreador que habita  
En la Zembla polar al sol vedada,  
Corre al combate el indomable escita,  
Que en el Rífeo monte,  
Señor eterno de erizada nieve,  
La amarga sangre de las fieras bebe,  
Y vuelan á la lid los que vencieron  
En Praga y en Rosbac: que la venganza

Del Dios de Abraham los llama á la pelea,  
Y arma sus diestras de invencible lanza.

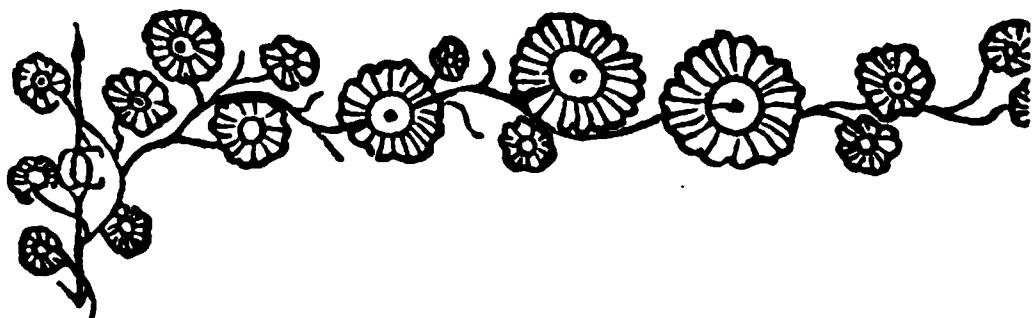
Oye el tirano el gran rumor, y vuelve,  
Y el rayo vengador siente en su seno,  
De mudo espanto lleno:  
Y teme, y tiembla, y calla, y palidece,  
Se hiela y se estremece,  
Y mira por doquier á sus guerreros  
Huir desalentados  
Arrojando la malla y los aceros.  
Y al ver hollada la corriente fría  
Del espumoso Rheno, y á ti ¡oh Sena!  
Libre de la cadena  
Que con tus propios hijos te imponía,  
Cayó precipitado  
Del trono con horrores sustentado.

Canta conmigo ¡oh Galia venturosa!  
Dulcísimas canciones,  
Himnos de gratitud al Ser eterno,  
Que al yugo te arrancó. Cantad, naciones,  
La gloria del Señor. Su fuerte diestra,  
Que de Senacherib hundió la frente,  
Y que en la mar rugiente  
Sepultó á Faraón con mudo espanto,  
Ha confundido al bárbaro orgulloso  
Que os llenó de dolor, de sangre y llanto,  
De luto y de viudez..... ¡ Ah, que no fuera  
Capaz mirudo acento

De ensordecir el animoso viento,  
Y el ronco hervor del piélago espantoso!  
Al atrevido azor alas pidiera,  
Y con ellas volara presuroso,  
Sin temer de Titán la viva lumbre,  
De Pirineo á la elevada cumbre;  
Y allí al son de la cítara de Apolo  
Entonara canciones de alegría,  
Que sonaran en uno y otro polo,  
Y donde nace y donde muere el día.

1812.





## ROMANCE.

---

Á esconder su lumbre pura  
En ocaso caminaba  
Febo hermoso, entre celajes  
Matizados de oro y grana;

Cuando orillas de la mar,  
Ni quieta, ni alborotada,  
Aunque sus blancas espumas  
Á las peñas azotaban,

Á un tronco, que en la ribera  
Una borrasca lanzara,  
Tirsi, ausente y afligido,  
Amarró su pobre barca.

Y en tanto que con los remos  
Juegan las olas amargas,  
Salpicando placenteras  
Del corvo lado las tablas,

De este modo, al manso viento,  
Que en las rocas y en las aguas

Retozaba bullicioso,  
Refrescando aquellas playas,

Cantó el triste pescador,  
Sin que nadie le escuchara,  
Lanzando un tierno suspiro  
De lo profundo del alma.

¡Ay de mí! que vivo ausente,  
En esta costa lejana,  
De aquellos divinos ojos,  
Por quien mi pecho se abrasa;

Y que tal vez cuando vuelva,  
Después de ausencia tan larga,  
Encontraré desengaños,  
Si el corazón no me engaña ;

Pues aunque mi amado dueño  
Me juró eterna constancia,  
Cuando de sus dulces brazos  
Me separó la desgracia,

Y aunque escuché sus gemidos  
Y vi sus amantes ansias,  
Cuando el cierzo mi barquilla  
De su vista arrebatava,

Es mujer, estoy yo lejos,  
Amadores no le faltan,

Y cuando no ven los ojos,  
Se hiela el pecho, y el amor se cansa.

Lleva mis lamentos tristes,  
Y estas dudas que me asaltan,  
Céfiro blando, á aquel suelo  
Donde está su hermosa causa.

Y si orillas de los mares  
Ves la que me abrasa el alma,  
Aun puesto en mí el pensamiento,  
De mi amor aun no olvidada,

Dile que mire á las rocas,  
En quienes no hacen mudanza  
Ni de la mar los embates,  
Ni de los vientos la saña.

Que á ser firme aprenda de ellas,  
Y que aprecio jamás haga  
De las ondas variables,  
Ejemplo de la inconstancia:

Pues ora risueñas juegan,  
Y las arenas esmaltan  
Con caracoles y conchas,  
Y con espumas de plata;

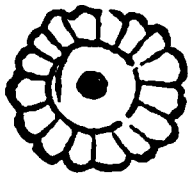
Y ora con estruendo horrible,  
Ennegrecidas, hinchadas,

Castigan la misma arena  
Que antes humildes besaban.

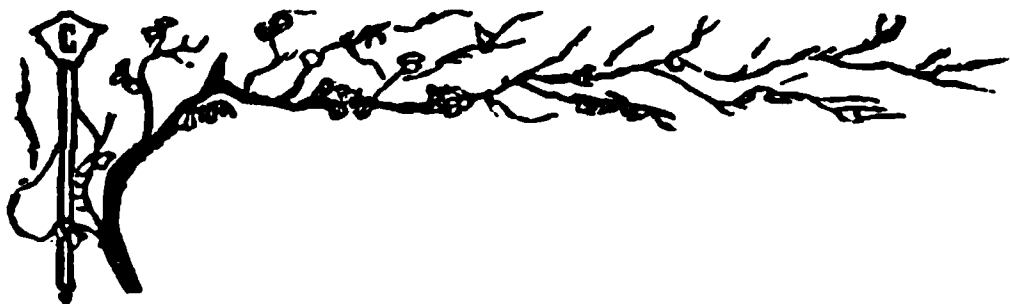
Díselo así, manso viento;  
Díselo, si es que te encargas  
De tristezas de un ausente.....  
Mas ¡ay! no le digas nada,

Que es mujer, estoy yo lejos,  
Amadores no le faltan,  
Y cuando no ven los ojos,  
Se huela el pecho, y el amor se cansa.

1814.







## ESPAÑA TRIUNFANTE.

---

COMPOSICIÓN PREMIADA POR LA SOCIEDAD  
ECONÓMICA DE SEVILLA.

Goza feliz, esclarecida España,  
En dulce paz los ínclitos laureles  
Á tu constancia y tu valor debidos:  
Del bélico furor la horrenda saña  
Supieron derrocar tus hijos fieles,  
Que de valor y de lealtad vestidos,  
Volaron atrevidos  
Á defender tu libertad augusta,  
Y á tus plantas rindieron  
Á los audaces que agresión injusta  
Á tu excelsa grandeza hacer quisieron.

¡Ay, cuán en vano el opresor del mundo,  
Desde la enhiesta y enriscada cumbre  
De Pirene, sus ojos espantosos  
Tendió á tu fértil suelo! Furibundo  
De sus haces juntó la muchedumbre,  
Y á sus caudillos fieros y ambiciosos,  
En tu daño animosos,  
Les dijo: «En sangre inúndense estos llanos:

Señor de España sea:  
Y atada, y con cadenas á las manos,  
Su gloria al carro de mi triunfo vea.»

Tronó la áspera cima, y retumbaron  
Las cóncavas cavernas á su acento,  
Cual suena el ronco mar. Las foragidas  
Huestes al campo ibero se arrojaron,  
Del modo con que suele el raudó viento  
Arrojarse á las selvas extendidas,  
Y á las mieses crecidas:  
Mas de pronto su saña contuvieron,  
Y, «sinceros amigos nos finjamos,  
Y es más seguro el triunfo», se dijeron:  
«El puñal entre olivas escondamos.»

¡Heroicos carpetanos! ¡Gloria eterna  
Á vuestro egregio y esplendente brío!  
Vuestro nombre al través de las edades,  
Con luz inextinguible y sempiterna  
Brillará, cual la estrella del estío  
En medio de la niebla. Las maldades,  
Las negras falsedades  
De los pérfidos galos conociendo,  
Libertad y venganza  
Gritasteis denodados, y el horrendo  
Monstruo tembló vuestra inmortal pujanza.

Inermes, y sin trompa ni estandarte,  
Sin doble cota ni bruñido acero,

Disteis el pecho á la tremenda muerte.  
Pasmó vuestro desnudo al fiero Marte;  
El valiente gimió, rindióse el fuerte,  
Y huyendo al fin el bárbaro guerrero,  
El caballo ligero  
Con las espuelas tímido afligía.  
Ni edad ni sexo ¡oh gloria!  
Ocioso estuvo en tan infausto día:  
¡Día de horror y de eternal memoria!

Vuestro valor, vuestro herosísimo empero  
Cedió á la muchedumbre, que orgullosa,  
La máscara del todo derribando,  
Vengó su afrenta con estrago fiero.  
Desarmada la diestra poderosa,  
Que armada huyeran de pavor temblando,  
Entre el pérfido bando  
Os llevaron..... ¡Ay Dios!... En sangre triste  
Feroces se bañaron.....  
¡Oh blanca luna, con horror lo viste!  
¡Oh mayo, tus verjeles lo lloraron!

Salve, mártires santos, inmolados  
Por la quietud del mundo... ¡Oh tú, Velarde!  
¡Oh Daoiz!... ¿Qué pecho virtuoso,  
Al prorrumpir en nombres tan sagrados,  
En patriotismo y gratitud no arde?  
Cual de leve centella presuroso  
El fuego desastroso,  
Agitado del ábrego sonante,

Con destructora llama  
Y estallidos y horror, en corto instante  
Por la tostada Cérés se derrama;

Del mismo modo vuestra sangre ardiente  
Se extendió por los términos de Hesperia,  
Germinando heroísmo y osadía.  
Gritó venganza la asturiana gente,  
Y resonó venganza Celtiberia:  
Guerra y venganza el Turia repetía,  
Y venganza decía  
El viento ronco en la imperial Toledo;  
Y guerra el padre Betis  
Desde Segura con marcial denuedo,  
Hasta llegar al término de Tetis.

¡Bailén!... ¡Bailén! Tus selvas aun blanquean  
Con los despojos de la excelsa gloria,  
Que Bética ganó con alto nombre.  
En los siglos futuros, cuando sean  
Otras generaciones, tu memoria  
Será padrón que al crudo tiempo asombre:  
Cuando tu suelo escombre  
Con dura reja el labrador cansado,  
Huesos enmohecidos  
Y rotas armas volcará el arado,  
Estallando con lúgubres sonidos.

Al punto el paso de los bueyes lentos  
Detendrá el labrador, y allí juntando

Sus hijos , les dirá: «Ved , hijos míos,  
Aquí tenéis patentes los cimientos  
De nuestra independencia.» Y recordando  
Tanta hazaña sin par, tan altos bríos,  
Y los copiosos ríos  
De sangre allí vertida , ilustres hechos  
Contará de los béticos varones;  
Y de los jovencillos en los pechos  
Palpitarán los tiernos corazones.

¡Venerables escombros y rüinas  
De eterna gloria! ¡Sin igual ejemplo  
De heroísmo y constancia! ¡Oh tú, Gerona!  
¡Oh Sansueña!.... Cantad, musas divinas,  
Cantad del Pindo en el sagrado templo  
Estos nombres de honor..... Allí Belona  
Sus huestes amontona  
En vano; que su furia se quebranta  
Cual onda hinchada contra altiva peña.  
¡Oh fama! ó enmudece , ó sólo canta  
Los nombres de Gerona y de Sansueña.

Tamames , y Abisval, y Talavera,  
Y Chiclana, y Valencia, y Arapiles,  
Y donde fué Manresa desgraciada,  
Y Lerín, y Sampayo, y Albuhera,  
Campos de horror á los traidores viles,  
Que osaron profanar la patria amada:  
Correrá apresurada  
La serie de los siglos; tronos, reyes,

Mares, planetas se verán mudados,  
Cambiando el orbe sus eternas leyes;  
Mas nunca tales nombres olvidados.

Glorioso Herrasti, heroico La-Carrera,  
Álvarez inmortal.... ¡Ah! Desde el cielo  
Do á par de los Pelayos y Guzmanes,  
Coronados de palma duradera,  
Gozáis ya libres del humano velo  
El galardón debido á los afanes  
Con que los capitanes  
Suben de gloria á la sublime cumbre,  
Permitid que mi labio humilde os nombre,  
Aunque el brillar de vuestra viva lumbrere  
Pasme mis ojos, y mi pecho asombre.

Ínclita patria, España generosa,  
Así tus hijos el robusto pecho  
Al hierro agudo por librarte dieron.  
Estos el gran poder de la orgullosa  
Galia dejaron á tus pies deshecho,  
Y su furor y su altivez rompieron,  
Y fuertes la rindieron,  
Como en el alto Líbano acerada  
Segur rinde del cedro la alta cima,  
Que de pomposos ramos adornada  
Á las tronantes nubes se sublima.

Ellos, ellos, oh patria, derrocaron  
Al opresor de la anchurosa tierra,

Su soberbia cual humo disipando,  
Y del fiero invasor la furia hollaron  
Con sangre y hierro y con constante guerra;  
Y hazaña con hazaña entrelazando,  
Al augusto Fernando  
Volvieron denodados á tu suelo;  
Y con él juntamente en dulce día  
Tu grato afán, tu plácido consuelo,  
Y la paz, y el descanso, y la alegría.

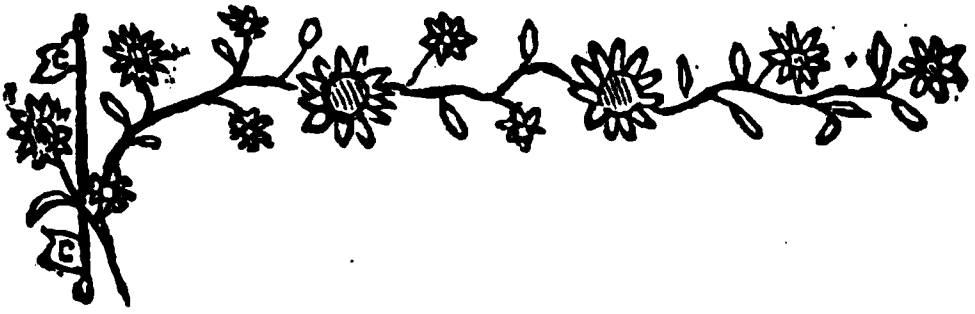
Álcese en la elevada y agria frente  
Del nimbose Pirene un monumento,  
Que domine el Tirreno, y mar de Atlante,  
Aun más que los egipcios eminente;  
Y el bélico furor allí sangriento  
Con cadenas de bronce resonante  
Atado, el rechinante  
Diente ejercite en férreos eslabones;  
*Y á ti, España, la paz, á ti debemos,*  
Allí escriban del mundo las naciones,  
*La dulce libertad en que nos vemos.*

1814.









## AL MISMO ASUNTO.

---

¿Quién podrá dignamente  
Cantar tu heroico nombre, ¡oh patria mía!  
Y tu gloria esplendente,  
Aun más que el claro día,  
En cuanto alumbra el sol, y el mar enfría?

Tú sola, egregia España,  
Al opresor del mundo te opusiste,  
Despreciando su saña;  
Y sus lauros volviste  
En vil oprobio, y su furor rompiste,

Como el áspera roca  
Rompe del ronco mar onda rugiente,  
Que con audacia loca,  
Y rápida corriente  
La embiste, y su furor es impotente,

Tembló la enhiesta cumbre  
De Pirene, los valles retumbando,

Sampayo y Albuhera.....

¡Ay, que la voz humana

Que intenta pronunciaros os profana!

¡Oh campos de victoria,  
Do los hesperios ínclitos pendones  
Lograron alta gloria!  
Eternas bendiciones  
Os darán mil y mil generaciones.

Y «Aquí fué la venganza,  
Al miraros dirán, aquí rindieron  
Su bábara pujanza  
Los que aleves quisieron  
La patria encadenar, aquí cayeron.»

¡Oh Sansueña! ¡Oh Gerona,  
De la española independencia escudo!  
Vuestro valor pregona,  
Hollando al tiempo crudo,  
Tanta rüina con silencio mudo.

Vuestra gloria esplendente,  
Venciendo de los siglos la espesura,  
Brillará eternamente,  
Cual brilla en noche oscura  
Del sangriento Orión la lumbre pura.

Inmortales varones,  
Que de constancia y de heroísmo armados

Siguiendo los pendones  
De la patria, inmolados  
Fuisteis en sus altares adorados:

Salve y quietud ¡oh manes!  
De vuestra ilustre sangre el fiel tributo,  
Vuestro valor y afanes  
Dieron ópimo fruto:  
Dígalo el Sena, y su amargura y luto.

Su poder indomable  
Hundióse á vuestro esfuerzo sin segundo,  
Cual peña inmensurable  
Húndese al mar profundo,  
Herida por el rayo furibundo.

¡Oh patria! ¡Excelsa España!  
Goza, goza feliz tantos laureles,  
Que á pesar de la saña  
De los hados crüeles,  
Ganaron para ti tus hijos fieles.

Sí; ya tu regia planta  
Sobre rompidas armas estribando,  
Y la inicua garganta  
De tu opresor hollando,  
La admiración del mundo estás gozando.

1814.





## SONETO.

—

Líbrase al soplo del airado viento,  
Con vuelo raudó, con mortal latido,  
Huyendo arrebatada hacia su nido  
La tímida paloma sin aliento.

Huye, porque del alto firmamento,  
De entre cárdenas nubes desprendido,  
Sobre las pardas alas sostenido,  
Baja en su busca el alcotán sangriento.

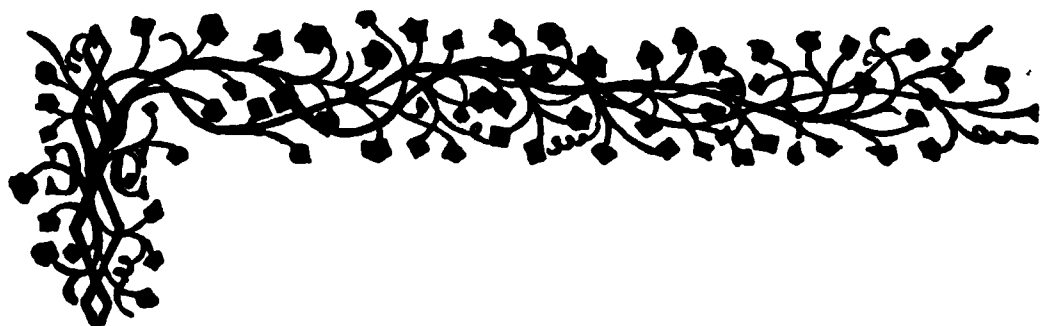
Pero cuando la sigue cariñoso  
Tierno palomo con arrullo blando,  
Amorosa le aguarda y palpitante.

Toma de ella lección ¡oh dueño hermoso!  
Del que fuere enemigo huye volando;  
Mas no de mí que soy tu fino amante.

1814.







## ROMANCE.

—

Por en medio de una vega,  
Que dos risueños collados  
Defienden del ronco impulso  
De los cierzos y los austros,

Corre entre juncias y helechos  
El Genil gracioso y manso,  
Para dar al padre Betis,  
No tributo, sino abrazos.

En su margen venturosa,  
Do sólo el céfiro blando  
Ó descansa entre las flores,  
Ó mece sauces y lauros,

Tiene el mayoral Antimio  
Su choza, aprisco y rebaño,  
Con pastores que aventajan  
Á los que á Arcadia habitaron.

Hay también pastoras lindas,  
Y zagalas de tal garbo,

Que el sol, absorto en sus gracias,  
Suspende al verlas el paso.

Y cuando gallardas triscan  
Por las selvas y los prados,  
Ora en pos de los corderos,  
Ora ligeras danzando,

Á sus plantas brota el suelo  
Alelíes y amarantos,  
Carmines, gualdas, jacintos,  
Lirios, violetas y nardos.

Con ellas vive Dorila,  
Mucha gracia y pocos años,  
Tormento de corazones,  
Y de las almas encanto.

Pues desde que allá en un bosque,  
Ó de Amatunte ó de Pafos,  
El hijo de la alma Venus,  
Con otros niños jugando,

Perdió por pueril descuido  
Sus flechas, aljaba y arco;  
Encontrándose sin armas,  
Corrido y avergonzado,

Vino á Genil, y en los ojos  
De Dorila el Dios tirano



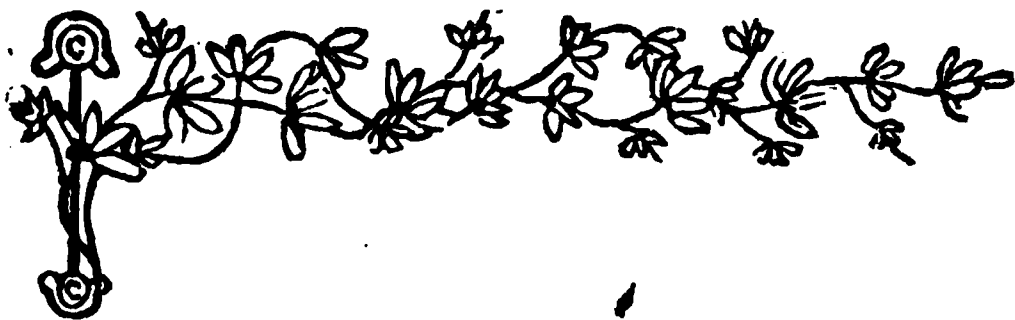
Ocultóse, y ellos solos  
Le sirven de fuego y dardos.

Yo los contemplé ignorante,  
Fijéme en ellos incauto,  
Y soy su víctima triste.....  
Pastores, tened cuidado.

1815.







## A DON JOSÉ DE VARGAS Y PONCE (1).

---

### EPÍSTOLA.

He recibido tu donosa carta,  
Que es de elogios tal vez y vituperios,  
Y en un todo extremosa, luenga sarta,

Pues ni soy acreedor á los dicterios  
Tan acres que me escribes, dulce amigo,  
Ni á encomios tan gigantes y tan serios.

---

(1) Es contestación á un bello romance que escribió este literato al autor, criticándole su afición á torear en el campo y á derribar vacas á caballo con la garrocha, diversión muy grata á los jóvenes andaluces de aquel tiempo. El romance empezaba así:

Bárbaro que así desluces  
Los presentes de natura,  
Y en demonio, siendo ángel,  
Tu torpe sandez te muda;  
Antes que tus nobles prendas  
Empañe tanta locura,  
La plebeya y vil garrocha  
Niega á tus manos, y escucha: etc.

Más la amistad que te enlazó conmigo  
A tus ojos agranda mis acciones,  
Aun las que juzgas dignas de castigo.

Oye siquiera cuatro reflexiones,  
Con que espero sin duda contentarte;  
Pues jamás te negaste á las razones.

Muéstrasme que ha podido incomodarte,  
Aunque sin causa, amigo, suficiente  
(Como no he de tardar en demostrarte),

El saber que me he puesto ante la frente  
Del útil toro con caballo y pica,  
Hiriéndole con ánimo valiente.

Mas esto, aunque desbarro fuera, ¿implica  
Con el seguir las huellas de Lucano,  
Ó que abandono el Pindo testifica?

El adherirme á un uso, sea villano,  
Que reina en este suelo, ¿has entendido  
Que marchite, cual suele en el verano

El fuego de Titán enardecido  
Las hierbas y las flores, mis virtudes,  
Si es que algunas al cielo le he debido?

Razón será que al punto ¡oh Vargas! mudes  
De dictámen, si es tal el que has formado,  
Pues se pasa de injusto, no lo dudes.

Recuerda el griego ilustre y celebrado,  
Amor de las helénicas beldades,  
Que fué gloria de un siglo aventajado.

Hablo del famosísimo Alcibiades,  
Discípulo de Sócrates divino  
Y varón cual no han visto las edades;

A quien, si damos crédito al latino  
Cornelio y á Plutarco el candoroso,  
Mil vicios y virtudes dió el destino.

Y todo en grado heróico. Valeroso  
Defensor de su patria, noble escudo  
De libertad, pulido, generoso,

Dado á las artes, elocuente, agudo,  
Le vió con pasmo la ilustrada Atenas.  
Sobrio, feroz y luchador membrudo,

Sufridor de trabajos y de penas,  
Le admiró Esparta. Ahogado en los placeres,  
De galas y perfumes, que aun apenas

Pudieran tolerarse en las mujeres,  
Cubierto, y muelle y sin rubor yaciendo,  
Vil juguete de Baco y de Citeres,

A los mismos persianos excediendo,  
En Persia se mostró: porque sabía,  
Según iba los pueblos recorriendo,

Acomodarse á aquello que veía.  
Culto ateniense fué; duro espartano;  
Vicioso persa: todo lo reunía.

No por lo dicho juzgues que tan vano  
Soy, que al hijo de Clynias me compare,  
Que estar yo loco entonces fuera llano.

Ni presumas, amigo, que yo ampare  
Con tal ejemplo vicios perniciosos:  
Lo malo es malo donde quier se hallare.

Pero á veces á rostros muy hermosos  
Un pequeño lunar no les afea;  
Por la inversa, los hace más graciosos.

Y cuando nuestra vista se recrea  
Por un jardín florido, que lozana  
Flora con sus matices hermosea,

Entre la rosa de color de grana,  
Y los claveles, murtas y azucenas,  
Nos gusta la amapola, aunque villana;

Y tal vez en las selvas más amenas  
Grosera y ruda zarza hace contraste  
Grato con lauros, chopos y verbenas.

Pero en verdad, amigo, no acertaste  
En juzgar delinquí: no he delinquido:  
Sin duda de mi acción no te enteraste.

Si hubieras, Vargas, por mi mal sabido  
Que en ancho circo destrocé inclemente  
Lozano toro á la labor nacido;

Si hubiera yo, siguiendo la corriente  
De una costumbre bárbara que aun dura,  
Y que introdujo la africana gente,

Gozádome, enemigo de natura,  
En verter sangre y en ajeno daño,  
Con llanto de la triste agricultura,

Tu enojo y tu rigor no fuera extraño,  
Y el orbe entero abominar debiera  
Tan gran barbaridad, crimen tamaño.

Si á tu noticia por ventura hubiera  
Llegado que yo estaba confundido  
Entre la turba vil, baja y torera,

Cual suele tanto noble envilecido,  
Que perdiendo el respeto á sus mayores  
Desmiente su linaje esclarecido;

Si yo, que al son de trompas y atambores,  
Cabe el Tajo mi patria defendiendo,  
Desprecié de Belona los horrores,

Y el fulminante brazo sacudiendo,  
Por lo menos mostré no ser cobarde,  
Ajena y propia sangre allí vertiendo,

Ahora, degradado, hiciera alarde  
De empuñar vil estoque contra un toro,  
Fuera justo el enojo que en tí arde.

Sin duda entonces el virgíneo coro  
Que habita el alta cumbre de Helicon,  
Me negara indignado su tesoro.

Mas nada de esto ejecuté; perdona:  
Escucha y notarás, amigo amado,  
Que mi delito la razón lo abona.

El Betis cristalino y sosegado  
Con su corriente plácida y serena  
Riega el suelo andaluz afortunado.

En él derrama grato á mano llena  
El cielo bienhechor sus ricos dones,  
Y reina siempre primavera amena.

Selvas de rosas, bosques de limones  
Se encuentran por doquier, grama y verdura,  
Con mil maravillosas producciones.

Parece que concede la natura  
Más virtud á esta tierra venturosa,  
Que á cuantas ven del sol la lumbre pura.

La fuerza de estas aguas poderosa,  
La que encierran llanuras y collados,  
Y una especie de magia prodigiosa,



Comunican tal fuerza á los ganados,  
Que en ellas nacen y que en ellos crecen,  
Que apenas pueden ser nunca domados.

Los tiernos novillejos ya parecen  
Toros cuyo furor el bosque aterra,  
Y de fieras el torvo aspecto ofrecen.

En tal estado, de la madre tierra  
No se avienen, sufriendo la coyunda,  
A abrir los senos donde el pan se encierra.

Es primero preciso que confunda  
La fuerza humana tanta lozanía,  
Tornándole útil buey de fiera inmunda.

En vano un hombre solo tentaría  
Domeñar su furor y alta braveza,  
Víctima de su arrojo se vería.

Para lograrlo apela á la destreza,  
Sagaz se vale del bridón ardiente,  
De su rápido impulso y ligereza.

Para defensa empuña solamente  
Ligera lanza, en pos del toro adusto  
Se arroja, le acomete de repente,

Y sin que su fiereza le dé susto,  
Lo acosa hasta que logra derribarlo,  
Y triunfa en fin de su furor robusto.

Este medio tan sólo hay de domarlo  
Para la necesaria agricultura,  
A que le plugo al cielo dedicarlo.

En esta ocupación, que es harto dura,  
Y oficio indispensable, aunque penoso,  
Ayudé á los vaqueros por ventura.

No cual dices, insano y riguroso,  
Destrocé el animal que es grato á Ceres,  
Antes bien le hice á Ceres provechoso.

Con esta explicación, pues justo eres,  
Verás que ha sido injusto tu juicio,  
Y no condenarás tales quehaceres.

¡Ay! ¡Cuánto más terrible es el oficio  
De fatigar las selvas y los prados,  
Siguiendo de Lucina el ejercicio!

¿Qué daño ó crueldad, hombres malvados,  
Os dan, decid, las aves inocentes,  
Y los tímidos ciervos y venados?

¿Por qué los arroyuelos transparentes  
Teñís de sangre, con furor vertida,  
De sencillos y tímidos vivientes?

¿Por qué dejáis el aura ensordecida,  
Imitando los rayos y los truenos,  
Y la luz con el humo obscurecida?

No solamente ¡oh gran maldad! serenos  
Vierten sangre los duros cazadores,  
Sino de gozo y complacencia llenos.

Tal vez sencilla y tierna, con clamores  
La tórtola publica su tormento,  
Ó llora celos, ó celebra amores;

Tal vez en delicioso arrobamiento  
La paloma á su amante ya se entrega,  
Ó en pos tiende las alas por el viento,

Y el plomo silbador y raudo llega,  
Que el hombre duro y montaraz fulmina,  
Y su amor y su vida á un punto siega.

Y cuando por el llano y la colina  
A la cuitada liebre persiguiendo  
El bridón con la espuela desatina;

Y cuando con clamor y horrible estruendo  
Los montes y las selvas ensordece  
A la inocente cierva sorprendiendo,

El hombre, ¿fiera horrible no parece?  
¡Cuál exalta la rabia de los perros  
Y sangre y destrucción sólo apetece!

¡Cómo el refugio de los altos cerros  
Busca la corza mísera y cobarde,  
Y las cuevas y lóbregos encierros!

Mas ¡ay! no halla un asilo que la guarde  
Del plomo ó de la flecha matadora,  
Ó del furor que en los lebreles arde.

Yo he visto ¡oh Dios! como la cierva llora  
Cuando siente su pecho traspasado,  
Ó sin vigor la planta voladora.

Yo escuché su gemido, y he temblado.....  
La gula de los hombres insaciable  
Tan horrendo ejercicio ha fomentado.

¿Y nadie ¡oh vicio! lo miró execrable?  
¿Ni aun tú mismo, que adusto me condenas?  
¡Opiniones del mundo miserable!

Yo causo á un bravo toro daño apenas,  
Para tornarlo productivo y bueno,  
Y tú de horror y compasión te llenas;

Y elogiarás tal vez al que sereno  
Llena de sangre el monte y la llanura,  
Para saciar su vientre ó el ajeno.

Mas si tu enojo ¡oh Vargas! por ventura  
Le motivó el juzgar que abandonaba  
De las artes y musas la cultura,

Y que del todo al todo me entregaba  
A estas rústicas duras diversiones,  
Harto imbécil tu mente me juzgaba.

•  
¡Pues qué! ¿Pueden jamás los corazones  
Que siquiera una vez hayan sentido  
De las musas las tiernas impresiones,

Abandonarlas en el hondo olvido  
Y huir de sus halagos placenteros?  
¿Quién tan bárbaro, dime, acaso ha sido?

Yo las amé rendido en los primeros  
Años de mi existencia, las he amado,  
Y amaré sus encantos lisonjeros.

Mi placer ellos siempre y mi cuidado  
Han sido y lo serán. Ni los hùrrores  
Del fiero Marte en que me vi empeñado,

Ni de la adversa suerte los rigores,  
Ni mis fatigas y penosos males,  
Ni del mundo falaz los sinsabores,

El culto de las musas celestiales  
Me hicieron olvidar, pues mi consuelo  
Fueron siempre sus gracias divinales.

Y ahora que vivo en mi paterno suelo  
Donde moraron siempre, ¿imaginaste  
Que no han de ser mi gozo y mi desvelo?

Pronto conocerás que te engañaste,  
Cuando escuches mil himnos y canciones,  
Cual jamás en mi cítara escuchaste.

Y cuando el tuyo y otros corazones,  
Al ver de doña Blanca el fin lloroso,  
Sientan de espanto y pena sensaciones (1);

Pues Melpómene heroica el horroroso  
Suceso de esta reina desgraciada  
Ha inspirado á mi acento lastimoso.

Ni tengo á la pintura abandonada,  
Que el lienzo maticé con los colores,  
Retratando á Lucrecia desmayada,

Luchando con la muerte y sus horrores,  
Y aquella heroica sangre derramando,  
Salud de esclavos, muerte de opresores.

Ya miro que te vas desenojando,  
Y que como á las flores manso viento  
La risa está tus labios halagando....  
¿No es verdad, Vargas? Di, ¿quedas contento?

Córdoba, Marzo 1817.

---

(1) Esta tragedia, titulada *Doña Blanca*, la tercera que escribió el autor, se ha perdido, desapareciendo el manuscrito en el robo que padeció su equipaje en el río de Sevilla el día de San Antonio del año 1823.





AL REY NUESTRO SEÑOR (1),  
QUE SE DIGNÓ PRESENCIAR EL EJERCICIO GENERAL DE LOS ESCUADRONES DE LA GUARDIA DE SU REAL PERSONA, HONRÁNDOLOS EN SEGUIDA CON PONERSE Á SU CABEZA.

---

Dad, sagradas deidades de Helicon,  
Vuestro sublime aliento al pecho mío,  
Para cantar al ínclito FERNANDO;  
Llegue mi voz á la encumbrada zona,  
Del abrasado Sur al Norte frío,  
Su nombre por la esfera derramando;  
Y la lira pulsando,

---

(1) Esta composición, escrita á insinuación del Rey, y que tuvo la honra de ser leída á SS. MM., teniendo la bondad la misma Reina de alumbrar con una vela que con sus reales manos alcanzó de un candelabro, no mereció la aprobación del juez de imprenta, quien prohibió su publicación. Este incidente ocasionó una polémica muy original entre el autor y el juez, en que intervino el célebre literato D. Manuel María de Arjona, y que divirtió mucho al rey Fernando. Quien, finalmente, cortó generosamente la controversia, mandando terminantemente la impresión.

En las alas del viento,  
El estruendo hervoroso  
Del mar venza mi acento,  
Y el ronco trueno y huracán silboso;  
Y el nombre augusto de FERNANDO suene,  
Y de un polo á otro polo el orbe llene.

Tu excelso nombre ¡oh Rey, oh Rey amado!  
Predilecto de Dios, que al monstruo horrendo,  
Que al abrazarte en bárbaras cadenas  
Tornó el abrazo fraternal, airado  
Lanzó su rayo vengador, hiriendo  
Aquella torva frente; y ni aun apenas  
Su nombre existe..... Escenas  
De dolor y de gloria,  
Y á un tiempo de alegría,  
¡Cuál llenáis mi memoria  
En este fausto y apacible día!.....  
¿Do me arrebatara el numen sacrosanto,  
Que el tiempo que ya fué torna á mi canto?...

Estas plazas ¡oh Rey! de Mantua augusta,  
Yo vi de sangre y mortandad cubiertas,  
Cuando en hierros tus hijos te miraron.  
Aquí la furia aleve y saña injusta  
De tu opresor se vieron descubiertas,  
Y sus haces belígeras temblaron.  
Ardorosos gritaron  
Tus valientes: ¡Venganza!  
Armas les da su brío,



Arrollan la pujanza  
Del triunfador, y su alto poderío;  
Y mancebos, y vírgenes, y ancianos  
Sangre cálida ostentan en las manos.

Y entre tanto que Dios era tu escudo,  
Custodiando tu vida idolatrada,  
Y tu apenado pecho confortando,  
Al arcángel su lanza dió, ceñudo  
Miró, y tembló la angélica morada,  
El trueno de su enojo retumbando;  
Y el Aquilón bramando,  
Al ministro glorioso  
De la ira omnipotente  
Condujo presuroso,  
Más brillante que el sol en el Oriente,  
Sobre sus alas al hesperio suelo,  
Sin tí en triste orfandad y hundido en duelo.

Y en la yerta enriscada y agria cumbre  
Del nivoso pinífero Fonfría  
Dió el grito de la guerra. Retumbaron  
Las hondas cuevas, y la viva lumbre  
De su frente ofuscó la luz del día.  
El acento tus hijos escucharon,  
Y en tu auxilio volaron  
Los de Turia, y de Ibero,  
Y de Genil, y Betis,  
Y de Miño, y de Duero,  
Y los que baña la azulada Tetis,

Y los de Tajo, y los de la alta Sierra,  
Y á la venganza van, gritando: *¡Guerra!*

Y cual suele el Océano espumoso,  
Por cien contrarios vientos agitado,  
Alzar ferviente con horrible estruendo  
Montañas bramadoras, y furioso  
Combatir el escollo agigantado,  
Y hundirlo en el abismo; tal, ardiendo  
En enojo tremendo,  
Las huestes se lanzaron  
Sobre tus opresores:  
En sangre se inundaron  
Valles y cumbres: hórridos clamores  
Retumban por doquier; y armas y saña,  
Y exterminio y horror cubren á España.

¡Ay, cuánto afán, y hazañas, y fatigas  
Costaste á tu nación!..... Todo lo inunda  
De la devastación el gran torrente;  
Y como el segador abate espigas,  
El filo de la muerte furibunda  
Troncha esforzados..... ¡Ay, cuánto valiente  
A su impulso inclemente  
Cayó, cual en la sierra  
De Moncayo los pinos,  
Si el Noto le hace guerra,  
Y ciento á ciento arrastra en remolinos!  
Mas ¿qué importa morir? do mil perecen,  
Otros mil á vengarlos aparecen.

En castillos las chozas de pastores,  
Los cayados en lanzas se mudaron.  
Nadie evita la lid, ni hundido el muro,  
Se rinde ante los bronce tronadores;  
Las huestes rotas á luchar tornaron;  
Y no hay ceder. En el silencio obscuro  
El Orión y Arturo  
Ven combatir. La aurora  
Ve combatir. La lumbre  
Del sol desde que dora  
De Pirineo la fragosa cumbre,  
Hasta que hunde en el mar su carro ardiente,  
Ve combatir á la española gente.

De los que en el combate perecían  
Los manes, aun de sangre salpicados,  
Desde las rotas nubes alentaban  
A los que en él tenaces persistían,  
Y contra el fiero Marte denodados,  
Y contra el infortunio peleaban,  
Y constantes clamaban:  
*¡No haya tregua!* Y sañudos  
Y firmes no cedieron,  
Y los embates crudos  
De la áspera fortuna resistieron;  
Como suele en los montes de Castilla  
Al huracán la octava maravilla.

Confusión, heroísmo, sangre, duelo,  
Altísima constancia, valentía,

Infortunios, amor al rey Fernando,  
A un tiempo llenan el hispano suelo....  
.....¿Mas dónde, dónde vas, oh lira mía,  
Desastres y fatigas recordando,  
Si estamos ya gozando  
El premio delicioso,  
El suspirado fruto  
De tanto hecho famoso,  
De tanta privación, de tanto luto?  
Y roto ya, oh mi Rey, tu cautiverio,  
Eres el gozo de tu heroico imperio.

Sí; ¡oh placer! El canto de victoria  
Resuena en vez del bélico alarido  
En el orbe español. El dulce acento  
De los himnos de paz y eterna gloria  
Sucede al trueno y hórrido estampido:  
Triunfado ha la virtud. Suave contento  
El terrible lamento  
Tornóse, y ya Fernando,  
Con su familia augusta,  
Felice gobernando  
A los leales, que la rabia injusta  
Del dragón destruyeron, goza ahora  
La ternura de un pueblo que le adora.

Musas, Musas, él es. Miradle al frente  
De los gallardos, fieros escuadrones,  
El purísimo sol obscureciendo  
Con su regio esplendor. La refulgente

Espada empuña. ¡Qué!... ¿Tembláis, naciones?..  
Desechad el temor, que no el horrendo  
Mavorte en ira ardiendo  
La da á la diestra fuerte,  
Ni están de nuevo abiertas,  
Dando paso á la muerte,  
Del doble Jano las terribles puertas.  
Es pacífico alarde..... Mas no en vano  
Tembláis aún del alarde castellano.


Egregio Rey, el escuadrón guerrero,  
Que en pos de tí resplandeciente brilla,  
Fué el brazo de la muerte en tu defensa.  
¡Ah, cuántas veces desnudó el acero,  
Como saben los campos de Castilla,  
Y se arrojó á la lid!..... Horrible ofensa  
La multitud inmensa  
Sintió á su excelso brío.  
Los fuertes se turbaron,  
Llenos de espanto frío,  
Y su audaz altiveza doblegaron,  
Huyendo de esos nobles vencedores,  
Cual cierva de los canes ladradores.

En contra del poder y la fortuna  
El Tajo presenció su alta osadía,  
En los campos do Antígola azulea.  
Sin esperanza de vencer alguna,  
¡Cuál se lanzaron el aciago día,  
Sembrando horror y asombro, á la pelea!

Eterno el nombre sea  
De los nobles gloriosos.....  
La horrible muchedumbre  
Despreciaron sañosos;  
Y al trasmontar del sol la viva lumbre,  
Sonó el clarín, volaron atrevidos,  
Y deshechos quedaron, no vencidos.

¡Eterno lauro al escuadrón valiente!  
Yo entre sus héroes combatí alentado,  
Y altos ejemplos de virtud siguiendo  
Con mi sangre aumenté la suya ardiente  
Que aquel suelo regó..... ¡Cuánto esforzado,  
En lid tan horrorosa combatiendo,  
Arrebató el horrendo  
Cuchillo de la muerte!.....  
Firmes contrarrestando  
La embravecida suerte,  
Gritaban al caer: *¡Viva Fernando!*  
Y los que no doblaron las cervices,  
¡Cómo ostentan lustrosas cicatrices!

¡Oh sombras de los mártires primeros  
De la imortal Madrid: sagrados manes  
De los que en mil batallas desastrosas  
Víctimas fuisteis de los hados fieros!  
Venid: de vuestros ínclitos afanes  
Ved el ansiado fruto. En albas rosas  
Y palmas victoriosas  
Ceñid la excelsa frente,



Y vagando en el viento,  
Ved de la hispana gente  
El placer, y gozad en su contento,  
Acatando al gran Rey, por quien gloriosos  
Rendisteis los alientos generosos.

Alza la frente, humilde Manzanares,  
De juncias y verbenas coronada,  
Y mira á tu señor agosto, armado,  
Más gallardo que Marte. Mil cantares  
Las ninfas de tu margen fortunada,  
Broten ledas del labio delicado;  
Y del joven amado  
Entonen los loores,  
Conmoviendo su canto  
Los árboles y flores  
De tus orillas con sabroso encanto;  
Y tú, esforzando el divinal aliento,  
Entona un viva que ensordezca el viento.

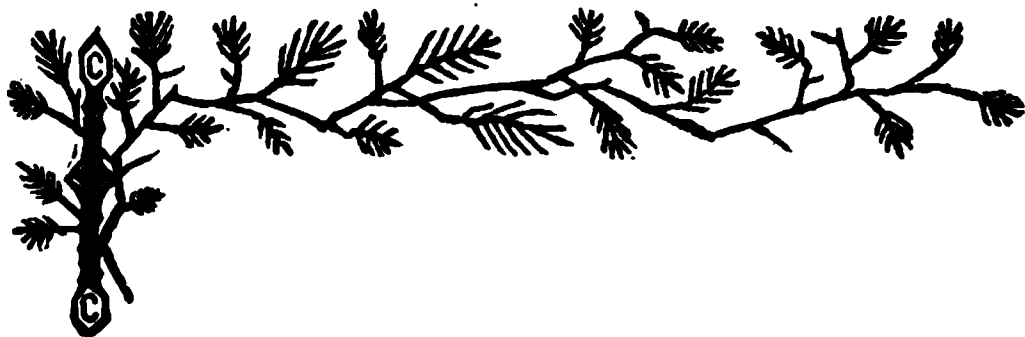
Corra tu voz por la anchurosa Hesperia,  
Y *¡viva el Rey!* repita el castellano;  
Y *¡viva!* el pueblo Astur. *¡Viva!* resuene  
En el fuerte Aragón, en Celtiberia,  
Y lo repita el leve valenciano,  
Y en la encantada Turdetania suene;  
La Península llene;  
El piélago profundo  
Pase, y *¡viva Fernando!*  
Repita el Nuevo Mundo,

El mar del Sur, los *vivas* escuchando.  
Y en cuanto alumbra el sol y el cielo abarca,  
*Viva* tu nombre, altísimo monarca.

1817.







## SONETO.

---

Tierno pesar, amargo abatimiento,  
Pintado está en tu rostro ¡oh Nise hermosa!  
Porque la cruda suerte rigurosa  
De ti aleja tu amor: ¡duro tormento!

Suspiros das al compasivo viento,  
Llanto á tu faz, envidia de la rosa,  
Late tu seno, tu alma no reposa:  
¡Feliz quien mereció tal sentimiento!

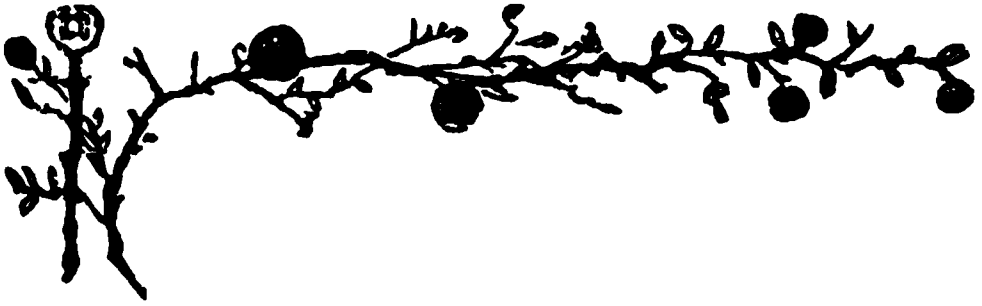
No más, ¡ah! que la pena ha de acabarte,  
¿Y quién podrá vivir si te perdemos?  
Que tu aflicción moderes ¡ay! te pido.....

¿Mas para qué me canso en consolarte,  
Si eres mujer, y pronto esos extremos  
Serán risa, desprecio, burla, olvido?

1817.







## LA BORRASCA, Á LAUSO.

---

¡Ay, cuál el turbio mar hierve espumoso,  
Y estas peñas altísimas quebranta,  
Y se entumece hinchado, y se levanta  
Compelido del ábrego silboso!  
¡Cuál su furor espanta!

Bramando viene el huracán sañudo,  
Y las cóncavas grutas espantosas  
Retumban á lo lejos temerosas  
Al hórrido fragor del trueno rudo,  
Y gimen congojosas.

La negra nube enluta el alto cielo;  
Y el súbito relámpago encendido,  
Y el rayo por los aires desprendido  
Llenan de asombro y de pavor el suelo,  
Pasmado y confundido.

¿Y sacas, pobre Lauso, tu barquilla?.....  
¿No ves del mar el sordo movimiento?

¿No oyes gemir el proceloso viento?  
Vuelve, mísero, vuélvete á la orilla :  
Muda, muda de intento.

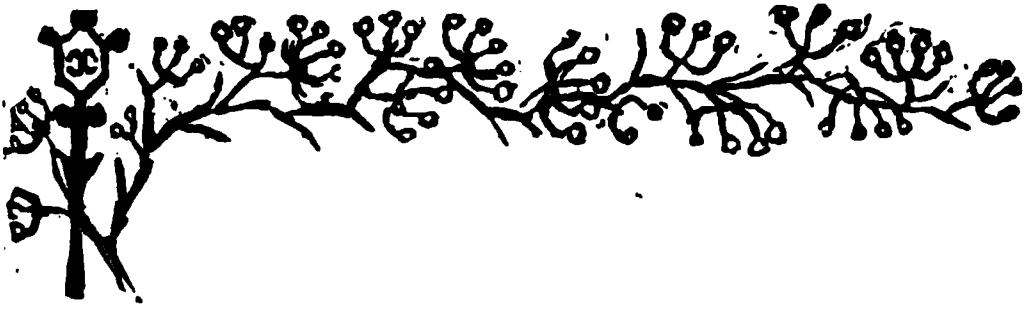
Vuelve, infelice, vuelve á la ribera.....  
¿Qué intentas ¡ay! sin esperanza alguna?  
Cuando á besar la planta de la luna  
Sube con ronco hervor la espuma fiera,  
¿Quieres tener fortuna?

Mira estas playas, mira estas arenas  
Cubiertas de vestigios de altas naves,  
De gruesos troncos, y de leños graves,  
De quebrantados mástiles y entenas,  
Y de robustas traves.

Guarte, mi Lauso, guarte, que las olas  
Destrozarán tu leño miserable.  
Advierte que su furia inexorable  
No respeta de regias banderolas  
El orgullo indomable.

1817.





## SONETO.

---

En este bosque por la vez primera,  
Turbado dije á Virta: Yo te adoro;  
Y ella bajó la frente, que orna el oro,  
Y gozoso rubor su faz tiñera.

Sentada en ese tronco, placentera,  
Siempre, me dijo, te amaré, Lidoro:  
De aquella fuente al lado, en dulce lloro  
De mí celosa acaso prorrumpiera.

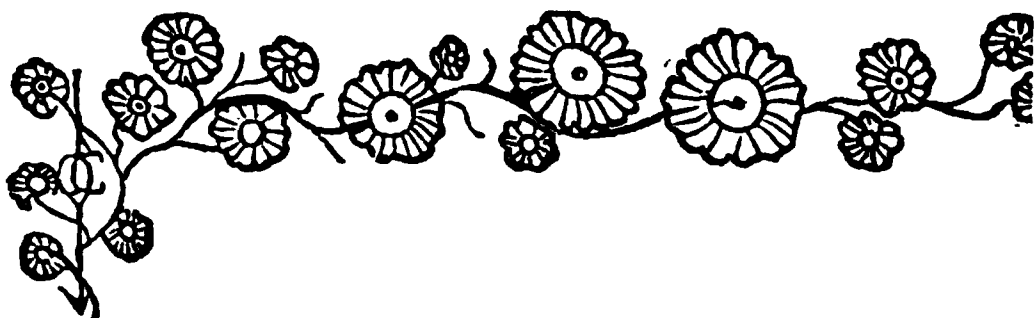
De aquel fresno á la sombra deliciosa  
En coloquios de amor la siesta ardiente  
Pasé con ella ufano y satisfecho.

Mas ¡qué recuerdos!..... ¡Ay! ¡Virta engañosa!  
Existen bosque y tronco y fresno y fuente;  
Y no mi amor en tu mudable pecho.

1817.







## EL TIEMPO.

---

¡Ay, cuán fugaz el tiempo presuroso,  
Las silenciosas alas extendiendo,  
Huye á nunca volver! El brazo duro  
Sacude airado, el hierro poderoso  
De su segur terrible revolviendo,  
Y á su impulso tremendo  
En polvo e resuelve el fuerte muro;  
Tronos, imperios y poder perecen,  
Astros desaparecen,  
Mares se tornan fértiles llanuras,  
Altos montes en piélago profundo,  
Y se trastorna cuanto encierra el mundo.  
¡Cuántas generaciones,  
Cual niebla leve, en nada se tornaron!  
Y en yermas soledades,  
Y en pantanos y selvas tenebrosas  
Magníficas ciudades,  
Ilustradas un tiempo y poderosas.

Perínclitas naciones  
Del misterioso Nilo habitadoras,

¡Miseras!..... ¡Cuán fugaces  
Vuestra grandeza y vuestra gloria fueron!  
Como suelen los bravos aquilones  
Las nubes arrastrar, así las horas  
Os llevaron en pos, y en hondo olvido  
Aun vuestros nombres sin piedad hundieron.  
En vano en vos nacieron  
Las fuentes del saber. Cual encendido  
Relámpago veloz desaparece  
Apenas en las nubes resplandece,  
Tal vuestra ilustración: así el sañudo  
Rigor del hado en sus eternas leyes  
Lo decretó. ¿Qué fué de vuestros reyes  
Sabios, y poderosos, y temidos,  
Que todo el orbe dominar quisieron?  
¡Ay! de la dura parca al hierro agudo  
Su vano orgullo y su altivez rindieron:  
De obscuridad sus nombres se cubrieron.

¿Do están, en donde la opulenta Tiro,  
Y la ilustrada y la gloriosa Atenas,  
Y la altiva Micenas,  
Llanto de Troya?..... ¿Dónde está de Epiro  
El colosal poder?..... Un día fueron, ,  
Mas ya hasta sus rüinas perecieron.

¡Ay! que mi atormentada fantasía  
Sobre las alas rápidas del viento  
Vuela á aquellas regiones do algún día  
Genio, y saber, y gloria colocaron



Su triunfador asiento,  
Y al mundo refulgentes deslumbraron:  
Donde la rica cuna  
De dulce libertad rodó primero,  
Mecida por el coro de virtudes,  
Y halagada también por la fortuna.  
¿Mas qué encuentra? ¡oh dolor! sombras y luto,  
Y al Eurotas hundido entre arenales,  
Que despechado al mar lleva el tributo:  
Al mar, que solitario ronco brama,  
Y entre desnudas rocas se derrama,  
Y de amargas espumas hoy blanquea  
Desiertas playas donde fué el Pireo;  
Y ni ve los laureles de Platea,  
Ni ve de Salamina el gran trofeo,  
Ni escucha los acentos divinales  
De entusiasmo y de ardor.... Silencio y muerte,  
Y esclavitud no más halla asustada,  
Que así le plugo á la terrible suerte.

Asilo un tiempo de los lares frigios,  
Después terror del quirinal imperio,  
Infelice Cartago:  
Diéronte cuna horrores y prodigios,  
Pusiste al ancho mar en cautiverio,  
Y de entrambas Hesperias fuiste estrago;  
Hora ni indicio vago  
De ti puede encontrar el peregrino,  
Y el ábrego ardoroso  
Arrebata en confuso remolino

Sedienta arena en tu desnudo suelo.  
¿Dónde hallaré tus poderosas naves?  
¿Do tus huestes, pavor del Aventino?  
¿Ni aun duran los hundidos arquitrabes  
Y tronchadas columnas, que las llamas  
Perdonaron tal vez, y referían  
Mudas su fin aciago y desastroso?  
Sepultólas el suelo que oprimían.

No ostentes, Roma ufana,  
Tus famosas rüinas,  
Triste esqueleto de gigantes glorias.  
Si cuidosa examinas  
Tanta reliquia vana  
De gimnasios y termas, arcos, templos,  
Verás son desengaños vividores,  
Verás que son ejemplos,  
Que el tiempo destructor ha perdonado  
Para ser escarmiento á los mortales.  
¿Mas dónde están ¡tristísimas memorias!  
Los cónsules, tribunos, dictadores,  
Y altos emperadores,  
Que cercados de triunfos y victorias  
Inciensos divinales alcanzaron,  
Y á sus pies la fortuna encadenaron?  
Sobre sus tumbas olvidadas crece  
El solitario cardo, entre las piedras  
Hendidas penden las bastardas yedras,  
Que con triste silbido el viento mece,  
Y en las horas nocturnas

El cárabo afligido,  
Que acaso anida en las volcadas urnas,  
Esparce por las sombras su alarido.

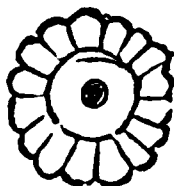
Así existen los restos suntuosos,  
Que ¡oh Roma! guardas y aun altiva ostentas:  
Así existen columnas y colosos.  
¿Pero por consolarte acaso cuentas  
Con que así durarán con gloria tuya?  
¡Ay! verás pronto su total rüina,  
Serán desmoronados  
Y en vil polvo tornados;  
Que de Saturno la cruel guadaña,  
Que todo lo confunde y extermina,  
Aun en vestigios sin piedad se ensaña.

Nada se tornarán..... ¿Dónde me lleva,  
Á dónde mi dolor?..... ¿Por qué mi mente  
En amargos recuerdos hoy se ceba,  
Sin advertir el mal que está presente?  
¿Qué importa que pasaran  
Tantos imperios, tan excelsas glorias,  
Que fueron y no son..... Nosotros mismos  
Yaceremos en fin: en soledades  
Se tornarán también estas ciudades  
Que hora son nuestro encanto:  
Se hundirán del no ser en los abismos,  
Ni quedarán memorias  
De que aquí descollaron. Los verjeles,  
Hora nuestra delicia,

Se tornarán malezas y pantanos,  
Ó ronco mar que, roto entre bajíos,  
Hierva y brame, y asombre á los navíos.  
Museos que Minerva ve propicia,  
Alcázares que habitan los tiranos,  
Templos y torres, puentes y murallas  
Caerán, caerán entre las fieras manos  
Del tiempo asolador. Cuanto ahora existe  
Todo perecerá, cual perecieron  
Altas naciones que en el mundo fueron:  
¿Quién el empuje de la edad resiste?

Como el raudo torrente  
Nace en la sierra y corre en la llanura,  
Y por más que se oponga á su corriente  
Ora un profundo valle,  
Ora de antiguo bosque la espesura,  
Ora una alta colina ó fuerte muro,  
Abre espumoso á su carrera calle  
Hasta llegar al mar ; de aquesta suerte  
Corre el orbe á los brazos de la muerte.

1818.





## ROMANCE.

---

Oculto entre la espesura  
De recios troncos sombríos,  
Que, aunque de musgo se adornan,  
De su vejez dan indicios;

Besando negras pizarras  
Con manso y blando rüido,  
Corre Bembézar humilde,  
Sin presunciones de río.

En su margen escondida,  
Mientras retozan lascivos  
Sobre la hierba y las flores  
Los cándidos corderillos,

De pechos en el cayado,  
Con semblante pensativo,  
Contempla aquellos lugares  
El infelice Lorindo.

Un año de aquella orilla  
Le tuvo ausente el destino,

Y hora vuelve donde encuentra  
En vez de amores desvíos.

Al fin, rompiendo el silencio  
En que yace sumergido,  
Prorrumpe de esta manera  
Con lágrimas y suspiros:

Riberas donde otro tiempo  
Tan venturoso me he visto,  
Bosques espesos y ocultos  
De mis delicias testigos,

Dulces aguas, que suspensas  
Visteis los amores míos,  
Aquí mis encantos fueron,  
Y hora es sólo mi martirio.

Ya desdeñosos me miran  
Aquellos ojos divinos,  
Que dan color á estas flores,  
Que dan á estas peñas brillo.

Y al rigor de su desprecio  
Vengo á morir ¡hado impío!  
En estos mismos lugares  
Donde gocé sus hechizos.

Aun en las blancas cortezas  
De estos álamos altivos

El de Virta con mi nombre  
Entrelazado diviso.

¿Por qué no los han borrado  
Las lluvias de Enero frío,  
Ya que en el pecho mudable  
Borró ausencia mi cariño?.....

Mas ¡ay! que los respetaron,  
Para que con mudo grito  
A Virta llamen ingrata,  
Y desdichado á Lorindo.

Reciba grato mi lloro  
Vuestro seno cristalino,  
Dulce raudal apacible,  
De mi amor trasunto vivo.

Aquí tenéis nombradía,  
Y entre juncias y carrizos,  
Tributo os dan mil arroyos,  
Gozáis el nombre de río;

Pero en dando cortos pasos,  
Con el Betis confundido,  
Bembézar, ya nadie os nombra,  
Porque así el hado lo quiso.

Tal sucedió á mis amores:  
Aquí inocente y tranquilo

Los gozaba, imaginando  
No verlos jamás marchitos:

De este suelo la desgracia  
Me apartó, y al punto mismo  
Pasaron cual vos, se hundieron  
En torpe y obscuro olvido.

1818.







## LETRILLA.

---

¿Te vas y me dejas,  
Traidor, fementido?  
¿No hiere tu oído  
Mi amargo gemir?

Escucha mis quejas,  
Detente, inhumano.....  
Mas ¡ay! que es en vano  
Tu fuga impedir.

El alma, la vida  
Me llevas contigo,  
Crüel enemigo,  
Perverso amador.

En penas sumida  
Me dejas y ríes,  
Y ufano te engríes  
Al ver mi dolor.

Lorindo engañoso,  
¿Es mármol tu pecho?  
¿De bronce está hecho  
Tu seno crüel?

¡Traidor! ¡alevoso!  
Delicias brindabas,  
Y horrendo ocultabas  
Ponzoñas y hiel.

Aléjate, ingrato,  
Desprecia mi acento,  
Que vaga en el viento  
Sin nada valer.

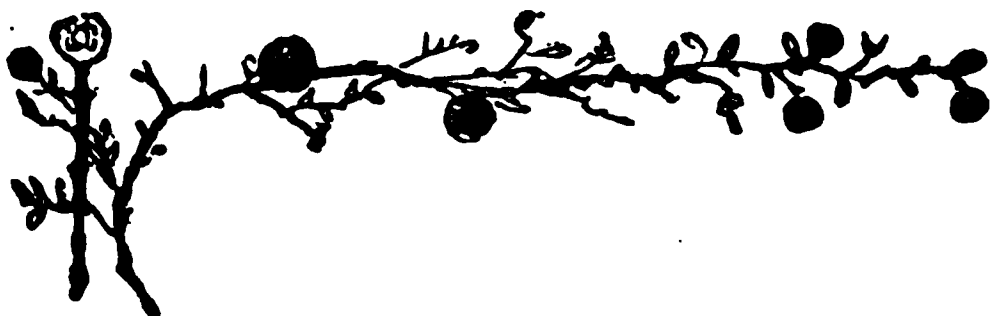
Tu pérfido trato  
De gozo te llene,  
Mi mal te enajene  
Con fiero placer.

No importa, algún día  
Será mi venganza,  
Que á todos alcanza  
La flecha de amor.

Rendido á una impía  
Veraste muriendo:  
Y entonces riendo  
Veré tu dolor.

1818.





Á OLIMPIA,  
DEDICÁNDOLE VARIAS COMPOSICIONES.

---

Oye afable, hermosa Olimpia,  
De mi lira los acentos,  
Y á tu ternura recuerden  
Que tu amor vive en mi pecho.

Estas son ¡ay! las canciones,  
Los afortunados versos,  
Que el Tajo y el Manzanares  
En sus jardines oyeron;

Cuando junto á ti dichoso  
En llama feliz ardiendo,  
Sólo anhelando agradarte  
Mi labio los daba al viento.

Si algo valen, dulce Olimpia,  
Es porque resuena en ellos

Tu nombre, y porque lograron  
Serte gratos aquel tiempo.

Benigna acógelos: oye  
Cual te están siempre diciendo  
Que tú sola eres mi encanto,  
Que en mí tu amor será eterno.

Y si el destino sañudo  
De ti me aparta violento,  
Robándome tus caricias,  
Dejándome llanto y duelo;

Ora los climas helados  
Alumbren tus ojos bellos,  
Ora á la zona abrasada  
Dé vida tu blando aliento;

Recuérdente mis afanes,  
Tu amor, mi delirio ciego,  
Mi constancia, tu ternura,  
Mi dicha y tus juramentos;

Y aquellos veloces días  
De encanto y delicias llenos,  
En que las floridas selvas  
Arder nuestras almas vieron,

Y escucharon silenciosas  
Cómo tu labio de fuego

Me ofreció constancia eterna,  
Triunfadora de los tiempos.

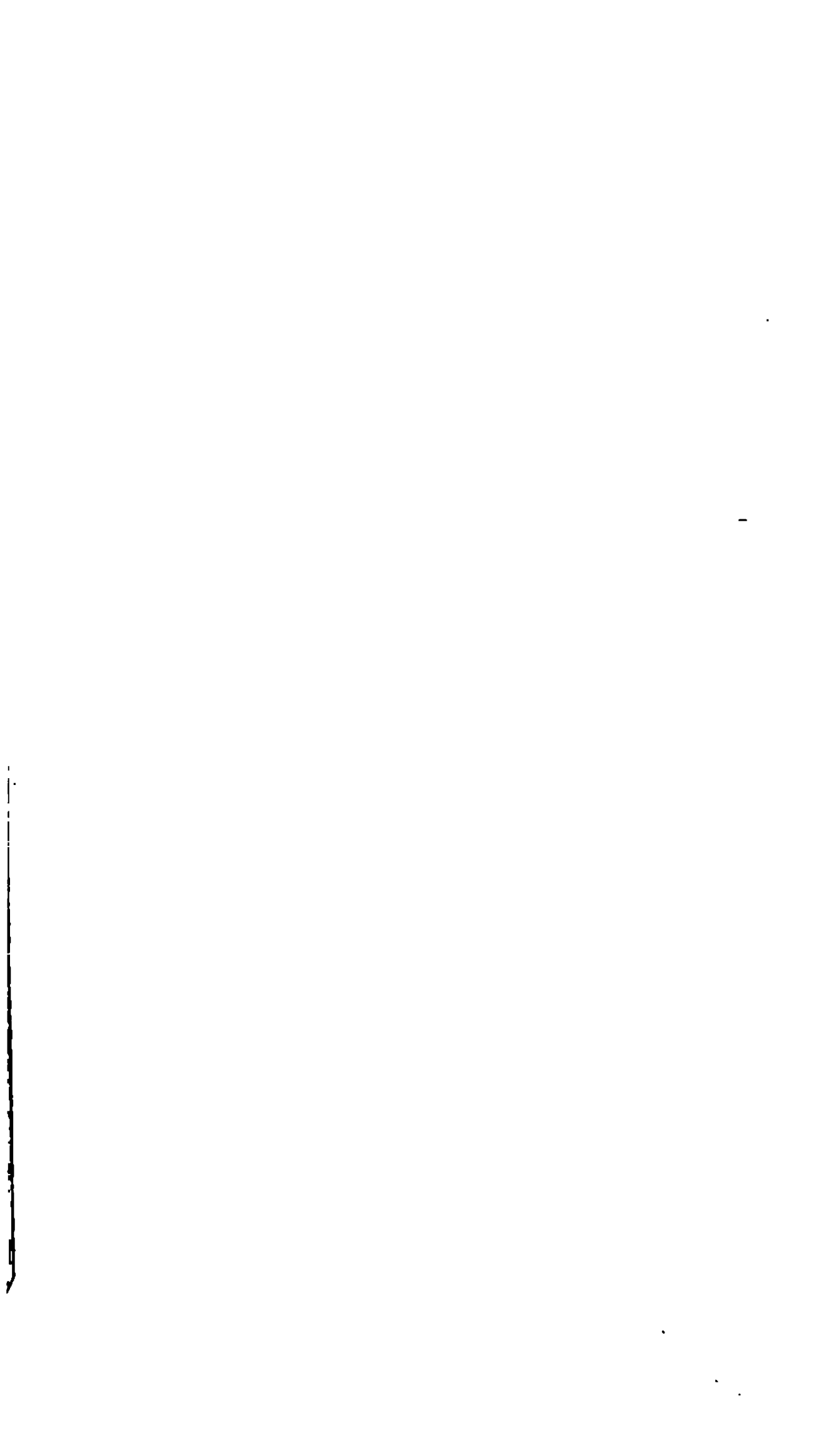
¡Ay! si tanto consiguieran,  
¡Ilusiones de consuelo!  
Que al despertar en tu mente,  
De nuestro amor los recuerdos,

Se humedecieran tus ojos  
Y palpitara tu seno,  
Y lanzaras un suspiro,  
De mi fe constante en premio.....

Entonces ¡ah! no trocara  
Estos mis humildes versos  
Por los laureles de Taso,  
Ni por las glorias de Homero.

1819.







## SONETO.

---

¡Ay, que de vuestro labio purpurino  
Aterrado escuché, temblante y mudo,  
Que iba á romperse para siempre el nudo  
Con que mis dichas enlazó el destino!

Antes hendiendo el aire cristalino  
Descienda tronador el rayo agudo,  
Sobre mi frente mísera, y sañudo  
Me confunda en humoso remolino.

¿Y qué, Olimpia crüel, has olvidado  
Mi amor, tus juramentos?..... ¡Fiera suerte!  
¿Y tú los romperás con brazo airado?.....

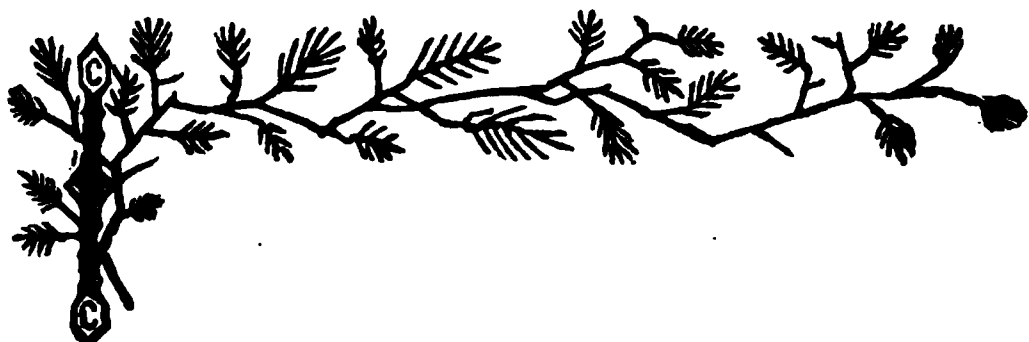
¿Por qué antes de mirarte y de quererte  
Al hondo sueño del sepulcro helado  
No me arrastró la compasiva muerte?

1819.









## Á OLIMPIA.

---

¡Ay, cuánto tiempo en inquietud sombría  
Mi pecho palpitó, desde que el fuego  
De tus divinos ojos y semblante  
Hirió con su esplendor el alma mía!  
Y yo, infeliz, y deslumbrado, y ciego,  
No alcanzaba á saber lo que sentía:  
Y de ti lejos, tímido y errante,  
Sin notarlo, en tu amor mísero ardía.  
Tal vez en las entrañas de la tierra  
Así se oculta y ceba, y arde, y crece  
La llama asoladora,  
Que al fin hendiendo la fragosa sierra,  
Ardiente y tronadora  
En volcán horroroso resplandece.

Buscando la quietud, al pecho mío  
Del escondido amor arrebatada,  
Del Betis olivoso  
Las márgenes amenas,  
De sacros bosques y verjeles llenas,

Pisé confuso y sin hallar reposo.  
Del apacible río  
Las transparentes ondas sosegadas,  
Sus frescas alamedas silenciosas,  
Del vagaroso céfiro agitadas  
Al rojo amanecer, las lindas flores  
Risueñas, olorosas,  
Que en ellas blandamente se mecían,  
Su fragancia ostentando y sus colores,  
Nada á mi mente, nada le decían:  
A mis ojos natura muerta estaba,  
Y en lágrimas mi rostro se inundaba.

Ora hacia las arenas  
De gloria y triunfos y escarmiento llenas,  
Que azota el mar undoso gaditano,  
Mis plantas me arrastraban nuevamente,  
Pensando hallar del alma  
La paz perdida, y la tranquila calma  
A vista del magnífico Oceano.  
El giro de los mares de Occidente  
En vano el pensamiento me ocupaba;  
En vano procuraba  
Exaltar mi agitada fantasía  
El espacio sublime de las ondas;  
Ya cuando hirviendo con salobre espuma,  
Al cierzo bramador se entumecía,  
Y alzando al cielo las arenas hondas,  
Los ásperos escollos combatía;  
Ya cuando adormecido

El cielo de zafir puro y sereno  
Reverberaba plácido en su seno;  
Más nunca mis pesares  
Conseguiste aquietar, Dios de los mares.

Tal vez rendido á mi afanar tornaba  
Del regio Manzanares á la orilla,  
Y necio imaginaba  
Que el fausto y pompa, en que orgullosa brilla  
La gran ciudad, señora  
De dos mundos, calmara con su encanto  
Mi mortífera pena roedora.  
Mas ¡ay! en los magníficos salones  
De oro y púrpura bárbara adornados,  
So las soberbias cimbrias y artesones  
De refulgentes tintas esmaltados,  
Y en plazas, y en liceos, y en jardines,  
El frío tedio y el pesar infando  
Mi corazón estaban devorando.

¿Y qué, dije, será que las estrellas  
Vieron con ceño el infelice día,  
Que empecé á respirar?..... ¿Será, oh destino,  
Que siempre el hombre en mísera agonía  
Arrastre su existir?..... Si esta es la suerte  
Que guardan los arcanos  
A la raza infeliz de los humanos,  
Ven sin tardanza, ven, ¡oh dulce muerte!  
Siega piadosa la garganta mía,  
Descanse al menos en la tumba fría.

Cuando tornas, Olimpia, á esta ribera,  
Bella como la luna refulgente,  
Que en apacible y grata primavera,  
Cándida ostenta la argentada frente,  
Y lánguida y luciente  
Desde su carro azul derrama brillo,  
Al través de las nubes plateadas,  
Del blando cefirillo  
Con vagarosas plumas agitadas.  
Te vi, y me estremecí; torné á mirarte,  
Y el denso velo que mi amor cubriera,  
Rasgóse de repente, y descubierto  
Miré mi corazón, y en él patente  
La oculta causa de mi angustia fiera.  
Y reventando el escondido fuego,  
Tronó como un volcán, tu amor buscando,  
Y tu amor, y tu amor sólo anhelando.

Yo entonces mudo, y pavoroso, y yerto,  
No sé lo que sentí.... Vuelvo, y turbado,  
De horrible duda y timidez cercado,  
Pero en alas de amor, á ti me allego,  
Y mi calma, y mi paz, y mi sosiego,  
Y mi dicha te pido,  
Abrasado en tu amor y confundido.  
Y ¡oh delicioso instante,  
De ventura y placeres el primero!  
Tu divino semblante  
Vi de rubor purpúreo enrojecido,  
Latir tu seno cándido y turgente,

Tu labio balbucir, tu altiva frente,  
Émula acaso del mayor lucero,  
Blandamente inclinarse, y un suspiro  
De tu boca de rosa  
Escuché, fuí feliz, y al punto huyeron  
Oculto tedio y pena silenciosa,  
Y tristeza y afán. Los que ya fueron  
Objetos mudos á mi triste mente,  
Me hablan al corazón. Fragantes flores,  
Verdes arbustos, árboles sombríos,  
Claros arroyos, cristalina fuente,  
Süaves amorosos ruseñores,  
Noche pura, serena, sosegada,  
Ronco hervoroso mar, sonoros ríos,  
Aurora de azucenas coronada,  
Eterno luminar padre del día,  
Amenas soledades,  
Opulentas magníficas ciudades,  
Ya herís mi fantasía,  
Y os contemplo y admiro,  
Que por doquier amor y amores miro.

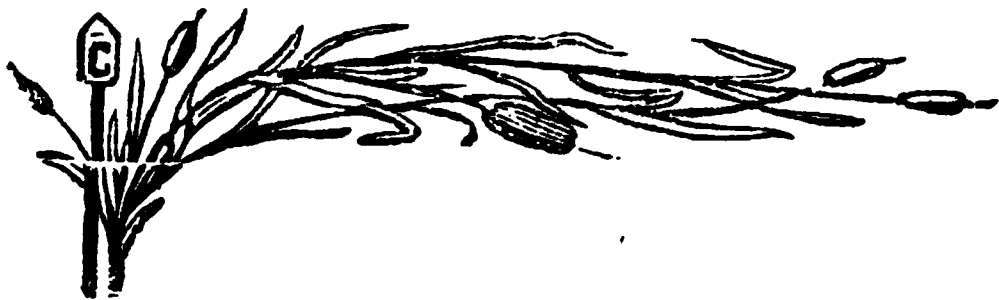
¡Oh, cuántas sensaciones deliciosas  
Alberga el corazón correspondido  
Del dulce bien que le eligió natura!  
¡Cuán feliz es el alma ardiente y pura,  
Que es de un sincero amor dichoso nido!  
¡Cuán venturoso yo!..... Mas ¿qué tremenda  
Imagen espantosa  
Me asalta el pensamiento?..... ¡Olimpia mía,

La vida es tan fugaz, tan presurosa!  
Jamás ansié la eternidad, y lento  
Juzgaba el vuelo de los años mudo.  
Mas ¡ah! desde que aliento  
El aura del placer y la alegría  
Siempre á tu dulce lado,  
Desde que tú me hiciste afortunado,  
¡Cuán rauda, cuán ligera  
Encuentro de las horas la carrera!  
Sí, miro con pavor que el tiempo crudo,  
Que todo lo sepulta inexorable  
En el no ser obscuro y espantable,  
Airado nos acecha  
Cual fiero cazador con dura flecha  
A las tiernas amantes tortolillas,  
Que en la florida rama  
Se acarician sencillas,  
Ardiendo en dulce y venturosa llama.

Las matizadas y risueñas flores  
Que en nuestro rededor brotan ahora,  
Desmayadas, marchitos sus colores,  
Al fin caerán. La planta voladora  
De la edad hollará nuestros amores,  
Y el hielo, y la aridez, y al fin la muerte.....  
¡Ay, llegará el momento de perderte!

1819.





## ELEGIA.

---

Noche terrible y tenebrosa, ¿dónde  
La pura luz que encanta el alma mía,  
De mis ojos tristísimos se esconde?

¿Do están ¡ay! mi consuelo y mi alegría?  
¿Do mi Olimpia crüel, que así me deja  
En hondo afán, en mísera agonía?

Cuando el carro del sol huye y se aleja  
A los desiertos mares espumosos,  
Acude grata á mi amorosa queja,

Y ya en sus altos cercos vagarosos  
Las pálidas estrellas resplandecen,  
Resaltan los luceros relumbrosos,

Y mis ojos con llanto se obscurecen,  
Porque no encuentran á su dueño amado,  
Y en triste sombra ¡ay míseros! perecen.

¿En dónde estás, mi bién? Desatentado  
Corro en tu busca con dudosa planta,  
Y torno, y no te encuentro, desdichado.

¿Quien te roba á mi amor con fuerza tanta,  
Que á arrancarme no vienes compasiva  
El áspero dogal de la garganta?

¿Tal vez, tal vez la saña vengativa  
De algún duro tirano te detiene,  
Y que consueles mi afanar te priva?

¿Tal vez me has olvidado, y te entretiene  
Alguno más dichoso?..... ¡Oh Dios!..... Perdona;  
Siempre el tierno amador recelos tiene.

Noche, noche terrible, tu corona  
De altas estrellas hunde en Oceano,  
Y contigo el horror que me aprisiona.

Y brille en el Oriente el soberano  
Resplandor de Titán, y su luz pura  
Rompa de mis sospechas el arcano:

Y vuelva yo á gozar de la hermosura  
De mi Olimpia adorada, y su terneza  
Compense mi aflicción y mi amargura.

Vuela ¡oh noche fatal! y con presteza  
Llévate mi tormento y mis temores,  
Y de mis crudos hados la aspereza.

Y á ti, sueño apacible, de tus flores  
Una guirnalda tejeré olorosa,  
Si templas mis cuidados roedores.



Ven ¡ay! ven á mi ruego. Presurosa  
Huirá la noche en viéndome en tus brazos,  
Y calmarás mi angustia congojosa.

Tú sabes dulce apresurar los plazos  
De penas y dolores: ven callado  
Y envuélveme amoroso entre tus lazos.

Mas ¡ay! que huyes también apresurado,  
Y te alejas de mí con raudo vuelo,  
De mis ásperas penas asustado.

Y la noche reacia enluta el cielo,  
Y retarda crüel su paso mudo,  
Como si se gozara en mi desvelo.

Volad, horas terribles..... ¡Oh sañado  
Furor del hado!..... Noche perezosa,  
Jamás cual hoy sentí tu rigor crudo.

Ya me asaltó tu sombra temerosa  
En medio de las ondas de Oceano,  
En tempestad horrísona y fragosa,

Y desprecié la furia del mar cano,  
Y el ronco son del desatado Noto,  
Y el negro aspecto del escollo insano.

Y vi tranquilo al tímido piloto  
Pálido alzar al alto firmamento  
Temblantes manos y ferviente voto.

También tendiste por el vago viento  
Tus negras alas y tu sombra triste  
Con silencioso y presto movimiento,

Y entre yertos cadáveres me viste  
Herido, y combatir la muerte fiera,  
Y pavor á mi pecho no impusiste.

Y pasé de tu plazo la carrera  
Entre confusa plebe amotinada  
Del aurífero Tajo en la ribera.

Y la pasé con planta fatigada,  
Solo, descaminado, perseguido,  
Huyendo del poder la fuerza airada:

Mas nunca ¡oh noche! tan tremenda has sido  
Para mi corazón; nunca tan lenta  
Para darme tormento has discurrido.

¡Ah! que ya al escuchar cuál se lamenta  
Mi espíritu abatido, se enternece  
Y recoge sus sombras y se ausenta.

Sí, ya el rosado Oriente se esclarece,  
Y la primera luz del nuevo día  
A mis cansados ojos resplandece.

Saca tu blanca faz, aurora fría,  
Y muéstrame do está mi Olimpia hermosa,  
Y consuela risueña el ansia mía.

Mas si la airada suerte rigurosa  
De su luz para siempre me ha privado,  
No ostentes, no, la tuya esplendorosa,  
Déjame en noche eterna sepultado.

1819.







## ROMANCE.

---

¿Ves, Olimpia encantadora,  
Cuán amorosas las yedras  
Enlazan los recios troncos,  
Que Tajo apacible riega?

Pues del tiempo el curso airado  
No rompe unión tan estrecha;  
Antes con vínculos nuevos  
Más la afirma y encadena.

En mis inocentes años,  
Cuando mis contentos eran  
Correr tras las mariposas  
Por esta risueña vega,

Deshojar las rosas lindas,  
Que esmaltaban sus florestas,  
Y hacer casitas y torres  
Con este barro y arena,

Ya vi estos troncos vestidos  
De las mismas fieles yedras,

Aunque tal vez más lozanas,  
No en unión menos estrecha.

¡Cuántos Mayos han pasado  
Desde aquel tiempo! Contempla  
Cuántos sucesos diversos,  
Cuáles trastornos y guerras.

Fuentes que vi engalanadas,  
De claros raudales llenas,  
Míralas rotas y hundidas,  
Y abandonadas y secas.

Los edificios soberbios  
Que honraban estas riberas,  
Yacen en tristes ruínas,  
Que de espanto el pecho llenan;

¡Y qué de altivos colosos  
Que tocaban las estrellas,  
Fugaces desaparecieron  
Como la delgada niebla!

¡El curso de pocos años  
Cuál ha mudado esta tierra!  
Joven soy, mas yo la he visto,  
De lo que hoy es bien diversa.

¿Y sólo el amor subsiste  
Que enlazó estas alamedas

Con los venturosos nudos,  
Que tan firmes se conservan?.....

Lo que eterno parecía,  
Deshízose con presteza,  
Y sólo duran los troncos  
Abrazados de las yedras.

Y si alguno se ha secado,  
No le abandonaron ellas;  
Y si hay alguna marchita,  
Ellos firmes la sustentan:

Como diciendo á la muerte  
No tememos tu crudeza,  
Que mientras el uno exista,  
Los lazos seguros quedan.

¡Ay! ejemplo de los nuestros,  
Oh mi Olimpia, siempre sean:  
Y así unidas nuestras almas  
Vivan edades eternas.

*Aranuez, 1819.*









## SONETO.

---

Olimpia bella cual la franca Aurora,  
Gentil más que la cándida azucena  
Que de fragancia y granos de oro llena,  
En el verjel descuella triunfadora:

Ten compasión de quien rendido adora  
Tu imagen celestial, y la cadena  
Que en mi cuello infeliz áspera suena,  
Torna en guirnaldas que me envidie Flora.

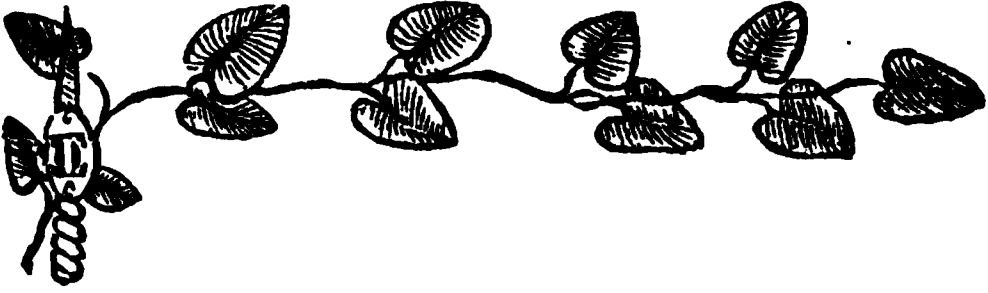
Sí, Olimpia, sí: tu plácida hermosura  
No puede en sí abrigar alma de acero,  
Muévate mi pasión sublime y pura.

Premie tu amor mi amor firme y sincero;  
¡Ay! si te muestras á mi llanto dura,  
Verás, crüel, como á tus plantas muero.

1819.







## ROMANCE.

---

¿Qué importa, adorada Olimpia,  
Que la suerte nos arranque  
De las riberas del Tajo,  
Y nos lleve á Manzanares?

¿Qué importa mudar de sitio,  
En tanto que no se aparten  
Nuestros tiernos corazones,  
Nuestras firmes voluntades?

No las flores matizadas  
Que en estas orillas nacen,  
Dando contento á los ojos,  
Dando fragancia á los aires;

No las frescas alamedas  
Que se elevan arrogantes,  
Pobladas sus verdes cimas  
De canoras dulces aves;

No de Tajo delicioso  
Los apacibles raudales,

No los pintados verjeles  
Que adornan su rica margen,

Causan el dulce contento,  
Forman el gozo envidiable,  
Que se anida en nuestras almas  
Sencillas, tiernas y amantes.

Doquiera, adorada Olimpia,  
Que el destino nos arrastre,  
Allí seremos dichosos,  
Mientras amor nos enlace.

Goce yo la pura lumbre  
De tus ojos divinales,  
Goce ver tu hermoso seno  
Siempre por mí palpitante;

Oiga tus ardientes labios  
Decirme amores sũaves,  
Suspirar celosas quejas,  
Constancia eterna jurarme;

Y más que el hado enemigo  
Furioso nos arrebate  
Á las arenas de Libia,  
O á las nieves de los Andes.

1819.





## Á OLIMPIA.

---

Dulce señora mía,  
Más lozana y gentil, y más hermosa,  
Que al despuntar el día,  
Se muestra por Abril purpúrea rosa:  
¡Cuán venturoso vivo  
Desde que soy de tu beldad cautivo!

¡Felice cautiverio  
Más que la libertad! De él no saliera  
Si el soberano imperio  
Del anchuroso mundo me valiera,  
Que es triunfo glorioso  
Esclavo ser de dueño tan hermoso.

El soberbio tirano,  
A quien se humilla el apartado Oriente,  
Y perlas el mar cano  
Tributa, y Tibar oro refulgente,  
Su alta soberanía  
Gozoso por mi suerte trocaría.

Porque ¿quién ¡oh señora!  
Puede anhelar más gloria, que humillado  
Mirar la encantadora  
Beldad vuestra, rindiendo encadenado  
El alma y albedrío  
A vuestro delicioso señorío?

Y contemplar humilde  
La majestad y gracia del semblante,  
Y el fuego irresistible  
De los modestos ojos, y el crispante  
Y nítido cabello,  
Que orna la frente y el gallardo cuello,

Y ese pecho divino,  
Que vence en candidez al alba pura,  
Y el talle peregrino,  
Y el soberano todo y compostura,  
Y la mano de nieve,  
Y el brazo de alabastro, y el pie breve?

Y ¿qué dicha más alta  
Que escuchar embebido vuestro acento,  
Do esplendente resalta  
El noble y generoso entendimiento,  
Que os dió Naturaleza,  
La discreción uniendo á la belleza?

Si mil cuellos contara,  
Todos á vuestro yugo ¡oh mi señora!

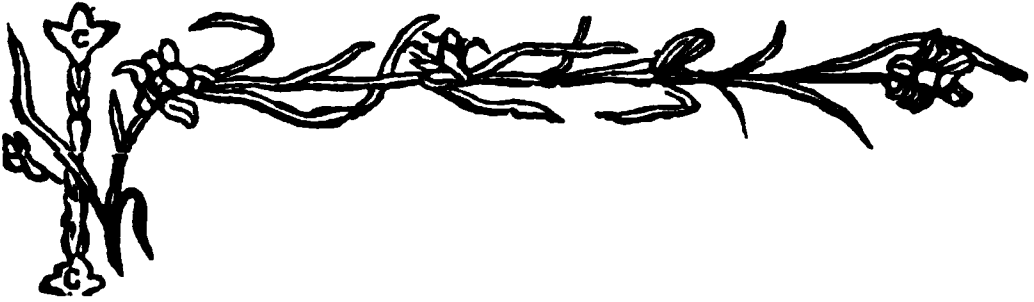
Ufano presentara;  
Pues desde á vuestra planta encantadora  
Me rendí por cautivo,  
Feliz, glorioso, y envidiado vivo.

1819.









## CANTILENA.

---

Mil veces venturoso  
Y mil, amada Olimpia,  
Quien goza tus encantos,  
Y para ti respira.  
Suspirar á tu lado,  
Mirar tu faz divina,  
Ver palpar tu seno  
Que es de Dione envidia,  
Sentir el dulce rayo  
Con que tus ojos brillan,  
Enardecer tu pecho,  
Llenar tu fantasía,  
Escuchar de tu boca  
Palabras expresivas,  
Merecer tus cuidados,  
Disfrutar tus caricias,  
Fuera ¡ay! el bien supremo,  
Y el colmo de mi dicha.

1819.







## SONETO.

—

Jamás marchite tu beldad lozana  
El tiempo volador, Olimpia mía:  
Tus ojos siempre al luminar del día  
Ofusquen, y tu frente á la mañana.

Brille eterna en tu faz la nieve y grana,  
Y placeres revuelen á porfía,  
Trisquen las gracias, y el amor sonría  
En torno á tu belleza soberana.

Y el claro sol en el risueño Oriente,  
Mil y mil veces de esplendor vestido,  
Tu fiesta anuncie grato y refulgente:

Mas venga ¡ay! á mirar correspondido  
Por ti, mi tierno amor puro y ardiente,  
De los tiempos triunfando y del olvido.

1819.







# ADELFA.

---

## ÈGLOGA.

(Imitación de Pedro de Espinosa.)

POETA.—LAURISO.—MIRTILO.

POETA.

Si el ronco acento de la lira mía  
Consiguió venturoso interesarte,  
Olimpia bella, como el claro día,  
Tu amor cantando y el furor de Marte;  
Estos humildes versos que Talía  
Me dictó acaso logren agradarte:  
Escucha al son de la campestre avena  
De mis zagales la canción serena.

Una cansada y perezosa siesta,  
Cuando el ardor del encendido Febo  
Las fuentes disminuye, el campo tuesta,  
Y no consiente á los ganados cebo,  
Á buscar el ambiente en la floresta,

Lauriso, gallardísimo mancebo,  
Orillas de un arroyo sosegado  
Encaminó su retozón ganado.

Tal vez allí gozando la frescura  
El gracioso Mirtilo se encontrara.  
Ambos jóvenes eran, y en dulzura  
Para el canto, ni Pan les igualara.  
Al pie de un olmo, cuya verde altura  
Les daba grata sombra, y de la clara  
Corriente al resonar, así cantaron,  
Y las Ninfas del bosque lo escucharon.

#### LAURISO.

No sólo allá en las cortes y ciudades  
Ejerce el crudo amor sus tiranías,  
Ni el insano rigor de sus crueldades  
Ostenta en las florestas y alquerías;  
En los pechos también de las deidades,  
Y entre las ondas de las aguas frías,  
Del duro amor el insaciable fuego  
Enciende con su flecha el niño ciego.

Por verde prado y suelo delicioso,  
Que Flora esmalta con matiz divino,  
Para unirse á Neptuno proceloso  
El ancho Betis tuerce su camino.  
Y á registrar su estado poderoso

Sacó la faz del seno cristalino  
Una tarde tal vez, y acaso viera  
Á la zagala Adelfa en su ribera.

Sus ojos al momento el Numen ama,  
Que le abrasaron con su dulce fuego,  
Y ardiendo del amor en viva llama  
Perdió la regia calma y el sosiego.  
Su tierno pecho con la ausencia inflama,  
Y á fuer de amante con humilde ruego  
Sale á la orilla, y entre blandas flores  
Así rendido explica sus amores.

## MIRTILO.

Vuelve ¡oh mi sol! alegre esta ribera  
Con pura luz de tus hermosos ojos.  
Torna, zagala, tu crueldad no quiera  
Con desdenes causarme más enojos.  
Ven á gozar tranquila y placentera,  
Á tus plantas rendida por despojos,  
De mi riqueza la abundante fuente,  
Que para ti la guardo solamente.

No nacen en mi orilla carrizales,  
Ni frágiles helechos, ni espadaña;  
Mosqueteros y mirtos y rosales  
Son los que mi corriente copia y baña;  
Sauces, olmos, laureles eternos

Pueblan en vez de la flexible caña  
Mi alegre margen, que en mi regio asiento  
Jamás groseros vástagos consiento.

Jacintos y claveles carmesíes,  
Rojos carmines, blancas azucenas,  
Morados lirios, jaldes alelíes,  
Fronchosas parras, frígidas verbenas,  
Y maravillas, gualdas y turquíes  
Esmaltan mis dos márgenes amenas,  
Que desde el punto que tu ausencia vieron  
Mustias quedaron, su esplendor perdieron.

Por lo mejor de Hesperia se derrama  
Mi corriente feliz, en todo el mundo  
Mi poder suena y mi esplendente fama,  
Igual á la del piélago profundo.  
En cuanto ve del sol la eterna llama  
Respétase mi nombre sin segundo:  
Y humildes el Ocaso y el Oriente  
Me dan tributo de metal luciente.

Al mismo mar no cedo en poderío,  
Que si enojado con mi corva orilla  
Salgo, cual suelo por Diciembre frío,  
El monte enhiesto á mi furor se humilla.  
Á mi rugiente y espumoso brío  
Tiembra asustada la imperial Sevilla,  
Y el pino, que es honor de la montaña,  
Vuelco en mi espuma como frágil caña.



En medio de mi frígida corriente  
De fábrica divina es mi palacio:  
Son las columnas plata refulgente,  
Son las cornisas nácar y topacio.  
Y la soberbia bóveda eminente  
Que cierra en torno el atrevido espacio,  
Follajes de carámbano, guirnaldas  
Donde brillan turquesas y esmeraldas.

Mis arenas copiosas, de abalorio  
Y de cándidas perlas y corales:  
De los dioses asisto al consistorio,  
Que no son más que yo, son mis iguales.  
No es mi poder, cual juzgas, transitorio,  
Que en las altas esferas celestiales,  
Donde Júpiter mora sobre el viento,  
También como inmortal tengo mi asiento.

¿Más qué es esto sin ti, linda pastora?  
¿Qué es esto sin gozar de tus caricias?  
Todo por ti lo abandonara ahora,  
Que en tu amor solo cifro mis delicias.  
Zagala, ven: atiende al que te adora,  
¿Por qué mi amor, ingrata, desperdicias?.....  
¡Ay, cuántas ninfas por lograrlo hicieran  
Mi gusto, y por felices se tuvieran!


Aglaura, la graciosa Deyopea  
El dulce amor que te consagro envidian,  
Y unidas con la blanca Galatea

Para ablandarme de consuno lidian:  
Mas como amarte mi destino sea,  
Sus importunaciones me fastidian:  
Harto lo advierten, llóranlo, y cansadas  
Se esconden en mis selvas apartadas.

Ven, responde á mi amor.... ¿Amas las flores?  
Mi margen, con tu luz esclarecida  
Te las dará tan lindas en colores  
Como tu gusto ó tu capricho pida,  
El aura inundarán con sus olores,  
Y si de ellas tu frente veo ceñida,  
Despreciaré las que desparce Flora,  
Las que en el seno brillan de la aurora.

¿Te divierte el cazar? Un bosque umbróso  
Consagraré á tu nombre, donde halles  
El ágil ciervo, el jabalí espumoso,  
Mejor que de las sierras en los valles:  
Do jamás entre el sátiro amoroso,  
Y de altos olmos en torcidas calles  
Las tórtolas amantes aprisiones,  
Ó al descanso tranquila te abandones.

¿Quieres mando y poder? Tuyo es el mío.  
¿Quieres nombre inmortal, eterna fama?  
Los dulces cisnes que en mi curso frío  
El fuego excelso de Helicón inflama,  
De su canto sublime al poderío  
Tu nombre harán eterno, y esta llama



En que ardo yo por ti..... ¿Mas no respondes,  
Y á mi cariño y á mi afán te escondes?.....

Ten lástima, crüel, de un desdichado  
Á quien arrebataste su sosiego,  
Ven á ser la señora de mi estado,  
Ven á gozar de mi cariño el fuego:  
Si mi excelso poder no te ha obligado,  
Muévate el escuchar mi humilde ruego:  
Cáusete compasión mi tierno llanto,  
Oye al menos las quejas de mi canto.

## LAURISO.

Así cantaba el dios, su amarga pena  
Comunicaba al apacible viento,  
Los altos olmos de la orilla amena  
Mostrábanse movidos del lamento:  
El aura leve de fragancia llena  
No causaba en las hojas movimiento,  
Y los azules peces se paraban  
Y los dulces amores escuchaban.

Una tarde tal vez, que de amaranto  
Los celajes levísimos tiñera  
Febo desde Occidente, el dulce llanto  
Betis y el blando ruego repitiera:  
Cuando el hermoso objeto de su canto

Dejóse ver en la feraz ribera,  
Rozagante, llenándose la falda  
De flores, para hacer una guirnalda.

En la ya mustia y marchitada orilla,  
Al ver la linda faz de Adelfa hermosa,  
Con nueva y pura luz el aura brilla,  
Se engalana la selva silenciosa,  
Brotan el suelo á su planta manzanilla,  
Y la azucena y la purpúrea rosa  
Tornan á demostrar su nieve y grana,  
Cual si vieran la luz de la mañana.

El manso aliento de Favonio blando  
Tornó halagüeño á conmover las flores,  
Y las graciosas alas agitando  
Esparció los balsámicos olores.  
El amoroso ruiñón, juzgando  
Que tornaban de nuevo los albores  
Que dan principio al esplendente día,  
Sus trinos deliciosos repetía.

Mírala Betis, torna al llanto luego,  
Y la inocente Adelfa se sonroja,  
Y el dios ardiendo en insaciable fuego,  
Tanta esquivez y ceño le acongoja:  
Y al ver que nada alcanza con el ruego,  
Y que la ingrata con su amor se enoja,  
Grabó la planta en la mojada arena,  
Hollando el amaranto y la verbena.

«Por fuerza, dice, me querrás, pastora,  
Que yo sabré domar tu ceño esquivo.»  
Y tras ella con planta voladora  
Corre veloz, en ademán altivo.  
Adelfa, al verlo cerca, triste llora,  
Y apresura su curso fugitivo  
Tímida, sin aliento, presurosa,  
Cual huye del lebrel cierva medrosa.

Y viendo que la alcanza el dios, alzando  
Ambas manos al cielo: «Diana, dice,  
Que los montes y selvas fatigando  
Tu labio al torpe forzador maldice:  
Recuerda que me ves entre tu bando,  
Sé escudo impenetrable á esta infelice.»  
La diosa oyó su ruego, socorrióla,  
Y en la flor de su nombre convirtiÓla.

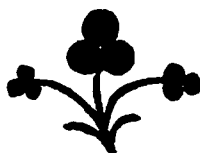
En esa flor hermosa que conserva  
Triste la faz, la condición esquiva;  
Bella á los ojos y apacible hierba,  
Mas lleno el tallo de ponzoña activa;  
Graciosa de color, de gusto acerba,  
Del sol resiste la calor estiva;  
No la paca el ganado, ni las aves  
Desde ella entonan cánticos süaves.

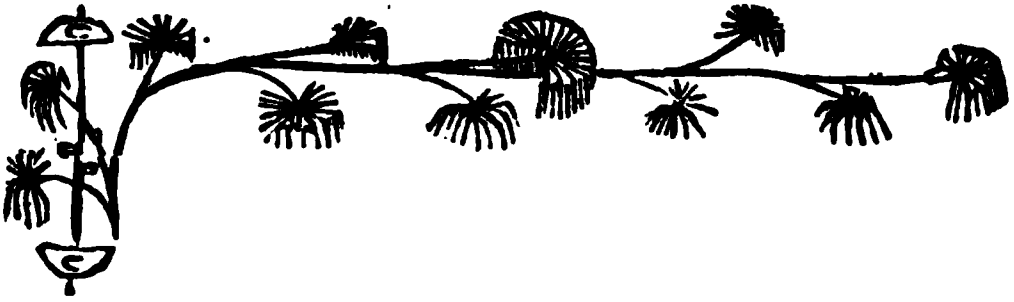
POETA.

Esta fué, bella Olimpia idolatrada,

La canción que entonaron los pastores,  
Mientras la vega estuvo marchitada  
Del sol con los radiantes resplandores;  
Y viendo que la siesta era pasada,  
Coronados de lauro, mirto y flores,  
Con amorosa muestra se abrazaron,  
Y aquel sombroso sitio abandonaron.

1819.





## CANTILENA.

---

¿Ves, adorada Olimpia,  
Cuán fugaz y ligero  
Saturno inexorable  
Apresura su vuelo?

Á su aspecto sañudo  
Todo pasa cual sueño,  
Que nada se resiste  
Á su furor tremendo.

Ríndese el necio orgullo  
De los hombres soberbios,  
Ríndese el poderío,  
Ríndese el alto imperio.

Altivos edificios,  
Y pomposos trofeos,  
Saber, fortuna, gloria,  
Todo lo hunde violento.

Montañas en llanuras,  
Ciudades en desiertos

Á su impulso se tornan,  
Se cambian á su esfuerzo:

Mares en ricos prados,  
Prados en mar inmenso:  
Todo, todo á su curso  
Está, Olimpia, sujeto.

Todo lo está á su furia,  
Mas no lo está mi pecho,  
Ni el amor ardoroso  
En que por ti me quemo.

Deslízanse las horas,  
Los días van huyendo,  
Corren con paso mudo  
Los deleznables tiempos.

Y yo firme te adoro,  
Y en más voraz incendio,  
Cada instante abrasarse  
Mi corazón advierto.

Tal vez el tuyo ingrato  
Convertiráse en hielo,  
Te cansará mi lloro,  
Verásme con desprecio.

Odiarás mi memoria,  
Serás ¡ay! de otro dueño:



Y yo, triste y constante,  
Me abrasaré en tu fuego.

A climas apartados  
Me arrastrará violento  
El destino terrible,  
Ó acaso mi despecho:

Y ausente de tus ojos,  
Y de tu encanto lejos,  
Te amaré desdichado,  
Por ti arderá mi pecho.

La vejez enojosa  
Vendrá con paso lento,  
Marchitando las flores  
Que ahora son tu recreo:

Las ilusiones dulces,  
Los goces placenteros,  
De su rugosa frente  
Huirán, y de su ceño.

Blancos, cual nieve pura,  
Tornará mis cabellos,  
Y por ti, Olimpia mía,  
Se abrasará mi pecho.

La muerte inexorable  
Con su brazo de hierro

Segará mi garganta,  
Me hundirá en largo sueño:

Y el alma separada  
De mi infelice cuerpo,  
Te adorará por siempre  
Con un amor eterno.

Y en la callada noche,  
Cuando reina el sosiego,  
De la argentada luna  
Al pálido reflejo,

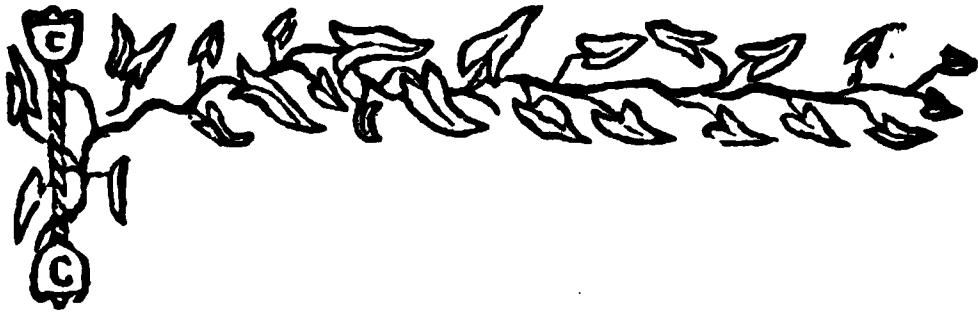
Vendrá, ya leve sombra,  
En las alas del viento,  
De Tajo venturoso  
A los bosques amenos:

Y con hondo alarido,  
Perturbando el silencio  
De las tranquilas horas  
De reposo y de miedo,

Olimpia, Olimpia amada,  
Dirá, y oirálo el eco,  
En torno el aura dulce  
Olimpia repitiendo.

1819.





## SONETO.

---

Por más que el Noto silbador pelea  
Con el añoso roble, que eminente  
Alza en la selva la pomposa frente,  
Vana es la fuerza que en troncharlo emplea.

Por más que el mar horrísono blanquea  
Contrastando la roca permanente,  
Su inmoble resistir firme y valiente  
Muestra cuán vano el combatirla sea.

Así al suspiro de mi ardiente boca  
Miro á mi Aspasia en roble convertida,  
Y á mi llorar en inmutable roca.

Y antes acabará mi triste vida  
La desesperación que en mí provoca,  
Que logre verla á mi pasión rendida.

1819.



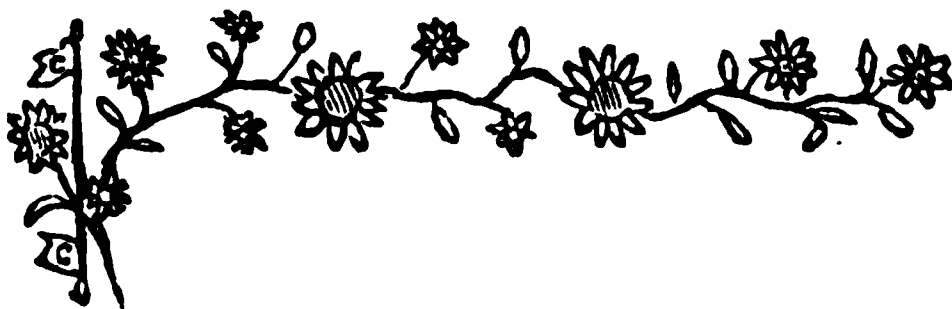


1

2

3

4



## LAMENTO NOCTURNO.

---

Noche serena y pura,  
Y vosotras ¡oh estrellas!  
Que brilláis en el el cielo vagaroso,  
Desde la inmensa altura  
Trémulas luces bellas  
Al suelo dando, y plácido reposo;  
Si el llanto congojoso  
De amantes desdichados  
Escucháis compasivas,  
Atended ¡ay! las vivas  
Penas que me devoran, y cuidados:  
Veréis ¡oh cruda suerte!  
Que amo y amado soy, y ánsio la muerte.

Y tú, luna argentada,  
Que blanca resplandeces,  
Húmeda, y silenciosa, y sola, y fría  
En tu rueda elevada,  
Y la nieve esclareces  
De las cercanas cumbres de Fonfría;  
Tú, que á la diosa mía  
Lánguida te asemejas,  
Y tú, que amada fuiste,

Y que también vertiste  
Llanto de amor en angustiadas quejas,  
Oye, que el manso viento  
Te llevará en sus alas mi lamento.

¡Ay, que en el pecho mío  
La más vehemente llama  
Arde, que ardió jamás en pecho humano:  
La que en su poderío  
Con más rigor inflama  
La ardiente flecha del amor tirano!  
Y el dueño soberano  
Por quien me abraso y muero,  
No esquivo y desdeñoso,  
Sino blando, amoroso,  
Cual yo, siente el ardor del niño fiero,  
Y ambos nos abrasamos,  
Y en un mar de desdichas naufragamos.

La horrenda tiranía  
De los hombres crüeles  
Frustra las miras del benigno cielo,  
Y en mísera agonía  
Pone dos almas fieles,  
Que en amarse cifraban su desvelo,  
Y en llanto y desconsuelo  
Las hunde airada y fiera,  
Y bárbara se aplace  
Al mirar cual deshace  
Los lazos que natura entretejiera,

Siempre contradiciendo  
Sus sabias miras con rigor tremendo.

¿Y puede algún contento  
Gozar el pecho mío?.....  
Juzgadlo vos, del cielo lumbres claras,  
Que escucháis mi lamento,  
En vuestro cerco frío,  
Compadecidas de mis penas raras.  
Amor, si incienso y aras  
Te elevan los humanos,  
Y cual Dios los admities,  
¿Por qué, dime, permites  
Que manden en tu fuego los tiranos,  
Robándote caricias,  
Y tornando tormentos tus delicias?

Avecillas dichosas,  
Que en vuestro pobre nido  
Halláis á vuestro gusto compañía,  
Y tiernas, y amorosas,  
Sueño no interrumpido  
Gozáis tranquilas hasta el nuevo día,  
Sin que la fuerza impía  
Á entregar os obligue,  
Con bárbaros rigores,  
Vuestros dulces amores,  
Á quien os tiraniza y os persigue:  
Vosotras, de mi pena  
Juzgad, y del dolor que me enajena.

¡Oh yedras fortunadas!  
En el bosque sombroso  
Libres nacéis, y libres os es dado  
Buscar enamoradas  
El árbol generoso  
Que ha de verse con vos engalanado:  
Y el tronco bienhadado  
Abrazáis cariñosas,  
Sin que el poder sañudo  
Os obligue á otro nudo,  
Y así crecéis lozanas y pomposas,  
Siendo en las soledades  
Ejemplo del amor largas edades.

Mas ¡ah! que ya el Oriente  
La soñolienta aurora  
Esmalta con sus puros rayos de oro,  
Y de púrpura ardiente  
Los celajes colora,  
Y aun inunda mi faz amargo lloro.  
Ya huye el alto coro  
De lustrosas estrellas,  
Que oyeron mí agonía;  
Pero aunque venga el día,  
¿Pueden cesar mis ásperas querellas?  
¡Ay! jamás mi quebranto  
Puede aliviarse, ni cesar mi llanto.

1819,







## ROMANCE CORTO.

---

Apacible río,  
Venturoso Tajo,  
Que por la ancha vega  
Te deslizas manso,  
Detén tu corriente,  
Retarda tu paso,  
Y de estos jardines  
Goza los halagos.  
Mira que en Toledo  
Te están aguardando,  
Armados de furia  
Desnudos peñascos,  
Que romper desean  
Tus cristales claros.  
¿Á qué te apresuras  
Por ir á encontrarlos?.....  
Detente, detente;  
¿No ves cuan lozanos  
Los olmos pomposos,

Los tilos y lauros  
Sus hojas te ofrecen,  
Te tienden sus ramos,  
De sombra te cubren,  
Te brindan descanso?  
Si tantas caricias  
No bastan acaso  
Á parar tus aguas,  
Venturoso Tajo,  
Saca el pecho fuera,  
Y el cabello cano  
De musgo y corales  
Y flores ornado:  
Verás la belleza  
Del bien que idolatro;  
Verás á mi Olimpia  
Gallarda triscando  
Por estos verjeles,  
Florestas y prados.  
Y al ver de sus ojos  
Los ardientes rayos,  
Que vencen la lumbre  
Del rey de los astros,  
Su boca risueña,  
Su pecho nevado,  
Su cándido cuello,  
Su talle gallardo,  
Detendrás gozoso  
Tus raudales mansos,  
Y el rico tributo

Que das á Oceano,  
Por verla, admirarla,  
Gozar sus encantos,  
Rendirle tus dones,  
Llamarte su esclavo.

1819.







## ROMANCE.

---

¿Por qué pretendes, ingrata,  
Que se esparzan por el viento  
De mi labio las canciones,  
Y de mi lira los ecos?

¿Cómo ha de cantar quien vive  
Condenado á llanto eterno?  
Canten los que son dichosos,  
Lloren los que no en silencio.

¿Son por ventura los días,  
Son los felices momentos,  
En que embebida escuchabas  
Mis amores y mis versos?.....

¿Son las horas fortunadas,  
En que en dulce llama ardiendo,  
Por mí lloraron tus ojos,  
Por mí palpitó tu seno?

¿Son los instantes de gloria,  
En que todo el universo,

Envidiando mis fortunas,  
Las contemplaba con ceño?.....

¿Son por dicha?..... ¡ Oh Dios!..... Perdona:  
No sé si son, ó si fueron,  
Tu corazón te lo diga,  
Pregúntaselo á tu pecho.

Si no son..... ¡horrible idea!  
Antes, retumbando el trueno,  
Lance sobre mí cuitado  
La llama voraz del cielo.

Si no son, mira y contempla  
El mar de horrores inmenso  
En que sumerges mi vida,  
De mis amores en premio.

Mira do están tus promesas,  
Do tus amantes extremos,  
Do tus lágrimas falaces,  
Que tan felice me hicieron.

Y gózate en mis desdichas,  
Si se cifra tu contento  
En atormentar las almas,  
Y en envenenar los pechos.

Y al escuchar en mi lira  
Las canciones, que otro tiempo

Canté, de ilusiones dulces,  
De eterna ventura lleno,

Recuerda con risa amarga  
Mi amor y delirio ciegos,  
Y cuán feroz has jugado  
Con mis firmes sentimientos.

1819.





.







## LAMENTACIÓN.

---

¡Ay! que en mi labio demudado y frío  
El delicioso canto  
Se torna sollozar, el crudo llanto  
Inunda el pecho mío,  
Y con trémula mano  
Del arpa de marfil recorro en vano  
Las dulces cuerdas de oro,  
Que mudas no responden,  
Y sus ecos esconden,  
Tal vez medrosas de mi acerbo lloro.  
¿Por qué, amable armonía,  
Tu bálsamo süave así me niegas?  
¡Oh! ven á consolar el alma mía.

¡Cuán tierna y grata en las frondosas vegas  
De Tajo delicioso  
Me prodigabas tu sonoro encanto;  
Cuando á la par de mi tirano hermoso  
Los verjeles y selvas recorría,  
Al despertar la rozagante aurora,  
Al vivo ardor del luminar del día,

Al extender su tachonado manto  
La noche sosegada,  
Y al blanco brillo de apacible luna!

¡Ay, áspera fortuna,  
Y cuán fugaces fueron  
Las horas de placer!..... Ellas volaron  
Con ala rapidísima, y huyeron,  
Y mi dicha y mi bien me arrebataron.  
¿Y ya no son los plácidos instantes  
De una ventura que eternal creía?.....  
¿Los momentos pasaron  
En que inundado de dulzor mi seno,  
Del labio ardiente de mi bien bebía  
Amor, delicias y fatal veneno?

¿No son?... ¿No tornarán?... ¡Horrible idea!...  
Antes la muerte su guadaña vibre  
Sobre mi cuello, y el amparo sea  
Que de tormento tan atroz me libre.  
No son, no tornarán; hartos lo afirman  
Tu aspereza y desdén ¡oh bella ingrata!  
Ya no palpita tu divino pecho  
Al escuchar mi voz, ya en dulce llama  
No arden tus bellos ojos al mirarme  
Temblando de congoja y de despecho.  
El tedio por tus venas se derrama,  
Y se pinta en tu ceño desdeñoso,  
Cuando escuchas mi acento lastimoso,  
Y te desdeñas ¡ay! de consolarme,

Y huyes de mi gemido,  
Cual de sierpe maléfica al silbido.

¡Qué afán!..... ¡Cielos! ¿Acaso  
Mi constante pasión, mi fe sincera  
Merecen premio tal?..... Inadvertido  
La vi, la amé, y el alma, el alma entera  
Le dí, y el corazón..... ¡Oh cuán dichoso  
Al ser suyo me hallé!..... ¡Cuando anhelante  
Su pecho palpitante  
Felicidad sin fin brindando al mío,  
Á sus blandas caricias  
Un mar desconocido de delicias  
Presentóse á mi ciego desvarío!.....  
En él ¡ay! me arrojé, y en él dichoso  
Vi arder sus ojos de esplendor vehemente,  
El amoroso afán orlar su frente,  
Y escuché de su labio purpurino:  
*¿Quién ama como yo? Jamás mi seno  
Sintió cual siente de ventura lleno:  
Tú eres el bien que me formó el destino.*  
Tales palabras mágicas brotaron  
De la boca de Olimpia, y en mi pecho  
Ciego delirio y perdición sembraron.

Ciego delirio y perdición. ¡Ay triste!.....  
Su ardor y sus palabras, ¿qué se han hecho?  
¿Qué se han hecho?..... ¿Lo dudo?..... Nunca:  
[existe,  
Y ellas viven también. Su labio hermoso

Jamás vertió el aroma ponzoñoso  
De vil simulación. Fiel me asegura  
Que premia mi pasión sublime y pura,  
Que me amará sin fin, y que algún día.....  
¡Oh ilusión que embriaga el alma mía!

Mas ¡ay! ¿Si ella me adora,  
Si mi felicidad sólo es su anhelo,  
¿Qué turba ¡oh Dios! su faz encantadora?  
¿Qué motiva su llanto y su desvelo?  
Tal vez le mueven mis amargas penas,  
Tal vez enjuga mi abundante lloro,  
Me prodiga caricias,  
Renueva mis delicias,  
Fe constante me jura,  
De su amor me asegura,  
Soy dichoso un instante,  
En guirnaldas se tornan mis cadenas,  
Y á su amor me abandono palpitante;  
Cuando de pronto miro  
Morir el fuego que en sus ojos brilla,  
Marchitarse la rosa en su mejilla,  
Velar su frente el tedio, y un suspiro  
En sus labios ¡ay! suena,  
Y por más que advertida la refrena,  
Alguna acerba lágrima aparece,  
Que sepulta mi dicha, y me estremece.

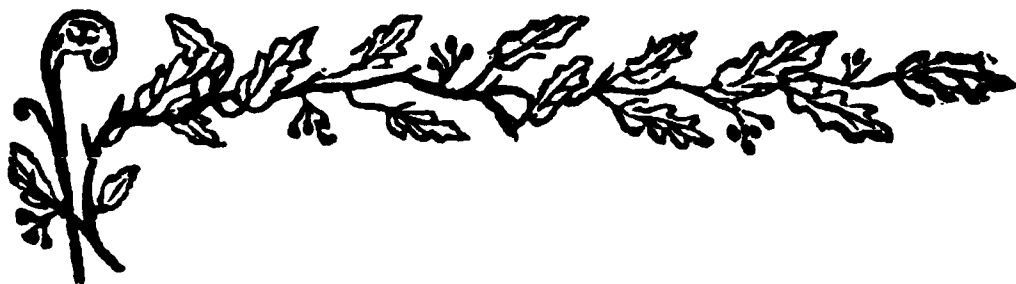
¡Ah, qué crüel tormento!.....  
Mas ¿adónde me arrastra mi delirio,

Que en bárbaro martirio  
Deslizarse las lentas horas siento?.....  
¡Ay!..... ¡Olimpia!..... Perdona mis querellas,  
Y no te ofenda mi pasión con ellas.

1819.







## Á OLIMPIA.

---

¡Ay! que mi pecho mísero te adora,  
Y ardo como jamás por ti perdido,  
Ingrata y hermosísima señora.

¿Y me abandonarás? ¿Y en hondo olvido  
Sepultarás mi dicha y los amores  
Que tanto tiempo tu delicia han sido?

Tente, tente, crüel, y no las flores  
Que con mano afanosa cultivaste  
Siegues hoy, despreciando sus colores.

No apagues ¡ay! la llama que cebaste  
Tú misma; sí, tú misma con tu fuego,  
Y que guardar eterna me juraste.

Muévate á compasión mi humilde ruego,  
Mi bárbaro penar, y el crudo llanto  
Con que tus manos y tus plantas riego.

Mira como la fuerza del quebranto  
Mi juventud agosta, y, lentamente  
Me arrastra hacia los reinos del espanto.

Mira sin lustre mi lozana frente,  
Mi faz de angustia y palidez cubierta,  
Y mi labio marchito y balbuciente.

Y en tan terrible turbación no acierta  
Más que á gemir mi acongojado pecho,  
Gemir que indignación en tí despierta.

¡Oh terrible mujer!..... ¿Y qué se han hecho  
Tus promesas, tus lágrimas traidoras?  
¿Qué fuerza nuestros lazos ha deshecho?

Pasaron ¡ay! fugaces, voladoras,  
De encanto, de placer y de alegrías  
Las fortunadas apacibles horas.

Huyeron ¡ay! los venturosos días  
En que anhelante, enardecida, loca,  
Constancia sin igual me prometías:

En que escuchando de tu ardiente boca  
Tanto amor, tan sagrado juramento,  
Te juzgaba más firme que la roca.

Y levantaba osado el pensamiento  
Á un delicioso porvenir, fundando  
Altas soberbias torres en el viento.

¿Mas para qué mi mente recordando  
Aquellas ilusiones engañosas,  
Está mis crudas penas agravando?



¿Por qué intento con quejas lastimosas  
Lograr, beldad crüel, que no desvíes  
De mí tu amor y gracias deliciosas?

¿Si desprecias mi acento y te sonríes  
¡Oh bárbara crueldad! al llanto mío,  
Y de tu triunfo con placer te engríes?

¡Tirano amor!..... ¡Ah ciego desvarío!.....  
¿Do apagaré este ardor que me devora?.....  
¿Dónde huiré, donde de tu ceño impío?

¿Iré tal vez con planta voladora  
A la Zembla polar al sol vedada,  
Do noche eterna entre las nieves mora?

¡Ay! que el rigor de aquella mar helada  
No templará mi fuego: en sus riberas  
Arderá mi pasión infortunada.

¿En frágil nave surcaré las fieras  
Aguas del ponto horrísono y rugiente,  
Despreciando sus ondas altaneras?

En el desierto mar, del Occidente  
En las remotas playas sólo amarte  
Y quejarse sabrá mi pecho ardiente.

¿Cuál es del orbe extenso aquella parte  
Do tu amor no me siga y tus rigores;  
Do logre ¡ay Dios! del corazón lanzarte?

Huiré cual de los duros cazadores  
Cierva infeliz, á quien taladra el seno  
Enherbolada flecha entre dolores,

Que huye, y su daño aumenta, y el veneno  
En las entrañas lleva, y de gemidos  
En vano deja el bosque obscuro lleno.

Muerte, muerte y no más. Encrudecidos  
Tal remedio los hados me presentan,  
Y sus decretos se verán cumplidos.

Tus altivos rigores, que se aumentan  
Á la par de mi fuego inextinguible,  
Las penas que en mi pecho se alimentan,

Ya me arrastran con fuerza irresistible  
Al seno obscuro de la tierra fría,  
De eterno sueño á la mansión terrible.

Sáciese tu crueldad y saña impía:  
Pronto verá mi tumba esta ribera,  
Que engañada envidió la dicha mía.

Y condolidos de mi suerte fiera,  
Entonarán sobre ella los pastores  
Cánticos mil con lira lastimera.

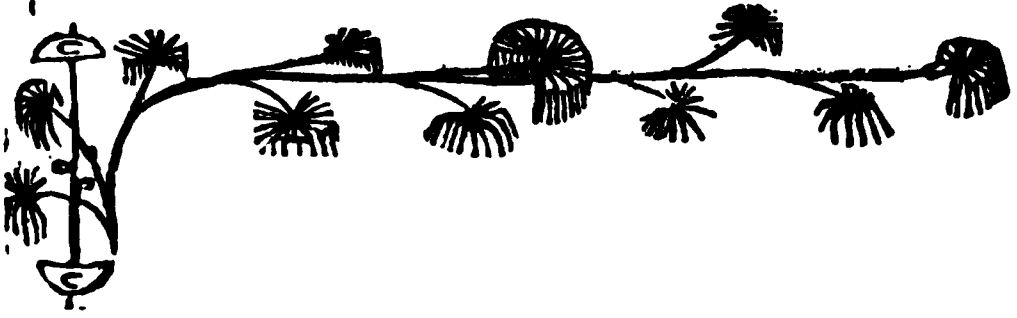
Y esparcirán piadosos blandas flores,  
Y *aquí*, llorando exclamarán, *reposa*  
*Una inocente víctima de amores.*

Y entonces tú, contenta y orgullosa,  
Y con tu triunfo bárbaro engreída,  
De mi sepulcro rústico la losa  
Vendrás á hollar con planta envanecida.

1819.







## SONETO.

---

Lauro y triunfos consiga el ambicioso,  
Que de viudez y de orfandad seguido,  
Dejando el orbe en llanto sumergido,  
Sirve á Marte sañudo y horroroso.

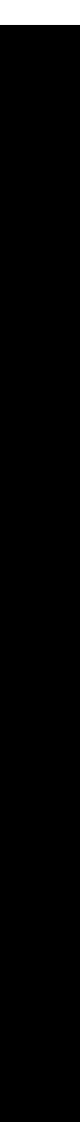
Á costa de su sueño y su reposo  
Gócese el vil tirano en el gemido  
Del miserable, que á sus pies rendido  
Le acata, y le maldice rencoroso.

Logre un mar de riqueza inagotable,  
Pues que riqueza inútil sólo adora,  
El avaro mezquino y detestable:

Y déjenme gozar de mi señora  
Los dulces ojos, la sonrisa amable,  
Y el brillo de su faz encantadora.

1819.





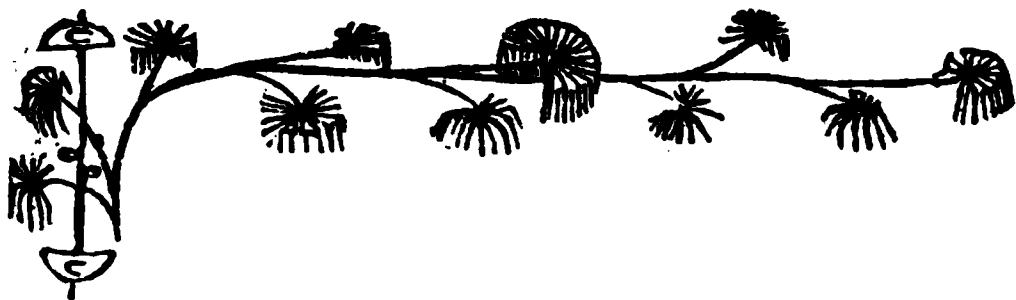
# EL PASO HONROSO.

---

POEMA EN CUATRO CANTOS  
Á LESBIA.







# EL PASO HONROSO.

---

## POEMA

### CANTO PRIMERO.

#### I.

Canto el amor, la noble gentileza  
Del valiente y gallardo caballero,  
Que cautivo se vió de una belleza  
Armada siempre de rigor severo:  
Y que para rendir tanta esquiveza,  
Dando muestra de amante y de guerrero,  
En Órbigo triunfando, eterna fama  
Logró y el premio de su honesta llama.

#### II.

Dios de Amatunte, numen poderoso,  
Que en la diestra enojada del Tonante  
Logras helar el rayo riguroso,  
Que dió castigo á Encélado arrogante:

Pues inspiraste el hecho valeroso  
Que hoy el destino quiere que yo cante,  
Mi pecho inflama, dame aliento y brío,  
Y al tiempo venza el rudo canto mío.

## III.

Y tú, divina Lesbia, á quien adora  
Mi ardiente pecho, que por ti suspira,  
Concédeme tu gracia encantadora,  
Y oye mi acento que á agradarte aspira.  
Da tu auxilio á mi voz, hazla sonora,  
Templa las cuerdas de mi ebúrnea lira,  
Y el triunfo y las hazañas de un amante,  
Hoy me permite que en tu obsequio cante.

## IV.

El rey Don Juan segundo de Castilla,  
En Medina del Campo, en su palacio,  
Y en un salón en donde el arte brilla  
Y adorna en torno su anchuroso espacio,  
Bajo rico dosel, en regia silla  
De púrpura y marfil, de oro y topacio,  
Acompañado de su corte estaba,  
Y una lucida fiesta celebraba.

## V.

De una señaladísima victoria  
Que contra los pendones africanos,  
Cobrando nombre eterno y alta gloria,  
Ganaron los valientes castellanos,

Celebrábase acaso la memoria  
Por el rey, por el pueblo y cortesanos:  
Y en el salón con gala y alegría,  
Música y danza y gran concurso había.

## VI.

Cuando el son de una ronca trompa oyeron,  
Y en pos de cuatro heraldos en la sala  
Diez armados guerreros entrar vieron,  
Que Marte en majestad no les iguala.  
Los instrumentos luego enmudecieron  
Al ver lorigas en lugar de gala,  
Y el rey atento y todos admirados  
Fijan los ojos en los diez armados.

## VII.

Uno de ellos, que el jefe parecía,  
Y de los otros nueve iba delante,  
Á todos excediendo en gallardía,  
Aun más resplandeciente que el diamante,  
Una argolla de hierro descubría,  
Que enlazaba su cuello, y con talante  
Gentil alzó del yelmo la visera,  
Y al concurso mostró la faz guerrera.

## VIII.

Dejóse ver don Suero de Quiñones,  
Valiente, afable, ilustre caballero,  
Conocido por ínclitas acciones,  
Y por ser en las lides el primero;

De esclarecidos timbres y blasones,  
Tan tierno amante como buen guerrero,  
Y en su gallardo aspecto y compostura  
Pareció más que humana su figura.

## IX.

Cinco lustros apenas contaría  
El juvenil guerrero ya famoso,  
Y en su lozana faz resplandecía  
Ansia de gloria, espíritu hazañoso.  
Ostentando su noble bizarría  
En medio del concurso numeroso,  
Mirando al rey que lo escuchaba atento,  
Así le habló con mesurado acento.

## X.

«Monarca de León y de Castilla,  
Egregio rey, esclarecido Marte,  
Á cuyo nombre pálido se humilla  
El que ostenta la luna en su estandarte,  
Y dobla el orbe todo la rodilla,  
Sin atreverse á más que á respetarte:  
Dígnate de escuchar mi suerte triste,  
Y de hacerme feliz, que en tí consiste.

## XI.

»Cual es en todo el mundo voz y fama,  
Tengo, señor, rendido el pecho mío  
Á una soberbia, desdeñosa dama,  
Que paga mis amores con desvío:

Mi corazón con su desdén se inflama,  
Está á sus pies humilde mi albedrío;  
Y mientras más ingrata y más esquiva,  
Más y más me encadena y me cautiva.

## XII.

»Por servirla, en la guerra de Granada,  
Como sabéis, señor, lidié desnudo  
El brazo diestro, que la noble espada  
Manejar de este modo mejor pudo:  
Allí en obsequio de mi ingrata amada  
Hendí el turbante y destrocé el escudo  
De Aljarfe Abhen-Habuz, y allí mi lanza  
Humilló su denuedo y su pujanza.

## XIII.

»Ni esta hazaña, gran rey, ni otras acciones  
Que en honra suya y gloria del estado  
Ejecuté, siguiendo tus pendones  
Con duro pecho y brazo no cansado,  
Ni mi constante amor, ni mis razones  
Trastornar pueden mi siniestro hado;  
Pues mi bella enemiga tiene el pecho  
De helada nieve y duro mármo! hecho.

## XIV.

»Viendo mi esfuerzo y mi constancia vana,  
Me declaré de su beldad cautivo,  
Y ella, más insensible, más tirana,  
Aumentó su rigor y ceño esquivo;

Y como mi absoluta soberana  
Con esta argolla en ademán altivo  
Ciñó mi cuello, y me mandó que fuese  
Su esclavo, y como tal que la sirviese.

## XV.

»Cuatro veces después la selva umbrosa  
Se vió de flores y verdor cubierta,  
Y otras tantas la escarcha rigurosa  
Mustio el prado dejó, la fuente yerta;  
Y siempre hallé á mi dama desdeñosa,  
Firme mi amor y mi esperanza muerta;  
Y al verme de este modo aprisionado,  
Mi libertad por fin he concertado.

## XVI.

»Hoy mi señora exige nuevamente  
Por rescate del hierro que me enlaza,  
Y por lograr mi amor, si es que inclemente,  
El destino mi dicha no embaraza,  
Que mis hazañas y mi fama aumente,  
Á su vista rompiendo en ancha plaza,  
Por espacio de treinta días enteros,  
Lanzas con los más bravos caballeros.

## XVII.

»Razón es, oh monarca esclarecido,  
Que el cautivo concierte su rescate,  
Y que el amante que tan firme ha sido,  
De coronar sus pensamientos trate.

Para justar vuestro permiso pido,  
Y que campo me deis para el combate,  
Que yo con estos nueve hidalgos quiero  
La liza mantener el mes entero.

## XVIII.

»Ellos también igual licencia piden;  
Todos son mis amigos y parientes;  
Sólo para ayudarme aquí residen  
Con duros brazos y ánimos valientes;  
Con su honra siempre las empresas miden;  
Darán asombro á las extrañas gentes,  
Y gloria á vos, señor, que estos vasallos  
Sólo vos digno sois de gobernallos.»

## XIX.

Dijo, y todo el concurso fija atento  
En él los ojos, y cual sorda suena  
Al blando soplo de apacible viento  
La verde pompa de la selva amena,  
Se oye rumor confuso en un momento,  
Que del estrado en derredor resuena,  
Por la soberbia y rica cuadra cunde,  
Y al artesón dorado se difunde.

## XX.

El excelso monarca aficionado  
Á tanto amor y tanta gallardía,  
Quedó un rato suspenso y admirado  
Dudando si el permiso le daría;

---

Y consultando el caso no esperado  
Con los hombres de cuenta que allí había,  
Con Don Alvar de Luna y Don Manrique,  
Y con el almirante Don Fadrique,

## XXI.

Dió afable su real consentimiento  
Á aquellos esforzados campeones,  
Y desde su dosel y regio asiento  
Contestó de este modo á sus razones:  
«Digno de un pecho noble es vuestro intento,  
Valeroso Don Suero de Quiñones,  
Yo os permito justar en mis estados  
Con vuestros nueve deudos esforzados.

## XXII.

»Príncipes convidad y caballeros,  
Campo elegid y publicad carteles,  
Y vengan españoles y extranjeros  
Á aumentar vuestros triunfos y laureles.  
Poned las condiciones y los fueros,  
Nombrad á la estacada jueces fieles,  
Y vuestro amor á un tiempo y el rescate  
Lograd, pues son los premios del combate.»

## XXIII.

Entonce el caballero agradecido  
Acata al rey con humildosa muestra,  
Y dice: «Oh gran monarca esclarecido,  
Si tanto os interesa la honra nuestra,



Sólo una nueva gracia humilde os pido,  
Y es que vos presidáis en la palestra;  
Pues estando, señor, á vuestra vista  
No habrá poder que al nuestro se resista.

## XXIV.

»El campo elijo cerca de la puente  
Que de Órbigo da paso al claro río,  
Entre Astorga y León; allí valiente  
Reto á todos y aplazo el desafío,  
Por ser el paso de la extraña gente  
Que viene á vuestro reino y señorío  
Á visitar al gran patrón de España,  
En cuyo nombre emprenderé mi hazaña.

## XXV.

»Sólo pongo, señor, por condiciones,  
Que todos los valientes caballeros  
Que á libertarme vengan de prisiones,  
Y á demostrar sus ánimos guerreros,  
Tres lanzas romperán, sin más acciones,  
Conmigo ó con mis bravos compañeros;  
Teniendo que salir de la estacada  
A la tercera lanza quebrantada.

## XXVI.

»Si hay alguna que cause grave herida,  
Ó en tierra caballero derribare,  
Dejará la carrera por cumplida,  
Sin que nadie otra cosa demandare.

El que pierda caballo en la corrida,  
Ó alguna pieza del arnés quebrare,  
Caballos hallará por mí aprestados,  
Y completos arneses acerados.

## XXVII.

»Si por la puente do la justa nuestra  
Se mantiene, pasare alguna dama,  
Y no lleva quien salga á la palestra  
Á combatir por ella y por su fama;  
El blanco guante de la mano diestra  
Dejará en mi poder, si es que no inflama  
Á algún guerrero que presente fuere,  
Y por ella y el guante combatiere.

## XXVIII.

»Para jueces del campo, aquí nombrados  
Dejo á Pedro de Barba y Gómez Arias,  
Ambos por altos hechos afamados,  
Y conocidos por acciones varias:  
En prudencia y saber son consumados  
Y hechos á decidir armas contrarias:  
Por lo tanto, á su fallo ha de ajustarse  
El que quiera en la tela señalarse.

## XXIX.

»Quince soles sin falta antes del día  
Del gran patrón y apóstol de la España,  
Y otros quince después mi compañía  
Mantendrá con sus armas la campaña.

Y agora, alto señor, la intención mía  
Y la convocatoria de esta hazaña  
Publicaré por las naciones fieles,  
Llevando estos heraldos mis carteles.»

## XXX.

Aprobó el rey Don Juan las condiciones,  
Y luego los clarines resonaron,  
Y los diez famosísimos varones  
Al monarca la mano le besaron.  
Los instrumentos con alegres sonos  
El hazañoso intento celebraron,  
Y con los reyes de armas que trajeron  
Don Suero y sus valientes se volvieron.

## XXXI.

Siguió el sarao, la danza y alegría,  
Y aquel grave concurso alborozado  
Ansiando llegue de la justa el día,  
Por ver triunfar al noble enamorado.  
Todos aplauden su alta bizarría,  
Y no hubo dama alguna en el estrado,  
Que á Doña Luz la esquiva no envidiase  
La suerte de que Suero la obsequiase.

## XXXII.

Unas alaban el amor constante  
Del firme y valeroso caballero,  
Otras mil le quisieran por amante,  
Y todas hablan sólo de don Suero:

Cuál rendida celebra su semblante,  
Cuál su valor y su ánimo guerrero,  
Y no hay quien por feliz y venturosa  
No tenga á doña Luz la desdeñosa.

## XXXIII.

Por una gran llanura dilatada  
Que la famosa Astorga señorea,  
Y con verdosa grama entapizada,  
Y con pomposas hayas se hermosea;  
De Órbigo la corriente sosegada  
Entre flores y sauces serpentea,  
Cubierta de frondosos matorrales,  
Espadañas y espesos carrizales.

## XXXIV.

Antre Astorga y León una anchurosa  
Y antigua puente oprime las arenas,  
Divide la corriente sonora,  
Y enlaza las dos márgenes amenas.  
Y á su lado una selva deliciosa,  
Do los rayos del sol entran apenas,  
Alza pomposa la gallarda frente,  
Que agita grave el apacible ambiente.

## XXXV.

De las ninfas bellísimas del río  
Es grato albergue, y plácido recreo  
Do los pastores en el seco estío  
Huyen los rayos del ardor Febeo;

Y aun penden de algun tronco alto y sombrío  
Rotas armas en forma de trofeo  
De pasados encuentros, y olvidados  
Yacen viejos arneses destrozados.

## XXXVI.

En esta selva y sitio delicioso  
El esforzado Suero de Quiñones  
Elige campo para el paso honroso  
Con sus nueve esforzados campeones.  
Y manda levantar un suntuoso  
Palenque con tablados y balcones,  
Para teatro de la acción valiente  
Y para asiento á la curiosa gente.

## XXXVII.

Cubierto el bosque está y el campo lleno  
De afanadora gente: quién trabaja  
En nivelar el desigual terreno,  
Quién el circo anchuroso en torno ataja,  
Quién de troncos despoja el soto ameno,  
Quién los pilares con primor encaja,  
Quién con vistosas telas y follajes.  
Adorna los soberbios balconajes.

## XXXVIII.

El son del hacha, el golpe del martillo,  
El tráfago, el bullicio y el estruendo  
Ahuyentan de la selva al pajarillo,  
Aquella soledad poblada viendo:

Y los faunos y ninfas al oïllo  
Ver profanada su mansión temiendo,  
Aquellos en las grutas se ocultaron,  
Y éstas en los cristales se lanzaron.

## XXXIX.

Mientras todo se apresta y se compone,  
Publican por los reinos extranjeros  
Los heraldos las fiestas que dispone  
Quiñones con sus bravos caballeros.  
No hay pueblo donde ya no se pregone  
El cartel de la justa, y los guerreros  
De todas las naciones se apresuran,  
Y probarse en la lid todos procuran.

## XL.

¡Cuánta gala, riqueza y ataujía,  
Cuántos caballos, tarjas y armaduras,  
Cuánta empresa, penacho y armería,  
Cuántos arneses, telas, bordaduras,  
Cuánto jaez de seda y pedrería,  
Cuántos motes, esmaltes y pinturas  
En todas las naciones dispusieron,  
Así que los carteles recibieron!

## XLI.

No para los olímpicos famosos  
Donde Nerón mostró su vil destreza,  
Ni para los circenses suntüosos  
En que ostentaba Roma su grandeza,

Ni en los juegos de armas que hazañosos,  
Por lucir su denuedo y gentileza,  
Carlomagno y los suyos celebraron,  
Tanta riqueza y gala se juntaron.

## XLII.

Ya la dulce, risueña primavera  
Daba lugar al caluroso estío,  
Tostada se mostraba la pradera  
Y más escaso de caudal el río:  
La fiesta se acercaba, y placentera  
La gente á presenciar el desafío  
En número infinito concurría,  
Ansiando ver el señalado día.

## XLIII.

El soberbio palenque descollaba  
De Órbigo dominando la ancha puente,  
Y una gran plaza en torno rodeaba  
Con gradas en el orden competente.  
Cuatro grandes balcones levantaba  
Al Norte, al Sur, á Oriente y á Occidente,  
Con barandas, alfombras y florones,  
Y de ormesí bordados pabellones.

## XLIV.

Ya el campo estaba lleno de alegría,  
De pajes, de caballos, de escuderos,  
De damas bellas como el claro día,  
De príncipes y armados caballeros.

El plazo de la justa se cumplía,  
Y ya aprestan la malla y los aceros  
Los nueve con el ínclito Quiñones,  
Ensayando los lances y ocasiones.

## XLV.

Á la primera luz del sol siguiente  
Todo dispuesto y preparado estaba,  
Y don Suero en su dama tiernamente  
Con amoroso afán siempre pensaba:  
Y lejos del bullicio impertinente  
Su desdén y dureza lamentaba,  
Vagando solo por el bosque umbrío  
Sobre la orilla del sereno río.

## XLVI.

Era la estiva y perezosa siesta,  
Y del fulgente sol los resplandores  
Marchitada dejaban y traspuesta  
La lozana belleza de las flores;  
Y sólo respetaban la floresta  
Donde Suero pensaba en sus amores,  
Donde de sus ensayos descansaba,  
Y á la siguiente lucha se aprestaba.

## XLVII.

De un álamo á la sombra deliciosa,  
Sobre las flores y la fresca grama,  
Oyendo la corriente sonora  
Que entre flexibles juncias se derrama,



Anhelando empezar su justa honrosa  
Para ablandar su endurecida dama,  
Estaba el gran don Suero reclinado,  
De varios pensamientos contrastado.

## XLVIII.

El murmullo del agua fugitiva,  
El dulce son de las pintadas aves,  
La hora de siesta, la calor estiva,  
Y la fragancia de las flores suaves,  
Y el gran cansancio de la pena esquivá,  
Y el duro peso de las armas graves  
Dieron al caballero breve sueño,  
Guardado por el céfiro halagüeño.

## XLIX.

Y á la par que el reposo regalado  
Por sus gallardos miembros se extendía,  
Suspensos los sentidos, sin cuidado  
Volaba su fogosa fantasía;  
E imaginó escuchar un acordado  
Son, que en torno con célica armonía  
Del silencioso bosque resonaba,  
Y algún grave portento presagiaba.

## L.

Creyó ver lentamente suspenderse  
De Órbigo la corriente sosegada,  
Con nueva luz el aire enrojecerse,  
Aclararse la selva enmarañada,

Los juncos y espadañas conmoverse,  
Cobrar vida la orilla engalanada,  
Y entre la juncia el agua cristalina  
Levantarse con forma peregrina.

## LI.

Poco á poco los plácidos raudales  
Se alzaban en columnas transparentes,  
Sobre argentados, ricos pedestales,  
Adornados de conchas diferentes.  
Subiendo por el aire los cristales  
Eran ya capiteles refulgentes,  
Y sobre las columnas con presura  
Se tornan en soberbia arquitectura.

## LII.

Una cúpula excelsa y atrevida  
Forman ciñendo el anchuroso espacio,  
De hielos y mariscos guarnecida,  
Y cerrando un riquísimo palacio:  
Cornisas y arquitrabes de bruñida  
Plata con los florones de topacio  
Ostenta, y guarnecidos de corales  
Los atrevidos arcos laterales.

## LIII.

Las puertas de marfil son fabricadas  
Con estrellas de acero y con follajes,  
Sobre robustos pernos sustentadas,  
Y adornadas de perlas y balajes,

De refulgentes bronce trabajadas  
Las verjas y volados barandajes,  
Y de limpia esmeralda el pavimento  
Que sirve á la gran máquina de asiento.

## LIV.

Admira tan grandiosa arquitectura  
Don Suero, y tanto brillo y regio adorno,  
Cuando temblando el soto y la llanura  
Brilla con nueva luz aquel contorno:  
De música celeste la dulzura  
Se aumenta, y más distinta suena en torno,  
Y de ninfas un coro se aparece  
Y á sus plantas el suelo reflorece.

## LV.

Cintas de perlas, aureos ceñidores  
Los juveniles pechos enlazaban,  
Frescas guirnaldas de frangantes flores  
Las frentes placenteras coronaban:  
Y de las bellas formas los primores  
Túnicas sutilísimas guardaban,  
Dejando el albo pie desenlazado  
Para triscar por el verdoso prado.

## LVI.

Cantan mil himnos, tocan instrumentos,  
Y gallardas, bellísimas y esquivas,  
Ligeras más que los delgados vientos  
Danzan y juegan ledas y festivas.

**Esparce sus dulcísimos acentos  
El ala de las auras fugitivas,  
Á cuyo son asida de las manos  
Aparece una turba de Silvanos.**

**LVII.**

**Formaron con las ninfas grato coro ,  
Y bailes y dulcísima armonía ,  
Y alternan voces con cantar sonoro  
De métrica cadencia y melodía:  
Cuando un Tritón con las escamas de oro  
En el atrio del templo aparecía ,  
Y dando aliento al caracol torcido  
Los vientos atronó con su sonido.**

**LVIII.**

**Al bronco son los coros enmudecen ,  
Y las ebúrneas relumbrantes puertas  
Sobre los recios goznes se estremecen ,  
Y con ronco estridor quedan abiertas:  
Del templo las estancias resplandecen  
De piedras preciosísimas cubiertas ,  
Y en medio un alto trono se levanta  
Do el arte á la materia se adelanta.**

**LIX.**

**En dos fulgentes urnas reclinada  
Del río la deidad majestuosa  
Se muestra en él de juncias coronada ,  
Con apacible faz respetuosa:**

En la siniestra mano recostada,  
Gira en torno la vista poderosa,  
Y al ver el coro á su señor presente  
Las rodillas inclinan y la frente.

## LX.

Un rato, del cabello luengo y cano  
Y de la blanca barba sacudiendo  
Menudas perlas con la diestra mano,  
Estuvo los perfumes recibiendo:  
Y diligente un rústico Silvano  
Una alfombra riquísima tendiendo,  
Bajó por ella el sacro Dios y dijo  
Al coro que le adora inmoble y fijo.

## LXI.

«De este bosque sagrado y escondido  
Y de mi rica orilla habitantes,  
El convocaros á mi corte ha sido  
Para calmar los sustos y temores  
Que en vuestros sacros pechos han nacido  
Al mirar esos troncos vividores,  
Con quien en vano el viento combatía,  
Humillar su pomposa lozanía.

## LXII.

»No juzguéis que sacrílegos mortales  
Pretenden profanar vuestra morada,  
Ni perturbar mis plácidos cristales,  
Ni oprimir mi corriente sosegada:

Descansad, pues, oh seres inmortales,  
Nunca mi gloria vi más afianzada,  
Y esas gentes que veis, á darnos nombre  
Vienen, y fama que á Saturno asombre.

## LXIII.

»Mañana apenas el risueño Oriente  
Con rosado matiz anuncie el día,  
Admiraréis un joven eminente  
Singular en amor y en valentía:  
Treinta veces del sol el carro ardiente  
Alumbrará su noble bizarría,  
Y lo verá por fin triunfar dichoso  
De un guerrero atrevido y orgulloso.

## LXIV.

»La resonante trompa de la fama  
Su nombre librárá de torpe olvido,  
Después que rinda á la severa dama  
Á cuyos pies ha tiempo está rendido:  
Ella su pecho y corazón inflama,  
Y por ella esta hazaña ha discurrido.....  
La rendirá, y en premio de su brío  
Será su esposo y cesará el desvío.

## LXV.

»De esta preciosa unión, lustre de España,  
Saldrá una descendencia esclarecida,  
Terror del Agareno en la campaña  
Y de Marte y de Temis protegida:

En cuanto el sol alumbra y el mar baña  
Respetada será, será temida;  
Que á manejar la pluma y noble espada  
La tienen ya los hados destinada.

## LXVI.

»Y un tiempo llegará que en su ribera  
Mire nacer el Bétis caudaloso  
Un descendiente de esta unión primera,  
Que á Marte seguirá con pecho honroso:  
Y entre el estruendo de Belona fiera,  
Le dará Apolo el plectro sonoro,  
Para que en alto metro y graves sonos  
Haga eterna la hazaña de Quiñones.»

## LXVII.

Cesó el númen: y así que el nombre oyeron  
Las ninfas entonaron expresivas  
Himnos, que los silvanos repitieron  
Con dulce acento y con sonoros vivas:  
Nuevas fiestas y obsequios dispusieron  
En danzas concertadas y festivas.....  
Mas don Suero de gozo se estremece,  
Despierta y la visión desaparece.

## LXVIII.

Atónito la vista en torno gira  
Silencioso, pasmado y aturdido,  
Y la corriente sosegada mira  
Cual siempre caminar con manso ruido.

Vuelve á mirar confuso y más se admira,  
Y entre esperanza y dudas confundido  
No sabe qué pensar de aquel ensueño,  
Agüero favorable de su empeño.

## LXIX.

Recorre nuevamente las razones  
Que del labio del númen ha escuchado,  
Prometiéndole triunfos y blasones,  
Y que será su amor recompensado:  
Y al recordar que ofrece á sus acciones  
Eterna fama y nombre no olvidado,  
Alentado y ufano y satisfecho  
Inflama más y más su heroico pecho.

## LXX.

Y notando que el sol su lumbre pura  
En los mares de Ocaso sumergía  
Enlutando los montes y llanura  
Y dando paso á la tiniebla fría;  
Se retiró del soto con presura  
Á buscar su gallarda compañía,  
Y á dar reposo al ánimo valiente  
Para empezar la justa al sol siguiente.

---



## CANTO SEGUNDO.

## I.

De cándidos jazmines coronada  
En Oriente brilló la ansiada Aurora;  
Resuena en la floresta la alborada  
Con dulce melodía encantadora:  
La muchedumbre inmensa alborozada  
Al ver llegar la deseada hora,  
El perezoso sueño desechando,  
El espacioso circo va ocupando.

## II.

Sonoras trompas, dulces instrumentos,  
Huecos timbales, roncós tamborinos  
Plácidos hinchén los delgados vientos,  
Retumbando en los montes convecinos.  
El son bélico cunde por momentos,  
Apréstanse caballos y padrinos;  
Ya se abre la estacada y presurosos  
Cabalgan los guerreros valerosos.

## III.

Febo inmortal desde su carro ardiente,  
De viva lumbre y majestad vestido,  
Los puros resplandores de su frente  
Derrama por el ámbito extendido:

Enciende los confines del Oriente,  
Y á presenciar el hecho esclarecido  
Con nuevo brillo sale y aparece,  
Y grande más que nunca resplandece.

## IV.

Bajo rico dosel, en regia silla,  
El monarca don Juan, acompañado  
De altos señores, majestuoso brilla,  
Presidiendo el palenque levantado.  
Al claro condestable de Castilla  
Y á otros hombres de cuenta tiene al lado,  
Y cercano del rey está dispuesto  
Á los jueces del campo ilustre puesto.

## V.

En el otro balcón, que lindas flores  
Le dan adorno, en ricas almohadas  
Con bordadura, fluecos y labores  
De perlas y oro ardiente recamadas,  
Las damas de los diez mantenedores  
De sus dueñas están acompañadas,  
Cubiertas de hermosura y pedrería,  
Y respirando amores y alegría.

## VI.

Y de la suerte que en verjel ó prado  
Entre una y otra flor pintada y bella  
El matíz de la rosa nacarado  
Al rojo amanecer brilla y descuella,

Del aljófar del Alba rociado,  
Y á todas vence la hermosura de ella;  
Así en medio de tanta ilustre dama  
Álzase la que á Suero el pecho inflama.

## VII.

Más que la rozagante Aurora hermosa  
La ingrata y bella doña Luz estaba;  
En sus mejillas de jazmín y rosa  
La fresca y linda juventud brillaba.  
Eran perlas su boca deliciosa  
Donde el amor gozoso se ocultaba,  
Y el albo pecho y cuello torneado  
De nieve candidísima formado.

## VIII.

Arpones de Cupido eran sus ojos,  
Y en la alta frente blanca como el día,  
El cabello negrísimo en manojos  
Con broches de diamantes suspendía:  
Blanco vestido con follados rojos  
De vellorí brocado y pedrería,  
Y un rico ceñidor de oro labrado  
Ostentaba en el talle delicado.

## IX.

¿Tal gallardía, tanta gentileza  
Qué humano corazón no encadenara?  
¿Á quién tan alta y singular belleza  
Con amoroso fuego no abrasara?

¿Qué pecho quebrantada su dureza  
Al ver aquellos ojos no temblara?  
¿Quién aquel talle y faz graciosa y bella  
Pudiera ver, sin palpar por ella?

## X.

Sólo yo, Lesbia mía, sosegado  
La viera, porque á tí rendido adoro,  
Y fuera doña Luz puesta á tu lado  
La plata comparada con el oro.  
Perdona si encarezco en el traslado  
De su beldad y gracias el tesoro,  
Que á ella la pinto, pero tengo hecho  
Tu retrato bellísimo en mi pecho.

## XI.

Ocupa en torno la curiosa gente  
Terrados, graderías, balconajes;  
Todos muestran el ánimo impaciente  
Por ver salir los bravos personajes;  
Suenan un ronco murmurio sordamente,  
Brillan mil vistosísimos ropajes,  
Todos esperan ya la seña, cuando  
Mandan los jueces pregonar el bando.

## XII.

Publícase, y al punto se enarbola  
La insignia de don Suero de Quiñones,  
Y por el viento plácido tremola  
Su estandarte con timbres y blasones.

En sus tiendas el peto, yelmo y gola  
Se ciñen los fortísimos varones,  
Requieren los caballos y la espada.  
Y se aprestan á entrar en la estacada.

## XIII.

Divinas ninfas del Castalio coro,  
Dadme favor, engrandeced mi canto,  
Dad nuevo aliento á mi clarín sonoro,  
Y ponga al tiempo volador espanto.  
Miradme gratas, vuestra luz imploro,  
Conceded á mi pecho el fuego santo,  
Inspiradme los hechos esforzados  
De los diez caballeros afamados.

## XIV.

Suena el clarín, retumba el vago viento,  
Enmudece el concurso numeroso,  
Y cuatro reyes de armas al momento  
Entraron en el circo polvoroso:  
Blancos potros con rico paramento  
Y vestido de púrpura costoso  
Llevan, y en los riquísimos broqueles  
De Quiñones los ínclitos cuarteles.

## XV.

En pos de los heraldos, tañedores  
De púrpura vestidos y brocado,  
Con cintas y plumajes de colores,  
Entraron en el circo alborozado,

Tocando dulces flautas y atambores  
Con alto son alegre y concertado,  
Y diez palafreneros les seguían  
Que de mano diez potros conducían.

## XVI.

Y luego en la estacada se aparece  
De ricos-homes y altos personajes  
Don Suero acompañado, y resplandece  
Seguido de escuderos y de pajes:  
Confusa gritería al cielo crece,  
Cunde por los dorados barandajes,  
Y el concurso al mirar su gallardía,  
Viva, mil veces viva, repetía.

## XVII.

De un potro cordobés azabachado,  
Con un lucero en la espaciosa frente,  
Rige el freno de plata salpicado,  
Que temple y doma su rigor ferviente.  
Lleva terciada sobre el diestro lado  
La poderosa lanza, y el fulgente  
Peto, que el noble pecho le rodea,  
Ofusca el brillo de la luz febea.

## XVIII.

Ligera adarga en el siniestro brazo,  
Con adornos de esmalte guarnecida,  
Maneja con gentil desembarazo,  
Sin que las riendas gobernar le impida:

Pendiente en medio de un gracioso lazo,  
Por cuerpo de su empresa está esculpida  
Una argolla de hierro, y un letrero  
Que dice así: *Librarme de ella quiero.*

## XIX.

La vencedora fulminante espada,  
Terror y espanto del altivo moro,  
Al lado izquierdo ostenta colocada  
En el rico tahalí bordado de oro.  
Sobre el alto crestón de la celada,  
Que es de piedras preciosas un tesoro,  
De plumas blancas el penacho ondea,  
Do Favonio se mece y se recrea.

## XX.

En pos del claro Suero de Quiñones  
Brillan sus nueve bravos caballeros,  
Sobre negros alígeros bridones,  
Ceñidos de fortísimos aceros:  
En los altos fulgentes morriones  
Llevan blancos penachos y plumeros,  
Y en todo á la del jefe semejante  
Lanza, empresa, y adarga rutilante.

## XXI.

Son los nueve: Alvar Gómez el osado,  
Lope Zúñiga, Diego Benavides,  
Sancho de Rabanal afortunado,  
Diego Bazán acostumbrado á lides,

Gómez de Villacorta gran soldado,  
Pero de Nava en fuerzas nuevo Alcides,  
Lope de Aller, y el joven Pero Ríos,  
Feliz en sus empresas y amoríos.

## XXII.

Por séquito llevaban veinte pajes  
Con escudos de timbres y blasones,  
Ornados de riquísimos ropajes,  
Y oprimiendo hermosísimos bridones,  
Que moviendo garzotas y plumajes  
Arrastran rapacejos y borlones  
De paramentos de ormesí bõrdados,  
Con cifras y cuarteles recamados.

## XXIII.

Y cerrando la grave comitiva  
Entra en el circo un carro primoroso,  
Que en ruedas vistosísimas estriva  
Con exquisito adorno artificioso:  
Un enano gobierna desde arriba  
El tiro de caballos animoso,  
Y es su carga de yelmos y de arneses,  
Lanzas de guerra, tarjas y paveses.

## XXIV.

Luego que con alardes y escarceos  
Este acompañamiento hizo la entrada,  
Después de dar en orden tres paseos  
En torno recorriendo la estacada,



Entre aplausos y gratos victoreos  
Despejó la comparsa engalanada;  
Y los nueve también se retiraron,  
Y al caudillo la plaza le dejaron.

## XXV.

Amor tirano amor, ¡cuán misterioso  
Es el impulso de tu aguda flecha!  
En vano el corazón más cauteloso  
Huye tu fuego y tu poder desecha:  
El pecho más altivo y desdeñoso,  
Si tu arco corvo y tu rigor le acecha,  
Al fin rendido por su rey te aclama  
Y alienta sólo tu tremenda llama.

## XXVI.

Ya, oh Lesbia mía, del amor el fuego  
Empieza á arder en doña Luz la altiva,  
Y siente un interior desasosiego  
Que su desdén altísimo derriba.  
Y ya á tanta constancia y tanto ruego  
Siente ceder su condición esquiva,  
Y mirando á don Suero palidece  
Y admira su cariño y lo agradece.

## XXVII.

El que pretenda ser correspondido  
Logrando quebrantar una altiveza,  
Siga el objeto á quien esté rendido  
Con anhelo constante y con firmeza,

Y en mirando su afán agradecido  
Tenga por cierto que su dicha empieza;  
Que de agradecimiento amor se viste  
Y vence el pecho así que le resiste.

### XXVIII.

Solo en la tela el ínclito don Suero  
Hirió el ijar del potro belicoso,  
Que obedeciendo al acicate fiero  
Bufó, se enarmonó, partió furioso:  
Detúvole de pronto el caballero  
Á la mitad del circo polvoroso,  
Y apoyado en su lanza inquieto espera  
Quien probarse en la lid primero quiera.

### XXIX.

Cuando por la otra puerta entró atrevido  
Un caballero ricamente armado,  
El arnés con labores esculpido  
Y de piedras preciosas adornado:  
El soberbio crestón de oro bruñado  
Lleva con plumas jaldes coronado,  
Y una lanza gruesísima blandía  
Con denodado esfuerzo y gallardía.

### XXX.

Era alemán, Arnaldo se llamaba,  
De la selva bermeja caballero,  
Y con jaldes adornos manejaba  
Un tostado alazán fuerte y ligero.

En el siniestro brazo levantaba  
 Ancho escudo, y en él por timbre fiero  
 De siempreviva una florida rama,  
 Y este gallardo mote: *Así mi fama.*

## XXXI.

Partido el sol, están los justadores  
 Frente á frente, y el pueblo numeroso  
 Admira las vislumbres y labores  
 Del uno y otro arnés esplendoroso,  
 Ansiando que los bélicos clamores  
 Den la señal del choque peligroso;  
 Y doña Luz la espera cuidadosa,  
 Y pálida tal vez la faz hermosa.

## XXXII.

Suena el clarín, y en ristre la arandela  
 Y la tarjeta en alto levantada  
 Tiñen de sangre la estrellada espuela,  
 Y arrancan con presteza arrebatada:  
 Uno y otro bridón furioso vuela,  
 La tierra gime, tiembla la estacada,  
 Y con tan recio golpe se encontraron,  
 Que á un tiempo entrambas lanzas quebran-  
 [taron.

## XXXIII.

Toman otras más gruesas y fornidas,  
 Revuelven animosos, y don Suero  
 Afloja diestro las tirantes bridas  
 En busca del germano caballero;

Este también las riendas extendidas  
Sale á encontrallo en ademán ligero,  
Y Quiñones con garbo y gran pujanza  
En su gorjal rompió la dura lanza.

## XXXIV.

Rotas ya tres, según las condiciones,  
El extendido circo despejaron,  
Y dando aplauso á entrambos campeones  
Balconajes y gradas resonaron.  
Y otros dos valentísimos varones  
En la palestra con denuedo entraron;  
Siendo uno de ellos Ravanal dichoso,  
Que sale á mantener el paso honroso.

## XXXV.

Era el conquistador Pero Zapata,  
De Aragón caballero, que un tordillo  
Oprime audaz, y muestra de escarlata  
El paramento con riqueza y brillo.  
Sobre el alto crestón de blanca plata  
Lleva un penacho rojo y amarillo,  
Y en la adarga un volcán pintado había,  
Y *Ved mi pecho*, el rótulo decía.

## XXXVI.

Tomando campo al uno y otro lado,  
Hizo señal la trompa, valeroso  
Ravanal con el cuerpo soslayado  
Encontró el de Aragón firme y brioso:

Con su lanza el escudo le ha pasado,  
Abollándole el peto poderoso;  
Y sin romper las picas revolvieron,  
Y con nuevo furor se acometieron.

## XXXVII.

Zapata á Ravanal en la cimera  
Dió un atrevido bote con su lanza,  
Y el pomposo penacho le echó fuera  
Con gran destreza y singular pujanza.  
Ravanal que se vió de tal manera,  
Ardiendo en vivo fuego de venganza  
Al de Aragón cargó con saña altiva,  
Y del arzón lo saca y lo derriba.

## XXXVIII.

Luego al punto los jueces decidieron  
Cumplida la carrera, aunque furiosos  
Volver de nuevo al lance pretendieron  
Ambos á dos guerreros orgullosos;  
Pero que obedecer la ley tuvieron:  
Y como el sol sus rayos luminosos  
En el remoto ocaso recogía,  
Cesó la justa hasta el siguiente día.

## XXXIX.

Para más diversión y mayor fiesta  
Músicas y banquetes se ordenaron,  
Iluminando el circo y la floresta,  
Y las horas en danza se pasaron:

Hasta que en no aprendida dulce orquesta  
Las aves á la aurora saludaron ,  
Que otra vez empezó la justa honrada ,  
Y se ocupó de nuevo la estacada.

## XL.

Salió por defensor del paso honroso  
Diego Bazán, ansioso de batalla,  
Y por conquistador entró animoso  
Liñán, cubierto de luciente malla.  
Un cervuno revuelto muy brioso  
Con duro freno rige y avasalla,  
Y lleva verde obscuro el equipaje,  
Y verdes los adornos y el plumaje.

## XLI.

Un áncora rompida en el escudo  
Pintó por cuerpo de su triste empresa,  
Por mote, *Mi esperanza*; y con forzado  
Brazo blandía un asta dura y gruesa.  
En cuanto oyó el clarín partió sañudo,  
También Bazán arranca á toda priesa,  
Se encuentran, y ambos firmes en las sillas  
Pasan hechas sus lanzas mil astillas.

## XLII.

Toman otras al punto, y atrevidos,  
Lleno de sangre el bárbaro acicate,  
Se encuentran nuevamente enardecidos,  
Ansiosos de acabar aquel combate.

Rompiéronse las tarjas, y ofendidos  
De que á la par la suerte los maltrate,  
Á un tiempo en ristre ponen la arandela  
Y arriman al bridón la roja espuela.

## XLIII.

Bazán, alta la punta de la lanza,  
Abolló de Liñán el alto almete.  
Liñán sin aturdirse, con pujanza  
La punta por las placas le entremete.  
Sepáranse de nuevo, y en venganza  
Ardiendo, cada cual, fiero acomete,  
Y al batir el ijar Liñán altivo  
Rompió una acción y se le fué el estribo.

## XLIV.

De este modo acabada la carrera,  
Alvar Gómez ocupa la estacada,  
Y por conquistador entra de afuera  
El bravo don Guitierre de Quijada.  
Su arnés resplandeciente reverbera  
Como un lucero, lleva engalanada  
Con plumas varias que lozana mueve  
Una yegua más blanca que la nieve.

## XLV.

Una fénix, volando renacida  
De en medio de la hoguera, ha colocado  
Sobre la tarja de oro guarnecida,  
Y este mote discreto y apropiado:

*La llama que me abrasa me da vida.*  
Y ostentando en la cuja al diestro lado  
Alta fornida lanza , inquieto espera  
El ronco son de la trompeta fiera.

## XLVI.

Sonó por fin , y cada cual encaja  
La pica en ristre , pone contra el pecho  
El ancho escudo , y con la punta baja ,  
Á buscar al contrario va derecho.  
Alza la yegua polvorosa braja ,  
Y un ardiente volcán su dueño hecho  
Á Alvar Gómez encuentra en una greba ,  
Y el muslo le desarma y se la lleva.

## XLVII.

Alvar Gómez al punto ardiendo en ira  
Vuelve otra vez en contra de Quijada ,  
Que aunque el cuerpo soslaya y lo retifa  
Recibe sobre el yelmo la lanzada.  
Aturdido del golpe atrás se tira ,  
Deja la brida casi abandonada ,  
Y la yegua espantada y recelosa  
Se empina y bufa , y bota temerosa.

## XLVIII.

En sí vuelve Quijada , y de la suerte  
Que hollada sierpe por villana planta ,  
El cuello enhiesta amenazando muerte ,  
De pronto del letargo se levanta ;



La brida coge, aprieta el asta fuerte  
Y sobre los estribos se adelanta:  
Gómez le espera, firmes las rodillas,  
Y ambas lanzas volaron en astillas.

## XLIX.

No pudieron justar más largo rato,  
Dejaron la estacada, y vino á ella  
Lope de Aller, de Marte fiel retrato,  
Luciendo su armadura limpia y bella.  
Y con gran pompa, gala y aparato  
Aun más resplandeciente que la estrella,  
Á conquistar entró Freyre de Adrada,  
Con una tersa cota bien templada.

## L.

Fatiga los ijares de un castaño  
Obediente á la brida y á la espuela,  
Con paramento de purpúreo paño  
Bordado de menuda lentejuela.  
En la cimera por adorno extraño  
Una encrespada crín ondosa vuela:  
Su empresa es una fresca hermosa caña,  
Y el mote: *Frágil, y á la vista engaña.*

## LI.

Ya el sol con tibia luz desde Occidente  
En los bruñidos petos reflejaba,  
Cuando el son de la trompa de repente  
Del fiero acometer la seña daba.

Uno y otro guerrero el potro ardiente  
Aflige, y la tarjeta levantaba ;  
Se encuentran, y con fuerte pecho y brazos  
Hacen saltar las lanzas en pedazos.

## LII.

Y otras nuevas también rompidas fueron  
Al último crepúsculo del día,  
Y los dos justadores mantuvieron  
Su excelsa fama y alta nombradía.  
Las armas con la luz se concluyeron,  
Pues ya la sombra de la noche fría,  
Lenta saliendo de su fresca gruta,  
Monte, prado, ribera y bosque enluta.

## LIII.

Y entónces los ilustres justadores  
Visten brocado, y quítanse la malla,  
Y olvidando los bélicos furores  
Y el horrendo rencor de la batalla,  
En taburetes de tejidas flores  
Y en ricas mesas de pulida talla,  
Disfrutan del banquete, donde brilla  
La flor de la nobleza de Castilla.

## LIV.

Y al son del arpa y del laud en tanto,  
Algún cantor con entusiasmo entona,  
En grave metro y en sonoro canto,  
Los hechos de que España se blasona:

Las hazañas que al mundo dan espanto,  
Y que del norte á la abrasada zona,  
Y del ocaso al apartado Oriente  
La gloria ilustran de la hispana gente.

## LV.

Sonó allí el nombre excelso de Pelayo,  
Mantenedor de la cristiana lumbré :  
Y el de Rui Díaz, el que en vil desmayo  
Hundió de Agar la fiera muchedumbre:  
Y el de aquel joven, fulminante rayo  
Del francés orgulloso, que en la cumbre  
De Pirene vengó el honor de España,  
Eternizando el timbre de Saldaña.

## LVI.

También, oh docto esclarecido Mena,  
Honor del Bétis, de mi patria gloria,  
Al son del arpa allí tu voz resuena  
Cantando hazañas de la hispana historia:  
Ya el gran saber del infeliz Villena,  
Ya del conde de Niebla la memoria,  
Ya, dejando de Marte los horrores,  
Dulces placeres, plácidos amores.

---

## CANTO TERCERO.

---

### I.

La fresca aurora con fulgor divino  
El Oriente esclarece, preparando  
Al sol radiante el eternal camino,  
Rosas en él y perlas derramando:  
Y á su matiz y aspecto peregrino  
El sueño huye de la luz temblando:  
Suenan las trompas, y al combate llaman,  
Y los pechos magnánimos inflaman.

### II.

Á mantener audaz el noble paso  
Villacorta salió, soldado fuerte;  
Largo en hazañas, en hablar escaso,  
Y de moros azote, horror y muerte.  
Demostró su destreza en este caso,  
Y tres lanzas rompió con buena suerte  
Con el aragonés Francisco Faces,  
Terror también de las moriscas haces.

### III.

Benavides después, su gentileza  
Mostró dentro del circo y estacada,  
Quebrantando tres lanzas con destreza  
En su competidor Jofre Cabada.

Y Zúñiga también su alta nobleza  
Probó, y dejó su fama acreditada ,  
Justando con el bravo Juan de Soto,  
Que salió sin brazal y el yelmo roto.

## IV.

Y á sostener la liza entró gallardo,  
Pero Nava el valiente y el forzudo;  
Conduce su corcel á paso tardo,  
Y es trasunto del sol su limpio escudo.  
Cuando con paramento rojo y pardo,  
En un caballo altísimo y membrudo,  
Bayo, con cabos negros y brioso,  
Salió á la lid Abreo el jactancioso.

## V.

Era de Portugal , de ánimo fiero,  
De Dura condición, feroz semblante,  
Diestro en el manejar lanza y acero,  
De proporción y miembros de gigante:  
Turbulento, indomable y altanero,  
Atrevido, insolente, amenazante,  
Despreciador de ajena valentía,  
Y lleno de soberbia altanería.

## VI.

Fuertes armas ostenta el orgulloso,  
Y en lugar de penacho en la cimera  
El fiero cráneo y parda piel de un oso,  
Á quién muerte tal vez él mismo diera.

De un refinado fresno alto y ñudoso  
Su gruesa lanza fabricada era:  
Y un águila en la tarja pintó al vivo,  
Y este soberbio mote: *Aun más altivo.*

## VII.

Los senos de la tierra retemblaron  
De jinete y caballo al duro peso,  
Y los espectadores recelaron  
Disgusto grave de fatal suceso.  
De su feroz aspecto se turbaron,  
Viendo que á Nava lleva tanto exceso;  
Mientras éste tranquilo gloria nueva  
Espera muy gozoso de esta prueba.

## VIII.

Sonó el clarín, y silbadora flecha  
Del arco corvo y de robusta mano  
No parte más veloz y más derecha  
Que Nava contra el fiero lusitano.  
Éste también con cólera deshecha  
Rompe el ijar del pisador lozano:  
Se estremece el concurso al ronco estruendo,  
Y el polvo va la luz oscureciendo.

## IX.

Nava firme y seguro en los arzones  
Sobre el estribo diestro se suspende;  
Alza el escudo, bate los talones,  
Y entrambas bridas al caballo extiende:

Y librando su peso en las acciones  
Sobre el peto enemigo el asta tiende,  
Llegando con tal ímpetu á enconrallo  
Que derribó al jinete y al caballo.

## X.

Del modo que en el ágría y alta frente  
De Moncayo se mueve y desencaja  
Al golpe tronador del rayo ardiente  
Peñasco inmensurable, se desgaja,  
Y por la falda al valle de repente  
Haciendo estrago con estruendo baja;  
Así á impulso de Nava en presto vuelo  
Jayán, lanza y caballo vino al suelo.

## XI.

De Órbigo retemblaron las riberas  
Al grave golpe y son de la armadura,  
Retumbaron las grutas de las fieras,  
Y resonó el estruendo en la llanura:  
Todos con alto aplauso y lisonjeras  
Palmadas celebraban la ventura  
Del gran Nava, que ufano y satisfecho  
Con gallarda altivez le late el pecho.

## XII.

El portugués corrido y de ira ciego  
Levantarse procura, y rebramando  
Lanza por boca y ojos vivo fuego,  
La abollada visera deslazando.

Sus parciales y amigos corren luego,  
Y en descompuesto son el grito alzando,  
Á Nava insultan con audacia fiera,  
Pidiendo que no valga la carrera.

## XIII.

Imprudentes á todos desafían,  
Y ardiendo en ira anhelan la venganza.  
Unos la ardiente espada requerían,  
Otros aprestan la nervuda lanza.  
De Nava los parientes acudían,  
Crece la confusión, ya no hay templanza:  
Cunde de la discordia el vivo fuego,  
Y no se escucha la razón ni el ruego.

## XIV.

El monarca irritado al punto ordena  
Que entre á calmar los ánimos don Suero:  
La trompeta real á bando suena,  
Y entra en la plaza el noble caballero.  
Á su mando la turba se serena,  
Y al ver su rostro y su ademán severo,  
Y al escuchar del rey el nombre augusto  
Bajan las armas, cálmase el disgusto.

## XV.

Como cuando en Océano espumoso  
El uno y otro desatado viento  
Cubre el cielo de luto tenebroso,  
Removiendo del mar el hondo asiento;



Si alza la faz Neptuno poderoso  
Agitando el tridente, en el momento  
Cálmase el huracán, las nubes huyen,  
Y las hinchadas ondas se destruyen.

## XVI.

El discreto don Suero de Quiñones,  
Por dejar todo bando apaciguado,  
Recuerda las juradas condiciones  
Y torna el circo á su primer estado.  
Y Abreo nuevamente los arzones  
Ocupando vencido y despechado,  
Acompañado de su gente osada,  
Confuso se salió de la estacada.

## XVII.

Entró en ella el gallardo Pero Ríos,  
Que el blando bozo le apuntaba apenas.....  
.....¿Por qué, tierno doncel, en desafíos  
Tus delicados brazos hoy estrenas?  
Si sólo entre placeres y amoríos,  
Y en las batallas del amor serenas  
Tienes tu blando pecho ejercitado,  
¿Por qué, dí, te presentas hoy armado?

## XVIII.

Tú, felìz en amor, con mil canciones  
Al suave, triste son de la vihuela  
Arrastras femeniles corazones,  
Y por su ardor el tuyo se desvela

¿Por qué entras hoy en lid con los varones,  
Y así ensangrientas la redonda espuela?...  
Pero ¡ah! que eres gallardo, y noble, y mozo,  
Y las armas te causan alborozo.

## XIX.

Ufano la estacada recorriendo,  
Mirando á los balcones y á las gradas,  
Las altas plumas del crestón meciendo,  
Con ricas armas de oro salpicadas,  
Mil almas juveniles va rindiendo  
Por su lozano garbo conquistadas;  
Y su dama turbada y cuidadosa  
Ya lo mira risueña, ya celosa.

## XX.

Cuando por otro lado á paso lento,  
En un morcillo hermoso y enlutado  
Con negro y amarillo paramento,  
Colores del crestón empenachado,  
Entró mostrando duelo y sentimimiento,  
Ceñido de un arnés empavonado,  
El desgraciado Lope de Ferrara,  
Á quien una gran pena acongojara.

## XXI.

Rendido amaba á la infeliz Estrella,  
Del reino esclarecido valenciano  
Gallarda y discretísima doncella,  
Que iba á premiarle con su hermosa mano.

Mas ¡ay! estando en sus jardines ella  
Sola y cerca del mar ¡hado tirano!  
Unos corsarios bárbaros surgieron,  
Robáronla atrevidos, y partieron.

## XXII.

Él desde entonces, en llanto sumergido,  
De triste negro luto se vestía;  
Que el cautiverio de su bien perdido  
En dolor abismado le traía.  
De negro lleva su broquel bruñado,  
Y en medio dél de empresa le servía,  
Por mote, *Mi ventura*, y esmaltada  
Una rosa marchita y deshojada.

## XXIII.

Corrió tres lanzas con el tierno Ríos,  
Que aunque no ejercitado en esta prueba,  
Su misma ilustre cuna le da bríos,  
Y por escudo la fortuna lleva.  
Si antes era famoso en amoríos,  
Hoy por armas adquiere fama nueva,  
Y llevando mil almas cautivadas  
Deja el circo entre aplausos y palmadas.

## XXIV.

El claro sol los rayos de su frente  
Ostentaba en zenit enrojecido,  
Cuando el pesado caluroso ambiente  
Una trompa agitó con su sonido:

Y entró en el circo apresuradamente  
El faraute Guarín, y dirigido  
Á los jueces, teniendo al vulgo atento,  
Les dijo de este modo en alto acento:

## XXV.

«Sabed, ó jueces, que en el paso ha entrado,  
Sin que venga con ella caballero,  
Una hermosa señora, que á su lado  
Un paje trae no más y un escudero.  
La condición prescrita le he avisado,  
Y dando azote al palafrén ligero  
Destrás de mí se acerca á la estacada,  
Á entregaros la prenda señalada.»

## XXVI.

Y en el momento fué la tela abierta,  
Y suspenso el concurso numeroso  
Esperaba que entrara por la puerta  
La dama, que ha llegado al paso honroso.  
Y de un velo blanquísimo cubierta,  
Y vestida de luto, en un brioso  
Palafrén con riquísimos jaeces  
Llega por fin delante de los jueces.

## XXVII.

Llevaba en pos vestido de amarillo  
Con franjas, afollados y lazadas,  
Sobre un lozano potro, un pajecillo  
Adornado con plumas encarnadas.

Y en un fogoso pisador morcillo  
Con las crines en plata entrelazadas,  
Un escudero, por decoro, anciano  
De lengua barba y de cabello cano.

## XXVIII.

Los süaves, sonoros instrumentos  
Con armónico són la saludaron,  
Dando solaz á los delgados vientos,  
Que en torno mansamente resonaron;  
Y los espectadores muy atentos  
Á la dama los ojos asestaron:  
Ella llegó á los jueces, alzó el velo,  
Y descubrió por rostro un claro cielo.

## XXIX.

La fresca juventud bella y lozana  
En su lindo semblante relucía,  
Y sus mejillas cual de nieve y grana  
Con púdico rubor enrojecía.  
Más bella que aparece á la mañana  
La clara luz con que comienza el día  
Muestra su frente, y sus hermosos ojos  
Pueden al mismo amor causar enojos.

## XXX.

En alta y dulce voz aunque turbada,  
Bajando entrambos soles con mesura,  
Saludando al monarca recatada,  
Así dijo con noble compostura:

«Oh jueces de este campo y estacada,  
Doña Leonor de Castro, sin ventura,  
Sola y viuda, es la que veis delante,  
Y que os entrega su derecho guante.

## XXXI.

»Sí, oh jueces, á vosotros hoy lo entrega,  
Y sin tener quien luego lo rescate;  
Que á vivir mi marido Alfonso Vega  
Lo recobrara en singular combate:  
Mas la desdicha que mi vida anega  
Ha dispuesto el destino se dilate  
Hasta tal punto, que una prenda mía  
Os doy, que á vivir él no os la daría.»

## XXXII.

Dijo, y les entregó su diestro guante;  
Y recordando á su valiente esposo  
Regó de dulces perlas el semblante,  
Tornándole más bello y más hermoso.  
Todo pecho sintióse palpitante  
Al advertir su llanto doloroso,  
Y ella dejó caer el blanco velo  
Para ocultar su amargo desconsuelo.

## XXXIII.

El ilustre don Juan de Benavente,  
Deudo del claro Suero de Quiñones,  
Que atento la miraba frente á frente  
Escuchando su llanto y sus razones,

Súbite amor allá en su pecho siente,  
Que nunca pierde amor las ocasiones,  
Y ardiendo en fuego de amorosa llama  
No separa los ojos de la dama.

## XXXIV.

Y desde su balcón en alto acento  
Gritó: «Ilustre señora, el brazo mío  
Rescatará la prenda en el momento,  
Que por vos quiero entrar en desafío.»  
Y más veloz que el mismo pensamiento,  
Que amor aumenta su gallardo brío,  
De los jueces del campo en la presencia,  
Para entrar en la lid pide licencia.

## XXXV.

Se la dieron al punto, y la señora  
Gracias por su gentil cortesanía;  
Y él con dulces requiebros la enamora,  
Pues ocultar su llama no podía.  
Ella con leda faz encantadora  
Lo agradece cortés, y se reía;  
Y sube de las damas al terrado,  
Y á armarse va el don Juan amartelado.

## XXXVI.

Salió á la tela á mantener la lucha,  
Y á recoger la prenda de la dama  
Zúñiga altivo, que con honra mucha  
Quiere aumentar su merecida fama:

Espera un rato , y á la fin se escucha  
La ronca trompa que al combate llama ,  
Dando señal de que en aquel instante  
Llega el guerrero que defiende el guante.

### XXXVII.


Cuando en torno cercado de padrinos ,  
En un tordo hermosísimo rodado ,  
Con espaldar y petos diamantinos  
Entró el gran Benavente enamorado.  
Suenan flautas y huecos tamborinos ,  
Y cubierto de plumas y brocado ,  
Gentil recorre en torno la palestra ,  
Con noble aspecto y denodada muestra.

### XXXVIII.

De terciopelo carmesí bordado  
Con oro y con vistosa argentería  
El capellar en el siniestro lado  
Lleva con gracia y gala y gallardía:  
El arnés refulgente dibujado  
Con engastes de rica pedrería ,  
Y un penacho en el yelmo relumbrante ,  
Y allí enredado de la dama el guante.

### XXXIX.

Los brazales y grebas buriladas  
Brillan con mil destellos refulgentes ,  
Y un cinturón ostenta con lazadas  
De piedras preciosísimas lucientes:





Y por entrambos lados derramadas  
Borlas y cintas del borren pendientes,  
Y en el remate de su lanza brillo  
Da al aire un recamado pendoncillo.

## XL.

De tanta gala y tanta gallardía  
Ufano, y del jinete que le oprime  
El fogoso tordillo que regía,  
Las herraduras en el campo imprime,  
Y con altos relinchos encendía  
El aura, mientras el suelo tiembla y gime  
Al duro golpe del ferrado callo  
De tan hermoso cordobés caballo.

## XLI.

Todos aplauden su gallarda muestra,  
Y apartados padrinos y escuderos,  
Toma campo hacia un lado en la palestra  
Despidiendo mil claros reverberos.  
Doña Leonor turbada se demuestra  
Viendo á punto de lid los caballeros:  
Don Juan la mira, y le saluda ella,  
Tiñendo de rubor su frente bella.

## XLII.

Sonó el clarín y ufano Benavente,  
Y Zúñiga gozoso y denodado  
Arrancan de su puesto de repente,  
Con el escudo en alto levantado:

Ambos á dos se encuentran frente á frente,  
Y don Juan con el cuerpo soslayado  
Á Zúñiga tocó con tal pujanza  
Que hizo pedazos la fornida lanza.

## XLIII.

Volvieron á la lid, y ambos rompieron  
Las picas al encuentro resonante,  
Y todos con palmadas aplaudieron  
Su garbo y su denuedo relevante.  
Entrambos de la liza se salieron,  
Y don Juan fué á entregar el libre guante  
Á la dama que afable, agradecida,  
Por su valor le dió gracias rendida.

## XLIV.

Y mirando su prenda rescatada,  
Aunque el sol al ocaso descendía,  
No detuvo ni un punto su jornada,  
Como don Juan ansioso pretendía.  
¡Triste del pobre amante que á su amada  
No logra detener!.... ¡Ay del que fía  
En amor pasajero, y del que adora  
Dama que huye al momento que enamora!

## XLV.

Pero confusa y sorda gritería,  
Vivas, y aplausos, y altos instrumentos  
Forman sonoro estruendo que cundía  
Por los delgados apacibles vientos.

Porque otra vez con noble bizzarría  
Y ricos recamados paramentos  
Entra en el circo el ínclito Quiñones,  
Caudillo de los nueve campeones.

## LXVI.

Don Bueso de Solís afortunado  
Sale á la lid en un caballo overo,  
Que en el frondoso Bétis se ha criado,  
Fuerte, revuelto, altísimo y ligero.  
Celeste capellar lleva bordado,  
Y celestes la banda y el plumero:  
Y un corazón do un áspid hace presa,  
Y el mote, *zelos*, lleva por empresa.

## XLVII.

Cesa el murmullo, calla y enmudece  
El concurso la ronca trompa oyendo,  
Cuya señal horrisona obedece  
Uno y otro varón la asta blandiendo.  
El uno y otro potro se enfurece,  
Y batiendo la arena en ronco estruendo  
Fué el encuentro tan recio y tan sañudo,  
Que don Bueso perdió lanza y escudo.

## XLVIII.

Se apartan, y volviendo á la lid fiera  
El caballo que á Suero conducía  
Se empina, y tasca el freno de manera,  
Que ni á brida ni á espuela obedecía.

Parar quiso don Bueso en la carrera,  
Pero estaba muy cerca y no podía,  
Y aunque desenristrar quiso la lanza,  
Al gran Quiñones con la punta alcanza.

## XLIX.

Destrozóle el siniestro guardabrazo  
Y sus labores estampó en la arena,  
Y levemente hiriéndole en un brazo,  
Traspassado quedó de amarga pena.  
Don Suero con gentil desembarazo,  
Teñido en sangre y con la faz serena  
Mira á su dama, vuelve, y á don Bueso  
Consuela, no ofendido del suceso.

## L.

Doña Luz cuidadosa, con semblante  
Inquieto, aquel desastre atenta mira;  
Y pierde la color, y un corto instante  
El bello rostro de la lid retira.  
Vuelve á mirar turbada y anhelante,  
Alza tal vez los ojos y suspira;  
Y aunque quiere ocultar su llanto y pena  
De lágrimas la faz demuestra llena.

## LI.

Triste silencio en el concurso mudo  
Difúndese con súbito cuidado,  
Porque nadie tranquilo mirar pudo  
Aquel lance imprevisto y malhadado.

## POESÍAS.

Sólo Suero desprecia el golpe crudo.  
Y alzada la visera y alentado  
Recorre en torno el circo. el susto aleja  
Y la palestra entre los suyos deja.

---

## CANTO CUARTO.

---

### I.

Era la noche; y lánguida y luciente  
Desde el alto zenit sus luces daba  
Lucina, y en la plácida corriente  
De Órbigo cristalino reflejaba.  
El dulce y fresco y apacible ambiente  
Las altas alamedas agitaba,  
Y bañado en letárgico beleño  
Al orbe daba silencioso sueño.

### II.

No hay danzas, ni saraos, ni festines  
Que solemnicen el pasado día,  
Pues á todos los bravos paladines  
La desgracia del jefe entristecía.  
Ni las dulces vihuelas y violines  
Prestan su triste y grave melodía  
Á endechas, á sollozos y á canciones,  
Hijas de enamorados corazones.

### III.

Reina el hondo silencio en la llanura,  
Interrumpido sólo por el río  
Que camina al través de la espesura  
Con grave són y manso señorío:

Grato reposo goza á su frescura  
El inmenso concurso y gran gentío  
Que concurriera á ver la noble fiesta,  
Y que en torno ocupaba la floresta.

## IV.

Los nobles y valientes caballeros  
Que ya en la lid sus armas han probado,  
Desceñidos los bélicos aceros  
Se entregan al reposo regalado:  
Y si hay alguno que rigores fieros  
Llore de amor con pecho amartelado,  
En su soberbia tienda recogido  
Al fin consigue el sueño apetecido.

## V.

Doña Luz, en la suya acompañada  
De su amiga constante doña Elvira,  
Inquieta, pesarosa, desvelada,  
De la pasada acción habla y suspira;  
Pues de Suero la herida desgraciada  
El sueño de sus párpados retira,  
Que la vertida sangre la entornece,  
Y de ella nace amor, y ella lo acrece.

## VI.

Quiñones agitado y pesaroso,  
Dentro en su pabellón, triste y herido  
Tampoco goza del común reposo,  
De varios pensamientos combatido:

No le tiene su herida cuidadoso,  
Ni sus fieros dolores abatido,  
Sólo teme que acaso esté su fama  
Empañada á los ojos de la dama.

## VII.

Tal vez recuerda el lisonjero sueño  
En que de Órbigo oyó la profecía,  
Que el éxito feliz de su árduo empeño  
Y el premio de su ardor le prometía:  
Pero ¡ay! que vaticinio así halagüeño,  
Ilusión de su mente lo creía:  
Y juzga inútil su hazañoso intento  
Y húndese en afanoso abatimiento.

## VIII.

Afligido, turbado, pesaroso,  
Por aquietar su acongojado pecho,  
Hablar quiere á su dueño desdeñoso,  
Y salta fuera del mullido lecho.  
Mas reflexiona al punto temeroso  
De su resolución no satisfecho,  
Y como respetar sabe quien ama,  
Antes quiere el permiso de su dama.

## IX.

Á Vanguarda, su paje ó escudero,  
Y que desde la infancia le servía,  
Llamó el amartelado caballero,  
Que en vivo amor su corazón ardía;



Y le dijo: «mi amigo, ve ligero  
Al pabellón de la señora mía,  
Y humillado á los pies de su grandeza  
Cuéntale mi dolor y mi tristeza.

## X.

»Dile que ausente de sus ojos bellos  
No encuentro cura á mi sangrienta herida,  
Que mi remedio está cifrado en ellos,  
Pues son árbitros solos de mi vida:  
Que me permita venturoso vellos,  
Pues gozando su lumbré esclarecida,  
Cesará mi dolor, y el brazo mío  
Para otra lid recobrará su brío.»

## XI.

Iba á marchar el eficaz Vanguarda,  
Mas don Suero confuso le detiene,  
Que de pronto su pecho se acobarda,  
Y por osado este mensaje tiene.  
Juzga que en él á doña Luz no guarda  
El decoro y honor que le conviene,  
Teme ofenderla, y mudo y sin aliento  
Se agita entre uno y otro pensamiento.

## XII.

Piensa acercarse, al rayo de la luna,  
Al pabellón donde su dama vela,  
Y el áspero rigor de su fortuna  
Cantar al triste son de la vihuela;

Y en amantes endechas, de una en una,  
Sus penas explicarle. Mas recela  
Enojarla tal vez, y no se atreve,  
Y aunque toma el laud, el pie no mueve.

## XIII.

Á escribirla por fin se determina,  
Dobla el terso papel, toma la pluma,  
Medita un rato, y á formar no atina  
De discretas palabras breve suma:  
Mil nuevas expresiones imagina,  
Y la afanosa pena que le abruma,  
Después que escribe borra, y piensa y vuelve,  
Á expresar de este modo se resuelve.

## XIV.

«Ilustre y hermosísima señora,  
Cuyo cautivo soy con gloria mía,  
Y á quien mi corazón humilde adora  
Rendido á vuestra noble gallardía:  
De que os moleste á tan extraña hora  
Perdonad os suplico la osadía;  
Pues si vuestro consuelo no buscara,  
Mi triste vida al punto se acabara:»

## XV.

»De vuestro amor está mi pecho herido  
Más que mi brazo del tajante acero:  
En vano al dulce sueño auxilio pido,  
Que huye de mí su encanto lisonjero.

Y al verme de este modo combatido  
Por todos lados del destino fiero,  
Quiero buscar en vos, señora bella,  
Muerte, ó consuelo de mi infausta estrella.

## XVI.

»¡Ay! si gozara el bien de estar postrado  
Á vuestra hermosa planta, el brazo mío  
De su herida fatal fuera curado,  
Y recobrará su poder y brío.  
Mas ya que tanto bien no me sea dado,  
Ruégooos (¡tan poco de mi suerte fío!)  
Que me mostréis, señora, si os agrada  
La justa en vuestro obsequio comenzada.

## XVII.

»Que aunque la ciega Diosa en la postrera  
Lid á mis armas dió fatal desgracia,  
Mi ardiente pecho, alta señora, espera,  
Si de vuestros dos soles con la gracia  
Me auxiliáis grata, en la ocasión primera  
Mostrar con nuevo esfuerzo y eficacia  
El modo con que debe complaceros,  
Quien se atreve á justar por mereceros.»

## XVIII.

No escribe más, firma el papel, lo sella,  
Y al escudero se lo da, y encarga  
Lo entregue al punto á su enemiga bella,  
Único alivio de su suerte amarga.

Parte Vanguarda; y su enemiga estrella  
Y la carrera de sus males larga  
Recuerda el paladín, teme el mensaje,  
Mas ya no puede detener al paje.

## XIX.

En medio la floresta sobre un prado  
Revestido de flores y verdura,  
Un regio pabellón hay levantado,  
Que á todos aventaja en hermosura.  
De rico terciopelo está colgado,  
Cubierto de exquisita bordadura,  
Y es entre todos el que más descuella,  
Digna mansión de doña Luz la bella.

## XX.

Acompañada en él de doña Elvira  
Recibe el pliego de su esclavo herido;  
Por él pregunta ansiosa, y aun suspira,  
De rubor el semblante enrojecido.  
Mas al notar que su desdén expira,  
Y que está su rigor casi perdido,  
Furiosa y altanera se arrepiente,  
Y en contestar á Suero no consiente.

## XXI.

¡Oh femenil orgullo, cuánto creces  
Si un discreto desdén no te combate!  
Mientras te alagan más, más te enfureces,  
Y aun el poder de amor tu fuerza abate:

Escollo altivo de la mar pareces  
Firme de aguas y vientos al embate;  
Pero no, no hay dureza comparada  
Con la que ostenta una mujer rogada.

## XXII.

Vanguardia fiel en pretender insiste  
Llevar contestación para su dueño;  
Doña Luz le desecha y le resiste  
Con firmeza indomable y duro ceño.  
Ya va á marchar el escudero triste  
Sin esperanza de lograr su empeño;  
Mas doña Elvira lo detiene y llama,  
Y así le dice á la inflexible dama.

## XXIII.

«Oh doña Luz, sin duda fabricado  
De mármol insensible fué tu pecho,  
Ó alguna fiera loba te ha criado  
En tosca gruta y en sangriento lecho,  
Cuando el llanto de un tierno enamorado  
Tu severo rigor no ha satisfecho.  
¡Ah, señora! modera tu altiveza,  
No opongas al amor tanta dureza.

## XXIV.

»¿Es posible ¡ay de tí! que un fino amante  
Así deseches con cruel desvío?  
¿Su constancia y valor no son bastante  
Para templar tu desdeñoso brío?

¿No le has visto por tí quedar triunfante  
En uno y otro honrado desafío?  
¡Ay!..... ¿Por tu causa derramar no viste  
La ilustre sangre de tu esclavo triste?

## XXV.

»Muévate á compasión, si no la llama  
Que allá en su corazón has encendido,  
Las lágrimas al menos que derrama,  
Y el verle ahora por tu causa herido.  
Lástima ten de quien tan firme ama,  
De quien con tanto honor ha combatido,  
Curarlo sólo tu ternura puede,  
Ten piedad de él, respuesta le concede.»

## XXVI.

Cesó llenos de lágrimas los ojos,  
Y doña Luz también las derramaba,  
Y sus mejillas, cual carmines rojos,  
Encendidas de amor manifestaba:  
Y deponiendo el ceño y los enojos,  
Que ya su hermoso pecho se abrasaba,  
Tras un corto silencio, de repente  
Lanza un suspiro de su labio ardiente.

## XXVII.

Y trémula y turbada se encamina  
Á un bufete magnífico dorado,  
Cuya labor de talla peregrina  
Cubre en parte tapete de brocado:

Sobre él, de tersa, hermosa venturina,  
De concha y de oro y nácar enchapado,  
Rico escritorio está, que esparce al viento  
De ámbar pérsico gris el suave aliento.

## XXVIII.

Y allí escribe á la luz de un candelero  
Estas discretas sabias expresiones,  
Contestando á su amante: «Caballero,  
Las hazañas y altísimas acciones  
Del que es tan buen galán como guerrero  
Placen siempre á los nobles corazones.  
Y un revés de fortuna no es bastante  
Á empañar vuestra gloria relevante.

## XXIX.

»Mucho merecen vuestro amor y aliento,  
Noble Quiñones, continuad osado,  
Pues que tanta constancia y ardimiento  
Nadie puede mirarlos sin agrado.  
Y para que ciñáis vuestro sangriento  
Brazo, en la última justa desgraciado,  
Os mando ese vendaje, ilustre Suero:  
Vendad la herida que os causó el acero.»

## XXX.

Selló el papel, y de su talle hermoso  
La banda desprendió que lo ceñía,  
Banda de terciopelo primoroso  
Recamada de blanca argentería:

Y la da al escudero, que gozoso,  
Postrado ante sus pies la recibía,  
Y le encarga la dama que en un lazo  
De su señor la ciña al fuerte brazo.

## XXXI.

Partió veloz el eficaz Vanguarda,  
Mientras Quiñones, tímido, azaroso  
Y despechado su venida aguarda,  
Temiendo un desengaño riguroso.  
Impaciente imagina que ya tarda,  
Cuando ve al escudero, que gozoso  
Llega y le anuncia plácidas noticias,  
Pidiendo alborozado las albricias.

## XXXII.

Al mirar el billete idolatrado  
Y la banda, en placer Súero se anega,  
Rompe el sello, que besa enajenado,  
Y á la lectura del papel se entrega.  
Dos veces lo leyó, dos, y encantado  
Al palpitante corazón le allega;  
Torna á leerlo, y á besarlo torna,  
Y casi tanta dicha le trastorna.

## XXXIII.

Y regala un limpísimo diamante,  
Que honrar pudiera la real sortija,  
Al escudero, y pídele anhelante  
De su mensaje relación prolija.



Y en la banda bordada rutilante  
El envidioso pensamiento fija,  
Y ufano, prenda tal no trocaría  
Del orbe por la inmensa monarquía.

## XXXIV.

En tanto ya la luz del rojo Oriente  
Los celajes en púrpura esmaltaba,  
Y de Titón la esposa refulgente  
El lecho conyugal abandonaba:  
Resonó la alborada de repente,  
El viento en armonía se bañaba,  
Las aves á la aurora saludaron  
Y el sueño de la tierra desterraron.

## XXXV.

Al concertado son tembló don Suero  
De su herida fatal casi olvidado,  
Y de la trompa el resonar guerrero  
Se escuchaba por uno y otro lado;  
Armóse con presura el caballero,  
Ver ansiando á su dueño idolatrado,  
Y tornar á la lid, y nuevamente  
Demostrar su pasión pura y ardiente.

## XXXVI.

Los balcones y gradas se llenaron,  
Y marchan á la lid los paladines;  
Zúñiga fué el primero á quien miraron  
Entrar al ronco son de los clarines,

Y sus fieros encuentros retumbaron  
De la extendida plaza en los confines.  
Y luego á mantener salió animoso  
Villacorta, y después Arias famoso.

## XXXVII.

También justaron á la luz siguiente  
Gómez, Aller, Bazán y Benavides.  
Y los cuatro con ánimo valiente  
Aumentaron su fama en estas lides.  
Al otro sol siguió la justa ardiente,  
Y el bravo Nava, semejante á Alcides,  
Rompió tres lanzas, y abolló esforzado  
Un arnés refulgente y acerado.

## XXXVIII.

Y luego Pero Ríos atrevido  
Tornó á lidiar, y aunque perdió una greba  
Tras un largo combate muy reñido,  
El triunfo alcanza y los laureles lleva.  
Suero también, aun no restablecido,  
Vino después á la esforzada prueba,  
Y el yelmo destrozó, y arnés y escudo  
De Torrens, catalán fiero y forzado.

## XXXIX.

Á la siguiente aurora el ronco estruendo  
De trompas, añafles y atambores  
Llamó al honroso paso, enardeciendo  
Los pechos de los nobles justadores,

Que las lanzas gruesísimas blandiendo,  
Y acosando los potros corredores,  
Sembraron por la plaza las riquezas  
De sus arneses y templadas piezas.

## XL.

Siguió á otro sol la justa, y en la tela  
Entró Bazán, mas fué tan desgraciado  
Que perdió en el encuentro la rodela,  
Lidiando con Negrete el afamado.  
Y luego Aller, cuyo caballo vuela,  
Quedó con todo el muslo desarmado,  
Sin poder resistir la gran pujanza  
De Alfonso Deza y de su dura lanza.

## XLI.

Y así con varios lances y altos hechos  
Su noble esfuerzo y su valor mostraron  
Los atrevidos castellanos pechos,  
Y su nombre y su fama acrecentaron:  
De astillas y de plumas, y desechos  
Arneses la ancha plaza allí sembraron,  
Y veintinueve luces se cumplieron,  
Y hazañas mil ejecutadas fueron.

## XLII.

Llegó el último día señalado  
De la famosa justa y paso honroso,  
Y el carro Apolinar, de luz cercado,  
Apareció en oriente esplendoroso;

Inmensísimo pueblo se ha juntado  
Á ver el fin del hecho glorioso,  
Ocupando las gradas, y ya suena  
La ronca trompa que la lid ordena.

## XLIII.

Entró en la tela el ínclito Quiñones,  
Caudillo de los nueve caballeros,  
Y tablados y gradas y balcones  
Le tributan aplausos lisonjeros:  
Y él, del crestón moviendo los airones,  
Y luciendo la malla y los aceros,  
La argolla ostenta al cuello, y en un lazo  
La banda de su dama atada al brazo.

## XLIV.

De un alazán ligero y poderoso,  
Que del Bétis pació la verde grama,  
Oprime el lomo, y el bridón furioso  
El aura pura con su aliento inflama;  
Digno solo de dueño tan glorioso,  
De tanto esfuerzo y de tan clara fama,  
Con chapas adornado y rapacejos  
Despide brillantísimos reflejos.

## XLV.

Y ufano con el alto personaje  
Que lleva, y que templar sabe su brío,  
Apenas de oro y sedas el rendaje  
Sujeta su altivez y poderío:

El costoso riquísimo equipaje  
Ostenta con pomposo señorío,  
Alza menuda braja, y á su empuje,  
Lanza, escudo y arnés, relumbra y cruje,

## XLVI.

El sol á la mitad de su carrera  
Derramaba su fúlgido torrente,  
Y aun al honrado paso no viniera  
Ningún conquistador. Y ya impaciente  
Don Suero en medio de la plaza espera  
Y la tardanza del combate siente,  
Pues anhela su pecho generoso  
Dar á su noble empresa fin glorioso.

## XLVII.

Apolo declinaba disgustado  
De ver ocioso al ínclito guerrero,  
Cuando sonó el clarín, que alborozado  
El corazón dejó del caballero:  
Y entró en el circo por el diestro lado,  
Con doble arnés y con aspecto fiero,  
Un guerreador fornido y corpulento,  
Mostrando gran valor y osado aliento.

## XLVIII.

Esberte Claramonte se llamaba,  
Ilustre aragonés, duro y altivo,  
Que sólo en sangre y muertes se gozaba,  
De vista ardiente y pecho vengativo:

Los encantos de amor menospreciaba,  
Que jamás de Acidalia el fuego vivo  
Sintió en su corazón feroz y osado,  
Á guerra y á venganza acostumbrado.

## XLIX.

No lleva en el broquel mote ni empresa  
De amor ó de amistad ó gallardía,  
Que su pecho por nadie se interesa,  
Y ni amante ni amado ser quería:  
Y en el fulgente escudo sólo expresa  
Por timbre de su noble jerarquía,  
Campo de gules y una faja sable,  
Y un dragón escamoso y formidable.

## L.

Este monstruo de horror y atrevimiento,  
En un caballo altísimo y membrudo  
Entróse por la tela á paso lento,  
La asta blandiendo en ademán forzado:  
Paró de pronto, y con audaz acento,  
Vuelto á Quiñones, díjole sañudo:  
«¿Y qué solo á la lid un caballero  
Viene á probar mi fulminante acero?

## LI.

»¿Tú solo ante mi vista aquí te pones,  
Femenil guerreador?..... que salgan luego  
Á ayudarte tus bravos campeones,  
Y á perecer á impulso de mi fuego.

Salgan si tienen honra y son varones:  
Salgan, sus..... hasta verlos no sosiego.....  
Á los diez reto..... á todos desafío,  
Que uno es muy poco para el brazo mío.

## LII.

»Pero no, no saldréis, que ya os asusta  
Mi voz terrible, semejante al trueno,  
Y no queréis conmigo entrar en justa,  
De espanto y de pavor henchido el seno:  
No es lo mismo mirar mi saña adusta  
Que hacer alarde del amor sereno,  
Y vosotros que en él ardéis menguados,  
Quedaréis de mi brazo escarmentados.»

## LIII.

Dijo, y blandió la lanza poderosa,  
Y crujió la durísima armadura;  
La multitud, pasmada y silenciosa,  
Tiembla de ver tan desigual bravura;  
Y doña Luz, turbada y congojosa,  
Pálida y llena de mortal tristura,  
Á sí propia se culpa, y demudada  
Mira á su amante en medio la estacada.

## LIV.

Los nueve denodados caballeros,  
Que con ultraje tal se ven retados,  
Ardiendo en honra aprestan los aceros  
En venganza justísima inflamados:

Mas se oponen los jueces, que severos  
Les dicen, y los dejan aquietados,  
Que al caudillo la lid le toca en suerte,  
Quien de este modo respondió al Esberte:

## LV.

«Á la verdad, altivo caballero,  
No es propio de valientes infanzones  
Decir denuestos, cuando el noble acero  
Puede excusar palabras y razones:  
No me pasma tu tono audaz y fiero,  
Ni asusta á mis ilustres campeones.....  
Mas vamos á lidiar, que muy contento  
Quiero probar tu decantado aliento.»

## LVI.

Y Claramonte entonces que lo mira  
Con menosprecio, dice: «pues el hado  
Á que llegue tu fin sólo conspira,  
Prepárate á morir, desventurado,»  
Y á tomar campo al punto se retira.  
Suero también le toma al otro lado,  
El rostro mira de su hermosa dama,  
Y amor le anima y el honor le inflama.

## LVII.

Atónito el concurso numeroso  
De tímido pavor cubre el semblante,  
Esperando ya el éxito dudoso  
Del fiero choque horrendo y resonante.



Suena el ronco clarín estrepitoso,  
Y al escuchar la seña, en el instante  
Uno y otro guerrero aguija y vuela,  
Alto el escudo, en ristre la arandela.

## LVIII.

No dos contrarios silbadores vientos  
Se encuentran en Océano extendido,  
Alzando sus hondísimos cimientos  
Con ronco hervor y horrísono zumbido,  
Como los dos con ánimos violentos,  
Obedeciendo al bélico sonido,  
Chocaron levantando densa nube  
De ardiente polvo, que hasta el cielo sube.

## LIX.

Esberte con tal ímpetu á Quiñones  
Tocó en el pecho con la dura lanza,  
Que casi le sacó de los arzones,  
Tal era de su fuerza la pujanza:  
Le abolló los esmaltes y florones  
Del ancho peto que de lleno alcanza,  
Y resbalando luego al guarda brazo,  
Le destrozó la banda y rompió el lazo.

## LX.

Dió el pálido concurso un alarido  
Creyendo que Quiñones muerto fuera,  
Y Doña Luz con el color perdido  
En lágrimas amargas prorrumiera.

Suero que ve su lazo desprendido,  
El bello lazo que su amor le diera,  
Y en el suelo su aljófar derramado,  
Jura venganza en ira trasportado.

## LXI.

Queda orgulloso Claramonte y fiero,  
Y su victoria como cierta mira:  
Arde en venganza el ínclito Don Suero,  
Mira á su dama y ánimo le inspira:  
Y animado y valiente va ligero,  
Lleno el pecho de noble y justa ira,  
Á trabar nuevamente la contienda  
Con Esberte, que viene á toda rienda.

## LXII.

Don Suero en los estribos se levanta  
Y por inútil la tarjeta arroja,  
Y ansioso de batalla se adelanta  
La lanza en ristre y con la rienda floja:  
Y al de Aragón hirió con furia tanta,  
Que la acerada punta en sangre roja  
Pasó de parte á parte el pecho fiero  
Del jactancioso bárbaro guerrero.

## LXIII.

Del modo que alto roble en la montaña,  
Después de resistir del rauda viento  
La silbadora resonante saña,  
Intentando escalar el firmamento,

Con estruendo y pavor de la campaña  
De ardiente rayo herido, en un momento  
Cae destrozado, de la misma suerte  
Cayó ante Suero el furibundo Esberte.

## LXIV.

Resonaron mil vivas y canciones  
Con regocijo de uno y otro lado,  
Elogiando al bravísimo Quiñones,  
Que al orgulloso deja castigado.  
Desocupa el caudillo los arzones  
Viendo que, pues el sol ya se ha ocultado,  
Ha dado cima á su esforzado intento,  
Y así á los jueces dice en alto acento:

## LXV.

«Ya, oh jueces, mi rescate veis cumplido;  
Quitarme puedo el hierro que me enlaza,  
Pues que mi libertad he conseguido  
Lidiando á vuestra vista en esta plaza.»  
Dijo, y con brazo fuerte del erguido  
Cuello la argolla rompe y desenlaza,  
Y levantada en alto la demuestra  
Al concurso que ciñe la palestra.

## LXVI.

Y con los nueve ilustres justadores,  
Llamados desde entonces de la fama,  
Cercado de padrinos y señores  
Sube al balcón de quien su pecho inflama:

Y al sonar de añafles y atambores  
Sin argolla se rinde ante su dama,  
Quien le dice con rostro ruboroso:  
«Alzad, noble Quiñones; sois mi esposo.»

*Cádiz, 1812.*





## ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

---

	<u>Páginas.</u>
PRÓLOGO .....	VII
Vida del autor hasta el año de 1842, por don Nicomedes Pastor Díaz.....	3
Reseña biográfica desde 1842 hasta 1865, año de su fallecimiento.....	89
Notas póstumas.....	145
Apéndice I .....	157
Apéndice II .....	164
Apéndice III.....	168
Apéndice IV.....	171

## POESÍAS.

Romance.— <i>En una yegua tordilla.....</i>	183
Romance corto.— <i>Luz de esta ribera.....</i>	187
Cantilena.— <i>Febo se retiraba.....</i>	189
Soneto.— <i>Misero leño, destrozado y roto.....</i>	191
Romance corto.— <i>Hermosa zagala.....</i>	193
Romance.— <i>Hermosísima zagala.....</i>	195
Soneto.— <i>Gallardo alzaba la pomposa frente..</i>	197

